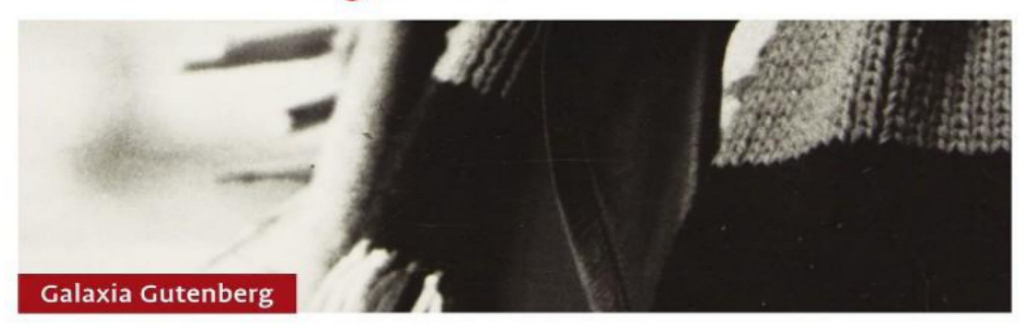
Coradino Vega

Entre mujeres




© Pilar de la Vega

Coradino Vega

Nació en 1976, en Minas de Riotinto (Huelva). Licenciado en Derecho, también cursó estudios de literatura comparada y estética en la Universidad de Sevilla y en la París 8. Durante años residió en Madrid, donde trabajó para diferentes editoriales.

Es autor de las novelas *El hijo del futbolista* (2010), *Escarnio* (2014) y *La noche más profunda* (Galaxia Gutenberg, 2019), así como del libro de no ficción *Una vida tranquila* (Galaxia Gutenberg, 2021) y del ensayo *Arturo Barea. Retrato de un temperamento* (2023).

Ha colaborado en *El País*, entre otros periódicos, y en diversos medios culturales. Actualmente vive en Sevilla y es profesor de literatura.

Año 1983, segundas elecciones locales de la democracia, comienzo de la reconversión industrial. Olga ha enviudado y tiene que empezar de cero con sus tres hijos, en un país que despierta a la modernidad. Acostumbrada a vivir en el barrio inglés donde, desde finales del siglo XIX, han residido los jefes de la empresa minera que controla el municipio de Riotinto, deberá ponerse a trabajar debido a un problema inesperado.

Entre mujeres es una historia sobre el desconcierto que sigue a la muerte de la persona a la que se ama, la transformación interior, la ayuda que se presta o recibe en los momentos difíciles y los misterios que habitan la intimidad del matrimonio. Asimismo, explora qué consecuencias tiene el cambio de época propiciado por la Transición en una mujer que ha vivido siempre en una burbuja privilegiada y que, de repente, se ve obligada a reflexionar sobre el origen de su estatus, amenazado por el modelo económico posindustrial, y sobre quién fue su marido. De esta forma, Olga asistirá al vuelco en el sistema de las relaciones laborales que traerán los nuevos tiempos, pero también a los avances hacia el Estado del bienestar y la igualdad de derechos entre hombres y mujeres.

Con ecos de Jane Austen o Cesare Pavese, nos encontramos ante una novela de rara ambición narrativa, pues busca que la literatura se vuelva indistinguible de la vida y muestra el arco del aprendizaje, de manera secreta, a través de la percepción de los detalles.

CORADINO VEGA

Entre mujeres

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros).

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: junio de 2024

Imagen de portada: *La fotógrafa Colita*, Oriol Maspons.

Fotografía: Museu Nacional d’Art de Catalunya, Barcelona

Preimpresión: Gama, SL
ISBN: 978-84-10107-26-7

Gregoria Guerrero Malavé (1918-2010)
Manuela Castilla López (1914-2010)

1

–Pues yo pensaba que eran de dinero –oyó desde el vestíbulo.

–Y tanto...

–Sí, pero por lo visto ahora ella no tiene.

Olga vio que se trataba de dos señoras que apenas conocía de habérselas cruzado por la calle. Aguardaban con las cabezas enruladas, cada una dentro de un secador de casco. Ambas hojeaban una revista y al mismo tiempo hablaban muy fuerte. La primera se llevaba el dedo a los labios con minuciosidad antes de pasar la página, mientras que la segunda lo hacía como si estuviera enfadada, mediante un revoloteo seco. Olga llevaba a Íñigo de la mano y se detuvo en mitad del recibidor al oír lo que decían.

–Su marido era un jefe importante de la empresa.

Amparo se hallaba de espaldas, negando con la cabeza, contrariada por lo que chismorreaban sus clientas. Daba los últimos retoques a otra mujer que, aunque no fuese partícipe, permanecía atenta a la conversación por mucho que el ruido entrecortara las palabras. Por debajo de la bata de la señora, entre la butaca y la estantería de las tijeras y los cepillos, asomaba la cabeza del hijo de Celia. Al volverse, el niño reconoció a Íñigo pero siguió a lo suyo, azorado. Lo cierto era que Celia nunca le había dado importancia a su timidez, pensó Olga, a la par que sentía cómo su hijo pequeño se le pegaba a la falda, también pudoroso. Se apercibió, además, de que Amparo la miraba a través del espejo.

–Sí, pero aparte de eso...

Entonces no pudo seguir escuchando y, aunque Amparo las reconvino, salió de la peluquería.

Amparo fue tras ella.

–¡No tardo! –gritó desde el umbral.

Olga cruzaba ya la calle, desde el sol a la sombra, con las llaves del coche en una mano y su hijo cogido de la otra.

–¡Termino en un santiamén y me pongo contigo!

–¿No está Celia?

Continuaba en mitad de la calzada, entre la peluquería y la parte trasera de la iglesia. Le colgaba el bolso del antebrazo y sujetaba las

llaves como si no recordase a quién debiera entregárselas. Hubo un instante en que la franja de luz declinó por completo y Amparo bajó la mano que se había puesto como visera, se percató Olga, justo cuando Íñigo tiró de ella para que siguiera avanzando hacia el coche.

–Tenía no sé qué de una reunión. Creí que venías a arreglarte. –La voz de Amparo le llegó desde un sitio remoto, apenada, sin fuerza para que reaccionase–. No les hagas caso. Hablan sin saber. Seguro que si te hubieran visto, se habrían puesto más suaves que un guante.

Olga miró a un lado y a otro, en un gesto de inseguridad que hasta a ella le pareció reflejo de su desconcierto. Amparo se secó las manos en el babi. Había sido una de las personas que más la había ayudado y, al escuchar su respuesta, Olga dudó si Celia le había dicho que pasara por allí o por la sede del sindicato. Tal vez observaba a todo el mundo con excesiva suspicacia, pero el ademán afable que vislumbró en la sonrisa de Amparo la había entristecido de repente, hasta el punto de tener que morderse el labio inferior para evitar las lágrimas.

–Quizás otro día –dijo abriendo la puerta trasera para que Íñigo se montara en el coche.

Era un Mercedes diésel de alta gama, verde oscuro. Amparo se quedó mirando cómo maniobraba en la explanada de la iglesia y giraba camino del colegio. Olga no le devolvió el saludo que le hizo con la mano. Conducía inclinándose hacia el volante, y de vez en cuando miraba por el retrovisor a Íñigo, a quien llevaría a casa de Adela, con sus hermanos. En realidad, le desagradaba actuar así; después se arrepentía de inmediato, porque en esa descortesía instintiva reverberaba una frase que su madre utilizaba como justificación cada vez que dejaba a alguien con la palabra en la boca: «¿Cuándo aprenderán a no hablar tanto?». Por otra parte, estaban las oleadas súbitas que, si bien procuraba controlar, le seguían debilitando las piernas: el vacío en el estómago, el nudo en la garganta, la opresión en el pecho. Todo se mezclaba de manera confusa. Y continuaba temiendo desmoronarse.

Pero, por muy aturdida que se sintiese, no podía dejar entreverlo. Aun cuando la necesidad de suspirar fuese una forma de alivio, debía intentar que no fuera demasiado ostensible. De vuelta de Bellavista, tras dejar al niño, aparcó el coche junto a la plaza del Minero. Nunca había entrado en el edificio que alojaba los sindicatos. Esquivó las mesas del casino de la planta de abajo, las miradas de los hombres que jugaban al dominó y tomaban aguardiente. Al hacerlo, Olga fue consciente de la gabardina cruda que llevaba, estilo inglés, ceñida por el cinturón del mismo tono; de las medias marrón oscuro; de los zapatos de tacón bajo. También de que le sujetaba el pelo un pasador

de carey ovalado. Y de que, aunque cubriese su cuello con un pañuelo de cachemir a juego con el bolso y ella ya no se sintiera así, todavía era una mujer joven.

Subió las escaleras y no supo a qué puerta llamar. Las tres parecían iguales, con sus puños de color rojo y los carteles en los que aparecía invariablemente la palabra HUELGA. Se acordó de su padre, cuando afirmaba que cualquier empresario hacía más por el país que todas las proclamas sociales. A su madre, en cambio, hablar de política siempre le pareció una vulgaridad, y ella había hecho suya en parte esa opinión. Preguntó en la única oficina que tenía la puerta abierta y la remitieron a la de la izquierda. Celia estaba comentando unos papeles con un compañero y la invitó a pasar con la mirada. Olga siguió no obstante de pie sin moverse, abstraída en el humo del tabaco, que llegaba a confundirse con las nubes que se divisaban tras los ventanales. Tardó en reaccionar cuando Celia le dijo que se acercara a su mesa. No dejaba de sorprenderle lo nerviosa y exclusiva y firme en sus propósitos que podía llegar a ser su amiga, si es que podía considerarla de ese modo.

–Siéntate.

Celia aplastó el cigarrillo apresuradamente, dejándolo medio encendido en el cenicero. Hizo un movimiento circular con la cabeza, como si le doliesen las cervicales; tenía ojeras. ¿Qué era lo que siempre se había interpuesto entre ellas? La gente criticaba su despreocupación, la ligereza con la que se desenvolvía; sin embargo, Celia se tomaba en serio su trabajo, y exudaba una tensión permanente. Además, pensó Olga, después de la muerte de Javier había mostrado una intención sincera de echarle una mano. ¿Qué importaba lo que cotillearan a sus espaldas?

–Lo he estado consultando y está complicado –dijo Celia.

–¿Por qué?

Olga fue la primera sorprendida por su tono y frunció el ceño.

–No tienes formación. Ni experiencia.

–Empecé el bachillerato superior e hice un curso de secretariado. Sé mecanografiar. Hablo dos idiomas, y leo y escribo en francés. Creo que es mucho más de lo que pueda ofrecer cualquiera.

–Sí, pero un sindicato no es una agencia internacional de trabajo.

–Me dijiste que harías lo posible.

–Y eso he hecho.

–Tú tienes influencia.

–Todo está muy mal, y en la empresa...

–No, en la empresa ya te dije que no. –Olga desvió la mirada hacia la ventana–. En una tienda, en algún negocio privado. Llevando la

contabilidad. En algo donde no tenga que estar en contacto con la gente.

–Pero ¿no ves que lo que me pides es imposible? –Celia sonrió con desasosiego, con el precipitado temblor que le quebraba el habla cada vez que se excitaba.

–Estoy segura de que podrás conseguirlo.

Olga se dio cuenta de que Celia se contenía para no decirle: «Tú ya no estás en condiciones de exigir nada», y aun así, mantuvo la barbilla erguida. Celia se revolvió y respiró hondo. Le rehuía la mirada. Cada uno de los gestos de Celia, fuera a la edad que fuese, había denotado una inquietud demasiado palpable. Siempre había sido de esa forma, y ahora recolocaba una y otra vez el paquete de tabaco, jugueteando con el encendedor. Luego miró fijamente a Olga y dijo:

–Lo seguiré intentando, pero no puedo asegurarte nada.

Olga asintió.

–Quizás deberías buscar por otra parte.

Por mucho que la mirasen y cuchichearan, Olga no había dejado de sentirse incorpórea desde la muerte de su marido. Y la gente debía de notárselo cuando la escrutaba con aquella mezcla de compasión y severidad crítica. Por fortuna, ya nadie le daba el pésame. Había soportado a duras penas la avalancha de condolencias. Escuchaba «Lo siento» o «Lamento mucho su disgusto», y se quedaba perpleja ante la facilidad con la que brotaban las palabras tras los sollozos. A veces, al principio, esos llantos eran tan estentóreos que incluso a ella le producían vergüenza. Otras veces, permanecía observando a las visitas y se preguntaba cómo podría volver a hablar con una voz normal, utilizar las palabras cotidianas o sencillamente decir algo que no estuviera relacionado con la muerte de su esposo. Y sin embargo, a pesar de las punzadas de dolor e incredulidad y las indirectas cargadas de sentido, había procurado tratar a todo el mundo amablemente.

Ahora todos parecían saber más que ella de la que había sido su vida y se preguntaba si, en algún momento, esa presión la haría reaccionar de manera inoportuna. Debido a su atolondramiento, había dejado de advertir los detalles y, tras los primeros meses desvanecidos en una neblina espesa, ni se había dado cuenta del tránsito del invierno a la primavera. Una mañana, después de dejar a los niños en el colegio, se detuvo en mitad de la calle y se llevó un rato mirando los carteles electorales, con indiferencia, igual que si se hallase ante una lejanía sin referentes. Y solo al tomar conciencia de la cara de la candidata, se vio a sí misma ridícula, allí parada, como un pasmarote.

Más tarde, cuando ayudaba a Pachi con los deberes mientras preparaba la cena, pensó que la aspirante a la alcaldía tenía un rostro simpático, con su pelo corto y su flequillo, los arcos de las cejas perfilados y la sonrisa blanca. Pese a que tenía un aspecto más moderno, debía de ser de su edad. Sin embargo, la blusa clara, el cuello festoneado y la chaqueta oscura con rayas estrechas le daban un aire resolutivo del que ella carecía por completo: o quizás lo hubiera tenido en otro tiempo, pero ahora lo había perdido. Íñigo coloreaba de azul un elefante al otro lado de la mesa, y Olga dudó si le habría echado sal a la comida. Pachi había empezado a leer el enunciado de su problema: en una frutería en la que había treinta y tres tomates y cada tomate pesaba cincuenta gramos, ¿cuántos tomates quedarían después de que alguien comprase un kilo? A Olga le picaba la nariz y, al rascarse, comprobó que los dedos le olían a cebolla.

Se preguntó qué pensaría Javier de la candidata a la alcaldía y, fuera por la cebolla o por querer seguir contándole cuanto le sucedía a su marido, notó que se le saltaban las lágrimas. Se secó con el delantal rápidamente para que no la vieran los niños. ¿Hasta cuándo tendría que ocultar su dolor? Sus hijos se habían comportado desde el principio como si no hubiera pasado nada, sin hacer alusiones a la ausencia de su padre. En consonancia con el fingimiento de los adultos, aparentaban normalidad y disimulaban cómo se sentían. Únicamente las pocas veces que la habían visto llorando, se habían quedado ensimismados y un poco abatidos. ¿Cómo podía ser que ya hubieran pasado siete meses?

Fernando llegó del tenis; se sirvió un vaso de agua y se sentó a la mesa de la cocina, junto a sus hermanos. Sonrió al ver el elefante de Íñigo y le dio un pescozón a Pachi.

–Te estás saliendo –le dijo alargando el cuello para ver su dibujo–. Déjame ayudarte.

–No –respondió Íñigo sin levantar la cabeza.

–Dúchate –le dijo Olga.

–Vas a estropearlo –insistió Fernando. Íñigo apretó el lápiz con más fuerza y se puso a colorear enérgicamente, garabateando líneas sin ton ni son–. ¡Trae! –Y al forcejear, el lápiz de cera se rompió y la parte más larga salió rodando por el suelo.

Íñigo comenzó a llorar.

–¿Quieres dejarlo tranquilo? –se enfadó Olga.

–Es un exagerado. ¡Ha sido él, yo no he hecho nada!

En ese momento sonó el timbre.

–¡Pido no! –dijeron automáticamente Fernando y Pachi.

–¡Yo lo he dicho antes! –gritaron los dos de nuevo.

–¡Mamá, Fernando me ha roto el lápiz!

–Acusica.

–¿Podéis abrir de una vez? –se volvió Olga.

Pero sus hijos no le hicieron caso. Íñigo seguía llorando mientras sus hermanos se enzarzaban en quién se lo había pedido primero. Olga se secó las manos en el delantal y acarició la cabeza de Íñigo antes de dirigirse a la puerta. Al asomarse a la mirilla y ver el pelo blanco tirando a malva de Pepita, recordó que no había ido a por los pantalones que le mandó con Adela, hacía más de una semana, para que le pusiese rodilleras al chándal de Íñigo y le alargara el bajo a los vaqueros y los grises de pinzas que Pachi heredaría de Fernando. Los dobladillos habían quedado como nuevos. La antigua costurera de su madre también había repasado los ojales de un jersey y arreglado los puños de dos camisas. Y lo traía todo perfectamente planchado.

–Discúlpeme –dijo Olga–. ¿Por qué ha venido usted a estas horas? Hubiese ido yo cualquier día de estos. Pase.

–No me entretengo. Como desde el entierro no había venido a verte... Yo se lo decía a Josefina. Le decía: «Tengo que ir a ver cómo está Olga». Pero tampoco quería molestar. Me figuré que tendrías muchas visitas y que quizás prefirieses estar tranquila. Se lo dije a Josefina. Así que ahora he aprovechado que podía traerme Manolín y he hecho las dos cosas.

–¿Cómo dice?

–Manolín, el hijo de Josefina, mi vecina. Desde que estoy con la artrosis, no puedo venir andando a Bellavista igual que antes. Y como no había podido venir a verte...

–Ah –mostró Olga su estupor–. Entre. Los niños están en la cocina.

Y mientras cerraba la puerta, dijo en voz alta:

–¡Fernando, sube a tus hermanos al baño!

–¡Cinco minutos más, por favor! –gritó en actitud de rezo Pachi, que nunca quería dejar de jugar ni desaprovechaba ocasión para hacerlo.

Íñigo apareció lloroso.

–¿Qué te ocurre, corazón? –le preguntó Pepita.

–Fernando ha roto mi lápiz.

–Habrá sido un accidente.

–No.

–¿Cómo que no?

–Lo ha hecho queriendo.

Íñigo se limpió la nariz con el brazo y desapareció corriendo.

–Qué rico es... Es un tesoro.

Pepita no se atrevía a avanzar por el pasillo. Olga iba recogiendo prendas de ropa y poniendo orden a su paso.

–Venga conmigo al salón. ¿Qué le debo? ¿Quiere tomar algo?

–No, gracias. Ya me voy. Me ha acercado Manolín. Solo he venido a traerte la labor y, de camino, a hacerte la visita.

Los niños seguían peleándose. Pepita miró, apurada, a la cocina.

–¡Fernando, por favor! –gritó Olga–. Te he dicho que te lleves a tus hermanos arriba y que os vayáis bañando. –Y volviéndose a Pepita–: Los niños, ya sabe…

Lo lamentó enseguida al acordarse de que Pepita nunca había estado casada ni tenido hijos, aunque por otra parte, había pasado más horas con ella y con su hermana que las niñeras que contrataba y despedía cada dos por tres su madre. Aunque más lenta de piernas, Olga la encontraba igual que cuando venía a coser a su casa. ¿Cuánto hacía de eso, quince, veinte años? Fernando tenía ahora doce, ella se casó con veintitrés y dio a luz justo a los nueve meses…

–Demasiado bien lo llevan.

–¿De verdad que no quiere sentarse?

–No, que aquella gente dirá… Manolín estará esperándome en la garita…

De la calle venía un sonido amortiguado de gramola. Una música. Alguien anunciando algo.

–Pues dígame qué le debo.

–Señorita Olga…

Pepita la había agarrado de las manos, que acababan de coger el monedero. A Olga la incomodaba que la siguiese llamando como cuando era pequeña.

–Yo ya no trabajo. Si acepté tu encargo es porque tenemos confianza, porque tu madre siempre me trató bien y porque imagino lo que estarás pasando.

–¿Ha dejado de coser?

–Hace dos años. Por la artrosis.

–¿Y por qué no me lo dijo?

–Quise explicárselo a la señorita Adela…

–Pero si no me cobra, no podré encargarle más cosas.

–De eso ni hablar. Tú me las traes. Que si yo veo que no puedo, se las daré a Josefina.

–Pero…

–Ni peros ni peras. Suficiente tienes con tus hijos.

Olga estaba pendiente de los llantos que venían de la planta de arriba. Y Pepita, que se habría dado cuenta, dijo con una sonrisa antes de salir:

–No hagas caso de nadie. Lo estás haciendo muy bien. El tiempo pone a cada uno en su sitio.

En ese momento, vino un grito del baño y Olga no reparó en que ni siquiera le daba las gracias. Se percató instantes después, tras regañar a los niños desde el hueco de la escalera. Volvió a abrir la puerta, pero ya no vio a Pepita y no se decidió a salir en su busca, con los niños peleándose en la bañera. Entre los chillidos de sus hijos, le llegaba una voz ronca de hombre, como afónica. Venía del megáfono de un Simca 1200 forrado de carteles, según pudo vislumbrar entre los visillos.

–¡Mañana viernes, a las siete y media, en el cine-teatro, gran mitin electoral! Lo nunca visto. Una mujer alcaldesa. Vota Margarita de la Torre. Vota Marga. ¡Vota PSOE!

A principios de semana, Olga fue al banco y comprobó que apenas quedaba nada en la cuenta que había estado a su nombre y al de Javier de manera conjunta. Ella siempre se había desentendido de esas cosas, por lo que tuvo que ser el empleado que modificó la titularidad quien le explicara en qué consistía el régimen de gananciales. Desde que se casaron, habían compartido todo lo que ella había tenido y todo lo que Javier ganó durante años en la empresa. Olga había confiado en su marido desde el principio, y dejó que gestionase libremente su herencia y los ahorros familiares. No hizo caso de lo que le dijo su madre y, al poco de la boda, cerró su antigua cartilla de soltera. Nada ni nadie había podido hacer nunca que dejara de creer en él. Jamás había habido secretos entre ellos. Y sin embargo, todo lo que habían conseguido juntos se había esfumado y ahora tenía que ponerse a buscar trabajo. Porque en la cuenta no había rastro ni de la herencia que Olga recibió cuando murió su madre, ni del dinero que Javier obtuvo por la venta del piso de la playa.

Al salir del banco, en lugar de dirigirse a casa, condujo hasta el final del pueblo y se adentró por el carril que llevaba al dique. El camino de tierra estaba seco y lleno de baches y, cuando las piedras empezaron a chocar con la parte baja del coche, se vio obligada a aminorar la marcha. Era la primera vez que iba allí sin compañía y, mientras aparcaba junto a la orilla, comprendió que si se había escapado de esa forma sin decirle nada a nadie era porque estaba harta de preguntarse qué pensaban de ella. Hacía un día esplendoroso de finales de marzo. Aún era temprano, los niños no saldrían del colegio hasta la una y media, no tenía hambre. Bajó del coche y respiró profundamente la amplitud y el silencio. Solo se oía el zumbido de los insectos y el aleteo acompasado de los pájaros. Aspiró

el aroma de los pinos y la flor de la jara; incluso le pareció oler una brisa fugaz de romero. El sol se reflejaba en el agua con intensidad y, en un gesto que para ella alcanzó cierto grado de liberación, se quitó la chaqueta y se quedó en manga corta.

Caminó por el borde del agua y atravesó, de puntillas y con los talones al aire, el que todo el mundo llamaba muro chico. Había sido su padre quien le enseñó a hacerlo de aquella forma, como una equilibrista, y desde entonces siempre había cruzado así cada vez que venía al pantano. Luego continuó un rato por el muro grande hasta que decidió sentarse. Le colgaban los pies y, debajo, se apreciaba la hondura del embalse mientras, a su espalda, la presa se precipitaba en una pendiente de más de cien metros. Desde niña, había escuchado rumores; los oía detrás de la puerta, a las criadas, a Pepita o incluso a Amparo, cuando venía a peinar a su madre; y ahora dudaba si se tirarían hacia el agua o al vacío. Como ella había aprendido muy pronto a nadar en la piscina del club, no podía concebir que alguien se ahogase; pero muchas mujeres no sabían, le había contado Amparo, y la mayoría ni se atrevía a bañarse en público.

Adela, igual que ella, nadaba muy bien. Sin embargo, Celia chapoteaba con torpeza, aquella vez que la invitó a la piscina por su cumpleaños. Debían de tener la edad que tenía ahora Fernando. Después perdieron el contacto; hasta el instituto, donde coincidieron de nuevo y volvieron a ser amigas. Su relación siempre había sido un reguero de encuentros y desencuentros. Olga no se acordaba de ella, por ejemplo, en la fiesta del club con motivo de su puesta de largo. Aún podía ver a su padre de pie en la barra de madera, trajeado, charlando con los ingenieros y los directivos de la empresa. Las mujeres se sentaban al otro lado del salón, como cuando se celebraba la rifa navideña. Olga pensó en lo mucho que disfrutaba ese día de niña; pero después solo siguió yendo por compromiso y, con el tiempo, ni se esforzó para que no le notasen el disgusto de estar allí y no en un guateque con *pick-up*. Curiosamente, en una de esas rifas conoció a Javier, recién llegado de Madrid. Se lo presentó su padre. Estuvieron buscándose con la mirada toda la noche, y al día siguiente la llamó por teléfono.

Pero Javier ya no estaba allí, por mucho que su ausencia siguiera siendo para Olga algo incierto. De hecho, ante esa nueva circunstancia, la belleza del paisaje se le antojó de una extrañeza tan inusitada como la que le producía volver a mirar el azul del cielo. Más allá del agua se extendía el resplandor de los pinares, vibrantes bajo el sol, y al contemplarlos Olga suspiró de nuevo. La primera vez que vio a Javier tirarse a la piscina del club le pareció Johnny Weissmüller,

recordó mientras inclinaba la barbilla hacia arriba y se echaba para atrás, hasta apoyarse en los codos. El agua brillaba con limpieza y todo estaba en calma, en una quietud perfecta. A finales de aquel verano hicieron oficial el noviazgo y, dos años después, se casaron. El tiempo que había pasado con él había transcurrido demasiado rápido. Porque la siguiente imagen que le vino, mientras cerraba los ojos, era una en la que ya estaban los cinco montados en el coche, cuando fueron a Sierra Nevada, los críos refunfuñando en el asiento de atrás y Javier conduciendo, sonriente, con un cigarrillo entre los dedos.

Dejándose llevar por una vaga somnolencia, Olga se permitió imaginar que habían ido al dique también los cinco juntos, y que los niños pescaban con Javier al otro lado del muro mientras ella tomaba el sol tranquilamente. Luego abrió los ojos y se puso en pie. Miró el embarcadero, las láminas de plata en las que se contoneaba el agua, el verde de los árboles. Balanceó el cuerpo hacia delante y entonces decidió vender el Mercedes y dar clases particulares. Fue algo instantáneo y le sorprendió su firmeza, lo fácil que resultaba dar la espalda a cuanto habían amado. Javier adoraba ese coche, y los niños lo consideraban casi como una prolongación de su casa. Para no tener que pasar por la humillación de colgar carteles ni andar con anuncios, se lo diría a Rafael y seguro que él le encontraba alumnos y un comprador que ofreciera una cantidad aceptable. El automóvil aún tenía muy pocos kilómetros. Además, formaba parte del pasado. Y el pasado ya no se podía recuperar. Aunque todas las noches, cuando se quedaba sola en casa después de que los niños se acostaran, esperase el ruido de las llaves y que él entrase de nuevo por la puerta.

Esa misma tarde, después de prepararles un bocadillo de fuagrás para la merienda, aprovechando que ya oscurecía más tarde y que Fernando tenía tenis, se acercó al club con Pachi e Íñigo. Rafael estaba en la oficina, pero se levantó ceremonioso nada más verla, con su chaqueta azul marino y su pañuelo de seda entre el cuello de la camisa. Olga les dijo a sus hijos que se fueran a jugar a la marquesina y, sin preámbulos, le contó sus propósitos. Se sentía rara tomando aquella decisión por sí sola, sin comentarla antes con su marido. Rafael se la quedó mirando con la mejilla apoyada en una mano flácida. Olga estaba acostumbrada a tratarlo con la misma confianza irónica con la que su madre había acudido a él cada vez que necesitaba una gestión importante. Era como de la familia. Se conocían de los tiempos en que ella jugaba al tenis con su padre y Rafaelito fue nombrado adjunto del secretario del club, al que

acabaría reemplazando al cabo de pocos años.

–De acuerdo, pero quizás no sea el mejor momento. Corren tiempos revueltos.

Olga sonrió. Estaba acostumbrada a la grandilocuencia y a los rodeos de Rafael. Tratara el tema que tratase, antes de decir lo que tuviera que decir, lo dotaba invariablemente de misterio. A Olga le divertía cómo hablaba, su modo de hundir las mejillas y sus gestos amanerados.

–El anterior alcalde, aunque comunista, nos dejó tranquilos. Se centró en los expedientes de empleo y eso, pero a nosotros no nos molestó nunca... En cambio, de esta que viene ahora... No me fío... La veo demasiado envalentonada, sacando pecho por lo de la autonomía y por pertenecer al partido del Gobierno.

–Discúlpame, pero no entiendo qué tiene que ver con la venta de mi coche.

–He oído que el nuevo Ayuntamiento quiere replantear su relación con la empresa –dijo Rafael con una mirada ambigua–. Entre otras cosas, revisando la propiedad del suelo.

–¿Y?

–Si las casas se ponen en venta, la gente querrá comprarlas.

–Pero la gente del pueblo no podría comprar mi coche ni aunque quisiera.

Rafael arqueó las cejas.

–Cuando se habla de venta de casas hay que incluir también los chalés y Bellavista.

–¿Cómo?

–Lo que oyes, querida. Si se desvincula la propiedad de la vivienda de las prerrogativas de la empresa, cualquiera podrá venirse a Bellavista.

–Pero eso no es posible.

–Todo dependerá del poder adquisitivo, como se dice ahora.

–Entonces será mejor que nos demos prisa. ¿Cuánto podrías sacar?

–No lo sé, ya te he dicho que la coyuntura no es favorable.

–Aproximadamente.

–¿Trescientas mil?

Era menos de lo que había esperado pero podía ser suficiente, pensó Olga por la noche, cuando los niños ya se encontraban durmiendo, siempre y cuando le sumase las clases particulares. Compraría un par de conjuntos nuevos para Fernando y mandaría a arreglar los suyos para Pachi. Lo peor iba a ser decirles que, dentro de poco, ya no tendrían coche. Después de la marcha de Clara y de la venta del piso de Punta Umbría, no estaba segura de cómo se lo

tomarían. Todo iba muy rápido, pero algunos días le parecían interminables. Como cuando los niños se acostaban y ella se sentaba en el sofá, delante del televisor, y no prestaba atención a lo que salía en la pantalla. Podía llevarse así un buen rato y comprobar después que no habían pasado ni veinte minutos: sin pensar en nada; o pensando en todo al mismo tiempo.

Y hasta cuándo le duraría aquel peso frío que le dificultaba respirar, el silencio de la casa en el momento en que los niños se dormían, la extrañeza de tener la cama entera para ella. La primera mañana que fue consciente de despertarse sin él a su lado, experimentó la misma sensación plomiza que cuando reñían y al día siguiente no recordaba por qué habían discutido y lo único que quería era arreglarlo. Bajó a la cocina y la casa le pareció más grande, vacía y llena de ecos. La luz de la mañana no había devuelto las cosas a la normalidad, como ella había esperado. Por el contrario, todo se le antojaba desvaído. Así tomó conciencia, por primera vez, de aquel silencio árido.

Olga apagó la tele y se aseguró de que la puerta de la cocina estuviese bien cerrada. Últimamente, antes de conciliar el sueño, imaginaba a un hombre merodeando alrededor, en el jardín, pegando la cara a los cristales para ver lo que había dentro. Al menos, calculó una vez en la cama, con el dinero del coche y las clases de inglés podrían pasar el verano sin sobresaltos. Podría incluso aguardar al invierno y, en sus largas noches, pensar cómo reharía su vida.

2

Conforme avanzaba la primavera, Olga fue cuadrando dos grupos a los que dar clase, uno de nivel inicial y otro más avanzado, y para finales de mayo ambos ya funcionaban plenamente. Los alumnos eran, en su mayoría, hijos de socios del club a los que Rafael había persuadido, casi todos de Bellavista, aunque también había algunos de los chalés, puesto que se había corrido la voz entre las mujeres de los directivos de la empresa y en Riotinto no había otra forma de ampliar los estudios de inglés.

–Has acertado abriendo tu academia –le dijo una tarde Adela.

Había ido a esperar a que su hijo saliera de su clase de nivel inicial para charlar con su amiga.

–No es una academia –respondió Olga.

Las dos estaban sentadas a la mesa de la cocina frente a una taza de té. Por la ventana abierta les llegaba el olor a savia y polen del jardín, y el canto de los vencejos.

–No importa cómo la llamemos. El caso es que, gracias a ti, nuestros hijos aprenderán el idioma del futuro.

–Ojalá prospere.

–Claro que prosperará. Yo estoy encantada. El nivel que dan en la escuela es muy bajo, y quiero cerciorarme de que Pablete tenga base cuando vaya a los maristas.

Habían hablado mucho de eso y Olga guardó silencio.

–¿No te daría pena tener que separarte de él? –preguntó al cabo de un instante.

–Por supuesto que sí, pero su educación debe estar por encima de todo.

Olga recordó que fueron muy pocas las jóvenes de su edad que siguieron estudiando después de la escuela y que, mientras Adela marchó a Huelva a hacer el bachillerato en las teresianas, ella lo empezó en el instituto de Riotinto. Sin embargo, Adela no pasó del primer año de elemental, y ella inició el superior pero acabó matriculándose en el curso a distancia de secretariado. Olga notó que Adela quería preguntarle por Fernando y que hacía un esfuerzo por controlarse. Sabía de sobra lo que su amiga opinaba acerca de la

enseñanza pública, la importancia que le había dado siempre a que sus hijos fueran a la escuela con uniforme: lo mucho que había fantaseado con que su hijo marcharse con Fernando a la capital, a hacer el BUP en un colegio religioso. Olga, en cambio, se había dado cuenta de que Pablo no parecía estar muy dotado para el inglés, aunque se guardó mucho de decírselo a la madre.

Al principio, se había sentido un poco insegura y, como no tenía tiempo de prepararse bien las clases de nivel avanzado, a veces recibía preguntas de los alumnos que no sabía responder de inmediato. Su conocimiento de inglés era sobre todo oral, puesto que su madre le había hablado de niña en ese idioma tanto como en castellano. Y aunque ella misma había estudiado unos años gramática con don Federico Kane, había aspectos que, por la falta de uso, tenía completamente olvidados. Cada vez que se acordaba de don Federico Kane, que era un ingeniero irlandés que se había quedado a vivir en Bellavista con su esposa después de jubilarse, a Olga le hacía gracia la costumbre que había en Riotinto de españolizar el nombre propio y dejar el apellido en inglés, aunque luego se castellanizara también la forma de pronunciarlo. Olga recordaba su cara maciza y roja, su pelo blanco hacia un lado para disimular la calva, sus ademanes robustos, tan parecidos a los de Juan Pablo II. Con él, su hermana y ella habían estudiado el método de Lewis Th. Girau, y Olga trataba de repetir ahora en sus lecciones los ejercicios de pronunciación que había practicado de niña, sentada a la mesa camilla de Mrs. Kane.

Por lo general, sus hijos permanecían en el jardín o en sus cuartos mientras Olga impartía las clases en el salón con la puerta entreabierta. Sin embargo, a veces se peleaban y sus gritos impedían que los alumnos se concentrasen. Entonces se veía obligada a salir a regañarlos y, en ocasiones, se traía de vuelta a Íñigo o a Pachi y los ponía a dibujar o a seguir la clase. Eso le hizo pensar que quizás sería bueno que sus hijos también comenzaran a estudiar inglés, y decidió que se incorporaran con los demás niños. Íñigo era todavía demasiado pequeño, pero Pachi y Fernando estaban preparados. De hecho, tras unos pocos días en el nivel inicial, Fernando empezó a aburrirse al captarlo todo rápido y, para que no distrajese a su hermano y a Pablo mientras ella explicaba, aunque tuviera la misma edad que el hijo de Adela y fuese el más pequeño del siguiente grupo, Olga determinó pasarlo al superior, con los alumnos que ya estaban en el instituto.

El dinero de las clases, no obstante, no daba para cubrir todos los gastos y, mientras no se resolviese la cuantía que debía percibir como pensión de viudedad, a Olga solo le quedaba aumentar el número de horas o buscar otro trabajo complementario. Sin embargo, no parecía

haber muchos más niños y adolescentes en Riotinto cuyos padres estuviesen dispuestos a pagarles clases de inglés, por lo que se vio obligada a ahorrar por primera vez en su vida. No es que con Javier hubiese despilfarrado: en comparación con Adela y Eduardo, ellos habían llevado una vida austera; sin lujos ostentosos, pero con todas las comodidades. No se habían privado de tener un buen coche y un apartamento en la playa, por ejemplo; ni de que sus hijos vistieran ropa de marca; y todo eso, se decía Olga mientras sus alumnos contestaban al *listening* del radiocasete, se había vuelto ahora imposible.

Le gustaba asomarse a la ventana cuando les daba unos minutos para responder a las preguntas de un ejercicio, y a veces se ponía a pensar cómo saldrían adelante y, otras, se quedaba absorta en los setos del jardín o permanecía observando, con la mente en blanco, a los mirlos que se posaban en las ramas y cuyos gorjeos podían apreciarse incluso a través de los cristales. Los alumnos eran por lo general aplicados y respetuosos, y hacían todo lo que ella les proponía, aunque en ocasiones Olga pensaba que quizás no la comprendían del todo. Ella les preguntaba si lo habían entendido, con una voz dulce y al mismo tiempo firme, pero los chicos asentían cabizbajos y no se decidían a consultarle sus dudas, como temiendo que los reprendiera o se lo contara después a sus madres. De hecho, Olga intuía que algo no iba bien. Si se ausentaba un momento para ir a la cocina o atender a Íñigo, descubría que los alumnos siseaban y hacían bromas entre sí; bromas que, en cuanto ella volvía al salón y se sentaba a la mesa, reprimían de un modo tan tajante que incluso sonrojaba a los más tímidos y responsables.

No reparó, sin embargo, en que, al menos en la clase de nivel superior, era Fernando el que fomentaba las distracciones. Una tarde Olga fue a por un vaso de agua y, al volver, se quedó un instante tras la puerta y escuchó a su hijo susurrar a los otros que su padre había salido despedido en una curva porque el coche de la empresa no era tan bueno como el suyo, el Mercedes que se pegaba a la carretera como si fuese por raíles y que le había costado una fortuna, porque su padre ganaba mucho dinero y por eso veraneaban todos los años en Punta Umbría, en un chalet enorme al que volverían en cuanto les dieran las vacaciones. Olga se quedó paralizada. No sabía si irrumpir en el salón y reñir a Fernando delante de los demás sería contraproducente. Aunque, por otro lado, tampoco podía dejarlo pasar: debía hablar con su hijo y explicarle por qué no debía ir por ahí diciendo mentiras.

Al final entró y actuó como si no hubiese oído nada. Los chicos se

recompusieron de inmediato y continuaron la clase sin mucho entusiasmo. Olga tenía la impresión de que sus alumnos se aburrían cada vez más, que memorizaban lo que debían estudiar pero no progresaban en su aprendizaje. Trató en las siguientes sesiones de resultar más animada, incluso bromear con ellos y hacerles la lección más amena; sin embargo, tras un primer repunte que parecía indicar una leve respuesta, al cabo de un par de semanas no supo cómo seguir manteniendo el interés y sus alumnos languidecieron hasta volver a la indolencia del principio. Y entre ese problema, los apuros económicos y la venta del coche que no acababa de cerrar Rafael, Olga no encontró el momento adecuado para sentarse a solas con Fernando y hablarle tranquilamente de su padre.

Un par de clases después, mientras el grupo de Fernando trabajaba en silencio, Olga se acercó al ventanal que daba al jardín para ver si Pachi e Íñigo jugaban sin pelearse y, al oír un murmullo seguido de risas, se giró turbada y llamó la atención a sus alumnos de una forma más desabrida que de costumbre. Había intuido que sería su hijo el responsable del bisbiseo, pero quienes murmuraban eran los alumnos sentados en la parte opuesta de la mesa. Olga les preguntó qué ocurría y, como viera que nadie contestaba, volvió a preguntarlo en un tono crispado.

–Es que nos aburrimos –dijo Jacobo, que cursaba primero de BUP pero parecía el menos despierto para comprender el inglés, y el menos aplicado.

–¿Os aburrís o te aburres tú solo en concreto? –replicó Olga echándole una mirada al resto.

–Me aburro, nos aburrimos, no lo sé –sonrió el alumno–. No se lo tome a mal, señorita Olga. Pero es que siempre hacemos lo mismo.

–Está bien –trató de recomponerse Olga–. Dile a tu madre que venga el jueves a hablar conmigo.

Jacobo vivía en los chalés y, como no llevaban en Riotinto mucho tiempo, Olga no conocía bien a su familia. Sabía que su padre trabajaba en la dirección de mineralurgia y que su madre era una mujer de mediana edad atractiva, con acento del norte, como había podido comprobar el primer día que Jacobo vino a clase. Había sido la única madre que acompañó a su hijo hasta allí y que se había interesado por el material que utilizarían. A Olga le pareció cordial pero también un poco tiquismiquis, con una preocupación excesiva por un chicarrón que ya estaba en el instituto y debía de medir casi metro ochenta. Sin embargo, todo el interés que la madre ponía en la educación de su hijo se diluía en cuanto el chico debía actuar por su cuenta. Y eso era precisamente lo que quería preguntarle a la madre

de Jacobo: si en lugar de su método de enseñanza, no se trataría de la poca predisposición de su hijo.

–No estoy de acuerdo –replicó ella el jueves, después de la clase–. Él hace todo lo que usted le manda.

A Olga le pareció una falta de respeto que la madre de Jacobo la cuestionase con su hijo delante.

–Usted no está en clase para comprobarlo.

–¿Me está diciendo que no conozco a mi hijo?

–En absoluto.

–Jacobo hace todos los deberes que usted le pone; sin embargo, no se entera de nada, no lo comprende; es como si le hablaran en chino. Yo trato de ayudarlo, pero quizás usted debería preguntarse si ese libro que usa, ese manual tan antiguo, sigue resultando adecuado ahora que los intereses de los jóvenes son otros.

–¿Qué intereses?

–La sociedad está cambiando a pasos agigantados y a nuestros hijos les gustan cosas distintas de las que nos gustaban a nosotros.

–Si quiere que le sea sincera, no creo que se trate de eso.

–¿Ah, no?

–Su hijo no muestra interés, se distrae, se copia de sus compañeros.

–¿Y no se ha planteado que tal vez sea porque no está motivado?

–¿Motivado?

–Sé por lo que ha tenido que pasar –cambió de tono la mujer– e imagino su circunstancia...

–Sin embargo, no estamos hablando de mí –la cortó Olga de inmediato–, sino de su hijo.

–De mi hijo, del que usted es profesora, en efecto. Mire –añadió sacando lo que parecía un libro de su bolso–, he estado preguntando y me han asegurado que este es el método más apropiado para enseñarles inglés a alumnos de la edad de Jacobo.

La mujer se lo tendió, pero Olga solo se quedó mirándolo y no llegó a cogerlo. Era azul marino, tenía una especie de cómic en las dos terceras partes de la cubierta y un título con letras blancas: *ACCESS TO ENGLISH. STARTING OUT*. Bajo las viñetas, Olga pudo leer también el nombre de la editorial: Oxford University Press.

–Lo he encargado expresamente para usted –dijo la madre de Jacobo–. Por si quisiera echarle un vistazo.

–Se lo agradezco mucho, pero, como comprenderá, no veo pertinente cambiarle el libro a todo el grupo porque un alumno se aburra con un método que está probado que funciona.

–Que quizás le funcionara a usted cuando era estudiante.

–Así es, que me funcionó a mí y que sigue funcionando.

–En tal caso, me temo que no me queda otra que desapuntar a mi hijo de sus clases.

–Me parece razonable.

–Créame que lo siento. Sé la falta que le hace a usted, pero sería una pérdida de tiempo para todos. ¿No piensa lo mismo?

–Estoy de acuerdo. Y ahora, si me disculpa, le rogaría que saliese de mi casa.

Olga cerró la puerta soliviantada, con el corazón palpitándole. Le había indignado la insolencia de aquella señora, más si cabe porque sospechaba en lo más hondo que llevaba razón. Esa desavenencia acrecentó su inseguridad, el hecho inconfesable de que ella era la primera que sabía que no estaba cualificada para enseñar inglés. Quizás, simplemente, no había sido buena idea ponerse a dar clase así como así y, a la mañana siguiente, telefoneó al club para hablar con Rafaelito Áriz. Quiso saber cuándo vendería el coche, pero el secretario le explicó que no le estaba resultando fácil. En cambio, acababa de enterarse de que se había quedado en el almacén un puesto vacante.

–¿De contable? –preguntó Olga.

–No lo sé. Por eso he dudado comentártelo. ¿Estás interesada?

–Puede ser, sí.

–Entonces te concertaré una entrevista con el gerente. Preséntate allí el lunes a primera hora. Y no te olvides de decir que vas de mi parte.

Olga aprovechó que los niños estaban en la escuela y fue a la peluquería. Quería estar presentable para la entrevista. Ya no recordaba la última vez que se había arreglado el pelo. Antes solía acudir a un peluquero más moderno, en Aracena, o utilizaba los viajes a Sevilla para cortarse o teñirse en El Corte Inglés. Pero eso era cuando vivía su marido. Ahora dudaba que Amparo, que no la peinaba desde antes de su boda, fuese capaz de dejarla como a ella le gustaba. Amparo había sido, sobre todo, la peluquera de su madre. Y su madre ya no estaba tampoco entre ellos. Ni su padre.

–Con esa cara tan fina –dijo Amparo mientras le colaba el babi por la cabeza–, te favorecería un corte más osado.

–¿Y el color?

–Yo cambiaría a un marrón rojizo.

–¿Sin mechas?

–Es lo que se lleva, y tú necesitas un cambio de aspecto.

–¿Por qué?

–Por qué va a ser, hija –Amparo ya había empezado a cortar–. Para que se te quite esa cara de mustia. Que no digo yo que no tengas motivos para tenerla, a ver si me entiendes. Lo que a ti te ha pasado ha sido una desgracia auténtica. Sin embargo, la vida sigue. Y tú eres muy joven para guardar ningún tipo de luto. Que se pongan mis vecinas, que están más arrugadas que una pasa, bueno. Pero ¿tú? Aún me acuerdo de cuando iba a casa de tu madre... Lo embobada que me mirabas mientras le colocaba los rulos... Ella siempre quería que te pelara con la melenita corta.

Olga había observado que el hijo de Celia jugaba con un coche metálico, sentado en el suelo, y que la miraba de modo extraño. No se acordaba de su nombre. Recordó que estaba en preescolar con Íñigo, y que su hijo se había inhibido también cuando se encontraron allí, lejos de su ambiente del parvulario.

–Dios sabe que lamenté la muerte de tu marido, que en paz descanse –prosiguió Amparo–. Y lo sentí, sobre todo, porque te dejaba sola con tres niños. Pero si te soy sincera, y si no me crees que me rapten y me lleven por ahí los gitanos, más lamenté la muerte de tu madre. Yo le tenía mucha consideración y aún era joven. Hubiera disfrutado de sus nietos y te hubiese ayudado.

Había dos mujeres en los secadores haciéndose la permanente. Olga las miró.

–No te preocupes –se percató Amparo–. Con el ruido no pueden oír nada. Es como si estuvieran dentro de una lavadora.

Olga notó un contacto en su pantorrilla y reaccionó con una cojetada instantánea, creyendo que se trataba de un perro o un gato. Pero era el hijo de Celia, que seguía jugando alrededor de las sillas, mirándola cada dos por tres fijamente. Aunque sus ojos eran muy parecidos a los de su padre, también tenían un aire a los de su madre. A Olga le había extrañado mucho la reacción de Íñigo, que por lo general se mostraba sociable y cariñoso con todo el mundo. Y se preguntó si Adela no tendría razón en lo de llevar a los niños a un colegio privado en Huelva. Sin embargo, fuera como fuese, ya no podría permitírselo.

–¿Qué tal está su hija?

–¿Celia? –exclamó Amparo–. Apenas la veo. Como ahora está de concejal pero no ha dejado la UGT, se lleva todo el día en la plaza del Minero, del ayuntamiento al sindicato y del sindicato al ayuntamiento.

–No sabía que se hubiera presentado.

–Cualquiera se lo quitaba de la cabeza. Yo le he dicho que por qué no monta una tienda de campaña en mitad de la glorieta, como los trabajadores de la mina cuando se ponen en huelga. Porque a veces no

vuelve a casa ni para comer. Así se está criando este –señaló con el peine a su nieto–. Todo el día aquí, rodeado de mujeres.

Olga lo miró y notó cómo el niño retiraba inmediatamente la vista. Amparo le quitó a Olga el babi como si descubriese un regalo.

–¿Qué? ¿Cómo te ves?

Era el mismo corte que llevaba la candidata de los carteles que había ganado las elecciones. Girando la cara de un lado a otro para mirarse en el espejo, solo se le ocurrió responder:

–Bien.

Pero la verdad era que se encontraba rara. Acostumbrada a su media melena y sus mechas rubias, no acababa de sentirse cómoda. Cuando el domingo fue a vestirse para ir con los niños a misa, no supo qué ponerse, porque le pareció que ningún conjunto le iba bien al nuevo color de pelo. Pasó la eucaristía con la cabeza ida, sin escuchar nada. Ni siquiera en el momento de comulgar pudo centrarse y dejar de pensar en lo del lunes. No había sido capaz de habituarse aún a que la gente del pueblo siguiera escudriñándola; y eso le hacía preguntarse a veces si no habría un sitio al que pudieran mudarse para estar los cuatro solos, tranquilos. Pero después pensaba en lo mucho que le gustaba vivir en el barrio inglés y desechaba la idea. Sin embargo, al salir percibió cómo precisamente eran unas vecinas de Bellavista las que la escrutaban de un modo que ella conocía bien, porque así era como miraba despectivamente su madre; y al advertir que además parecían escandalizadas, no pudo evitar llevarse una mano a la nuca en un gesto para atrapar el pelo que siempre había estado allí y ya no estaba.

El lunes volvió a dudar sobre la ropa. Pensaba que, si se vestía demasiado bien, su aspecto podría predisponer al director del economato en su contra. Pero, por otra parte, tampoco quería dar una imagen informal. Su madre le había enseñado la importancia de mantener, en todo momento, una apariencia intachable; así se conseguían, para ella, los objetivos en la vida: no con la sumisión laboriosa, dócil y caritativa de la que hablaba la cartilla de urbanidad que se estudiaba en la escuela; sino pisando fuerte, no dando jamás el brazo a torcer, con un vestido elegante. Y Olga quería transmitir determinación, esperanza, en ningún caso la zozobra que escondía dentro de sí como si fuera algo vergonzoso. Al final se decantó por una falda color teja y una blusa de seda blanca y, al comprobar en el espejo del recibidor que se le transparentaba, subió corriendo para coger también la chaqueta verde agua.

Don Manuel era un hombre de poca estatura, de unos cincuenta y tantos años, con un bigotillo recortado. A pesar de que ya comenzaba a hacer calor, la galería baja del almacén se mantenía a una temperatura invernal: don Manuel llevaba un chaleco corinto de lana, con cuello de pico, del que sobresalía una pulcra corbata oscura; y a Olga le recorrió un escalofrío en cuanto avanzaron. La nave olía a humedad, a naftalina y a polvo acumulado. Don Manuel la había recibido cortésmente y la condujo hasta la pequeña oficina del fondo, a lo largo de un pasillo flanqueado por mesas atiborradas de rollos de telas. Aunque del techo colgaban unas barras rectangulares de luz, la tienda permanecía en un ambiente de penumbra desangelado.

–Imagino que lo primero que querrá saber es en qué consistirá el trabajo.

Olga sonrió al otro lado de la mesa; fue a decir algo, pero solo asintió con la cabeza.

–El puesto vacante es aquí mismo, en la sección de telas. Sin embargo, como al parecer usted tiene conocimientos de contabilidad, y en la tienda a veces es suficiente con doña Fanny y las dos dependientas, había pensado que quizás podría echar también una mano en la oficina, con las facturas y las cuentas.

–Por mí, encantada.

Olga estaba convencida de que, aunque el gerente hablase como si el puesto fuera suyo, pasaría a continuación a exponer las dificultades.

–Perfecto –dijo, en cambio, don Manuel–. Pues entonces podría empezar mañana.

–¿Cómo dice?

–Si no tiene inconveniente, claro.

–Al contrario. Solo pensé que quizás habría más candidatas.

–He hablado con el señor Áriz y está todo arreglado. Su perfil es idóneo para lo que buscamos. Espero que el hecho de que sea un trabajo remunerado por la empresa no suponga ningún obstáculo.

–No, no... Por supuesto.

Olga se preguntó de qué habrían hablado exactamente Rafael y el gerente.

–Pues si no tiene más dudas, le presentaré a doña Fanny y ella le enseñará cómo funcionamos.

Lo que todos llamaban «almacén» era el economato que habían fundado los ingleses para cubrir las necesidades de los trabajadores de la empresa, explicó don Manuel. Aunque ya no se utilizaba el sistema de vales y con el tiempo había diversificado su oferta, conservaba la misma disposición de siempre: un par de naves escalonadas de fachada británica estilo industrial, con un doble tejado a dos

vertientes sujeto por estrechas columnas de hierro, que por dentro daban la impresión de tratarse de un solo edificio con dos plantas unidas por una amplia escalera de madera. En la parte baja se hallaban los productos de perfumería y baño, y la sección de calzado y telas, al fondo. Por su parte, la planta superior quedaba dividida por las estanterías abastecidas de alimentos, con una charcutería y una carnicería en un extremo. El despacho de don Manuel estaba al final, entrando por arriba, mientras que la oficina en la que habían mantenido la entrevista apenas había sido utilizada en los últimos años. Ese sería su lugar de trabajo, le indicó el gerente, a no ser que doña Fanny se viese desbordada y la requiriera como dependienta.

Don Manuel pasaba la mayor parte del tiempo en su despacho o en la planta de comestibles, de ahí que doña Fanny reinara en la parte baja a sus anchas, observó pronto Olga, a veces incluso contraviniendo sus órdenes. De facciones decisivas, llevaba un moño que sujetaba tersamente su melena pelirroja y unas gafas anudadas a un cordón sobre su busto poderoso. En cuanto don Manuel se la presentó, doña Fanny la miró de arriba abajo y le tendió una mano blanda de la que Olga solo pudo estrechar los dedos: así era como su madre saludaba también a las amigas que ella traía por primera vez a casa. Con un sigilo con el que pretendía asegurarse de que don Manuel no la oyera, doña Fanny le explicó cuál sería su horario, cómo funcionaban el metro y la caja registradora, la organización de los distintos tipos de telas y, una vez que el gerente se hubo alejado del todo, cómo debía estar pendiente por encima de cualquier cosa de las necesidades de la tienda.

–No se vaya a creer que la hemos contratado únicamente para que se siente en la oficina.

–Por supuesto.

–A veces resulta más difícil cortar la medida exacta de un pliegue de popelín que cuadrar un balance.

–No lo pongo en duda.

–Hay clientas que van sobre seguro. Otras, sin embargo, vienen para que las aconsejemos. Y por eso hay que saber escucharlas y conocer bien el género. Un error de cálculo o de elección puede provocar un estropicio.

–Claro.

–¿Claro? ¿Qué quiere decir «claro»? –se detuvo doña Fanny, mirándola por encima de las gafas. Y antes de que Olga tuviese tiempo de responder, añadió–: Espero que no haya lugar a ningún tipo de equívoco. Por mucho que la recomienden para este trabajo, no quiere decir que naciera sabiendo cómo se desempeña. Atienda bien a lo que

le digo porque no se lo repetiré dos veces.

–De acuerdo, disculpe. Me parece que ha sido un malentendido.

–No ha sido ningún malentendido –replicó doña Fanny–. No se confunda. No siempre puede haber una respuesta para todo, y menos si va a trabajar conmigo.

Su horario de media jornada, tal y como le había pedido a Rafael y don Manuel no le había discutido, era de nueve a dos, de lunes a viernes, y un sábado cada tres semanas. Como los niños no entraban en la escuela hasta las nueve y media, tenía que dejarlos un rato solos, en mitad del desayuno, y confiar en que Fernando fuese puntual a la hora de llevarlos andando. Del mismo modo, a la salida debía darse prisa para que sus hijos pudiesen almorzar y tuvieran tiempo de volver por la tarde al colegio. Además continuaba con las clases de inglés, por lo que durante la primera semana Olga se vio un poco desbordada. Una mañana llegó tarde y entre Aurori y Trini la cubrieron sin que doña Fanny se diese cuenta. Sus dos compañeras de planta eran bastante más jóvenes que ella, aún estaban solteras, y desde el primer momento se ofrecieron a ayudarla en lo que hiciera falta, siempre y cuando no fuese un cambio del turno de los sábados. Las dos se pasaban la mañana hablando de sus novios y contándose de forma desinhibida los planes del fin de semana.

Olga, cada vez que podía, iba al despachito de dentro y comenzaba a ordenar facturas y albaranes, a cuadrar balances, a poner al día todo el papeleo que estaba muy descuidado. Sin embargo, siempre que la veía por el ventanal, doña Fanny se inventaba una excusa para que interrumpiera su labor y saliese a hacer algo que perfectamente podían desempeñar ella o sus compañeras en un momento. Lo normal era que no coincidieran muchas clientas a la vez, por lo que la mayoría de las veces alguna de las cuatro se quedaba cruzada de brazos. Trini y Aurori se buscaban continuamente para contarse los últimos cotilleos, pero a quien no le quitaba el ojo de encima doña Fanny era a Olga.

Al final de la primera semana, Olga se encontraba muy cansada y tenía en la cabeza demasiadas cosas: cuándo comprar la comida que les hacía falta y que no podía conseguir allí en el almacén, con el descuento para empleados; cómo organizarse de cara a los sábados; qué haría con los niños cuando acabasen las clases y Adela se fuese con su familia a la playa. Por eso quizás no estuvo atenta a lo que aquella señora, que hablaba tanto, le había pedido finalmente.

–Eso no es una sedita, guapa, sino raso –le dijo la mujer, y en

cuanto bajó la mirada se percató de su error y de que era demasiado tarde.

Doña Fanny, que se había afanado desde el primer día en recalcarle las diferencias entre tafetán, tul, gasa, terciopelo, pero sobre todo entre el raso y la seda, se acercó con paso acelerado.

–Disculpe las molestias –le dijo a la clienta cuando aún estaba a dos metros de distancia–, ya la atiendo yo. Olga, puedes ir a la oficina a revisar los pedidos.

¿Cómo es que de pronto la tuteaba? Olga aguardó en el despacho a que doña Fanny, una vez atendida la señora que no paraba de protestar, viniese a llamarle la atención por su descuido. Sin embargo, no lo hizo. Cuando ya estaban a punto de cerrar, Olga se le acercó como para disculparse y doña Fanny, sin dejarla hablar, le dijo que no se preocupara, que un despiste podía tenerlo cualquiera y que procurase que no se volviera a producir. Añadió que se la notaba agotada y le dio permiso para que saliese unos minutos antes. Olga se lo agradeció y, aunque no soportara el tono artificioso en el que doña Fanny envolvía su amabilidad, lo prefirió, dadas las circunstancias.

Al salir del almacén se encontró por casualidad con Celia, que iba al estanco, y la felicitó por las elecciones. Celia le aseguró que no había dejado de buscar un empleo para ella. Olga le contó lo del almacén y las clases de inglés, y le preguntó por el Ayuntamiento. La nueva alcaldesa la había nombrado concejala de asuntos sociales, le dijo sonriendo, nerviosa. Si bien siempre había sido menuda, Celia parecía aún más consumida por su incapacidad de estarse quieta. Se le señalaban las costillas por debajo del cuello descubierto, sobre el que caía una guedeja rizada del pelo que llevaba recogido.

–Me alegro muchísimo.

A Olga le vino el recuerdo de Celia en el instituto: cómo, desde joven, siempre estuvo envuelta en líos de política con Pedro; lo mucho que llamaba la atención por entonces, que era lo que su madre le pedía a ella que no hiciese. Aquello condujo a que Celia se viera metida en algún problema que ahora Olga no sabía poner en pie, a cuenta de una contestación que le dio a un profesor o una protesta, no estaba segura. Quizás podría preguntárselo. Pero ¿qué importancia tenía lo que había sucedido hacía tanto?

–Tenemos trabajo acumulado –dijo Celia con su tono quebrado, como si le faltase la respiración–. Aunque procuraremos cambiar algunas cosas. El paro ha aumentado mucho desde el último expediente.

Olga desvió la mirada y, para no pensar en Javier, se acordó de cuando iban a su casa a estudiar matemáticas con su padre. Por un

instante se vio de nuevo con Celia en su dormitorio, probándose ropa, antes de ir al guateque. Y automáticamente recordó la mirada de Celia, mientras ella bailaba con Pedro. ¿Cuánto hacía de aquel baile? Sin embargo, de alguna manera, la suspicacia de su amiga jamás se había disipado. Por el contrario, Olga siempre la había defendido en público. Las mujeres del pueblo no le perdonaban a Celia que hubiese sido ella la que dejara a Pedro; que hubiera decidido convertirse en madre soltera para luego tener a su hijo todo el día en la peluquería y, encima, saliese con otros hombres. La habían sorprendido en algún pueblo vecino. Pero como ambas llevaban prisa, en lugar de decir nada, Olga se despidió y quedaron en verse vagamente.

El primer sábado que tuvo que ir a trabajar, dejó a los niños a cargo de Fernando. Era la primera vez que se quedaban tanto tiempo solos y se preguntó si su hijo mayor cumpliría con todo lo que ella le había explicado. Adela prometió acercase a media mañana a echarles un vistazo, pero aun así Olga no pudo deshacerse de la culpa inquieta que le provocaba lo que percibía como una dejación de su papel de madre.

A mitad de la jornada, trató de utilizar el teléfono del despacho del fondo para llamar a casa, pero en ese momento doña Fanny la requirió y ya no tuvo ocasión de hacerlo. Al fin había llegado su uniforme y quería que se lo probase por si tenían que hacerle algún arreglo. Olga se ofreció a llevárselo a casa y coserlo ella misma, con objeto de traerlo el lunes ya puesto, pero a doña Fanny no le pareció una buena idea.

–Ahora que no hay nadie en la tienda, puedes entrar y cambiarte en tu despacho.

Olga reparó en el retintín con el que doña Fanny había dicho «tu despacho» y, al alzar la mirada, no solo comprobó que sí había clientas en la zona de calzados, sino que Aurori no daba abasto para atenderlas a todas a la vez, puesto que a Trini le tocaba librar ese sábado.

Doña Fanny le interceptó la mirada y rectificó:

–Bueno, mejor vas a ayudar a Aurori y luego te pruebas el uniforme. Pero quiero vértelo antes de que te marches.

A Olga le hizo gracia la insistencia de doña Fanny, aunque no le dio más importancia y siguió con su trabajo. La mañana fue un frenesí, y no dispusieron ni de un segundo libre. Todo el mundo hablaba muy alto y ella pensaba en sus hijos y, por un momento, al ver la luz del día colarse por la puerta, tuvo la tentación de salir sin decirle nada a nadie e ir a buscarlos o caminar hasta el dique y

tumbarse a tomar el sol junto al agua, en silencio. Cada vez que se le acercaba Aurori, le contaba algún detalle de lo que iba a hacer esa noche con su novio. Por su parte, doña Fanny parecía haberse olvidado del uniforme: iba de arriba abajo supervisándolo todo, respondiendo a cada pregunta, recogiendo prendas que caían al suelo y doblando o apilando los artículos con desenvoltura y esmero.

Cuando quedaban varios minutos para el cierre, sin embargo, se le acercó y le pidió de nuevo que entrase en el despacho y se cambiara para comprobar que las medidas eran correctas. Olga estaba demasiado cansada para discutir, entró en la oficina y se mudó de ropa. Cuando se quedó en bragas y sujetador, miró a su alrededor y se sintió incómoda al encontrarse medio desnuda en un sitio como ese. Le pareció que había algo desolador o incluso sórdido en esa situación, y se le erizó la piel al primer contacto con la camisa del uniforme. Volvió la mirada para comprobar que la persiana que cubría el ventanal estaba bien cerrada. Y cuando salió y se encontró con doña Fanny acechándola, después de recolocarse una vez más la falda y la camisa a rayas en las que consistía el uniforme, no supo qué hacer con las manos y estuvo a punto de cruzarlas sobre los pechos, como si no llevase puesto nada.

Entretanto, doña Fanny no dejaba de mirarla, ladeando la cara a derecha e izquierda.

–Estás demasiado delgada. A ver, date la vuelta.

Olga obedeció y, al instante, sintió que le ajustaban la cintura. ¿Cómo no iba a estar más delgada si, durante meses, solo le había apetecido comer los Corn Flakes de los niños con un poco de leche? Sin decir nada, doña Fanny se había arrodillado detrás de ella; tiró de la falda hacia abajo y le dio un par de palmadas en el culo.

–Te queda ancha –dijo mientras introducía el dedo índice de cada mano a la altura de sus caderas–. Habría que meterle un poco por cada lado. A ver la blusa.

Doña Fanny se puso en pie y la giró hasta colocarla de cara. Sin quitarle la vista de encima, le aplastó los picos del cuello hacia abajo y a Olga le pareció que se demoraba un momento antes de soltarlos. Luego doña Fanny dio un paso atrás y la contempló de nuevo.

–Por arriba te queda bien –dijo arrugando la nariz–. A la falda, en cambio, tendré que meterle un poco de la cintura. Quítatela, la tendrás el lunes lista.

Las dos habían ido avanzando sin darse cuenta hasta entrar en la oficina.

–No se moleste, se lo agradezco –dijo Olga–. Puedo hacerlo yo.

–Mi trabajo es supervisar que todo esté en orden –insistió doña

Fanny–. Y aunque creo que deberías poner un par de kilos en lugar de estrecharla, yo misma te la arreglaré –dijo tendiendo la mano para que se la diese.

Parecía sugerir que se la quitara allí mismo, delante de ella. Olga se quedó un momento indecisa y no supo qué hacer. Doña Fanny la ponía nerviosa y prefería ceder a sus exigencias porque refutarla la agotaba.

–Vamos, deprisa.

Por no seguir escuchándola, Olga se dio media vuelta y, apoyándose en el escritorio, se sacó la falda por un pie y otro y, después de dar un paso lateral hasta situarse detrás de la silla, se la entregó a doña Fanny. Olga se apercibió de cómo se la había quedado mirando y no pudo evitar sonrojarse.

–Si me permite –se atrevió a decirle–, le agradecería que me dejara sola para vestirme.

Doña Fanny hizo un gesto altivo con la cara, se giró bruscamente y salió del despacho con la falda en la mano.

3

Mientras regaba las hortensias, se detuvo a quitar las hojas secas. Hacía eso cada vez que se hallaba en el porche o en el jardín y la asaltaba un pensamiento preocupante. Dejó la regadera sobre el murete que separaba los arriates delanteros de la puerta, y comenzó a amontonar los pétalos cobrizos en el hueco de su palma izquierda. El verano estaba entrando con fuerza y observó que el sol había quemado las camelias. A esa hora de la tarde, en cambio, la luz declinante doraba dulcemente las fachadas de las casas inglesas, con sus barandas de madera verdes y sus tejados a dos aguas y sus chimeneas glaucas, y se derramaba con tibieza por la calle interior hasta las canchas de tenis. Al fondo, tras las sombrillas pardas de la piscina, brillaba la pequeña iglesia presbiteriana. Había sido el último día de curso y, si no llega a ser porque Pachi traía puesta una camiseta de Naranjito y la suya, mojada, dentro de la mochila, Olga no hubiese reparado en que sus hijos tenían el boletín de notas.

«¿De quién es esa camiseta?», inquirió Olga con cara de asco, en cuanto los vio tras salir del colegio.

«No sé», se encogió de hombros Pachi. «Me mojé en la fuente y la maestra me la cambió después del recreo.»

«¿Y esto?», preguntó Olga con las calificaciones en la mano, al revolver la mochila.

Al principio se culpó por no haber estado más atenta, por abandonar ese tipo de cosas de las que antes se ocupaba con diligencia, por olvidar que el último día de clase daban las notas. Pero luego se percató de que, aunque sus dos hijos pequeños no eran conscientes, Fernando sí se lo había ocultado adrede. Él llevaba su boletín dentro del cuaderno de lengua, junto a un poema de Antonio Machado copiado con mala letra, y cuando Olga lo abrió se dio cuenta de que había intentado borrar la calificación de matemáticas. Las notas estaban muy por debajo de las que había sacado siempre; y aunque el descenso se había ido produciendo a lo largo de todo el año, Olga lo había dejado pasar porque comprendía que las circunstancias eran demasiado complejas. Además no acababa de entender el cambio de terminología que había sustituido a la numeración del cero al diez.

Ahora, sin embargo, se arrepentía de no haber estado más pendiente, de no haber sabido estar más encima de las necesidades de Fernando. Porque en matemáticas, debajo del borrón que casi agujereaba la cartulina, descifró una N junto a una M, NECESITA MEJORAR, y recordó que le había oído a Adela decir que eso equivalía a un suspenso.

En las demás materias, según la nueva nomenclatura pedagógica que criticaba Adela y que por lo visto no seguían los colegios de la capital con más prestigio, Fernando «progresaba adecuadamente», sin positivos, por lo que tampoco podía decirse que fueran unos resultados boyantes. Lo que más la preocupaba, en cambio, eran los comentarios de la maestra: «Fernando ha tenido un curso muy difícil. Ha estado descentrado y, en el último trimestre, su actitud ha ido a peor. Esperemos que el año que viene remonte el vuelo».

¿Qué significaba que había ido a peor? ¿Se había comportado solo de forma pasiva o había mostrado agresividad en algún momento? Olga lamentó aún más no haber estado alerta y no haber pedido permiso en el almacén para hablar con la maestra. Porque Fernando, en el momento en que ella le preguntó, no quiso contestarle; se limitó a bajar la cara y a mirar al suelo, entre furioso y atemorizado. Cuando Olga insistió en saber a qué se debía el tachón de matemáticas, vio que se ponía muy rojo y le temblaba la barbilla, así que no quiso seguir presionándolo.

La sacó de sus cavilaciones la voz de Adela.

–Sea lo que sea, buscaremos una solución. Tenlo por seguro.

Adela era la única persona que conocía su hábito de deshojar las plantas cuando algo la inquietaba. Lo sabía porque ella misma se lo había contado y porque, aunque Eduardo se hubiese despegado al final un poco de Javier, ambas habían seguido igual de unidas desde la infancia. De hecho, a veces les bastaba con mirarse para averiguar qué pensaba la otra.

–Es Fernando –dijo Olga cerrando en forma de cuenco las manos con las hojas dentro–. Ha suspendido matemáticas y está muy raro. Apenas me habla. Creo que me culpa por vender el coche y no ir este verano a la playa. Además, echan de menos a Clara.

Prescindir de Clara, la chica que la había ayudado con la casa y los niños desde que naciera Fernando, había sido la primera decisión que había tenido que tomar. Sus hijos le guardaban mucho cariño y no comprendieron los motivos. Y aunque Olga explicó que sería temporal, todos lo entendieron como algo definitivo.

–Ponte en su lugar –Adela había subido los escalones del porche y casi se encontraba a su lado–. Necesita tiempo para asumir los cambios.

–No puedo –le replicó Olga al borde del llanto–. Lo intento, pero no puedo ponerme en otro lugar que no sea el mío.

Adela la abrazó.

–Tú sabes que su situación es la misma. Vamos dentro. Te prepararé una tila.

Olga la dejó hacer y se sentó a la mesa de la cocina. Abrió el puño y amontonó los pétalos resecos sobre la superficie. Desde allí se oían más altas las voces de los niños, jugando en el jardín de la parte trasera. Adela sabía perfectamente dónde se encontraba cada objeto porque, durante las semanas que sucedieron a la muerte de Javier, cuando Olga iba de un sitio a otro con una sensación de irrealidad que incluso le impedía las lágrimas, ella fue quien sostuvo la casa. Aunque Amparo y Celia también acudieron con frecuencia, Adela fue la que se encargó de cocinar, despedir a las visitas y mantener a los niños al margen, en la medida de lo posible. De aquellos días, Olga recordaba sobre todo que tuvo que firmar muchos papeles.

–Quizás estaría bien que este año vinieseis con nosotros a la playa –dijo Adela, mientras dejaba las dos tazas humeantes en la mesa y se sentaba frente a Olga–. Cuando des por finalizadas tus clases de inglés y puedas cogerte unos días libres en el trabajo.

–¿Cómo a la playa?

Olga, que se sujetaba la frente con la mano mientras apoyaba el codo en la mesa, se irguió al escucharlo.

–De vacaciones –explicó Adela–. A la nueva casa. Tenemos dos cuartos de invitados.

–¿En Punta Umbría? ¿Con nuestro apartamento cerca?

–A los niños les vendría bien. Necesitáis un cambio de aires.

–Precisamente. No podría llevarlos al sitio donde hemos ido todos los veranos.

–A ellos les gusta la playa.

–Sí, y yo te lo agradezco. Pero no creo que sea lo más adecuado.

Olga frunció la boca en un gesto que ella misma reconoció como de su madre.

–De acuerdo, pero quiero que sepas que siempre habrá un sitio para vosotros en la casa nueva.

–Lo sé –suavizó su tono Olga, tendiéndole a Adela la mano por encima de la mesa.

–Incluso si prefieres, podría venirse unos días con nosotros Fernando. No hace falta que lo decidas ahora. Piénsalo tranquila. Ya sabes que Pablete estaría encantado.

–Tal vez vayamos unos días a ver a mi hermana. O quizás venga ella aquí. No lo sé todavía…

–Cualquier cosa que necesites no tienes más que pedírmelo.

Antes de que terminara el mes de junio, Olga fue a hablar con la maestra y tuvo que hacer un esfuerzo para ocultar la desesperación que le producía no saber cómo tratar a sus hijos. Quiso conocer cuál había sido exactamente la actitud de Fernando durante los últimos meses y, como viera que doña Chari parecía quitarle hierro al asunto y justificar cualquier cosa que hubiese hecho su alumno, Olga insistió y se estremeció al descubrir que, cuando solo quedaban dos o tres días para que terminase el curso, en un recreo, le había hecho daño a un niño. Entre el edificio principal del colegio y las pistas deportivas había una especie de patio acotado por un poyete de metro y medio. Sin embargo, la altura irrelevante que alcanzaba de cara a la acera ocultaba la distancia mayor que mediaba entre la parte superior y el patio. Los niños tenían la costumbre de subirse en lo alto y saltar hacia dentro, imitando a los superhéroes; pero Fernando había empujado a uno antes de que guardara el suficiente equilibrio, y el niño había caído de cabeza, abriéndose la frente hasta requerir puntos. Olga preguntó si no podría haberse tratado de un accidente y doña Chari dijo que no, que ella misma lo había visto y que Fernando lo hizo deliberadamente.

Entonces Olga se desmoronó y le contó a la maestra que lo que más le preocupaba era dejar a los niños cada mañana solos, sobre todo ahora que había finalizado el colegio y que su vecina Adela acababa de marcharse a Punta Umbría. Ella seguía entrando en el almacén a las nueve y, como doña Fanny no le daba un momento de respiro ni tenía tiempo de cuadrar los balances atrasados, no podía llamar a casa todo lo que quería. Eso significaba que transcurrían casi seis horas en las que no sabía nada de sus hijos, por más que procurase dejarle a Fernando todo planificado. Él era quien tenía que prepararles el desayuno a sus hermanos, sacarlos a jugar al jardín, llevarlos luego al club a natación, permanecer atento en la piscina, volver a casa y poner la mesa, mientras ella llegaba. A veces no le cogía el teléfono porque estaba arriba y no lo oía o ya se habían ido a la piscina, según su versión, y entonces Olga se llevaba toda la jornada preocupada. Había días en los que incluso ella se retrasaba porque le tocaba recoger o doña Fanny le encargaba algo a última hora y, si no había preparado la comida la noche anterior, podían darles las cuatro almorzando. En la mesa, Olga les preguntaba cómo les había ido la mañana, y aunque Íñigo le contaba con entusiasmo casi siempre lo mismo, Pachi apenas contestaba con algunas palabras sueltas y

Fernando comía directamente sin mirarla, en silencio.

Una tarde, cuando al fin les dio vacaciones a sus alumnos de inglés y mientras los pequeños chapoteaban en la parte baja de la piscina, Olga se acercó nadando a la zona más profunda, aprovechando que Fernando hacía un descanso de los largos que le había dado por hacer de forma compulsiva, y se sujetó al igual que él en una de las anillas que servían para colgar las cuerdas que separaban las calles en las competiciones. Para su edad nadaba muy bien, y se le estaban poniendo las mismas espaldas que a Javier, que ganó varias veces la medalla de oro en la categoría sénior. ¿Desde cuándo no se celebraban aquellas carreras? Y ¿por qué habían dejado de organizarse? Ella había ganado también tres veces consecutivas, de los trece a los dieciséis años, en los cien metros libres femeninos, antes de conocer a quien se convertiría en su marido. Fue a contárselo a Fernando pero inmediatamente pensó que no le interesaría.

–¿Qué ocurre? –decidió preguntarle en cambio, de manera directa.

Fernando hizo un gesto de fastidio y se volvió para seguir nadando.

–No te vayas, por favor –lo retuvo Olga–. Espera un momento. ¿Qué te pasa? Se trate de lo que se trate puedes contármelo.

–No me pasa nada –resopló.

–Pachi está muy serio. ¿Cómo lleváis las mañanas? Siento mucho tener que dejaros solos, pero al menos estamos juntos por las tardes. Y podemos hablar. Pronto vendrá la tita Bego y se quedará con vosotros. ¿Por qué estás enfadado conmigo?

Fernando no llegó a escuchar la última pregunta. Sumergió la cabeza debajo del agua y se propulsó con los pies para hacer otro largo.

Esa misma noche, mientras Fernando veía la televisión, Olga subió a acostar a los pequeños y le preguntó a Pachi.

–¿Fernando se porta bien con vosotros por las mañanas?

El niño desvió la mirada hacia la puerta.

–Mírame, Pachi. ¿Fernando es bueno contigo y cuida de Íñigo?

–Sí, aunque a veces grita.

–Cómo que a veces grita.

–Se enfada y nos riñe.

–¿Por qué?

–Cuando no le hacemos caso.

–¿Y por qué no le hacéis caso?

Pachi se encogió de hombros y bajó la cara. Olga le dio un beso.

–No te preocupes, mi amor. Si Fernando os grita es porque se pone nervioso y vosotros tenéis que ayudarlo. Yo hablaré con él y le diré

que no lo haga. Pero tú prométeme que te portarás bien y que me contarás todo lo que ocurra. ¿Me lo prometes?

El niño asintió y abrazó a su madre.

Por la mañana Olga se aseguró de que Pachi e Íñigo no los escuchaban y le dijo a Fernando que no debía gritarles a sus hermanos, que eran aún pequeños y podían asustarse. «Yo también soy pequeño para cuidar de ellos y no voy por ahí chivándome», fue la respuesta de Fernando, mirando al vacío, en tono desafiante. Olga supo que era su manera de reprocharle que ya no estuviese Clara, y se quedó contemplándolo en silencio. Después decidió llevarse a Íñigo y dejarlo con Pepita, por si así Fernando se sentía menos agobiado. Antes de marcharse, habló con Fernando y con Pachi, y les dijo que tenían que ayudarse el uno al otro y que no se les ocurriera pelearse. Por la forma en que intercambiaron las miradas, Olga se llevó la sensación de que entre ellos había algo que no deseaban que supiese. Sin embargo, en ese instante no pudo detenerse porque hubiera llegado al almacén tarde.

A pesar de las impertinencias de doña Fanny, a Olga no le disgustaba su trabajo; cuando podía encerrarse a comprobar las facturas y pasar a limpio las columnas con el debe y el haber de los ejercicios anteriores, lograba tal concentración que se olvidaba del resto de problemas por un rato. Doña Fanny seguía mirándola y lo mismo la llamaba a voces para que colocase un cajón de prendas femeninas que podía ordenar ella misma, que la disculpaba ante las clientas y la dejaba que siguiese con «sus cuentas», diciéndolo siempre así, con sarcasmo. Trini y Aurori trabajaban de una forma alegre que no excluía la picardía de sortear a doña Fanny para eludir alguna tarea y poder charlar más tiempo. El novio de Trini era mecánico de la empresa, y Trini le llevaba un jabón perfumado del almacén para que se refregara bien las manos antes de salir con ella. El prometido de Aurori trabajaba en la charcutería del nuevo supermercado, y a veces le regalaba a Olga algunas lonchas de salami o de jamón York, los sábados que ella libraba y podía ir allí a comprar lo que le faltase.

–Es que no me gusta que me toque cuando huele a grasa –explicó Trini.

Aurori rio, llevándose la mano a la boca.

–Después me huele la piel a cadena de bicicleta.

–¿Toda? –volvió a reír Aurori.

–Bueno, la que yo le dejo.

Las dos se habían ocultado tras el biombo que separaba la sección

de telas de la de calzados. Olga las miró y Aurori le hizo un gesto para que se acercara.

–¿Y hasta dónde le dejas?

Trini se puso roja y acrecentó el tono de cuchicheo.

–La verdad es que al final me apesta todo el cuerpo.

Aurori no podía parar de reír.

–No tengo voluntad –continuó diciendo Trini–. Cuando me lleva a los carriles con la moto me entra una flojera que me derrito. ¿A ti no te pasa lo mismo?

Pero sus risas habían llamado la atención de doña Fanny, que ya se aproximaba, decidida a reprenderlas.

–Señorita Trini –dijo la encargada–, revise inmediatamente el cajón de las medias y reponga las tallas que hagan falta. Señorita Olga, compruebe cuántos metros de tergal nos quedan y comuníqueselo a la señorita Aurori cuanto antes, para que pueda hacer el pedido. ¡Y vamos, que es para hoy! Tanta cháchara y tanta cháchara...

Olga quiso decir que ella no había dejado de hacer su trabajo y que eran las otras dos las que se pasaban todo el tiempo hablando de sus novios, pero comprendió que sería una forma de traicionar a Trini y a Aurori y, aunque temió pagar las consecuencias quedándose a recoger a las dos o mediante otra represalia que la obligara a llegar tarde a casa, guardó silencio y se puso a hacer lo que le había ordenado doña Fanny. Cuando midió lo que quedaba del rollo de tergal, se lo dijo a Aurori para que fuese al despacho a tramitar el pedido correspondiente. Mientras, Olga se quedó un momento pensando si ese encargo no hubiera podido haberlo hecho ella, y entonces sintió tres toquecitos en su hombro.

–¿Qué haces con los brazos cruzados? –al volverse se topó con la encargada.

Olga se puso a recolocar los artículos de la estantería que tenía más a mano.

–No hagas como si trabajaras –la siguió doña Fanny–. Haz algo productivo. Por ejemplo, ordenar todos esos rellenos que se han quedado tirados por el suelo en la sección de calzado.

Se trataba de las bolas de papel fino que servían de hormas y que las mujeres que se probaban un zapato arrojaban al suelo. Había que recogerlas y devolverlas cada una a su par. Olga se agachó y, para ir más rápido, apoyó las dos rodillas en el suelo. Al inclinarse hacia delante para alcanzar los papeles más alejados, giró la cara y vio que doña Fanny no se había movido de allí, que la vigilaba mientras gateaba por el suelo.

–Gracias al arreglo que le hice, el uniforme no le queda mal –dijo

doña Fanny, que indistintamente la tuteaba o le hablaba de usted, según le viniera en gana–. Ni demasiado estrecho, ni demasiado ancho. Lo justo para que se mueva con agilidad. Cuando haya acabado con eso, mire si hay rollos de tela desenredados y colóquelos bien.

Olga siguió recogiendo los papeles del suelo y después puso en orden los rulos de las dos mesas grandes que flanqueaban el pasillo. Solo entonces doña Fanny pareció dejarla en paz y pudo sentarse en el despacho con las cuentas. Llamó a casa y Fernando no le cogió el teléfono, pero haciendo números se le pasó lo que quedaba de jornada, y ni siquiera se dio cuenta de que habían dado las dos, cuando se desensimismó con el ruido de la persiana metálica. Se asomó por la puerta de la oficina y no vio a nadie. Únicamente al apresurar el paso, temerosa de que fueran a dejarla allí, oyó a doña Fanny charlando con don Balbino, el encargado de la planta de arriba.

Al principio no los escuchó bien, pero rápidamente se dio cuenta de que hablaban de ella. Doña Fanny se estaba quejando de que siempre debía decirle lo que tenía que hacer, de que había pedido una dependienta y no una contable. Don Balbino le recomendó que la tratase con mano dura. Entonces la encargada cambió a un tono irónico para responder que la gente de Bellavista no estaba acostumbrada a trabajar, y que Olga era tan delicada que parecía que iba a romperse de un momento a otro. Ambos rieron. Luego se burlaron de don Manuel por contratarla, de Rafaelito Áriz y de cómo la habían enchufado. Doña Fanny añadió algo sobre su marido, pero Olga no pudo oírla bien. Había tumbado un rollo de raso azul, tratando de que no la vieran, para salir cuanto antes a la calle.

Finalmente, Rafael cerró la venta del coche con un directivo jubilado que vivía en Nerva. No había conseguido sacar más de ciento setenta y cinco mil pesetas; sin embargo, se había encargado de todo, de los cambios de titularidad y hasta de ingresarle el dinero en su cuenta corriente, por lo que ella solo había tenido que entregarle las llaves. Olga pasaba por debajo de las campánulas naranjas que orlaban la marquesina del club, cuando Rafaelito salió del edificio.

–¿Tienes alguna noticia?

–¿Noticia de qué? –respondió Olga sonriendo.

Más allá de la formalidad diligente con la que Rafael lo acometía todo, su manera de hablar era una invitación continua al doble sentido.

–¿De qué va a ser? De la venta del suelo urbano.

–¿Y por qué debería tener yo noticias?

–¿No eras amiga de Celia Templado?

A Olga se le escapó una carcajada que cortó al instante, como si le pareciera que reír de esa forma fuese inapropiado. Había sido una reacción inconsciente a la falsa dulzura de Rafael y a su trasfondo venenoso. Lo que ocurría era que hasta allí le llegaba el olor a chimenea y madera húmeda del club, aquella esencia familiar que la reconfortaba y le producía a la vez nostalgia.

–¿Podemos hablar un minuto? –bajó el tono Rafael mientras la cogía del brazo.

–Ya te he dicho que no sé nada.

–No se trata de eso –susurró Rafael buscando un lugar que no estuviese expuesto al trasiego de quienes entraban y salían–. Te lo diré sin rodeos. Tus dos últimas cuotas han sido devueltas por el banco.

–¡Oh! –Olga se llevó una mano a la boca–. Me olvidé de cambiar la domiciliación. ¡La que utilizo ahora es la que te di para lo del coche!

–Lo sé, lo he comprobado.

–¿Cómo que lo has comprobado?

–Naturalmente, francamente, la cotejé con la que aparecía en los libros del club y vi que no coincidían. ¿Va todo bien?

–¡Claro!

Olga seguía intentando sonreír pero le costaba mucho lograrlo. Rafael era la única persona, junto a Adela y Celia, a la que se había atrevido a reconocer que tenía dificultades económicas. Lo había hecho, sin embargo, de forma muy superficial, y evitando en todo momento mencionar a su marido.

–En cualquier caso, tienes mi permiso para cambiar la domiciliación y cargar las mensualidades atrasadas.

–No es tan sencillo.

–¿A qué te refieres?

–En la última junta salió a relucir tu nombre.

–¿Mi nombre?

–Al revelarse tu impago alguien comentó si, dadas las circunstancias, tu familia tenía derecho a seguir disfrutando de las instalaciones.

–¿Quién dijo eso?

–Yo salí en tu defensa, aunque recuerda que tengo voz pero no voto.

–Precisamente venía a sacar un pase de piscina para mi hermana, cosa que casi nadie hace. Todo el mundo trae a conocidos, incluso del pueblo, y no sacan el pase de invitados. Y mi hermana también es hija de socios.

–Sí, pero tú sabes igual que yo que cuando los hijos se emancipan

deben hacerse socios independientes.

–Por supuesto. De ahí que venga expresamente a pagar un bono para que mi hermana pueda entrar en la piscina con mis hijos.

–No es eso, Olga. Una mujer no puede ser socia por sí sola.

–Pero una viuda, sí.

–Sin embargo, hay quien cree que tu caso es distinto.

–¿Distinto por qué?

–Porque, debido a como terminó Javier con la empresa, tu situación no cabría dentro de ese supuesto.

–Tú sabes perfectamente que Javier terminó bien con la empresa.

–Los rumores son otros. Y todavía hay gente que lo sigue relacionando.

–¿Ah, sí? ¿Y quién es esa gente?

–La resolución se pospuso hasta la próxima junta.

Olga sintió que se le enrojecían las mejillas y que una ola de calor le subía a la frente desde la espalda. Le hubiera gustado preguntarle también de qué había hablado exactamente con el director del economato, qué le había dicho para que la contratara tan rápido y doña Fanny creyera que era una enchufada.

–Mira, Rafael –dijo respirando hondo–. Cambiaré la domiciliación y ordenaré el pago de las cuotas atrasadas. –Y ante el gesto del secretario, que negaba como diciendo que no era necesario y que ya lo haría él, o que ese no era el problema, Olga subió la voz para decir–: Pero ahora voy a entrar en el club y voy a sacar el pase de piscina para mi hermana. Ambas vendremos las veces que nos apetezca. No me importa lo que digan los socios. Mi padre perteneció a este club antes que todos ellos. Mi bisabuelo fue uno de sus fundadores. Y si alguien tiene algo que objetar, que me lo diga. Aunque sería mejor que retirasen sus insinuaciones.

Cada mañana dejaba a Íñigo en casa de Pepita y, durante unos días, Fernando no se mostró tan huraño. Una noche, en cambio, cuando todos dormían, a Olga la despertó un grito. Salió corriendo descalza hacia los dormitorios de los niños y se golpeó la rodilla con el quicio de la puerta. Era Fernando. Estaba sentado en su cama, sudoroso, y cuando ella entró en su habitación la miró con cara de pánico, como si la figura de su madre tuviese un aire fantasmal que incrementaba su espanto. Había sido un chillido terrible, desgarrador, y Olga lo arrulló en sus brazos. El niño lloriqueaba, murmurando palabras inconexas, mientras Pachi los miraba desde el pasillo con los ojos muy abiertos.

–No ha sido nada, mi amor. Solo una pesadilla. Mañana la habrás

olvidado.

Fernando no dejaba de mirar intermitentemente a Pachi. Olga preguntó de qué se trataba y ninguno de los dos quiso contestarle. Bajó a la cocina y les hizo un tazón de leche caliente a cada uno. Dejó que se acostaran con ella, y estuvo acariciándolos hasta que se relajaron y conciliaron de nuevo el sueño. Luego se mudó a la cama de su hijo mayor, pero ya no pudo dormirse.

Le dolía la pierna y, contemplando los pósteres en la oscuridad, intentó mirar atrás para ver cómo había sido la vida de Fernando con su padre. Siempre había estado muy apegado a él. Los días que llegaba tarde, Fernando lo esperaba despierto porque no se podía dormir hasta que no le diera un beso. Cuando Javier estaba de viaje, Fernando no se ponía al teléfono porque se le hacía un nudo en la garganta. El niño mostraba además mucha ilusión con cada plan que proponía Javier, sobre todo si era algo que fueran a hacer los dos solos: ver un partido de fútbol, ir a pescar al dique, jugar al tenis o al ajedrez juntos. ¿Cómo hacerse una idea de lo que había significado para él la muerte de su padre? Porque aquella ilusión se había desvanecido de repente, de manera radical, sin motivo lógico ninguno. Como si traicionase algo que solo les concernía a su padre y él, Fernando había dejado de reír completamente. Siempre estaba de un humor sombrío, arisco, con esa mezcla de tristeza e ira que a Olga le parecía que iba dirigida de manera principal a ella.

Al día siguiente, Olga mintió en el economato. Le dijo a doña Fanny que no se encontraba bien y se volvió a su casa sobre la diez y media. Cuando giró la llave, le extrañó el silencio. Pero antes de llamarlos, creyó oír un ruido. Sintió una carrera en la planta de arriba y una especie de aullido contenido. Entonces, en vez de pronunciar sus nombres en voz alta, subió los peldaños aceleradamente. Al abrir la puerta del cuarto de Fernando, lo encontró tapándole con fuerza la boca a Pachi, que no podía controlar el llanto. Olga le gritó a su hijo mayor. Se acercó corriendo a ellos. Fernando soltó a su hermano antes de que su madre lo tocara y Pachi se abalanzó al cuello de Olga.

–¡Me estaba obligando a hacer las camas! –lloraba nervioso–. ¡Siempre me está ordenando cosas y, si no las hago, me pega! ¡Estoy harto, yo no quiero quedarme con Fernando!

Olga miró severamente a su primogénito. Luego intentó tranquilizarlos. Recordó los celos que había sentido Fernando cuando nació Pachi y acaparó las atenciones de todo el mundo; desde un principio había tratado de controlar los juegos y convertir a su hermano en un esbirro; y aunque cuando nació Íñigo ese protagonismo se le fue pasando, quizás le quedaba algo que ahora

renacía a causa de la muerte de su padre. Al cabo de un rato, los niños se encontraron más calmados, así que fueron los tres a por Íñigo y pasaron el resto del día juntos.

Por la tarde, Olga llamó a Begoña y le rogó que se dejara de excusas y viniera cuanto antes, puesto que necesitaba su ayuda.

Esa noche, después de acostar a Íñigo, aprovechando que era viernes, se quedó con Fernando y Pachi a ver el *Un, dos, tres* en el sofá, acurrucados. En cuanto Pachi se durmió, Fernando cambió de canal y puso la segunda cadena. Estaban echando *E. T.*, la última película que habían visto todos juntos en el cine, cuando Javier aún vivía. Olga se percató de cómo Fernando dudaba si debían o no seguir viéndola. Ella le hizo un gesto afirmativo y, mirándose de reojo, madre e hijo tuvieron que amortiguar el desconcierto, la risa y la emoción, para no despertar a Pachi.

4

Begoña llegó el día antes de que se cumpliera un año de la muerte de Javier. Venía acompañada de un novio que Olga no conocía.

–Supongo que no te importará que se quede esta noche. Mañana por la mañana se volverá a Sevilla. Toni, cariño, ¿podrías subir las maletas?

–¡Tita Bego! –Pachi fue corriendo a abrazarla.

Íñigo lo siguió y después fue también Fernando, rezagado. Olga advirtió que a su hijo mayor no le agradaba que le interrumpieran su programa favorito de televisión, y que se había quedado mirando al tal Toni con desconfianza. Begoña iba de un sitio a otro sin parar de hablar.

–¿No has pensado hacer reformas? Lo tienes todo muy baqueteado...

–Ahora precisamente no creo que sea el momento.

–¿Por qué no? Esas cortinas se parecen a las que tenía mamá.

–Son las mismas.

–Qué horror.

–No todo el mundo tiene un gusto exquisito como tú.

Pero Begoña pareció no darse por aludida. Comenzó a contarle en tropel cómo había conocido a Toni y, tras un rato escuchando la displicencia de su hermana, Olga se sintió mareada. Estuvo a punto de decirle que quizás no debería ser tan exigente con los hombres. De vivir Javier, él habría captado la atención con su desenvoltura indolente, conduciendo la situación de forma irónica, y ella hubiese podido pasar más desapercibida. Tenía la voz de Begoña metida en el cerebro y, aprovechando que su hermana fue en busca de Toni, se encerró en el cuarto de baño. Suspiró profundamente y se miró en el espejo. Debía tener paciencia porque era la primera vez que necesitaba a Begoña. Giró un poco la cara y trató de alisarse las patas de gallo. Después permaneció unos minutos estirándose el cabello por las sienes.

–Begoña, perdona –dijo al salir–. ¿Podrías quedarte un rato con los niños?

–¿Ya? Pensé que solo trabajabas por las mañanas.

–Es un momento de nada. Mañana por la tarde es la misa y no tengo otro hueco para ir a la peluquería. Necesito teñirme.

–Te queda bien.

–¿Cómo?

–El pelo.

Olga se llevó la mano a la nuca y le explicó dónde estaban las toallas. También le rogó que, en caso de que decidieran ir a la piscina, no se olvidase del pase de entrada.

–¿El Club Inglés me considera una forastera?

–Son las nuevas normas.

–Me siento muy honrada.

Por último, Olga le pidió que le dejasen el coche. Begoña instó a Toni a que la llevara, pero Olga se empeñó en ir sola. Se dio cuenta de que su petición sonaba extraña, aunque no sabía qué otra cosa hacer para quedarse una hora tranquila.

–Ten cuidado –le dijo Toni al entregarle las llaves–. Está recién estrenado y requiere suavidad. –Olga se fijó en que sonreía de oreja a oreja y vestía de forma atildada–. Es como la seda, como la piel de una mujer joven.

–Ya querrías tú –dijo Begoña.

–Me estaba refiriendo a ti, cariño.

A Olga le costó al principio meter las marchas del Volvo. Sin embargo, en cuanto se hizo con el coche, descubrió que manejarlo era un placer verdadero. Podría haber ido perfectamente andando; incluso, de esa forma, haberse demorado un poco; pero había preferido conducir de nuevo, sentir esa libertad.

En la peluquería tampoco tuvo que esperar mucho. Amparo la coló ante la protesta de una clienta que llevaba allí más tiempo.

–Es distiiintooo –dijo cerrando los ojos y negando con la cabeza–. Una cosa es permanentes y tintes; y otra, arreglos. Esta señora además me había pedido cita por teléfono.

–¿Por teléfono? –replicó otra mujer–. ¿Y desde cuándo das tú citas por teléfono?

Al ver el rostro de confusión de Olga, Amparo le guiñó un ojo mientras la acomodaba en la butaca. Olga quiso pedirle que no mintiera por ella, sobre todo porque cualquier cosa estaría bien con tal de retrasar su llegada a casa. Inmediatamente se preguntó cuántas veces había hecho en su vida lo que se le antojara, sin reparar en las consecuencias, y sintió unas ganas irrefrenables de dejarse llevar.

El hijo de Celia estaba por allí correteando y, nada más que vio a Olga, se metió en la habitación del fondo.

–¿Solo el tinte? –preguntó Amparo–. ¿Ves como te dije que te

gustaría el color?

–Al principio me veía rara.

–Te favorece mucho.

–¡Para mi gusto la Carolina es muy elegante aunque ligerita de cascos! –le decía a gritos una clienta a otra, igual de enrulada que ella, acercando las dos sus cabezas a una revista dentro de los secadores que había junto a la ventana–. Mira que dejar al marido para irse con un italiano… Se supone que es una princesa, ¿no?

–¡Pues a mí este me gusta más que el otro!

–Sí, pero si ya ni los de la realeza respetan el protocolo…

–Me han dicho que tu hermana ha venido a verte –murmuró Amparo.

Olga seguía pendiente de lo que decían las mujeres. El hijo de Celia salió de detrás de la puerta y, como la otra vez, se puso a jugar de rodillas entre los sillones.

–Acaba de llegar. ¿Cómo lo sabe?

–En una peluquería las noticias vuelan –señaló con el mentón a las señoras que comentaban la revista–. Y dicen también que trae a un hombre que no es su marido –añadió Amparo en voz baja, acercándole la boca al oído.

–Creo que es el tercer novio desde que se separó de Jorge –exageró Olga a su vez el secretismo.

–Ay, con lo que me hubiera gustado a mí ser una mujer mundana. Yo solo he viajado dos veces. Una, durante la guerra, cuando mi hermano me mandó a Valencia y aprendí a decir: «*Damunt del llit te posares les calces*». Mi marido, que por entonces era mi novio y estaba en el frente, me enviaba cartas con poemas. Recuerdo uno que decía: «Muñequita linda, de cabellos de oro, de dientes de perla, labios de rubí. Dime si me quieres, como yo te quiero, si de mí te acuerdas, como yo de ti».

–¿Pero eso no es una canción?

–Ya… Pero por entonces yo era muy ingenua y cuando la escuché me llevé un sofocón tremendo, porque estaba convencida de que tenía un novio poeta…

–¿Y la otra?

–¿Qué otra?

–La segunda vez que viajó.

–¡Ah! Eso fue un día que mi Paco llegó muy sucio del trabajo, y como sabía que yo estaba disgustada porque no me había dejado ir a un congreso de peluquería en Sevilla para el que mandaron una invitación igual de bonita que las tarjetas de la primera comunión que repartís en Bellavista, se acercó sigiloso a la puerta y dijo: «Pum, pum,

¿se puede?», y me cogió por la cintura y me susurró en la oreja: «Ve preparando la maleta que nos vamos a Sevilla». Yo me puse tan contenta que no me importó que viniese más negro que el carbón, le estampé un beso en medio de la peluquería y todas me aplaudieron menos una, que se escandalizó. Pero qué quieres que te diga, se siente... Las demás se reían, se reían... Porque cómo lo pasamos aquel fin de semana en Sevilla... Hasta bailamos un vals en el Casino de Exposiciones... Por entonces yo no tenía a Celia, ni estaba embarazada del que nació muerto, claro, porque eso fue cuando Paco se murió; de haber nacido vivo, no lo habría conocido; hubiera sido un niño póstumo, ¿no? El bebé se hubiese llevado diez años con su hermana, porque fue un embarazo sorpresa. Pobrecillo, mi Paco... Fumaba mucho, es verdad, aunque los médicos dijeron que de lo que se murió fue de la silicosis. Al principio, cuando empezamos a ser novios y yo vivía en la aldea de La Atalaya, se recorría tres kilómetros de ida y tres de vuelta andando, solo para verme. Ahí todavía no estaba malo de los pulmones... Pero lo que a mí me hubiese gustado de verdad es ser una cosmopolita, como tu hermana... Ya de pequeñas erais diferentes. Tú más tranquila, más responsable. Y ella...

–No hace falta que lo diga.

–¿Sigue viviendo en Madrid?

–No, se mudó a Sevilla hace dos años. Ha abierto una tienda de decoración en el centro.

Olga bajó la vista y se fijó en las rodillas del niño, oscurecidas por una capa de mugre y heridas secas. Observándolo con detenimiento, descubrió que lo que en realidad hacía allí abajo era mirarle las piernas. Las cerró discretamente y le dedicó una sonrisa. ¡Lucas!, recordó su nombre. Se parecía en algo a Pedro. A Olga le hizo gracia que anduviese por los suelos para verles las bragas a las mujeres.

–Ay, Sevilla... Cuando yo estuve me llevé todo el tiempo hecha un brazo de mar... Desde luego, buen gusto tiene...

–¿Quién?

–Tu hermana. Siempre vistió bien, ¿verdad? Más moderna que tú pero igual de estilosa; aunque tú seas más mona, claro... Y Jorge era muy apuesto, ¿eh? Se parecía a ese actor antiguo... Cómo se llamaba... ¡Leslie Howard!, el bueno de *Lo que el viento se llevó*... Seguro que el nuevo también es guapo...

–No sabría decirle.

–Pero el más atractivo de todos era tu marido, clavadito a Tony Curtis. Y tu padre, por supuesto.

–¿Mi padre?

–No habrá habido otro jefe de la empresa con más porte que él.

Cuando se arreglaba para la ocasión, y sacaba el pecho para arriba, a mí me recordaba a un almirante de la marina, al Mountbatten ese al que le pusieron una bomba en Inglaterra, el preceptor del príncipe Carlos. ¿Lo he dicho bien? Lo vi el otro día por la tele. Qué hombre, por favor… Mi Paco, al lado de ellos, parecía un mono, tan negro y escuchimizado como se quedó con lo de los pulmones. Yo creo que hasta encogió.

Por la noche cenaron en la mesa del salón. Mientras ponía los cubiertos, Olga cayó en la cuenta de que nunca la habían utilizado desde lo de Javier y tuvo la sensación de que el comedor guardara la huella de su presencia. Pero resultaba ridículo meterlos a todos en la cocina, donde ella comía ahora con los niños. Luego, durante la cena, notó a Fernando más taciturno que de costumbre. A su hijo mayor nunca le habían gustado las intromisiones, que nadie viniese a perturbar la paz que había cuando estaban los cinco solos y él podía contarles a sus padres cualquier cosa con una fluidez y una alegría que habían desaparecido por completo. Pachi, sin embargo, le estaba enseñando a Toni sus muñecos de *La guerra de las galaxias*.

–Este es Han Solo, y este, Luke, y este, Chewbacca…

–Muy bien –lo interrumpió Olga–, pero deja a Toni cenar tranquilo y ponte a comer tú también, anda.

–No te preocupes –dijo Toni–. Está siendo una exposición muy interesante.

–Podéis seguir con eso después. En la mesa no se juega.

–No estamos jugando –dijo Pachi–. Solo se los estoy presentando.

–Déjalos –dijo Begoña–. ¿No ves que son dos niños?

Olga frunció las comisuras y desvió la vista. Indirectamente, lo que su hermana le acababa de decir era que cada día se parecía más a su madre. Y en cierta medida, estaba empezando a reproducir lo que había detestado de ella. En cambio, Begoña seguía igual que siempre: haciendo lo que le daba la gana en nombre de la felicidad o la brevedad de la vida. De pequeña, había contado con el favoritismo de su madre y no tuvo tantos impedimentos para terminar el instituto e irse a la universidad. Por el contrario, a ella, se había dicho Olga con frecuencia, no la animaron nunca a que hiciese una carrera. Su madre prefirió educarla para un buen matrimonio y, una vez que se atrevió a echárselo en cara, cuando ya había transcurrido un tiempo, le respondió: «Debes comprenderlo, era otra época. Además tu padre y yo pensábamos que tu hermana no lo tendría tan fácil para encontrar un marido adecuado». Y sin embargo lo tuvo. Un médico. El

ginecólogo que trajo a sus tres hijos al mundo, pero que no supo o pudo darle ninguno a su hermana, que tampoco mostró ningún interés por esa idea.

A Begoña todo le había durado poco: los juegos infantiles, las vocaciones, las parejas. Empezó Medicina y la dejó a los tres meses. Luego se matriculó en Empresariales y ni siquiera completó el primer semestre. Tardó ocho años en terminar Historia del Arte y, para entonces, ya se había casado con Jorge y se había ido a vivir a Madrid, donde trabajó en una galería que también abandonó pronto. Más tarde se hizo marchante, para lo cual tuvo que viajar a Londres, París y Milán, o eso era al menos lo que ella decía. Después abrió su propia tienda de antigüedades y, cuando quebró, se separó de Jorge y se volvió a Sevilla. Allí mantuvo una relación que no llegó ni al año con su abogado. Seguidamente estuvo con un dentista. Y ahora, con el dinero del divorcio que había conseguido de Jorge, acababa de abrir una tienda de decoración en una calle céntrica. Begoña de un lado a otro, convirtiendo sus caprichos en necesidad, pensaba Olga, mientras ella seguía paso a paso la vida diseñada por su madre; desde el principio hasta el último día; pues ni cuando murieron sus padres Begoña estuvo junto a quienes habían sido sus máximos benefactores.

–Al llegar nos encontramos con doña Margarita Walker –moduló la voz Begoña, como cada vez que se disponía a criticar a algún integrante del que había sido el estilo de vida de su madre y, de alguna forma, parecía señalar que era el de su hermana–. Debe de tener por lo menos cien años, pero se sigue metiendo donde no la llaman.

–Siempre fue un poco entrometida, sí. –Olga trató de relajarse.

–Y en la piscina había muchos niños altos y delgados, como es tradición, por lo general rubios. Se nos acercó a saludar Rafaelito Áriz.

–¿De veras? ¿Y te dijo algo?

Olga observó que Pachi seguía jugando con los muñecos y que Fernando expurgaba, sin comer, su plato.

–Imagino que solo quería cerciorarse de que llevábamos el pase. Yo me estaba echando crema y se lo enseñé, sosteniéndolo con los dientes.

–Quizás solo quiso ser amable.

–Quizás, pero en Bellavista nada ha sido nunca lo que parece.

Pachi golpeó la sopa con una de sus figuras y la rebosó sobre el mantel.

–¿Y tú a qué te dedicas, Toni? –Olga hizo como si no lo hubiera visto, cogió a Íñigo en brazos y comenzó a darle unas natillas.

–A la hostelería. Soy empresario. ¿Has oído hablar del Montpellier?

–Toni es dueño de dos restaurantes y socio de varios locales de moda –dijo Begoña–. Deberías venir un día a Sevilla y conocerlos.

–Fernando, come, por favor.

–Claro –asintió Toni–. Podríamos ir a cenar y luego tomar una copa.

–Pachi, ya te he dicho que dejes los muñecos. No te lo repito más.

Olga pensó que estaban hablando como si al día siguiente no fuese la misa conmemorativa de la muerte de Javier. Había intentado no sacar el tema por Fernando. Pero la conversación se había deslizado hasta el otro extremo sin que ella hubiese hecho nada para remediarlo.

–Creo que te gustaría –dijo Begoña–. El Montpellier tiene una cristalera enorme y un jardín precioso.

–Pachi, deja inmediatamente los muñecos en el sofá y vuelve a la mesa.

–De verdad que no me molesta –dijo Toni.

–No es solo por eso. Debe acostumbrarse a no jugar mientras se cena.

–No seas tan severa –quiso restarle importancia Begoña–. Hoy es un día especial. Acaba de conocer a su tito Toni.

–A su tito Toni –repitió Olga en tono neutro.

–Estás todo el tiempo encima de ellos. Te pareces a mamá.

–¿Cómo?

–Papá siempre lo decía: que erais demasiado serias.

–Ja –exclamó sin sonreír Olga y, acto seguido, trató de que no le saliese el sarcasmo acumulado–. Mamá a ti no te reñía nunca.

–¿Cómo que no?

–Al menos que yo recuerde. Fernando, ¿quieres estarte quietecito con la cuchara?

–Pues claro que me reñía. Igual que les riñes tú ahora a tus hijos. Constantemente.

–Constantemente no puede ser porque tú casi nunca estabas.

–Me refiero a cuando era niña. ¿Acaso me guardas rencor?

–Será mejor que lo dejemos. Tu madre riñó durante toda su vida. A papá, a las criadas, a mí... A todo el mundo menos a ti. No sé cómo Amparo y Pepita pueden tener tan buen recuerdo de ella. Fernando, se te va a quedar la sopa helada.

–Eso no es cierto, a mí me reñía también.

–Bueno, vale, de acuerdo. A ti te reñía también. Pero dejemos el tema, por favor. Y parad de hablar de bares. Mañana... –Olga se detuvo y miró a Fernando–. Vas a comer, ¿sí o no?

–¿Quieres dejarme en paz? –gritó el niño, desplazando el plato de

sopa hasta derramarlo.

Salió escopetado del salón y todos oyeron sus zancadas al subir las escaleras y el portazo cuando cerró su cuarto.

–¿Lo ves? –dijo Begoña.

La iglesia estaba casi vacía. En un lateral, Olga vio a Amparo y a Pepita, junto a dos o tres mujeres del pueblo que también habían tenido contacto con su madre. Además había algunas beatas que no se perdían un oficio. Y en primera fila permanecían de pie ella, Begoña y los niños, vestidos con pantalones cortos y calcetines azul marino, perfectamente peinados, los tres con la raya a la derecha. Nadie más. Ni Celia, ni Rafaelito Áriz, ni ninguna de sus antiguas amistades de Bellavista, que seguían mirándola con gesto de reproche cuando se las encontraba en la puerta del club o los domingos, en misa. Que Clara no hubiese ido era la prueba de que los afectos pasaban a un segundo plano en cuanto entraba en juego el dinero. Tampoco había acudido ningún compañero de Javier ni representación de la empresa. Al ver allí a Pepita y Amparo, a Olga le vino otra de las frases de su madre: «¿Por qué ser considerados con el servicio si ellos no lo aprecian?». Entonces se sintió incómoda por estar siempre recordando las cosas que no le gustaban de su madre, y se arrepintió de haber pensado mal de Clara.

Pero, por mucho que tratara de evitarla, la voz de su madre se mezclaba con la del cura y le sonaba más admonitoria que nunca. El sacerdote había dicho algo sobre la vida eterna y el perdón de los pecados, mientras Olga no hacía más que recordar cuánta gente había ido a los entierros de sus padres; cómo, pese al aturdimiento, notó el aprecio que les tenían, la forma en que los hombres se agrupaban en la puerta a la salida de los féretros y bajaban la cabeza en señal de respeto formando cola para dar el pésame. Era curioso que del sepelio de Javier no recordase casi nada: la severidad fría de su suegra, que la reprendió al día siguiente por no respetar el luto cuando se puso la blusa gris con botones rojos, y que no dejó de repetir que si su hijo hubiese continuado con el negocio familiar aún estaría vivo; eso, y que también hubo mucha gente.

–Creo en el Espíritu Santo, en la Santa Madre Iglesia y en la resurrección de la carne –decía en ese momento el cura.

Estaba dando comienzo la consagración y Olga oyó el chirrido de la puerta. Se mantuvo mirando hacia delante y, al momento, notó que Adela la tocaba con suavidad mientras ocupaba el banco a sus espaldas. Ella era la única que había estado siempre, pensó. El día que

le dio el infarto a su padre y cayó fulminado en su despacho. La mañana que supieron, apenas un año después, que su madre moriría pronto. La noche en que llamaron para comunicarle que Javier había tenido un accidente. Y, sin embargo, a pesar de la sucesión de tragedias, Olga jamás había pensado que su vida fuese desgraciada. Al contrario. Había querido y admirado mucho a su padre, y lloró con dolor su muerte, pero cuando sufrió el infarto tenía sesenta y siete años, estaba delicado del corazón y no hacía caso a las recomendaciones de los médicos.

A su madre, en cambio, le faltaban meses para cumplir los sesenta. Había ocultado sus problemas de estómago, pretendiendo aliviarlos con bicarbonato. Y no fue hasta que Olga la sorprendió un día arrodillada ante la taza del váter, cuando se enteraron de que tenía un tumor en el páncreas. Aunque les dejaron claro que le quedaba poco tiempo, las dos actuaron como si fuese a restablecerse, negando la evidencia, pues así había sido María Teresa Brown: hija de uno de aquellos matrimonios mixtos entre inglés y española que tanto escandalizaban a la colonia británica cuando la empresa aún era la Rio Tinto Company Limited; convertida luego en la gran dama de Bellavista tras casarse con don Fernando Martínez de las Heras, el hombre que pilotó la transición tras la compraventa y que logró mantener la misma influencia, en la nueva compañía de capital nacional, que había tenido en la inglesa.

–El cuerpo de Cristo.

¿Qué había sido de ese mundo en el que ella había crecido y vivido sus primeros años de adulta?, se preguntó Olga mientras comulgaba. Begoña nació cinco años después y quizás no experimentó del mismo modo lo que significaba apellidarse Martínez Brown: las puestas de largo en el club; las meriendas de señoras en las que el té siempre era servido por criadas con cofia; las fiestas que inauguraban la temporada de piscina, con las competiciones de tenis y natación, y las esposas del *staff* provistas de pamelas y sombrillitas blancas, sentadas en la terraza, mirando a todo el mundo como si en realidad no mirasen a nadie. Cuando Begoña cumplió diez años, el servicio de casa se había visto reducido a Asunción, a quien Olga no había vuelto a ver desde que se marchó a Barcelona tras la muerte de la señora. Por aquellas fechas ya no tenían cocinera ni ama de llaves: Asunción concentraba todas las funciones y a la casa únicamente iba a coser Pepita, o Amparo a peinar cuando era necesario. Olga había vestido faldas plisadas por debajo de las rodillas y rebecas de punto y, tan solo un lustro después, su hermana se había atrevido a llevar pantalones de campana, pendientes en forma de aro y pañuelos en la cabeza.

A diferencia de Begoña, al casarse con Javier, el tipo de vida de su madre había seguido siendo el suyo, continuó cavilando Olga de rodillas, con la hostia consagrada bajo la lengua, en posición de rezo; aunque, en vez de recitar mentalmente una oración, volvió a rememorar el día que murió su madre. Ayudó a la enfermera que había estado yendo las últimas semanas a retirarle las sondas y cambiarla de ropa; y, al contemplar el cadáver, recordó que en un principio no sintió nada. La había querido a su manera, pero no del modo afable e íntimo con el que había querido a su padre. Además, tampoco tenía remordimientos. Sin embargo, mientras observaba el rostro escuálido de su madre, percibió de pronto la afinidad que siempre había estado ahí, el lazo profundo que no podía destruir la muerte. Y fue en ese momento cuando rompió a llorar sin consuelo, pues de repente ya no pesaban la responsabilidad ni los reproches, la crudeza o el distanciamiento, sino tan solo la pena por que aquella mujer que acababa de morir fuese su madre.

Únicamente al salir de la iglesia Olga reparó en que, siendo la misa por el aniversario de su muerte, apenas se había acordado de Javier en toda la eucaristía.

Begoña se quedó la primera quincena de agosto al cuidado de los niños, mientras Olga estaba en el trabajo. A sus sobrinos les hablaba con el desapego con que se dirigía a todo el mundo, de un modo aparentemente cínico, desprovisto de sentimentalismo. Olga no podía comprender de dónde venía el cariño que sus hijos le guardaban, pero con los días comprobó que, al igual que le sucedía de niña, su hermana ocultaba una forma de ternura detrás de la aspereza: una ternura que quizás escondiese una fragilidad que Olga intuía, pero que Begoña no dejaba traslucir nunca. Eran unos modales casi negligentes, secos, que sin embargo les venían bien a sus hijos, pensó Olga, que a menudo se había preguntado si ella no los sobreprotegía. Cada mañana, los dejaba discutiendo en el desayuno, la tía como si fuese un niño más, y aunque al principio lo había hecho con un repunte de alarma pensando en el equilibrio de Fernando o la seguridad de Íñigo, ahora se marchaba convencida de que Begoña sabría cómo controlarlos.

Olga se iba sin hacer caso al guirigay de la cocina y se acordaba de lo mucho que le molestaba a Javier el ruido. A ella, en cambio, no. A ella siempre le habían gustado los barullos familiares, el jaleo de los encuentros y las conversaciones durante las comidas. Sin embargo, en clara contraposición a su comportamiento público, Javier prefería

almorzar y cenar en silencio. Luego se ensimismaba en un informe o el periódico, y se quejaba de los gritos de los niños, aunque lo hacía con buen humor y nadie lo tomaba en serio. Al principio no había sido tan notorio; pero conforme fue pasando el tiempo, Javier empezó a mostrarse más reconcentrado en la mesa, ausente, visiblemente incómodo si a Olga se le ocurría hablar de algo. En una discusión ella le preguntó si no le interesaban sus conversaciones y Javier le respondió que no se trataba de eso, sino que llegaba demasiado embotado del trabajo. Pero luego añadió que en su casa nunca se había hablado mientras comían y que no podía ser todo como quería ella, que trataba de reproducir en la suya cada uno de los hábitos de la familia Martínez Brown, para quienes el silencio durante el almuerzo parecía que fuese un estigma y no el reverso de la forma que tenían de camuflar y que nada se notase.

Con el verano, el volumen de trabajo en el almacén había ido decreciendo paulatinamente y un día doña Fanny se reunió con ellas para repartir los turnos de vacaciones. Aurori prefería la primera semana de agosto, porque así podía irse unos días a Matalascañas de camping con su novio. Trini no quería perderse las fiestas de San Roque, que eran a mediados de mes, pero dudaba si le convenía o no tomarse esos días de permiso. Doña Fanny, al parecer, no tenía pensado coger ningún día libre y Olga, que en un principio había dicho que le daba igual, optó por tomarse los días coincidentes con las fiestas patronales, así se quitaba de aquel embrollo y evitaba que sus hijos, que siempre habían estado en Punta Umbría por esas fechas, tuvieran la tentación de querer ir para montarse en las atracciones de la feria. Doña Fanny tomó nota y todas quedaron contentas.

Desde el primer día que Aurori empezó a disfrutar de sus vacaciones, Olga se convirtió en la confidente de Trini, lo cual le impedía disfrutar del silencio matutino.

–Si te digo la verdad –le reveló una mañana de pronto–, a mí el camping al que ha ido Aurori no me gusta, pero no nos queda otra. A Raúl no le dan otros días que no sean los de San Roque. Y a eso hay que añadirle que los hostales son caros, y que a mi madre no le puedo decir que me quedo a dormir con Raúl. Aunque nos vamos solos, yo ya le he dicho que iremos toda la reunión, para que no me agobie. ¿Tú has estado en un camping alguna vez?

–No –sonrió Olga.

–Son incómodos, pero luego te lo pasas bien. Al principio yo no era capaz de dormirme en la tienda de campaña, sin embargo ya me he acostumbrado. Recuesto la cara en el hombro de Raúl y me duermo.

–Imagino que lo que cuenta es la compañía.

–Justo eso era lo que quería decir, la compañía. A veces, cuando estamos los dos así, después de hacerlo –y al decir «hacerlo» Olga percibió cómo Trini se azoraba un poco–, hablamos de cómo serán nuestra casa y nuestros hijos.

–¿Ya tenéis fecha de boda?

–Aún no, estamos ahorrando. Pero yo calculo que, de aquí a dos años, podremos casarnos. Lo malo es la casa. Raúl está mirando a ver de qué manera puede acceder a alguna de las de la empresa, ahora que van a venderlas.

–¿Entonces es verdad que van a poner en venta las viviendas?

–Eso dicen, sí. Y a unos precios muy buenos. Pero Raúl y yo no tenemos todavía ni para la más barata.

Olga solía agrupar la correspondencia en la mesa de la oficina y don Manuel se encargaba de llevarla personalmente a Correos, al edificio de Dirección o al ayuntamiento. Pero don Manuel también se había cogido unos días de permiso y doña Fanny se debatió entre distribuir ella las cartas, y dejar el economato sin supervisión durante su ausencia, o encargarle la gestión a Trini o a Olga. Finalmente decidió encomendarle la tarea a Olga, y le explicó que lo más urgente eran los sobres que había que enviar certificados. La estafeta estaba justo enfrente del almacén y solo había que cruzar la calle. Pero tanto el ayuntamiento como Dirección quedaban a unos minutos andando, por lo que después de dejar en Correos las cartas que corrían prisa, Olga sintió que el simple hecho de disfrutar del aire fresco a primera hora, cuando todavía no apretaba el calor, y dar un paseo por las calles casi desiertas del pueblo, era un regalo inesperado que debía aprovechar antes de volver al economato.

Decidió ir primero al edificio en el que se encontraba la dirección de la empresa y, sin demorarse ni acelerar el paso, hizo todo el trayecto por la acera irisada por el eco de la luz, aspirando el olor de la mañana y tratando de no pisar el suelo que las vecinas acababan de limpiar o estaban baldeando. Nunca había caminado sola por esa parte del pueblo; la conocía de transitarla con el coche, de bajarse un momento para comprar o hacer algún recado rápido; pero jamás había ido sin compañía por las calles del Valle, cuyas fachadas a esa hora, en pleno verano, parecían brillar en su blancura con los primeros rayos de sol. Le llegaba un aroma que la transportaba a su niñez: una mezcla de lejía y pintura esmaltada con la que se lustraban las puertas; de jazmín atenuado por los muros de los patios, geranios recién regados y eucalipto. A ese olor, durante el día, solía sumársele el de la grasa de

los monos de trabajo, el del azufre en función de hacia dónde soplara el viento y, si uno se adentraba en Bellavista por algunas de las puertas con garita que separaban el barrio inglés del pueblo, la fragancia del césped recién cortado y los setos y la hojarasca humedecida de los pinos.

Al Valle iba de pequeña acompañada de su madre, cuando acudían a misa y se pasaban luego a saludar a alguna conocida; aunque una vez también fue con su padre, Olga no se acordaba bien: ella se había presentado a visitarlo por sorpresa en el edificio de Dirección, al salir de la escuela, pero su padre la sacó inmediatamente de allí y, mirando en torno como si buscase algo, se la llevó a dar un paseo por el pueblo. Ahora Olga lo recordaba de manera difusa y, al pasar por el estanco, vio al otro lado de la plaza de la Constitución la calle donde vivía Pepita, con sus casas todas iguales en el albor de la cal y sus puertas endebles. La verdad es que debía hacerle una visita, agradecerle que hubiese ido a la misa de Javier y se hubiera quedado con Íñigo antes de la llegada de Begoña; incluso llevarle un detalle. Sin embargo, el mismo hecho de ocurrírsele como una de esas deudas pendientes que se veía obligada a saldar cuando vivía su madre, hizo que la invadiera la pereza y dobló por la droguería, así evitaba también la calle de Amparo.

A Olga seguían molestándole esos prontos que le dejaban después un regusto amargo. Por eso dejó las cartas correspondientes a la empresa en Dirección y se dirigió con más premura al ayuntamiento, donde se encontró con Celia. Acababan de aprobar en pleno el traspaso de propiedad del suelo urbano.

–No ha sido fácil, pero pronto la gente podrá comprar por un precio bajo las casas donde han vivido siempre. ¿Qué te parece? –le preguntó Celia.

–No lo sé. En realidad, no creo que sea de mi incumbencia.

–Pero tú también podrás adquirir la tuya. Aunque los chalés de los cargos medios y las viviendas de Bellavista costarán más, evidentemente.

–Dudo entonces que pueda permitírmelo.

–No apoyas la medida, ¿verdad?

–A mí no me compete valorar ese tipo de decisiones.

Olga notó que Celia fue a responder algo y se retuvo, que desechaba lo que fuera que fuese a decir y matizaba sus palabras:

–Se trata de facilitar que los riotinteños adquieran su vivienda. No podemos consentir que sea una empresa privada la que siga disponiendo de todo. Cada uno pagaría en función de su nivel. ¿Es eso lo que te disgusta? Porque tu caso particular no es el mismo que el de

tus vecinos.

¿Su caso particular? Celia parecía más nerviosa que de costumbre y Olga prefirió no seguir hablando. Le dijo que debía volver al trabajo y le pidió que, por favor, entregase las cartas dirigidas al Ayuntamiento en el lugar que correspondiera. De vuelta al almacén, se sintió aún más inquieta, como si Celia le hubiese transmitido parte del desasosiego que en ella era casi un rasgo de temperamento. No se explicaba su contrariedad. Entendía perfectamente las razones que le había dado Celia. Pero sabía que en Bellavista se tomarían la decisión como una afrenta y, aunque por un lado detestaba el clasismo con el que continuaban comportándose sus vecinos, por otro, se sentía vinculada a aquella manera refinada y armoniosa de vivir, a la elegancia, la educación y el decoro erradicados en los videoclips que veían ahora sus hijos. Si algo había empezado a sacarla de quicio con los años era la gente que hablaba mal o gritaba, la vulgaridad que se extendía también a la ropa. Y entonces comprendió lo que le había querido decir Rafaelito Áriz cuando hablaron de ese tema. Porque ¿qué ocurriría si esas personas se compraban una casa en Bellavista y se hacían socias del club y atestaban la piscina en verano?

Al regresar del trabajo, Olga se encontró los bañadores húmedos, hechos un ovillo, tirados por todas partes. Al recoger uno que estaba sobre el sofá, descubrió que había despintado el cojín del asiento. Pensó cómo decírselo a Begoña. Cada vez que llegaba del economato, hallaba todo al retortero, peor que cuando dejaba solos a los niños. Pero al final decidió no comentárselo. Sabía lo susceptible que podía ser su hermana y, ahora que habían logrado una calma precaria, no merecía la pena romperla con una discusión prescindible. Tampoco le dijo nada de lo que había hablado con Celia de las casas. Recordó cómo Javier, que había intuido desde el principio lo caprichosa que podía llegar a ser Begoña, bromeaba cuando se quedaban solos, después de verla: para Javier, su cuñada tenía menos resistencia a la frustración que sus hijos pequeños.

Olga se asomó a los ventanales de la cocina con los bañadores en la mano. No veía a Íñigo por ninguna parte. Begoña estaba fumando a la sombra, con los pies sobre la mesa del jardín, mientras hojeaba una revista. ¿Cuándo había logrado ella tal despreocupación?, ni siquiera se recordaba en ese estado rotundo de tranquilidad antes de que nacieran los niños. Fernando estaba aprisionando a Pachi en el suelo, apretándole el pecho con las rodillas. Olga dio unos golpecitos en la cristalera y, al verla, Fernando liberó inmediatamente a su hermano.

Begoña ni se había dado cuenta. Íñigo salió en ese momento de la alacena con la cara manchada de chocolate, justo antes del almuerzo, aunque la comida no estaba hecha y nadie había puesto la mesa.

–Hoy me he acordado de la noche que nos saltamos a la piscina a bañarnos –dijo más tarde Begoña, mientras almorzaban las patatas fritas con huevo que había tenido que improvisar Olga.

–¿Cuándo fue?

–Tendría yo dieciséis o diecisiete años. Con Rosa. Bueno, y con Mario e Iñaki. Me pregunto qué habrá sido de ellos.

–Rosa se casó con un arquitecto y se fue a vivir a Madrid.

–Sí, eso lo sé. Quedamos alguna que otra vez allí, hará cosa de cinco o seis años.

–Mario terminó su ingeniería y se fue al norte, donde creo que también tuvo familia. En cuanto a Iñaki... El otro día vi a su madre a la salida de la iglesia. Me parece que no acabó ninguna carrera. No sé quién me dijo que le había dado por pintar y que expuso sus cuadros en el club, en la capilla presbiteriana, creo.

–Iñaki fue el único de nosotros que se atrevió a ser libre.

Olga estuvo a punto de replicarle a su hermana que ella también lo había sido.

–Siempre fue él mismo –añadió Begoña–. No lo que los otros quisieron que fuera. Me acuerdo de cómo los demás agachamos la cabeza cuando, al día siguiente, nuestros padres nos reprendieron después de la amenaza de expulsión del club.

–Pero nunca supieron con certeza que hubieseis sido vosotros, ¿no?

–No, y yo además estaba segura de que a papá nadie se atrevería a expulsarlo. Sin embargo, para todos, fue algo gravísimo. Como si dependiera su honor de ello...

–Bueno, ya sabes lo que aquí siempre ha supuesto eso.

–Sí, pero papá estaba por encima.

A Olga la asaltó entonces la conversación relacionada con las cuotas que había tenido con Rafael, aunque tampoco dijo nada. Se quedó pensando en los rumores que había en torno a ella dentro del club y se preguntó si no debería preguntarle a Begoña qué opinaba acerca de la compraventa de la casa.

–Y aun así me sentí fatal –había seguido diciendo ella–. No quería que, por mi culpa, lo avergonzasen. Pero a Iñaki le dio lo mismo. Quedamos al día siguiente y lo único que dijo fue: «Que se jodan».

–Begoña... –empezó a decir Olga.

–Qué.

–Quería comentarte una cosa.

–Creí que me ibas a reñir por decir tacos delante de los niños.

–No es nada.

–¡Dime!

–Era una tontería sin importancia. Olvídalo. ¿Quieres un poquito más de flan?

Quedaba poco para que su hermana se fuese y, a pesar de que la había ayudado, Olga deseó que se marchara cuanto antes, sin conflictos, para disfrutar sus vacaciones a solas con sus hijos. Iban a ser apenas unos días y, con el fin de evitar las fiestas de San Roque, había aceptado la oferta de Adela para conocer su nueva casa de Punta Umbría. Por lo que le había dicho, debía de tratarse de uno de los chalés situados a pie de playa, cerca de la urbanización que habían compartido las dos familias durante años. Se quedarían únicamente el primer fin de semana; y si veía bien a Fernando, quizás se volviese ella con los pequeños y dejaría que él permaneciese más tiempo allí, con Pablo.

5

Adela se negó a que su amiga viajara en autobús con los niños y mandó a su marido, que permanecía en Riotinto de lunes a viernes porque aún no tenía vacaciones, a recogerlos el sábado por la mañana. Eduardo había trabajado codo con codo con Javier; él fue quien, al principio, le enseñó cómo funcionaba la empresa; los dos habían jugado al golf numerosas veces y ambas familias, compartido muchas cosas. Pero al igual que otros, pensaba Olga, Eduardo también terminó de alguna manera dejando a Javier solo. O al menos esa era la impresión que ella tenía: algo que había permanecido latente desde que arreciaron los rumores en torno a Javier y que Olga no se había atrevido a sacar a relucir cuando estaba con Adela. Por eso, tal vez, tras un primer momento dubitativo en el que Eduardo metió el equipaje en el maletero y un amago de conversación en cuanto subieron al coche, pasaron casi todo el viaje en un silencio que apuraba a Eduardo y que Olga, en cambio, agradeció íntimamente. El no tener que permanecer atenta a lo que dijera otra persona le permitía mirar por la ventana e ir pensando en sus cosas. Un par de veces se le pasó por la cabeza doña Fanny, pero enseguida se propuso no dedicarle al trabajo ni un minuto de las vacaciones y trató de concentrarse en proyectos que mejoraran su futuro y el de sus hijos: el primero, comprarse un coche pequeño, económico, porque estaba claro que sin medio de locomoción había perdido independencia; y el segundo, si podía ser, adquirir el hogar que había habitado desde que se casó, en el barrio donde había pasado toda su vida y en el que quería que siguieran creciendo Fernando, Pachi e Íñigo.

Durante el camino fue observando los encinares y los campos de cultivo, que habían mudado su verdor por la sequedad pajiza de agosto sin el dramatismo en el que transcurrían las vicisitudes humanas.

–Hoy va a hacer un buen día de playa –dijo Eduardo.

–Sí –respondió Olga casi a la defensiva, pues al darse cuenta de que Eduardo intentaba recuperar la naturalidad entre ellos, se guardó lo que podría haber añadido.

–Olga, yo… –comenzó a decir de nuevo Eduardo.

Ella ni siquiera contestó.

–Ya sabes que sentí mucho lo de Javier...

–Gracias –dijo Olga volviendo la mirada hacia atrás, para darle a entender que prefería no hablar de eso delante de los niños.

Eduardo lo captó a la primera, y se limitó a decir:

–Me alegro de que vengáis a pasar unos días con nosotros.

–Nosotros también estamos muy contentos de visitaros.

Eduardo trató de agregar algo más, pero Olga advirtió que, al ver que ella se giraba para mirar de nuevo por la ventana, optó por seguir sin hablar el resto del trayecto. Eso la ruborizó y le hizo preguntarse si no se habría comportado quizás de una forma ingrata, inmerecidamente antipática.

Olga lo observaba de tanto en tanto con el rabillo del ojo y en una de esas, al notar el grado de satisfacción con el que Eduardo conducía su Rover, se puso a pensar una vez más que, mientras ella y Javier nunca se habían animado a hacer gastos importantes, Adela siempre estaba comprándose electrodomésticos nuevos, reformando la casa, cambiando de coche o regalándole a Pablo los juguetes de moda, por más que nunca hiciese ostentación ni –como hacían otras conocidas suyas de los chalés o Bellavista– presumiera de tales detalles. De hecho, cuando Javier vivía, Olga se había preguntado a veces si ella y su marido no eran demasiado sobrios, demasiado poco aventureros. Sin pretenderlo, habían resultado ser un matrimonio ahorrativo, se dijo ahora irónicamente, pues a la vista estaba que no les había acabado sirviendo de nada.

Pachi no paraba de preguntar cuánto faltaba y, al mirar hacia los asientos traseros para responderle que ya quedaba poco, Olga atisbó que Fernando iba tan ensimismado como ella.

Lo primero que hizo Olga al bajarse del coche fue impregnarse de la fragancia del mar, aprehender cada matiz de la brisa y la luz que acariciaban sus párpados. Había veraneado en Punta Umbría desde que era niña y guardaba el recuerdo de cómo cada año, cuando quedaba poco para que terminase junio, llegaban en tren al puerto de Huelva. Los mozos descargaban el equipaje y ella y su familia cogían el barquito que los llevaba hasta allí, entre gaviotas y cormoranes. Sus padres se vestían de blanco: él, con un sombrero panamá; y su madre, con aquellas pamelas divinas en las que ensartaba alguna flor cortada a última hora del jardín, antes de cerrar la cancela de la casa de Bellavista. Eso fue al principio, cuando Punta Umbría todavía era una franja natural surcada de caminos de tablas y las casas del *staff* aún

estaban numeradas, sobre pilares cavados en la arena, con sus porches y barandas en forma de aspa, todas de madera blanca.

Olga recordaba el tamaño de los escalones que subían a los bungalós, las cortinas de esparto, las telas mosquiteras, las uñas de león abriéndose en estallidos púrpuras; y hasta en los cubiertos, el escudo con las siglas de la Rio Tinto Company Limited. Pero aquellas casitas fueron demolidas pronto, cuando se construyó la carretera, y entonces sus padres compraron otra vivienda, también de estilo inglés, por el lado de la ría. Cuando Olga no conciliaba el sueño, trataba de rememorar aquella casa: la arena fina y dorada que se acumulaba en la puerta, el olor de la dama de noche mezclado con el salitre, el frescor al abrir las ventanas por la mañana temprano. Sin embargo, Begoña la vendió cuando murió su madre, y a Olga no le importó porque acababa de comprarse el piso de la avenida del Océano, donde había empezado a pasar también todo el verano con los niños, mientras Javier iba y venía los fines de semana, como seguía haciendo Eduardo. Y ahora se arrepentía de haberse desprendido de la casa de la ría con tanta ligereza, de no haberle comprado su parte a Begoña y haberse quedado con ella.

Seguramente lo vería desde el coche, pensó Olga, y había mirado fugazmente para comprobar cómo reaccionaba Fernando. Sin embargo, le pareció que su hijo no reparaba en el que había sido su apartamento. Eduardo tampoco dijo nada cuando llegaron y Olga se volvió a preguntar si le habría molestado su actitud fría durante el viaje.

Adela y Pablo salieron a recibirlos.

–¿Qué te parece? –exclamó Adela.

–Es... –dudó Olga–. Es maravilloso.

No se trataba de la remodelación de uno de los chalés antiguos que se veían cuando paseaban por la orilla, como Olga había imaginado, sino de uno recién construido, incluso con detalles sin acabar: faltaban, por ejemplo, las carcasas de los interruptores; algunas lámparas y faroles externos; o la vegetación de lo que Adela explicaba que iba a ser el jardín, donde solo había plantado un arriate con rododendros. Todo olía a nuevo, a cemento fresco. El terreno gozaba de una ubicación inmejorable y la casa, en lugar de testeros, tenía cristaleras en tres de los cuatro laterales. El diseño del interior mezclaba el aluminio con la madera oscura, y en toda la parte baja entraba la claridad de modo exuberante. Adela le iba enseñando la amplia cocina, el servicio, el salón diáfano; y, en el piso de arriba, las habitaciones casi vacías, la terraza, los otros dos cuartos de baño. Eduardo las había ayudado a subir el equipaje y ahora estaba fuera,

bromeando con los niños.

–Aquí dormirás tú con Íñigo –dijo Adela–. Y en aquel cuarto, Pachi con Fernando.

–Es muy bonito –dijo Olga–. Me esperaba otra cosa. No me habías contado nada.

–No lo sé... Tampoco surgió el tema.

Olga notó que su amiga se turbaba y, como de su tono dedujo que lo decía por la situación en que se encontraba ella, comprendió que la conversación podría ser incómoda para Adela.

–Muchas gracias –añadió con una sonrisa tímida–. Siempre te has portado conmigo estupendamente.

–No digas tonterías –se abochornó Adela–. ¿Nos vamos a la playa?

Olga reparó en que Pablo y Fernando, que eran muy amigos, se habían saludado de forma fría. Y en la playa también se apercibió de que apenas hablaban entre ellos. Los dos tenían la misma edad y, aunque estaban en clases distintas, iban todas las mañanas juntos al colegio y se veían en el recreo. Además coincidían en tenis y, desde pequeños, habían pasado mucho tiempo jugando en la calle o en casa de uno u otro; de hecho, en los últimos meses, Fernando había permanecido más horas en el garaje donde Pablo tenía la mesa de ping-pong que en cualquier otra parte. Eduardo, que siempre había detestado la sal y la arena y que, cuando compartían urbanización, solo bajaba para tomarse una cerveza con Javier en un chiringuito cercano, no fue con ellas. Adela le preguntó a Olga si creía que necesitarían sombrilla y esta se encogió de hombros. La familia de Adela conservaba la caseta blanquiazul, como la que Olga había tenido siempre, donde guardaban las sillas y los flotadores y los cubos con palas de los pequeños. Al final cogieron únicamente dos sillas bajas, plegables, donde se sentaron mientras los críos correteaban junto al agua.

Adela iba enlazando un tema de conversación tras otro, sobre las casas o los hijos o las amigas comunes de Bellavista, y Olga asentía distraídamente. A veces, se quedaba absorta en las vetas de espejo que moteaban el azul del mar, y se dejaba llevar a un estado de duermevela en el que le parecía que nada de lo que había pasado durante el último año había sucedido en realidad, sino solo el vaivén de las olas. Ella aún era joven o estaba recién casada y los niños todavía no habían nacido, porque de pronto no padecía el estado de alarma constante que le hacía preguntarse dónde estaba Íñigo, a qué obedecerían los gritos de Pachi o el gesto retraído de Fernando. Sintió erizársele la piel porque Javier había apoyado con suavidad las manos

en su espalda, y había empezado a extenderle la crema por los hombros, mientras le acercaba la boca al oído y, haciéndole cosquillas con los labios, le susurraba que la quería: que por qué no ponía una excusa para volver a la casa, aprovechando que los demás iban a seguir un rato en la playa.

Si cerraba los ojos, podía sentirlo perfectamente. La ventana abierta y los visillos que se abombaban con la brisa. Ella desnuda, y Javier incorporándose a buscar un cigarro. Extendía los brazos hacia arriba como si se desperezara, y luego los bajaba con lentitud acariciando las sábanas, tomando conciencia de la capa de sal que le cubría la piel, de la suavidad de la ropa de cama de su madre y el deseo que le provocaba el cuerpo bronceado de Javier. Entre imagen e imagen, miraba hacia el horizonte, respiraba hondo, volvía a cerrar los ojos y, cuando los abría de nuevo, después del interludio naranja que precedía al regreso de la visión, se afanaba por atender a lo que le estaba diciendo Adela o por fijarse en el comportamiento de Fernando, mientras buscaba con la mirada a Íñigo y a Pachi, en un adarme de sobresalto. No se había dado cuenta de que su hijo mayor había estado discutiendo con Pablo y que ambos se encontraban enfurruñados.

–¡Pablo! ¡Pablete! –elevó la voz Adela–. ¿Por qué no coges las paletas y juegas con Nando?

Pero ninguno de los dos la oyó o le hizo caso. Se acercaron el uno al otro y siguieron peleándose, Fernando con más encono que Pablo, y después se apartaron y dejaron de gritarse. Olga no pudo escuchar qué se habían dicho, tampoco se levantó; no hizo nada; ni siquiera cuando advirtió que Adela estuvo a punto de intervenir y se retuvo, comentando con una sonrisa demudada que solo eran cosas de niños. Más tarde, de vuelta en el chalé, Fernando y Pablo siguieron sin dirigirse la palabra. Entonces Olga le hizo a su hijo un gesto interrogante, pero él la esquivó con los ojos.

Almorzaron con los ventanales abiertos y Eduardo apenas intervino en la conversación. Además, las veces que rellenó la copa de Olga, también le rehuyó la mirada. Siempre había sido un hombre reservado, cauto, un supervisor diligente que velaba por los intereses de la empresa. Sin embargo, ahora parecía que lo aislaba una especie de vergüenza que, para Olga, no cabía duda de que guardaba relación con el remordimiento que le producía no haber apoyado a Javier antes de su muerte. Él debía de saber, como lo sabía ella, que su marido no había cometido ninguna irregularidad: él era una de las pocas

personas, por no decir la única, que no tendría que haberse dejado influir por los prejuicios y lo que dijeron precipitadamente todos. Olga estuvo tentada de sacar el tema, pero como vio que no la afectaba la tensión que emanaba de Eduardo, decidió no hacerlo. Estaba demasiado cansada y había llegado a un extremo en que ni tan siquiera ella podía asegurar que el escándalo no tuviera una base en la que Javier hubiese, en efecto, participado.

Aunque se había prometido que tampoco lo haría, en la sobremesa comentó que el chalé debía de haberles costado caro.

–Más o menos. Las construcciones sobre plano suelen tener un precio alto –fue lo único que alcanzó a decir Eduardo, justo antes de levantarse y entrar en el cuarto de baño.

Adela también se puso en pie y empezó a recoger los platos. Olga quiso ayudarla, pero Adela insistió en que descansara. Sentada en el sofá, recordó que Javier se encerraba igual cuando le irritaban las visitas, y se preguntó si su marido le habría contado ese detalle a Eduardo, como ella a Adela el de recoger las hojas secas cuando estaba preocupada, o si habría sido al revés y fue Javier el que lo copió de su amigo. Rememoró un sábado en que se presentaron sus padres sin avisar, justo en el momento en que Javier se disponía a dormir la siesta, y ella se puso a hacer café y Javier permaneció en el baño más de una hora. «Está claro que tu marido debe de tener una indisposición seria», le dijo su madre al marcharse, y después Olga llamó con los nudillos a la puerta, y Javier le abrió visiblemente enojado, y estuvieron un rato discutiendo dentro, en un tono amargo que no era habitual en ellos, hasta que Javier intentó salir, descorrió el pestillo y, por la franja de la puerta entreabierta, Olga vio a Fernando a metro y medio, mirándolos.

A su hijo mayor siempre le había perturbado mucho que ellos discutieran, como si la más tonta disputa fuese el inicio de la pérdida de una u otro. Javier, por su parte, después de la primera desavenencia explícita que tuvo con su suegro, había procurado no entrar en conflicto directo con los padres de Olga; pero esa formalidad, que en el fondo no era sino un modo de hipocresía, perdía lo que pudiera tener de admirable desde el momento en que sus suegros salían por la puerta, porque entonces llegaba a mostrarse hiriente en la crítica, revestir el sarcasmo de cinismo injusto, y no por lo que tuviera de reproche al comportamiento de su familia política –con el que solía acertar, había pensado siempre Olga–, sino por la forma de dirigirlo crudamente contra ella.

Después de tomar café, mientras los niños veían la televisión desperdigados por el sofá y el suelo y Eduardo dormitaba arriba, Olga salió con Adela a la terraza y, cuando su amiga entró a por dos vasitos de licor de almendras, siguió recordando lo mucho que le afectaban a Fernando sus enfados con Javier y cómo una noche, antes de acostarse, le preguntó: «Papá y tú no os divorciaréis nunca, ¿verdad?». No podía quitárselo de la cabeza, y eso le hacía acordarse también del último verano que pasaron los cinco allí, en Punta Umbría. Habían terminado de almorzar en el piso y Javier salió a fumarse un cigarro, como de costumbre. Sin embargo, Olga lo notó más distante que nunca, sumido del todo en la espesura en la que se adentraba a veces, cuando no solo se apartaba de ella, sino de cuanto había a su alrededor, incluidos los niños. Ella se asomó un momento al balcón, lo sorprendió con la mirada fija a saber dónde y, como si la presintiera, él se giró y le dedicó una sonrisa opaca, insondable, triste. Esa noche Javier le contó a Olga lo que estaba pasando en la empresa. Por primera vez, volvieron juntos a Riotinto antes de que acabara el verano. Y un par de semanas más tarde, el coche que conducía se precipitó con varias vueltas de campana por el terraplén que separaba la carretera del suelo de mineral, teñido de roja herrumbre.

–Aún piensas en él. –Adela le tendió el licor.

Hasta el chalé llegaban diluidas las voces de la playa.

–Es curioso. En casa, cada vez menos. Pero aquí todo son recuerdos.

Olga miraba hacia el mar cruzada de brazos, sosteniendo el vaso con una mano. Los destrabó para untarse con saliva una pintita roja que le había salido en la muñeca y que comenzaba a picarle.

–Imagino que no debe de ser fácil –dijo Adela.

–No lo es, no.

Serían más de las siete cuando volvieron a la playa, y hubo un momento en el que Olga creyó que todo era igual que antes, que Javier estaría en el piso esperándolos y que más tarde irían, con el pelo húmedo y untados de Nivea, a dar un paseo por el pueblo, a cenar por ahí o a tomar un helado sin prisas, con la vida por delante. Era la hora que prefería para bajar a la playa. Como el sol ya no apretaba tanto, solo extendieron las toallas y se sentaron mientras los niños jugaban en la arena, yendo y viniendo del agua con las camisetas puestas. A diferencia de por la mañana, parecían más tranquilos: Pablo construía un castillo con Pachi, y Fernando cavaba para hacerle una piscina a Íñigo.

Con las piernas recogidas en forma de triángulo, Olga se dijo que había bebido mucho, primero cerveza y vino blanco, y después la *amarguinha* que le había servido Adela. Se notaba la boca seca y una punzada en las sienes que le atravesaba la cabeza. Adela también permanecía amodorrada y sin tantas ganas de charla. Las dos se tumbaron hacia atrás y hubo un instante en el que se quedaron calladas y a Olga el silencio le pareció un regalo merecido, una bendición de la tarde que se iba difuminando en los rosas dorados del crepúsculo. Sin embargo, duró poco. Adela se enderezó con ímpetu, llamó a Pablete y, en un tono que Olga supo que iba dirigido principalmente a ella, le dijo que jugara con Fernando.

A Olga le irritó el gesto innecesario de su amiga. Ella también había notado que la situación entre los niños seguía igual, pero al menos mantenían una distancia que les permitía estar cerca el uno del otro sin hablarse y sin riesgo de conflicto. ¿Por qué las madres tenían que intervenir? ¿Por qué los niños no podían continuar así hasta que, poco a poco, se fueran reconciliando solos? Vio cómo Pablo se aproximaba con timidez a Fernando y cómo su hijo le respondía hoscamente. Pablete era un niño gordito, torpón, lento comparado con sus hijos, y llevaba unas gafas parecidas a las de Pachi que le pronunciaban las orejas. Adela estuvo otra vez tentada de mediar pero Olga se fijó en que hacía un esfuerzo para contenerse. Entonces Olga aprovechó que la marea estaba baja y le pidió que se quedara un rato con Íñigo y Pachi, mientras Fernando y ella iban a dar un paseo.

–Por supuesto –dijo Adela, casi aliviada.

Caminando por la orilla, con los pies mojados por las olas y el sol poniéndose, Olga tuvo la tentación de coger a su hijo de la mano, como cuando era más pequeño. Sin embargo, al ver que Fernando apenas levantaba la cabeza, en lugar de hacerlo contempló el cielo anaranjado que iba transmutando su color en un púrpura desvaído. Le vino a la mente una imagen de hacía muchos años: sus padres y ella paseando por la playa con su hermana pequeña, los cuatro de la mano; y cómo, al cruzarse con una mujer atractiva, su padre giró la cabeza para mirarla y su madre señaló hacia otra parte para que las niñas no se percataran. Pero ella sí se había dado cuenta. ¿Cuánto tiempo hacía de aquello? Ahora eran ella y su hijo quienes andaban en dirección al ocaso y, en un momento en que Olga se volvió para remangarse el pareo, vio cómo las sombras de sus figuras se extendían detrás de ellos.

De vez en cuando, Olga miraba al niño de reojo. Había crecido mucho y cada vez se parecía más a Javier, aunque también tenía un aire a su abuelo materno: algo en el perfil, en la manera de moverse.

–¿Qué te pasa con Pablo? –se atrevió a preguntarle.

–Nada –contestó Fernando, enfoscándose todavía más.

–¿No sois amigos?

–No.

–¿Por qué? Siempre lo habéis sido.

–Es un envidioso.

–¿A qué viene eso?

–No sabe jugar al tenis y tiene celos.

–¿Desde cuándo?

–Desde hace tiempo.

–Pero ese no es un motivo para estar eternamente enfadados.

–Además le da rabia que su padre fuera menos jefe que papá.

–¿Y eso qué importa?

Fernando guardó silencio.

–¿De verdad os habéis peleado por eso?

Olga advirtió que la mirada nerviosa, esquiva de Fernando, era la misma cada vez que la conversación tanteaba la muerte de su padre.

–¿Por qué no me dijiste nada antes de venir?

Y al ver que su hijo no respondía, se detuvo y lo cogió por los hombros.

–Deberías habérmelo contado. Ya sabes que puedes confiar en mí.

Él negó enérgicamente con la cabeza y trató de soltarse.

–Fernando, por favor. –Olga intentó retenerlo, apretándole los brazos–. ¿Qué te ha pasado exactamente con Pablo? ¿Qué es lo que has dicho sobre papá?

Fernando siguió forcejeando y, en un momento en que Olga giró la cara para comprobar si alguien los miraba, logró soltarse y golpeó involuntariamente el labio de su madre. El primer impulso del niño fue salir corriendo, pero al ver el hilillo de sangre se quedó paralizado, encorvado, con el mentón temblando. Olga se llevó una mano a la boca y miró a su hijo. Por fin encontró los ojos que hacía meses que llevaba buscando. Entonces Fernando se agarró con fuerza a su madre y, dejándose caer, rompió a llorar desconsolado. Olga se puso de rodillas y lo abrazó con más fuerza. No sabía exactamente qué decir. Porque Fernando no dejaba de preguntarle:

–No es cierto lo que dicen de papá, ¿verdad? Todo es mentira, ¿a que sí?

–¿A qué te refieres?

–Pablo me contó un día en la piscina que papá era un ladrón. Dijo que se lo había preguntado a su padre y que él se lo confirmó. Pero eso es mentira, ¿verdad?

–Por supuesto que lo es, cariño.

–Tiene envidia porque papá mandaba más en la empresa que su padre.

–Tranquilízate.

–Por eso lo dijo. Pero es mentira, ¿verdad?

–Claro que sí, mi amor. No le hagas caso a la gente. Papá te quería mucho, eso es lo único importante.

Fernando no podía controlar su congoja, el temblor agitado del pecho. Olga se puso en pie y tiró de su hijo. Aunque el crepúsculo se había vuelto cárdeno y el cielo, de un violeta desleído, se alejaron un poco más para que el niño se calmase, por lo que a la vuelta se les hizo casi de noche. Luego, de regreso en el chalé, Olga le pidió de nuevo a Adela que se quedara al cuidado de los pequeños y fue con Fernando hasta la zona de los hoteles, a informarse de los horarios de autobuses.

Acordó con su hijo guardar silencio.

Adela estaba muy extrañada por el comportamiento de los dos, pero no se atrevió a preguntar y Olga tampoco le dio explicaciones. Más tarde fueron a cenar todos juntos a la calle Ancha. Eduardo continuó actuando como si ocultara algo, pensó Olga, que no dejó de acordarse de Javier ni de estar pendiente de Fernando. Aunque hizo lo que pudo, tampoco consiguió evitar que la tensión creciera entre Adela y ella. A Íñigo le picaron mucho los mosquitos. Y al día siguiente, después de desayunar, cogieron los cuatro el autobús y se volvieron a Riotinto.

6

A Olga los finales de verano la sumían en un estado melancólico. Le ocurría desde que era niña, cuando quedaba poco para que terminaran las vacaciones. Sin embargo, en esta ocasión, el cambio la cogió por sorpresa. Para ella, septiembre había sido siempre el mes de las ideas, las posibilidades, la promesa de una vida renovada; pero en lugar de afrontarlo con la energía de otras personas, se abandonaba a una languidez acorde con las primeras hojas amarillas y la quietud de las tardes cada vez más cortas. El año anterior, con la muerte de Javier, perdió la noción del tiempo. Por eso, la asombró reconocer el repliegue que le producía la inminencia del otoño, las leves transiciones de temperatura y color que propiciaban que pensase en su marido desde un letargo menos doloroso. Era como si el cambio de estación le facilitara una distancia semejante a la objetividad cuando rememoraba las escenas de su matrimonio, una aguda predisposición a revivir detalles que adoptaban ahora otro significado.

La estancia en Punta Umbría y la reacción de Fernando parecían haber contribuido a resaltar la figura de Javier en la nueva rutina que, con mucho esfuerzo, trataba de construirse con los niños. De ese modo, un día que se quedó dándole vueltas a los chismes que le contaban Trini y Aurori, Olga rememoró que, a diferencia de lo que se acostumbraba en la época, ella y Javier tuvieron un noviazgo corto, y eso hizo que a la boda cada uno llegase de un mundo desconocido para el otro, por lo que no fue hasta pasado un tiempo cuando empezó a notar los primeros indicios de la postración en la que podía caer su marido. Fue más sorprendente porque, por lo general, Javier tenía un carácter alegre y dinámico, extrovertido sin ser nunca empalagoso o inoportuno. Esbelto y elegante, sabía qué teclas tocar y cuándo sonreír para que todo el mundo lo considerara «encantador» o «adorable». Su éxito era evidente entre las amigas de su madre, recordaba Olga, casi todas, esposas de los altos cargos de la empresa; aunque la presencia de Javier también hacía estragos en sus propias amigas y lograba la aceptación unánime de los directivos que se codeaban con su padre.

Era el mejor partido y se lo llevó ella, le había dicho a menudo Adela, desde la noche que Olga lo presentó formalmente como su

novio en el club, durante el cotillón que daba la bienvenida a 1970, cuando él apenas llevaba dos meses viviendo en Riotinto. En ese baile de Nochevieja, Javier no dejó de ser en ningún momento agradable y encandiló a Adela, que acababa de casarse con Eduardo, el otro joven economista recién incorporado a la empresa. Pero mientras que Javier había llegado de Madrid a instancias de un antiguo profesor jesuita, Eduardo pertenecía a una familia arraigada en Bellavista, pues aunque su padre solo había desempeñado un cargo medio en la compañía, siempre se había relacionado con lo más alto del *staff* británico. De hecho, tanto los padres de Eduardo como los de Olga y los de Adela pertenecían al mismo círculo, a la *crème de la crème* que se afanaba en perpetuar los privilegios de los ingleses y entre quienes la llegada de Javier, con su insólita jovialidad carente de prejuicios, fue recibida en principio como una amable novedad con la dosis justa de exotismo.

Eduardo había sido uno de los primeros licenciados en Economía contratados por Río Tinto Minera para darle un nuevo giro a su dirección administrativa, pero Javier había estudiado en Madrid tanto Ciencias Económicas como Ingeniería, y su perfil era aún más adecuado para pilotar la renovación de la empresa. Sin embargo, Eduardo sabía mucho mejor cómo funcionaba la compañía, y no solo el departamento al que fue adscrito como jefe de aprovisionamiento: de tanto como se lo debía de haber explicado su padre, dominaba también los entresijos de las secciones de minería y mineralurgia, y hablaba con la misma pericia de asientos de contabilidad que de la producción de gossan. Olga no había olvidado las charlas interminables que mantenían Javier y Eduardo en aquellos tiempos: el primero, ansioso por conocer y comprenderlo todo cuanto antes; y Eduardo, encantado de que le consultasen. La fatuidad de Eduardo podía llegar incluso a que se hiciese telefonear al club para que un camarero entrase en el Men Only y le dijera en público que tenía una llamada importante. Olga descubrió que quien lo llamaba era Adela, y no para decirle nada de relevancia, sino porque antes se habían puesto de acuerdo. Cuando ella bromeó con eso un día, no obstante, tanto Eduardo como Adela lo negaron y desviaron el tema como si aquello fuese una excentricidad suya, a todas luces falsa.

De lo que Javier nunca quería hablar, en cambio, era de su pasado. Al casarse, Olga apenas sabía que era hijo único, que su padre era de origen vasco y había tenido una posición acomodada como mayorista textil, y que había muerto de un derrame cuando él tenía doce años. También sabía que, gracias a la influencia de un párroco con el que Javier se relacionaba mientras estudiaba en la Complutense, había frecuentado los barrios periféricos del sur y el este de Madrid. Antes

de entrar en Económicas, empezó también Ingeniería, en una extraña decisión que no comprendió su madre, que esperaba que continuase con el negocio de su padre. Y de todo aquello Javier solo contaba cuánto le apasionaban las obras públicas a gran escala. Nunca se refería a su madre, que seguía viviendo en el piso familiar de la calle Hermosilla. Tampoco hacía alusión a cuáles habían sido sus actividades de juventud. Poco a poco, Olga fue escuchando menciones aisladas a lo que ella interpretó que era un sindicato de estudiantes, a un enfrentamiento con su madre después de que le denegaran el certificado de buena conducta de cara al servicio militar, y a un cura al que Javier llamaba padre Llanos con una mezcla de familiaridad y admiración de prosélito. A Javier se le escapó también que había hecho teatro en la universidad y que allí solía ir al cineclub. En otra ocasión, Olga lo oyó pronunciar la palabra «praxis». Pero ella no había prestado nunca demasiada atención a esas cosas; las escuchaba sin interés; pues lo único que espoleaba su curiosidad era si había tenido novia antes.

Recordaba que, la primera vez que ella accedió a entrar en la habitación de la casa de huéspedes donde Javier se alojaba desde que llegó a Riotinto, vio en la mesilla de dormir un libro en francés que aún debía de andar por su despacho, puesto que todo seguía tal y como él lo dejó antes del accidente. Pese a su escasa afición por cualquier cosa que fuese intelectual, Olga tenía muy buena memoria para los nombres y se fijaba en detalles como que Javier había mantenido ese libro medio oculto durante años. Olga leyó por encima alguna página aquella primera tarde que Javier la invitó a su cuarto, mientras él bajaba a por leche para el té, y había descubierto que trataba de algo que allí se denominaba «cristianismo de acción social». Primero se sorprendió porque Javier apenas pisaba la iglesia; sin embargo, más tarde, cuando supo de sus conexiones con algunos jesuitas que habían sido expulsados de la Escuela Profesional, comprendió que en ese libro se hallaba la explicación de por qué había llegado hasta allí su marido, a diferencia de otros ingenieros de Cantabria o del País Vasco, que se habían ido asentando en Riotinto tras la marcha de los ingleses.

Olga empezó a cobrar la pensión de viudedad a principios de septiembre y, aunque su cuantía no era suficiente como para dejar el trabajo, sí pudo prescindir de las clases particulares justo cuando dio comienzo el curso y las madres de sus alumnos llamaban ya para apuntarlos. Por su parte, en el economato, Olga sentía una

embriagadora sensación de libertad cada vez que terminaba la jornada. A veces pensaba en la ironía de haber acabado rodeada de paños y fardos, que era lo que más detestaba su marido porque le recordaban a los almacenes de su padre. Ella no había tenido nunca la necesidad de «realizarse», tal y como lo exponía Celia para referirse a todas las mujeres. Más aún, casarse con Javier la había liberado de seguir viviendo bajo el mismo techo que su madre. Y luego, cuando llegaron los niños, no tuvo mucho tiempo para planteárselo: asumió de buen grado sus tareas maternales y le bastó con mirar por la ventana los ratos que los bebés dormían la siesta o, más tarde, con atender a sus hijos tranquilamente a la vuelta del colegio. En ocasiones incluso había llegado a pensar que, en vez de echarle en cara a su madre que no la alentase a ir a la universidad, en el fondo debería habérselo agradecido. Ella le había enseñado a hablar en inglés desde niña, la había apuntado a clases de francés y de piano, le había permitido hacer un curso de secretariado y sacarse el carné de conducir: había alimentado su autonomía e inteligencia por mucho que el horizonte diseñado para su hija mayor no dejase de ser el de un matrimonio adecuado. Y Olga, una vez que se casó, si era honesta consigo misma, no tenía motivos para reprochárselo.

Javier, en cambio, se burlaba de los protocolos y las distinciones que habían marcado esa educación, y cada vez que se le presentaba la oportunidad se los refutaba con sorna. Por eso él conectó quizás de una manera más fluida con Pedro, aunque Olga no fuese capaz de recordar con nitidez cómo se conocieron. Llevaba tiempo sin encontrarse con Celia cuando, una tarde de domingo, coincidieron a la salida del cine y, ante la insistencia de Javier, fueron a tomar algo. Debió de ser entrada la primavera, porque ya habían brotado las glicinas en la terraza del bar Eugenio y ella llevaba sobre los hombros una rebeca, de eso sí que se acordaba, no sabía por qué. Como recordaba también la atención con la que Javier escuchaba a Pedro, más reconcentrada e intensa que cuando hablaba con Eduardo; y los silencios incómodos de Celia; y cómo, tras acompañarla a casa, a la pregunta de si tenía que ser siempre tan simpático, Javier le dijo que a veces se le trastocaba el ánimo y ella pensó que era una broma. Porque ¿cómo iba a creerle si siempre estaba de buen humor, si no había nadie que irradiara un optimismo como el que él mostraba continuamente?

Salieron varias veces, antes de casarse, con Celia y Pedro. Pero después de la boda los encuentros se fueron espaciando y, aunque daba la sensación de que Javier prefería la compañía de Pedro, este solo era un empleado del departamento de voladuras y Olga se

inclinaba más por frecuentar a otras parejas de su mismo estatus: a Eduardo y Adela, así como a otros jóvenes directivos, geólogos o químicos, que habían empezado a vivir en los chalés en lugar de en Bellavista. De esa forma, en las ocasiones que volvieron a quedar, Olga notó en Celia el mismo deje de recriminación que cuando estaban en el instituto y se distanciaban temporalmente. A Olga la violentaba mucho mantener ese tipo de relaciones tensas, y su manera de reaccionar ante ellas era evitarlas. Le había ocurrido con Celia y le seguía pasando con su hermana, pero nada comparado con el nerviosismo que le producía la actitud de doña Fanny. Porque lo mismo se mostraba atenta con ella, que la trataba con un desprecio que rayaba en la humillación pública.

–¿No has pedido los nuevos rollos de percal? –le preguntó una mañana con un tono neutro, descuidado, ni sonriente como otras veces, ni tampoco enfadado.

–No sabía que tuviera que pedirlos –se excusó Olga.

–Sí, recuerda que incluso te dejé una nota. El percal no puede faltar. Es la tela más económica y la que más se usa.

–De verdad que no tenía conciencia de que debiera haber hecho ese pedido.

–Te lo encargué antes de ayer.

Olga estaba segura de que doña Fanny se equivocaba, pero aun así contestó:

–Perdóneme, me habrá fallado la memoria.

–Estoy convencida, venga conmigo.

Doña Fanny, que seguía tuteándola o hablándole de usted indistintamente, la llevó al despacho y de encima de la mesa cogió una hoja arrancada de la libreta que utilizaba para anotar los pedidos y se la tendió con una sonrisa furtiva. Olga comprobó que, efectivamente, en el papel se detallaban los rollos de percal que había que solicitar al distribuidor, pero juraría que esa nota no había estado ahí hasta ese momento, pues lo primero que hacía cada mañana era entrar directamente en la oficina y organizar la mesa antes de ponerse con las facturas.

–Lo siento mucho –dijo, sin embargo–. No volverá a ocurrir. Ahora mismo llamo.

–Pues date prisa. No podemos estar sin percal. Es el género que más se vende.

–Por supuesto.

–Espero que la memoria no te falle más.

–No, claro que no.

–Porque no podríamos permitírnoslo.

Y de la forma con que dijo esto último doña Fanny, de su tono entre adusto y condescendiente y de su mirada afilada y escéptica, Olga dedujo que lo había hecho adrede: que no le había encargado los rollos de percal que faltaban y que, para subsanar su olvido, había dejado la nota sobre la mesa después para que la culpa recayera sobre ella. Le extrañaba que, tratándose de un despiste tan importante, doña Fanny no hubiera montado en cólera. Y pensó que la relativa suavidad con la que se lo había tomado era el mayor indicio de su manera de proceder tramposa y manipuladora. En cuanto coincidieron en la caja, Olga le preguntó a Aurori si había visto esa nota sobre la mesa y ella le dijo que no. Olga le contó entonces lo que le había ocurrido y quiso saber si doña Fanny había actuado así antes.

–Doña Fanny puede ser una cascarrabias y una metomentodo –dijo Aurori–, pero yo nunca la he visto mentir. Su rectitud se lo impediría.

–Pues estoy prácticamente segura de que acaba de hacerlo.

–A lo mejor sí te dio la nota y tú estabas en ese momento pendiente de otra cosa. Muchas veces su cabeza va tan rápido que cree haberte dicho algo que en realidad no te ha dicho pero pensaba decirte y ella da por seguro haberte dicho. No sé si me entiendes.

–Sí, claro. Pero una cosa es eso y otra escribir la nota con posterioridad.

–No puedes probar que lo haya hecho –dijo Aurori con las mejillas sonrosadas–. Es solo una sospecha. Doña Fanny a veces llega a ser agobiante, pero es buena persona. A mí me da pena. Debe de sentirse muy sola.

–¿No tiene familia?

–Vive con su madre, que está muy mayor. Apenas sale, su vida es el trabajo. –Y con una sonrisa cómplice, Aurori añadió–: Nadie le ha conocido jamás varón, ya sabes a lo que me refiero.

Había vuelto a dejar a los niños solos por las mañanas hasta que comenzara la escuela, aunque para no agobiar a Fernando, que tenía que hacer el cuadernillo de recuperación de matemáticas, Olga procuró que no coincidieran demasiado: un par de días llevó a Íñigo con Pepita y dejó a Pachi en la peluquería, a cargo de Amparo. En uno de esos trayectos apresurados, con la tensión continua de no dar abasto y llegar tarde al economato, Olga volvió a acordarse de Javier, a quien le gustaba quedarse con los niños siempre que se lo permitiese el trabajo. Con él todo había resultado más llevadero, y al igual que le había sucedido la noche antes, cuando se topó con uno de los saquitos de espliego que ella colocaba en los cajones de sus prendas íntimas y

que le hizo evocar lo más dulce de su matrimonio, Olga rememoró abstraída, mientras andaba a toda prisa y azuzaba a sus hijos, lo pletórico que se mostró Javier en cada uno de los tres nacimientos, lo mucho que le gustaba jugar con ellos y que fue un padre que jamás se quejó de tener que dedicarles su tiempo. Ella había escuchado a menudo a los maridos de sus conocidas hablar de los niños como si fueran una carga, algo que les correspondiese solo a las mujeres; en cambio, Javier nunca entraba en ese juego de jactanciosos chistes masculinos.

Uno de los pocos días en que Olga se atrevió a dejar a los tres juntos en casa, al llegar se encontró con Pachi andando hacia atrás, deslizando los pies por el suelo.

–¡Ten cuidado! –le espetó mientras cerraba la puerta–. Te vas a dar con la escalera.

–Estoy haciendo *breakdance* –respondió Pachi.

–¿Qué? Pareces un marciano.

–Bailo como Michael Jackson.

–¿Como quién?

–Como Michael Jackson. Yo quiero unas Nike iguales que las de Nando.

–¿Desde cuándo llamas Nando a tu hermano?

–Desde que se lo oí a Pablete en la playa.

–Pues no sé si a él le hará mucha gracia.

–Se lo he preguntado y dice que no le importa. Que aunque Pablete sea un caraculo, le gusta.

–No me gusta que habléis así.

–Se ha roto el termo.

–¿Cómo que se ha roto el termo? ¿Dónde están Íñigo y Fernando?

–Fuera.

Habían bajado las temperaturas y cerrado la piscina del club. El lunes comenzaba el colegio y Olga cayó en que aún no les había echado un vistazo a las mochilas por si servían las del curso pasado. Se quedó mirando a través de la ventana de la cocina. Algunas hojas de la enredadera habían empezado a amarillear y pronto el almendro y los tilos de la calle comenzarían a perder su follaje. Las rosas, en cambio, aún conservaban sus escaramujos marchitos, mientras las caledonias sobrevivían en los bordes de los setos. Estaba nublado y los niños jugaban sobre la hierba. Fernando entretenía a su hermano pequeño con un camión que Javier les había traído de Madrid, y que reproducía a pequeña escala el tipo de volquete que se utilizaba en la mina. Olga recordó la noche que Javier llegó de aquel viaje y trajo regalos para todo el mundo, la felicidad de sus hijos al ver los

juguetes.

–¿Qué ha pasado con el termo? –le preguntó a Fernando desde la puerta.

Fernando recogió el camión del suelo y ayudó a Íñigo a levantarse. El pequeño fue corriendo hacia su madre.

–No funciona –dijo Fernando–. No prende la llama.

Olga revisó la caldera y comprobó que no encendía. Se aseguró de que quedaba gas en la bombona y que no olía a butano. Aun así, cerró la llave de paso y dejó entreabierta la ventana del lavadero. Había quedado con Rafael para que la aconsejase sobre qué coche podría comprar y quizás él conociese a algún fontanero de confianza. Pero si esperaba tanto, esa noche no tendrían agua caliente para ducharse. Entonces se acordó de un anuncio que podría servirle. Lo encontró en el plato del descansillo en el que se iba acumulando todo, desde cabezas de muñecos a tornillos descarriados, imperdibles o pesetas sueltas. Era un papelito escrito a mano, que había recogido del buzón, con buena letra pero con un par de faltas de ortografía. Un tal Fermín se ofrecía a hacer todo tipo de reparaciones domésticas. Por el número de teléfono, parecía ser de Nerva. Olga llamó y concertó una cita para esa misma tarde. Luego telefoneó a Rafael y se disculpó por no poder ir a hablar del coche.

Fermín era un hombre de mediana edad, afable, con ojos vivaces. Traía a un ayudante algo más joven que él, de pelo claro, que sonreía todo el tiempo. Cuando pasaron junto a ella camino del fregadero, a Olga le pareció que el hombre rubio olía a alcohol, pero no quiso darle mayor importancia. Fue una reacción instantánea contra la herencia de su madre, pues Olga incluso sintió cierto complejo de clase inverso por haber reparado en ello. Fermín también olía a una mezcla agria de sudor y tabaco, y casi todos los operarios bebían durante la pausa para el almuerzo. ¿Por qué prejuzgarlos por eso?

–Puede que sea de la válvula –dijo Fermín–. Aunque tendré que desmontar para comprobarlo.

–Adelante, por favor –le indicó Olga.

–Es una caldera antigua –comentó Fermín mientras desatornillaba la carcasa–. Ya no se fabrican como estas. Son muy buenas, pero se han hecho viejas.

Olga se sentó en una silla de la cocina desde donde veía trabajar a los hombres y cogió a Íñigo en brazos. Pachi observaba a los técnicos apoyado en el quicio, con el flequillo empapado de sudor después de jugar, fascinado por la caja de herramientas. El hombre rubio, que

estaba agachado y le iba pasando los instrumentos a Fermín, lo miraba de vez en cuando y reía. Tenía un ojo estrábico.

–¿Cuánto tiempo llevan ustedes viviendo en esta casa? –preguntó Fermín.

–Pues no lo sé… Unos doce años.

–¿Y su marido no ha pensado en reponer la caldera?

–Mi marido… –titubeó de nuevo Olga–. Mi marido falleció hace un año. Y yo no recuerdo que diera antes ningún problema.

–Vaya por Dios –dijo Fermín, visiblemente turbado–. Lo lamento mucho.

–Lo lamento mucho –repitió su ayudante sin dejar de sonreír.

Fermín hizo una pausa mientras desmontaba unos tubos sujetos a una pieza que parecía chamuscada.

–¿Y vive usted sola en esta casa tan grande? –preguntó volviéndose de pronto.

A Olga le incomodó que la mirara tan fijamente.

–Sí, bueno, con mis hijos. Con estos dos y con el mayor, que debe de estar en su cuarto.

–Yo también tengo un hijo –dijo Fermín con pesadumbre–. Mayor. Le decía que estudiara, pero no quiso. Luego intenté que trabajase conmigo, y nada. Así le va, sin dar un palo al agua. Todo el día en la calle. Con la madre preocupada. No me extrañaría que cualquier día de estos hiciese una tontería. Mi mujer y yo sufrimos, pero él va y viene, sin hacernos caso.

–Se meterá en un lío –dijo el hombre rubio con retranca, sacándose un cigarro–. Se junta con malas compañías.

Olga observó que no era capaz de dejar de sonreír, que no podía, que en realidad su cara era así.

–Pero mi hijo no es ningún drogadicto –dijo Fermín–. Eso que quede claro.

–¿Le importaría no fumar dentro de la casa, por favor? –se dirigió Olga a su ayudante.

El hombre rubio se la quedó mirando y, con una sonrisa algo más burlona que la que había mostrado hasta ese momento, se colocó el cigarrillo detrás de la oreja.

–Es por los niños –agregó Olga–. No les gusta que la casa huela a tabaco.

Y, nada más decirlo, fue consciente de que la mentira solo ocultaba el hecho de que nadie había vuelto a fumar allí desde la muerte de Javier. Él lo hacía a menudo, si bien a ella nunca le había agradado.

–Mire –le señaló Fermín la pieza–, ¿lo ve? El condensador se ha calcinado y habría que cambiar todo esto.

–De acuerdo, haga lo que tenga que hacer.

–Lo que ocurre es que yo no tengo esa pieza y, dado que es viernes, no podría conseguirla hasta el lunes, como muy pronto.

–Pero eso es imposible. Tenemos que ducharnos. No podemos estar todo el fin de semana sin agua caliente.

Fermín se rascó la barbilla y observó los restos de la caldera desmontada que yacían en el suelo. Luego miró a su ayudante y a continuación a Olga, muy serio.

–Quizás haya alguna parecida en la nave. Si lo prefiere, podemos acercarnos a por ella y venir a instalarla. Se nos hará de noche, pero al menos usted tendrá agua caliente durante el fin de semana. Eso sí, tendría que cobrarle doble desplazamiento.

–Lo que sea, por favor. Cualquier cosa menos estar con agua fría hasta el lunes.

–Bien, pues volveremos dentro de un rato. Si no es inconveniente, dejaremos aquí las herramientas.

Fermín y el hombre del pelo rubio se marcharon y volvieron al cabo de cuarenta minutos. Como se hacía tarde, Olga había limpiado las rodillas de los niños con una toalla mojada y los había lavado un poco en el bidé. Estaban terminando de cenar. A Olga le pareció que, cuando Fermín y su ayudante entraron, la miraron con ojos asustados.

–¿Les importaría trabajar solos? –les preguntó–. Tengo que ocuparme de mis hijos.

Fermín asintió con la cabeza y ambos se dirigieron al cuartillo anejo a la cocina que servía de fregadero. Mientras acostaba a los niños, Olga oyó los martillazos y el ruido de lata del termo. Se preguntó si no estaba confiando demasiado en aquellos dos hombres, dejando que estuvieran dentro de casa a aquellas horas, y por un momento sintió una suerte de escalofrío recorriendo su espalda. Sin dejar de aguzar el oído, les leyó un cuento a los más pequeños y le dio las buenas noches a Fernando. Al bajar las escaleras la sobresaltó el ruido que hicieron al arrastrar la bombona de butano.

–Ya está –dijo Fermín sin mirarla–. Listo.

–¿Han podido sustituir la pieza?

–Más o menos. Pero ya está arreglado. Acabamos de comprobarlo y ya tiene usted agua caliente.

Olga miró a su alrededor y vio cómo el hombre rubio se apresuraba a recogerlo todo.

–Estupendo. Dígame entonces qué le debo.

–Son cinco mil, señora.

–¿Cómo?

–Doble desplazamiento, recuerde. Mano de obra y pieza, que es

muy cara.

–Santo cielo, si lo llego a saber cambio la caldera entera.

–Era una opción, señora. Pero hubiese estado sin agua caliente hasta mediados de semana.

–De acuerdo, espérense. Antes saqué dinero del bolso pero no pensé que fuera tanto. Ahora mismo vuelvo.

Olga subió las escaleras más agitada de lo que solía desde que murió su marido y tenía que enfrentarse a las noches sola con sus hijos. Menos mal que guardaba algo de dinero en el despacho de Javier, en el último cajón del escritorio. Fue a por él y bajó lo más rápido que pudo, tratando de no despertar a los niños.

–Aquí tienen –le tendió a Fermín un billete de dos mil y tres de mil pesetas.

–Muchas gracias. Buenas noches.

Sin añadir nada más, los dos hombres abandonaron la casa. Olga cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. Suspiró aliviada cuando oyó el ruido de la furgoneta partir. Sin embargo, al instante, todo lo que había presentido de manera inconsciente halló una concreción simultánea. Ni siquiera le habían entregado un recibo, una factura, un comprobante. Corrió a la cocina y se precipitó hacia el grifo del fregadero. Abrió el agua caliente y aguardó a que prendiese el fuego. Pasaron los segundos de costumbre y nada. Esperó más de un minuto y el chorro continuaba frío. Entonces recordó la evasiva de Fermín cuando le preguntó si había cambiado la pieza. ¿Qué había querido decir con «más o menos»? Revisó la caldera y comprobó si todas las llaves estaban abiertas. Luego lo intentó con el lavabo del aseo y tampoco logró que el termo arrancara. Cada vez que recorría acelerada el pasillo, para ver si por fin ardía la llama, le venían las ráfagas de alcohol mezclado con tabaco y sudor que impregnaban el aire de la casa.

Aunque Pachi se había despertado con náuseas, Olga dejó a los niños a cargo de Fernando. Nada más entrar en el despacho de Rafael, le contó atropelladamente lo sucedido. Rafael la escuchó con atención y escrutó el anuncio, sopesando la validez de la única prueba de que lo que ella decía era cierto. Telefoneó dos veces seguidas al número indicado, pero no contestaron. Insistió y, como novedad, no obtuvo ningún sonido al otro lado de la línea. Rafael dijo que era muy extraño, que parecía como si lo hubieran desenchufado, y acompañó a Olga al cuartel de la Guardia Civil para poner una denuncia. Sin embargo, tras atender a las explicaciones alteradas de Olga y los

matices cautelosos de Rafael, el sargento que los recibió acabó disuadiéndolos: no tenían nada a lo que agarrarse, solo un nombre de pila que también podía ser falso y un teléfono que, aunque contestase, no probaría la naturaleza de la extorsión. Olga le había dado el dinero a aquel hombre sin comprobar si la avería estaba reparada ni exigir una factura a cambio. Y ante eso, no podían hacer nada.

–No puedo creerlo –dijo Olga–. ¿Y si me hubiese dado cuenta delante de ellos? ¿No ve que ha sido un robo y que hemos corrido peligro?

–Lo siento, señora –respondió el sargento–. Así funciona el Estado de derecho. Hace unos años, su palabra hubiese sido suficiente para ir a buscarlo y darle un escarmiento. Pero ahora...

Olga salió indignada del cuartel, cuestionando la profesionalidad del guardia que les había sugerido que no pusiesen la denuncia. Se lo tomó como una negligente muestra de desinterés, de abandono de su obligación de velar por el cumplimiento de la ley. No podía dejar de arremeter contra esa manera de hacer las cosas. Si su padre viviera, el asunto no habría acabado ahí. Javier, en cambio, hubiese dado por buenas las explicaciones del sargento, lo hubiera justificado e incluso se habría disculpado al salir. Olga resopló y le pidió a Rafael que le mandara a alguien de confianza para que reparase la caldera.

–Hay algo más de lo que deberíamos hablar –dijo Rafael.

–Sí, ya sé... Lo del coche. Pero ahora no puedo...

–Se trata de otra cosa –la interrumpió antes de que acabara la frase–. Ayer se reunió la junta de socios preferentes.

–Oh, no, por favor. Preferiría dejarlo para otro momento. Por hoy tengo suficiente con asumir que me han estafado y ver cómo nos las arreglamos hasta el lunes sin agua caliente.

–Podéis venir a mi casa.

–Muchas gracias; espero que no sea necesario.

No obstante, en cuanto abrió la puerta, a Olga le vino un olor amargo. Fernando estaba muy nervioso y no había limpiado nada. Tampoco había cambiado de camiseta a Pachi, porque decía que le entraban ganas de vomitar a él también. Por lo que Olga pudo ver, llevaban así un buen rato: gritando y llorando, con todo lleno de vómito. Olga lo recogió con la fregona y trató de limpiar a Pachi con una toalla húmeda. Luego llamó a Adela. Desde que se marcharon repentinamente de Punta Umbría, no había hablado con ella, pero Olga no tenía a nadie cerca a quien acudir, y sin coche no podía acercarse al pueblo a casa de Rafael con Pachi así. Sabía que, pasara lo que pasase, podía contar con su amiga, y estaba convencida de que con una alusión indirecta a su desplante todo volvería a su cauce. Le

contó lo que había ocurrido con la caldera, cómo se había encontrado a los niños; y le preguntó si podían ir a su casa a ducharse. Adela accedió sin ninguna reticencia y, tal y como había pensado Olga, aunque Fernando y Pablo ni siquiera se saludaron, desde el primer momento actuó como si nunca hubiera pasado nada.

Olga notó que a Pachi se le ponía la piel de gallina mientras lo bañaba, y que tiritaba cuando lo sacó de la ducha. Al desnudarlo, había visto que estaba muy pálido, incluso algo amarillento, pero pensó que lo más probable era que se debiese a la decoloración de la piel tras el verano o al tipo de luz cálida que había en casa de Adela. Después bañó a Íñigo y, mientras Fernando se duchaba, le tomó la temperatura a Pachi. Recién salido del agua, tenía treinta y ocho con siete. Así que, pese a que se había llevado ropa para asearse ella también, decidió regresar a casa sin hacerlo. En la puerta, le pidió a Fernando que se adelantara con Íñigo y, sosteniendo a Pachi en brazos, envuelto en una manta, trató de disculparse con Adela.

–No sé a lo que te refieres.

–Sí lo sabes. Hablo de cuando estuvimos en Punta Umbría y nos volvimos de improviso.

–Fue raro, sí –desvió la mirada Adela.

–Me lo imagino –bajó la suya Olga.

–Pensé que lo de los mosquitos no era para tanto, pero estaba segura de que tendrías tus motivos y quise respetarlos.

–Claro que los tenía.

–No tienes por qué decírmelos, si te incomoda.

–¿Quieres dejar de comportarte como una niña bien de Bellavista?

–Es lo que soy, ¿no? –sonrió Adela.

–Al parecer, tu hijo le dijo a Fernando algo relacionado con Javier.

Adela guardó silencio y tragó saliva.

–Algo que Fernando no estaba preparado para escuchar –continuó Olga–. Y por eso reaccionó de aquella forma. Estoy convencida de que son cosas de niños, pero lo hice por Fernando.

–¿Qué es lo que fue? –vaciló Adela, con un leve rubor en las mejillas.

–¿Qué fue qué?

–Lo que le dijo Pablo.

–Ya te he dicho que son cosas de críos y que es mejor que lo dejemos.

–Ahora eres tú la que se comporta como una niña bien de Bellavista.

Olga trató de sonreír, pero no lo consiguió del todo.

–No quisiera que, por culpa de Pablo, Fernando se sintiese mal en

ningún momento.

–Ladrón –soltó Olga tras quedarse un instante callada–. Por lo visto, le dijo que Javier era un ladrón.

Y aunque se le pasó por la cabeza añadir que fue además Eduardo quien se lo confirmó a Pablo, decidió no hacerlo.

–Lo siento mucho –dijo Adela con los ojos brillantes–. Hablaré con él.

–No, por favor.

–Claro que sí. No creo que...

–Déjalo estar –la interrumpió Olga–. Todo irá volviendo a la normalidad poco a poco.

–Anda –le dijo Adela mientras le daba un beso en la frente a Pachi–, no te entretengas más, que el niño va a coger frío.

7

El doctor Frontaura aseguró que se trataba de una gastroenteritis y que, a base de dieta blanda, se le pasaría en un par de días. Pero Pachi continuó todo el fin de semana con vómitos y fiebre alta. Además Olga se había fijado en que su orina era muy oscura, por lo que el lunes temprano llamó al almacén e informó de que no podría ir al trabajo. Doña Fanny le puso todo tipo de objeciones; sin embargo, Olga le dijo que tenía que cuidar de su hijo y colgó, dejándola con la palabra en la boca. Mandó a sus otros dos hijos al colegio y le pidió a Fernando que, por el camino, no soltase en ningún momento a Íñigo. Aunque había permanecido visiblemente alerta y preocupado por Pachi, Fernando hizo un gesto de fastidio y Olga le rogó que se hiciera cargo de la situación. Utilizó esas palabras, «hacerse cargo de la situación», porque quizás convenía tratarlo como a un adulto para que él empezase a actuar de esa forma. Entre la vergüenza de llevar a un hermano pequeño al colegio de la mano por lo que pudieran decir sus amigos y la responsabilidad de ayudar a su madre, le dijo Olga sujetándolo por los hombros, debía optar por lo segundo. Fernando bajó la mirada y asintió con la cabeza.

Coincidieron en la puerta con los nuevos técnicos de la caldera, que llevaban monos de trabajo azules con el logo de la empresa en blanco a la espalda, y que llegaron quince minutos antes de lo acordado. Eran serios y cordiales, y olían a limpio. En cuanto desmontaron la carcasa confirmaron lo que Olga, que se había pasado el sábado y el domingo llamando en vano al teléfono de Fermín, ya había presentido: nadie había cambiado ninguna pieza de esa máquina. El técnico encargado le explicó ilustrativamente en qué consistía la avería y por qué no tenía arreglo; la única posibilidad era sustituir la caldera: tenían una nueva en el taller y, para la hora del almuerzo, estaría instalada. Cuando Olga le preguntó el presupuesto, el técnico le respondió que saldría en torno a veinte mil, pero que tenía órdenes del señor Áriz de no cogerle el dinero. Olga miró hacia un lado, como si Rafael se encontrase allí mismo, y ruborizada dio su conformidad. En cuanto regresaron con la caldera nueva, dejó a los operarios trabajando solos, llamó a Adela para que le prestara las

llaves de su coche pequeño –el que su amiga utilizaba para los recados, un utilitario como el que quería Olga– y se llevó a Pachi a Huelva.

Por el camino, tuvo que parar dos veces para que Pachi vomitara. Solo cuando faltaba muy poco se quedó dormido y, para no despertarlo, lo subió en brazos al tercer piso en el que estaba la consulta. La sala de espera de la pediatra era amplia, luminosa, clara. Con Pachi amodorrado en sus piernas, Olga pensó que así le gustaría que fuese su casa: un recipiente blanco de luz, sin todas las cosas que sobraban en la suya: las vitrinas con los juegos de copas de cristal de Bohemia, los cuadros, las piezas de porcelana, los aparadores de caoba, los portarretratos, la alfombra. Sin embargo, tras un leve gemido de Pachi, la avergonzaron sus ensoñaciones y trató de concentrarse en la respiración de su hijo. Se acordó de la primera vez que fueron a la consulta de doña Julia, recomendada por su madre, con Fernando. El niño aún no había cumplido un año y Javier sonreía, confiado, con una seguridad que, más que tranquilizarla, aumentó su estupor en aquel momento. Al pequeño se le había infectado el prepucio y ella se sentía culpable porque le daba miedo bajárselo durante el baño, no fuese a dañárselo. Como todas las madres que conocía, ella había sido la encargada de bañar a los niños, de cambiarles los pañales y de darles de comer; nunca pensó que hubiera otra alternativa y siempre se había esmerado para que todo saliera perfecto; pero si algo no estaba en orden, allí estaba Javier haciéndoselo ver indefectiblemente. No de forma tiránica ni con malos modos ni con afán de corregir. Solo señalaba, con palabras amables, qué estaba mal y cómo el error la incumbía a ella por completo.

A Javier lo alarmaban mucho las enfermedades de los niños. Cuando tenían un poco de fiebre, se reconcentraba y se ponía muy serio. Si la temperatura superaba los treinta y ocho grados, se le cerraba el estómago y no probaba bocado. Por las mañanas se iba al trabajo sin dormir, después de pasarse la noche poniéndoles el termómetro cada media hora. Por eso a Olga le extrañó la sonrisa de su marido el primer día que fueron a esa consulta: como si la infección del niño no fuera para tanto por estar en el pene y ser cosa de hombres, como si desdeñara aquella opción porque la hubiese sugerido su suegra: como si no le importara del todo, puesto que la culpa era en exclusiva de su esposa. Olga aún se estremecía cuando evocaba los gritos del bebé mientras la pediatra le hacía el corte que acabó con la fimosis. Pero, a pesar del llanto del niño, doña Julia lo hizo todo con una delicadeza tan diligente que, a partir de entonces, cada vez que sus hijos enfermaban de algo que Olga intuía que se le

podía escapar al médico de Riotinto, los traía a Huelva.

Sin embargo, después de aquella ocasión, Javier ya no subió más a acompañarlos. Él no era un hombre traicionero; solía reconocer dónde fallaba y trataba de enmendarlo. En el viaje de vuelta de aquella primera visita, ella le dijo que se había sentido molesta y él, al volante, guardó silencio. Olga sabía que estaba avergonzado. Por eso nunca llegó a comprender bien por qué, cada vez que regresaban a la consulta de doña Julia, se quedaba fuera fumando o aprovechaba para buscar una cabina y hacer una llamada relacionada con su trabajo.

Ahora Olga también estaba convencida de que lo que tenía Pachi era algo más que una gastroenteritis, aunque Javier no estuviera esperándolos abajo.

Doña Julia exploró a Pachi con su habitual gesto riguroso y confirmó sus sospechas. Era necesario hacer un análisis de sangre, pero los síntomas inducían a creer que se tratase de una hepatitis. La doctora preguntó si Pachi había estado recientemente ingresado o tenido contacto con la sangre de otra persona, y Olga respondió desconcertada que no, al menos que ella supiera. Recordó sin mencionarlo que una vez Fernando le contó que habían visto jeringuillas tras la vieja escuela inglesa, adonde a veces iban los hombres flacos que merodeaban por el quiosco del Carcamero, pero ellos solo las habían utilizado para llenarlas de agua en la fuente y perseguir con el chorro a las lagartijas. Olga se rio y les pidió que no volvieran a hacerlo, que a saber cómo habrían llegado hasta allí y quiénes las habrían usado. Les advirtió que si se pinchaban podrían coger el tétanos y, como Pachi le dijo que ya eran mayores para jugar sin hacerse daño, tampoco le dio más importancia.

Detrás de la doctora había una pintura en tonos pastel, elegantemente combinados, que parecía reflejar un suave atardecer en la desembocadura de un río difuso y lejano. Doña Julia le indicó los valores de transaminasas y bilirrubina que, de producirse, corroborarían el diagnóstico del que estaba casi segura.

–Y en tal caso –agregó–, no haría falta que lo trajeras de nuevo, porque lo único que tendrías que hacer es darle dieta blanda y asegurarte de que permanezca en reposo.

–¿Nada más?

–Su etiología seguramente será vírica. La analítica nos confirmará si se trata o no de una hepatitis A, que es lo que parece por la ictericia y el color de la esclerótica, al no haber indicios de que el niño haya tenido contacto sanguíneo.

–¿Entonces, puede ser contagioso?

–De ser como digo, no es probable que os contagie si mantenéis

una distancia normal y no compartís toallas ni cubiertos.

–¿Y dice usted que solo guarde reposo? ¿No hay ningún tratamiento que deba darle aparte?

–Le puedes poner unas inyecciones para fortalecer el hígado. No te las receto porque no las pasa ningún seguro médico. Son caras. Tampoco son obligatorias, aunque sí recomendables.

–Por supuesto que se las pondré. ¿Durante cuánto tiempo deberá guardar reposo?

–Si es una hepatitis A, un mes. Pero no adelantemos nada. Hazle la analítica cuanto antes y llámame con los resultados.

Los análisis confirmaron que Pachi tenía hepatitis A, y Fernando ayudó a su madre a mover el piano para prepararle una cama en el salón junto a un par de sillas, donde colocaron sus juguetes favoritos. También orientaron el televisor para que Pachi pudiera verlo y Fernando iba cada dos días al videoclub a por películas, o le traía de la papelería un cómic de Astérix o Tintín que debía pedir por adelantado. Se mostraba solícito, miraba a su hermano menor con ojos atentos, se preocupaba por su madre y trataba de colaborar en todas las tareas domésticas. Era como si la enfermedad de Pachi hubiese operado en él igual que una sacudida. Olga se quedó en casa un par de días y, cuando no tuvo más remedio que reincorporarse al economato –doña Fanny no había dejado de llamar cada mañana para instarla a que volviese, nunca para preguntarle por su hijo–, se puso en contacto con Clara para que regresase. Sin embargo, quien había sido su asistenta y la niñera de sus hijos durante años ya había encontrado otro sitio donde trabajar y rechazó sin apuro la oferta. Entonces Olga llamó a Begoña, por si podía venir a echarle una mano.

–Pobrecito mío –dijo Begoña al otro lado del teléfono–. ¿Está muy mal?

–Debe guardar cama durante un mes.

–¿Y no puede quedarse solo? Es que me resulta imposible. No me fío de mi dependienta. En cuanto me descuido, no da pie con bola.

–Creí que tú ibas poco por la tienda…

–Voy todos los días. Además Toni está pasando una mala racha. Ha tenido que cerrar un local y dice que me necesita.

–Aquí también te necesitamos.

–No creo que duremos mucho. Por una parte, yo siento que debo estar a su lado; pero, por otra, me asfixia. Ahora que las cosas le van mal, se ha vuelto demasiado dependiente. Y eso me agobia, ¿comprendes?

–Sí.

–Yo no puedo soportar que un hombre esté todo el día al tanto de lo que hago.

–¿Entonces vendrás?

–No, en este momento no puedo. Pero dime la verdad: ¿tú qué opinas?, ¿crees que debería dejarlo?

Olga se calló lo que opinaba realmente e hizo un esfuerzo por colgar sin enfadarse. Luego telefoneó a Adela para pedirle que se quedara ese primer día con Pachi. De camino al economato, pensó que Pepita podría cuidarlo y, como los miércoles no le tocaba a ella abrir, se acercó a su casa antes de entrar en el trabajo. La antigua costurera de su madre aceptó sin condiciones. Olga le planteó la posibilidad de pagarle.

–Ni hablar. –Pepita sacudió la cabeza–. Os quise a tu hermana y a ti como si fueseis mis sobrinas, y cuidaré de tu hijo como si fuera mi nieto.

–Pero ¿por qué?

–Tu madre siempre se portó muy bien conmigo. Y aunque no hubiera sido así, Dios quiere que nos ayudemos.

Olga asintió, medio abstraída, contrariada por el escozor que le había subido a la garganta. No podía comprenderlo. Recordó a Pepita una vez más en su casa, cuando ella era pequeña, hablando con su madre de pespuntes y bieses. Pepita, al igual que Amparo y las criadas, no se dirigieron jamás a doña Teresa con confianza, sino siempre con un respeto intimidado, con temor, con una suerte de reverencia. Pepita, para su madre, solo había sido Pepita la camisera, la que siempre estaba disponible para cualquier arreglo. Y ¿por aquello era por lo que sentía una gratitud sin límite? Olga quiso abrazarla, pero no se atrevió y se arrepintió en cuanto salió de su casa.

Doña Fanny la estaba esperando, expectante.

–Tendré que hablar con don Manuel. Porque no puede ser que faltes dos días, así como así, y encima hoy llegues tarde.

–Le ruego que me disculpe –dijo Olga–. Mi hijo sigue enfermo y necesitaba organizarme.

–Aquí todos tenemos problemas y nos las arreglamos para no faltar al trabajo.

–Si lo prefiere, hablaré yo con don Manuel.

–En absoluto. Esa no es tu tarea. Revisa los pedidos atrasados que hay sobre la mesa y ponte luego a ayudar a tus compañeras con el nuevo muestrario. No hay tiempo que perder. En todo caso, tendrás que recuperarlo.

–¿Cómo dice?

–Ya veremos, pero me parece justo que lo que has perdido lo recuperes en sábados. O ¿acaso quieres cobrar por no hacer tu trabajo?

–Pero…

–No hay peros que valga. Ponte a funcionar y a ver cuál es tu comportamiento.

Olga notó cómo se le aceleraba el pulso. Estaba harta de las recriminaciones de doña Fanny y decidió hablar con don Manuel personalmente. Sin embargo, la mañana se le fue entre una cosa y otra y al final no tuvo oportunidad de hacerlo. A pesar de que la indignación parecía inflamarle el pecho, se esmeró en trabajar lo mejor posible, yendo de un sitio a otro con paso enérgico y cumpliendo con sus tareas de forma resolutiva. Había observado que Aurori estaba más retraída que de costumbre y que Trini hacía sus funciones como ida, con la cara pálida, y se preguntó si doña Fanny no las habría intimidado para ponerlas en su contra. En un momento en que coincidieron en la caja, Olga le hizo un gesto interrogativo a Aurori y esta desvió la mirada. Luego se cruzó con Trini en un pasillo y a la pregunta de qué le pasaba, Trini contestó que no se preocupara, que todo estaba bien, que no era nada.

No fue hasta pasadas las doce cuando Olga acudió al servicio de la parte de dentro, y le llegó un sonido familiar que le hizo agudizar el oído. Esperó en la puerta del baño, tratando de asegurarse de que lo que escuchaba era a una persona vomitando. Cuando se abrió la puerta, sus ojos se cruzaron con los de Trini, que aún se iba limpiando la boca con un trozo de papel higiénico.

–¿Estás bien? –le preguntó Olga.

–Sí, no te preocupes. Ya se me ha pasado.

–¿De verdad que no te ocurre nada?

–Habrá sido algo que he comido y que me ha sentado mal.

–¿Por qué estáis Aurori y tú tan raras conmigo?

–¿Raras?

–Lleváis toda la mañana rehuyéndome. ¿Ha hablado con vosotras doña Fanny?

–No.

–Estoy segura de que me estáis ocultando algo.

–No. De verdad que todo está en orden.

–¿De verdad?

–Ahora tengo que volver al trabajo.

A Olga, en cambio, no se le pasó la extrañeza en toda la mañana. Se había percatado de cómo Trini había cruzado ante ella, a la salida del servicio, por un pasillo tan estrecho donde era imposible evitar la

mirada y cómo no obstante había intentado hacerlo. Siguió trabajando y observó que Trini entraba en el servicio más veces. Una de ellas, Olga se le volvió a acercar y le sugirió que se fuese a casa, si es que estaba enferma. Pero Trini le rogó que no insistiera y que no comentase nada, por favor, no fuera a enterarse doña Fanny. Olga se fue sin embargo preocupada, y esa misma tarde, después de ordenar la casa y dejar a Pachi bien atendido, decidió llamar a Celia. Primero telefoneó a la peluquería y, como no se encontraba allí, Amparo, que ya sabía de la enfermedad de Pachi por sus clientas, le dio su número en el ayuntamiento.

Celia le preguntó por el niño y Olga le contó sus problemas en el trabajo. Celia le informó de que el economato se regía por el mismo convenio que la empresa y que los días que había faltado eran por fuerza mayor y no podían obligarla a recuperarlos. Le recomendó que hablase con el director, y que ella y sus compañeras se afiliasen a un sindicato. A Celia no le importaba asesorarla pero, desde que estaba en el Ayuntamiento, no podía seguir tan de cerca esos asuntos. Olga se excusó y le respondió que, si se afiliaban, a doña Fanny no le haría ninguna gracia. Celia le replicó que eran trabajadoras con derechos y que debían defenderse si alguien los vulneraba. Era absurdo que siguieran teniendo miedo. Los tiempos habían cambiado. Y la animó a que fuese con sus compañeras a una reunión informativa que iban a dar los sindicatos.

–Te lo agradezco mucho, aunque no creo que pueda. Con Pachi así, e Íñigo, no me queda ni un minuto libre.

A la mañana siguiente, Trini no fue al trabajo y, en un receso, Olga le contó a Aurori lo que le había dicho Celia. Se sintió extraña haciéndolo y recordó lo poco que le gustaban esas cosas a su padre, para quien afiliarse a un sindicato no traía nada bueno. Casi podía escuchar su voz: «Quizás insufle coraje al obrero, aunque lo más común es que lo vuelva belicoso y al final solo acabe causando problemas». Su padre se tomaba cada conato de huelga como una puñalada por la espalda, como una decepción, como algo que le hicieran a él personalmente. Y don Manuel era del mismo tercio, uno de esos gerentes serviles, formales y metódicos que siempre habían intentado agradar a sus superiores y comportarse como ellos. ¿No era por tanto una forma de ser desleal con él, a quien solo debía estar agradecida? Mientras le explicaba a Aurori cómo pertenecer a un sindicato podría frenar a doña Fanny y obligarla a que cuidase sus formas, pensó que estaba cometiendo una traición, y que lo mejor

sería comunicárselo antes a don Manuel y exponerle con detalle cuál era el comportamiento de su encargada. Pero tampoco quería abusar de su confianza. Y si al final su colocación era debida a un enchufe, como murmuraban, acudir directamente a él quizás no sería lo más adecuado.

A Aurori no la convenció el plan. Dijo que doña Fanny se pondría hecha una furia.

–Precisamente por eso –respondió Olga–. No deberíamos seguir tolerando que nos trate de esa manera.

–Pero yo no quiero que me pongan de patitas en la calle –dijo Aurori–. A mí no me molesta doña Fanny. Se necesita un tiempo para acostumbrarse a ella, pero conoce al dedillo lo que pasa en el trabajo y nunca se olvida de nada. Es una buena jefa.

Olga se dio cuenta de que probablemente había cometido una imprudencia informando a Aurori de la reunión sindical, y decidió no insistir en el tema. Se lo comentaría con mayor discreción a Trini cuando se reincorporase. Sin embargo, al día siguiente tampoco se presentó. Ni al siguiente. Entonces Olga le preguntó a Aurori si sabía algo de Trini y la dependienta la miró con ojos asombrados.

–No me puedo creer que no lo sepas.

–Saber el qué –repuso Olga, con una sonrisa incómoda.

Aurori la miraba ahora con cierta desconfianza.

–Lo suyo –dijo bajando la voz.

–¿Qué es lo suyo?

Y acercándose un poco más a Olga, susurró:

–Está embarazada. La han echado del trabajo.

–¿Por estar embarazada?

Olga no se percató de que subía el tono y doña Fanny las miró desde la otra punta del pasillo. Aurori la vio.

–Eso no lo sé –dijo escabulléndose–. Pero es mucha coincidencia, ¿no?

Esa misma tarde, Olga aprovechó que Fernando no tenía tenis y le pidió que se quedase un rato con sus hermanos mientras ella visitaba a Trini. Había buscado su dirección entre los papeles de la oficina y se presentó sin previo aviso. Trini vivía en una de las casitas bajas que rodeaban la plaza del Pino, y al pasar por allí Olga recordó que en un garaje cercano había sido el guateque en el que ella bailó con Pedro y Celia acabó molestándose. Cuando llamó a la puerta, se acordó de la forma en que Trini le hablaba de su madre y pensó que quizás aparecer de improviso no había sido una buena idea. Pero por fortuna la madre de Trini había salido y, en cuanto se recompuso de la sorpresa tras verla al otro lado de la puerta, Trini le pidió que entrase.

Olga se fijó en que su compañera estaba muy demacrada y nerviosa. Trini le preguntó si quería tomar algo.

–No –dijo Olga de inmediato–, solo he venido a verte. No puedo quedarme mucho. ¿Cómo estás? Aurori me lo ha contado.

–¿Y cómo quieres que esté? –dijo Trini. La casa era humilde, pequeña, y estaba limpísima–. Mi madre no me habla, mi novio no quiere saber nada de mí y, para colmo, me han echado del trabajo.

–Pero eso no puede ser.

–¿Cómo que no puede ser? –Trini sonrió incrédula.

–Que te echen por hallarte en estado.

–No, en la carta de despido se alega falta de productividad, pero yo sé que es porque se lo conté a Aurori y ella fue con el cotilleo a doña Fanny.

–¿Aurori?

–Aurori, sí. Parece una mosquita muerta, pero acaba contándoselo todo a doña Fanny.

Olga pensó que, si realmente era como Trini decía, doña Fanny ya sabría que ella iba por ahí animando al personal a que se afiliase a un sindicato.

–¿Y quién te entregó la carta de despido? –le preguntó–. ¿Hablaste con don Manuel?

–No. Me la entregó doña Fanny sin darme explicaciones. Tendrías que haberle visto la cara. La sonrisilla esa que pone cuando se sale con la suya. Lo único que me dijo fue: «Así te pensarás mejor lo que haces», mirándome la barriga.

–¿Y don Manuel es consciente de lo que ha pasado?

–La carta venía firmada por él.

–La semana que viene habrá una reunión informativa de los sindicatos. Yo no sabía si asistir pero, después de lo que me cuentas, me parece que deberíamos ir juntas.

–¿Para afiliarnos?

–No lo sé, podría ser. Al menos para informarnos de si tu despido es o no procedente.

–Yo ahora no podría permitírmelo.

–¿A qué te refieres?

–A pagar las cuotas de un sindicato.

–Pero sería bueno que hablásemos con ellos. Quizás haya una solución. Por lo que me dices, creo que tu despido es improcedente.

–Claro que lo es. Aunque nunca lo reconocerán. ¿Tú quieres saber por qué me ha echado? Porque esto solo es cosa de doña Fanny.

–Por estar embarazada. Ese no es un motivo de despido.

–Hay algo más.

–¿Algo más?

–¿Recuerdas cuando nos dijiste que doña Fanny te había hecho probar el uniforme en el despacho y Aurori te contestó que con ella no se había portado de manera rara?

–Sí, claro.

–Yo no te dije nada porque me dio vergüenza.

–¿A ti también te miraba de esa forma?

–La mayoría de los días que me tocaba cerrar, doña Fanny esperaba a que el almacén se vaciase de gente, echaba la persiana metálica y me pedía que me probara cosas.

–¿Qué cosas? ¿Qué quieres decir?

–Las combinaciones que entraban nuevas, medias, ropa interior...

–¿Y tú te las probabas?

–¿Qué iba a hacer si no? Si me resistía, me recordaba lo importante que era el comportamiento para conservar el empleo. Pero yo era consciente de que ella me miraba mientras me daba la vuelta y me ponía o quitaba cada prenda de ropa. Luego se acercaba y, con la excusa de ajustarme la cintura o comprobar la talla, me tocaba las caderas, los hombros... Y después bajaba las manos, tú sabes...

–Claro que sé.

–Hasta que el último día hizo que me probase una falda que parecía agradarle en particular y no me cerraba la cremallera. Ella se acercó para intentarlo y nada, casi la rompe. Y eso fue como si la enfadara, yo qué sé. Me preguntó por qué estaba más gorda y si me parecía bonito abandonar mi figura para acabar convirtiéndome en una mujer fofa que no le gustase ni a mi novio. Pero yo acababa de discutir con Raúl a cuenta de lo del embarazo y estaba desesperada. Entonces me eché a llorar como una idiota. Le dije que por favor no me pidiese más que me probara nada. Ella se sorprendió. Me dijo que no era obligatorio y que lo tendría en cuenta. Así, con ese tonito que emplea cuando se le lleva la contraria. «Si no me lo quieres contar, ya me enteraré mañana.» Y entonces yo me quité la falda a toda prisa y sin abrocharme ni siquiera la mía, me fui corriendo.

–La semana que viene iremos juntas a hablar con los del sindicato.

–No sé cómo explicarlo –añadió Trini con la mirada ida–. Pero, entre esa mujer y mi novio, han hecho que me sienta sucia.

Ya había oscurecido cuando Olga regresó andando a Bellavista. Organizó los baños de los niños, recogió la ropa del tendedero, hizo la comida, puso otra lavadora, embadurnó a Pachi de talquistina y, con ayuda de Fernando, recogió la mesa después de la cena. Más tarde, mientras los niños se iban acostando, tendió las prendas más húmedas en el cordel que instaló Clara debajo de la mesa camilla, puesto que

afuera hacía ya frío por la noche. Se preguntó dónde habría guardado el radiador que utilizaban de brasero cuando no encendían la chimenea, para que la ropa se secase más rápido. Se sentaría un momento en el sofá a pensarlo, y se quedó traspuesta. Porque ni oyó a Íñigo llamarla desde su cuarto para que subiese a leerle un cuento, ni a Pachi pedirle que le diera el beso de buenas noches. Fue Fernando quien la despertó con suavidad y le dijo que se acostara, que ya le había contado el cuento a Íñigo él, y que Pachi también acababa de dormirse.

Había quedado con Trini en el Paseo del Chocolate, mientras Pepita cuidaba de los niños, y Olga se dijo que tendría que hacerle un regalo como muestra de agradecimiento. No sabía qué ponerse. Ignoraba cuál era la ropa más adecuada para asistir a una asamblea sindical. ¿Quién hubiera imaginado que ella iría alguna vez a una reunión de esa clase? Al final se decantó por un traje no muy formal de chaqueta y falda marrón. Por el camino, había sentido de nuevo un vago remordimiento por ir adonde estaba yendo: en su cabeza, don Manuel seguía presentándosele con las razones de su padre y no pudo evitar pensar que, de alguna manera, se sentiría defraudado cuando se enterase. Pero al ver a Trini, que la esperaba llena de incertidumbre, Olga se figuró la cara que se le pondría a doña Fanny si lograban que la readmitiesen y eso le produjo una satisfacción inusitada. Conforme avanzaban cogidas del brazo, sintió además un secreto orgullo por haber tomado la decisión de acudir a aquella asamblea sin pedir consejo. Quizás no fuese prudente; quizás hubiera sido más juicioso mostrar su gratitud a don Manuel y agachar la cabeza; sin embargo, de pronto la complació la posibilidad de no tener que agradecerle nada a nadie.

En la plaza del Minero habían colocado sillas plegables frente a una tarima sobre la que había una mesa. A ambos lados del escenario ondeaban dos banderas, una de la UGT y otra de Comisiones Obreras. Olga buscó a Celia con la mirada, pero no la encontró. Vio, en cambio, dos sitios en primera fila y arrastró hasta allí a Trini. Cuando avanzaban hacia la parte delantera, notó que las miraban. Exceptuándolas a ellas dos, todos los asistentes eran hombres. Había algunos rostros que a Olga le resultaban conocidos, pero ninguno con quien tuviera confianza. Por la manera en la que Trini se arrebujó en su sitio, Olga se percató de que ella sí guardaba más relación con alguno.

–Parece que les sorprende que una dependienta y una auxiliar de

contabilidad se sienten en primera fila –dijo Olga.

–No es eso –contestó Trini.

–¿Ah, no? ¿Y entonces por qué no nos quitan los ojos de encima?

–Porque saben quién eres y quién fue tu marido.

A Olga se le congeló la sonrisa y, aparentando naturalidad, se irguió en su silla, sin saber qué decir a modo de respuesta. Entre los dirigentes sindicales que comenzaban a ocupar la mesa del escenario, le costó reconocer a Pedro a causa de la barba. Había un viejo sindicalista sentado en el centro. Con ese hombre se habría enfrentado seguramente su padre. Se llamaba Vicente Requena y, por lo que Olga pudo escuchar, era un histórico de la UGT que había preservado su militancia clandestina durante la dictadura. A su derecha se sentaba el hombre con el que Celia estaba hablando el día que fue a pedirle trabajo a la sede del sindicato; y, a la izquierda, ocupó su asiento Pedro, que llevaba en el pecho una pegatina roja con la abreviatura de Comisiones Obreras.

Al parecer, el objetivo de la asamblea era mostrar la unidad sindical ante la regulación de empleo aplicada por la empresa hacía más de un año; dejar clara su oposición a futuros expedientes, como se estaba rumoreando; y animar a los trabajadores a que se afiliaran y participaran en la causa obrera, sin miedo a represalias. Cuando Pedro pronunció esa última palabra, Olga miró por un instante a Trini y le dedicó una sonrisa. Pedro era el que mejor hablaba. Dijo que, aunque las prácticas de los patronos seguían siendo las mismas, los tiempos eran otros y ningún trabajador podía aceptar en democracia las vejaciones soportadas en un régimen autoritario. También dijo que las centrales sindicales no debían vivir de la historia y que su obligación era adaptarse a la problemática de la época. Arremetió contra el plan de convergencia del Gobierno y, para finalizar, exigió la reincorporación de los compañeros regulados antes de sentarse a negociar con el Ayuntamiento el proyecto de adjudicación de viviendas.

–En la lucha de clases llega un momento en el que no queda más remedio que contraponer fuerzas –dijo por último, en el mismo tono encendido que Olga le recordaba de cuando era joven–. ¡Demostrémosle a la patronal cuál es la nuestra!

Tanto los asistentes que ocupaban las sillas como los que habían permanecido de pie al fondo y en los extremos, después de escucharlo en silencio a plena luz del día, rompieron en un aplauso. La ovación que le dedicaban a Pedro era más notoria que la respuesta al representante del otro sindicato. Luego Vicente carraspeó para hacerse oír y Olga reconoció la voz tabacosa que anunciaba desde la gramola

de un coche los mítines del PSOE durante la campaña de las elecciones municipales. Tras recordar a modo de homenaje al padre de Celia, Vicente explicó que quienes aún no estuviesen afiliados podrían hacerlo en ese momento, y rápidamente se formó una larga cola delante de Pedro y otra, más reducida, frente al otro dirigente. Olga se acordó de que Javier le había dicho que los trabajadores de baja cualificación estaban optando en masa por el sindicato comunista, mientras que el personal de oficinas y cargos medios preferían, como mal menor, el socialista. Ella también se decantaba por la UGT y dio un paso para ponerse en la cola observando de reojo a Pedro. Estaba tan absorta que no reparó en que Trini miraba asustada a uno y otro lado.

–¿Quieres afiliarte? –le preguntó con tacto cuando se dio cuenta.

Trini negó con la cabeza.

–¿Te parece al menos que les preguntemos por tu caso?

Pero Trini tampoco contestó. Se abrió paso entre la gente y abandonó la plaza a toda prisa.

A primera hora reinaba el silencio en el economato. Saltaba a la vista que todo el mundo sabía lo que había pasado la tarde anterior, y que Olga y Trini se encontraban entre los asistentes. A Olga le pareció que uno de los mozos que reponían las baldas de alimentación le había sonreído de una manera que indicaba simpatía y reconocimiento. Aunque también pudiera haber sido irónica y denotar la expectación generalizada que provocaba su presencia. Porque Aurori, por ejemplo, la rehuía claramente, temerosa de que doña Fanny la viera con ella. Olga dudó en contarle todo a don Manuel antes de que doña Fanny le montase el espectáculo. Sin embargo, no había cometido ningún delito, solo se había afiliado a un sindicato legal y eso no podía ser motivo de ninguna revancha contra ella.

Pese a la calma tensa que se respiraba en el almacén, Olga estuvo de buen humor durante la mañana e incluso se atrevió a saludar a doña Fanny sonriente, en un momento en que se la cruzó por los pasillos. Pero era obvio que la encargada se había enterado de su participación en la asamblea, y Olga se preguntó si el hecho de que hubiese ido con Trini no acrecentaba aquella cara de luto con la que parecía disimular su enfurecimiento. Tuvo ocasión de confirmarlo cuando tan solo quedaba un cuarto de hora para el cierre.

–Señorita Olga –le dijo doña Fanny–. Recoja el género de las mesas y vaya desplegando la cancela.

–Disculpe, hoy no me toca a mí el cierre.

–Se equivoca. Le tocaba a la señorita Trinidad, pero como ella ha preferido irse de pindongueo a seguir con nosotros, y usted adeuda las horas que no trabajó también por motivos personales, le exijo que asuma sus funciones.

–Discúlpeme de nuevo, doña Fanny, pero me he estado informando y, según el convenio laboral que regula mi puesto de trabajo, no pueden obligarme a recuperar las horas que falté debido a la enfermedad de mi hijo.

–¿Ah, sí? ¿Y se puede saber dónde le han dado esa información?

Olga la miró a la cara y se abstuvo de decir lo que pensaba.

–Porque si ha sido en la asamblea sindical a la que acudió ayer tarde –continuó doña Fanny–, lamento decirle que la informaron erróneamente.

–Artículo 23, apartado b.

–¿Cómo dice?

–Que en el artículo 23.b del convenio laboral viene contemplada la ausencia por fuerza mayor de la que le hablo.

–Te crees muy lista, ¿verdad?

–En absoluto.

–De acuerdo. Si no entras en razón por las buenas, tendrás que hacerlo por las malas.

Olga ya conocía a doña Fanny lo suficiente como para saber que, cuando pasaba a tutearla de repente, significaba que estaba enfadada y que enseguida daría rienda suelta a su gama de alusiones degradantes.

–¿Qué insinúa? –le replicó, en cambio.

–Me da exactamente igual lo que diga ese convenio. Te estoy ordenando que vayas preparando el cierre y no admito más insolencias.

–¿Me está amenazando?

Doña Fanny soltó un asomo de carcajada mientras desviaba hacia la puerta lo que a Olga le pareció una mirada herida.

–Tiene gracia que tenga que ser la mujer…

–¿Qué es lo que está tratando de decir? –se le acercó Olga sin dejar que terminase.

–Me estaba acordando de tu marido.

–No se atreva a ir por ahí.

Doña Fanny había acentuado el tono burlón hasta volverlo cáustico; se cruzó de brazos y se quedó mirando a Olga fijamente.

–Solo decía que resulta curioso que tengas que ser tú la que controle nuestras cuentas, cuando tu esposo…

–No pienso consentirle que hable de él.

Doña Fanny hizo un gesto afectado de desolación.

–Y ¿se puede saber por qué? ¿No te metes tú donde no te llaman? Tu marido…

–¡Ya le he dicho que no se le ocurra hablar de Javier! –la interrumpió Olga de nuevo, levantando la voz más de lo oportuno.

Acto seguido dio media vuelta, recogió con pulso trémulo su bolso de la oficina y salió del edificio.

Sin detenerse, fue andando a paso acelerado hasta Bellavista y, cuando llegó, estaba jadeando. Lo primero que percibió fue el olor a acetona de Pachi. Apoyó la frente en la puerta mientras la cerraba y un aluvión se le apelotonó en el tórax. Era una multitud que salía de lo más hondo y también del exterior incontrolable, una avalancha en espiral que la sumergía sin fuerzas y le acrecentaba la urgencia de dejarse caer al suelo. No obstante, al escuchar a Pachi preguntar quién era, trató de recomponerse y vio la carta sobre el felpudo. En el remitente aparecía el logo del Club Inglés. Se acordó entonces de Rafaelito: el lunes sin falta le pagaría la caldera y le preguntaría lo del coche. Mientras abría el sobre le vino el color de las tulipas verdes de la biblioteca, el aroma de los sofás de cuero y el brillo de las paredes revestidas de madera, y quiso estar sentada allí en el club, tranquilamente, como cuando era joven. Sin embargo, lo que decía la misiva era que, de manera provisional y hasta que no se aclarase la naturaleza de las relaciones que Javier mantuvo con la empresa, quedaba suspendida su condición de socia. Especificaba además que, contra esa resolución, no cabía recurso alguno.

8

Olga nunca podría olvidar la primera vez que sus padres lo invitaron a almorzar en casa. Con la misma naturalidad con la que se atrevió a llamarla al día siguiente de conocerla sin importarle que estuviera telefoneando al domicilio de su jefe, en cuanto surgió el tema de conversación, Javier rebatió las exclusiones que seguían perpetuando los estatutos del Club Inglés –la puerta trasera por la que tenía que entrar y salir el servicio, el Men Only restringido únicamente a los socios varones, el acceso vedado a todas las instalaciones para quien no perteneciese a los cuadros medios y altos de la compañía...– e incluso se atrevió a tacharlas de clasistas. Se habían levantado ya de la mesa y se disponían a tomar el café en el *living room*. Olga aún conservaba el recuerdo de cómo su padre escuchó a quien pronto sería su yerno con una tranquilidad aparente, si acaso desmentida por su mirada perpleja, desacostumbrado a que le llevaran la contraria.

«Si así ha sido durante cien años», dijo sonriendo, mientras apartaba el *ABC* del sofá para sentarse y dar el tema por zanjado, «¿quiénes somos nosotros para cambiarlo?».

«Pero eso no es más que aversión a los cambios», lo contravino Javier de nuevo.

«Para nada», respondió su padre, cruzándose de piernas, «se trata de otra manera de acomodarse a ellos».

Llevaba uno de sus trajes de *tweed* y fumaba con elegancia un cigarro puro. Javier sonrió y negó bajando la cabeza.

«No hay que pedir perdón por preferir lo familiar a lo desconocido», recordaba Olga que añadió su padre, «la experiencia a la inexperiencia, lo conveniente a lo ideal, lo real a lo posible».

«Sin duda, es una manera de verlo», dijo Javier. «Pero así corremos el riesgo de acomodarnos en la mitad del mundo para la que la otra no es más que un decorado.»

El que iba a ser su suegro enarcó las cejas.

«La combinación del sueño y la política genera tiranía», dijo con gravedad irónica. «Fíjate si no en la Unión Soviética. La acción humana es limitada. Las revoluciones acaban todas en sangre. Las cosas pueden heredarse pacíficamente e irse adaptando, poco a poco,

a las nuevas circunstancias.»

Entonces Javier quiso replicarle una vez más y fue la mirada de súplica de Olga la que hizo que, a punto de decir lo que pensaba, desistiera de su empeño.

Después Olga se lo agradeció, como le agradecería siempre, tras cualquier reunión familiar, que no contrariase a sus padres; como le agradeció que se apartara, junto con el prometido de Begoña, de aquella foto que se le ocurrió hacer a su progenitor las primeras Navidades con Fernando, argumentando que sus hijas y nietos permanecerían siempre a su lado, cosa que no podía asegurar de sus yernos, dadas las circunstancias. Olga y Javier se llevaron un tiempo intentando descifrar qué había querido decir exactamente con lo de las circunstancias, bromeando sobre la estabilidad de las relaciones de Begoña para no darse por aludidos, y Olga le agradeció una vez más que hubiera estado cautivador y obsequioso, a pesar de que ella sabía perfectamente hasta dónde llegaba su desacuerdo.

Cuando se quedaban solos, Olga le reconocía que llevaba razón, pero también disculpaba a sus padres después de cualquier agravio semejante; y cada vez que se daba la oportunidad volvía a actuar con complacencia a fin de agradarles, incluso ante Javier, en una tensión soterrada que la hacía ponerse nerviosa y hablar más de la cuenta: exagerando lo que Javier sabía que no era del todo cierto pero ella sospechaba que podría gustarles; presumiendo de cualquier cosa que le hubieran inculcado o que fuese similar a lo que ellos hubiesen hecho; tratando de evitar la mirada elocuente de su marido cada vez que alguien decía algo de lo que discrepaba: intentando, por todos los medios, satisfacer las pretensiones de sus padres y que se quedasen contentos, aunque eso propiciara después una discusión con Javier o ella misma se apercibiera de que su forma de sobreactuar carecía de sentido. Y esa escisión la agotaba, la iba laminando por dentro. ¿A qué venía la mala conciencia de Javier si provenía de una familia tan acomodada como la suya?

Porque, por otra parte, precisamente la educación que ella había recibido, aquel querer ser la hija ideal, tal y como le había enseñado su madre, hacía también que se afanase en ser la esposa perfecta, en satisfacer del mismo modo las apetencias de su marido: de ahí que hubiera aceptado, sin resquemor, su papel de madre y ama de casa; que incluso rechazara cualquier posibilidad de desempeñar un trabajo donde poner en práctica sus idiomas o su cursillo de secretariado. El temor de contrariarlo, de hacerlo infeliz y que se fuese con otra; de descubrir un rasgo de tristeza en su cara; de decepcionarlo, de que algo lo importunase. Olga había observado que Javier cortaba por lo

sano cuando alguien lo defraudaba y era como si esa persona dejara de existir por completo. Y ella había asumido sin suspicacias el que consideraba su deber, con el mismo sentido de la responsabilidad que le producía insomnio si no actuaba conforme a lo esperado o si tenía algún problema pendiente, igual que le ocurría ahora a raíz de su encontronazo con doña Fanny. Propiciar que su marido cultivase sus aficiones mientras ella olvidaba cuáles habían sido las suyas. Y tras aquel miedo que era una forma no desgarrada de amor: el silencio, la prudencia y el hablar cada vez menos de sus cosas.

«Puedes hacerlo, si es lo que quieres», le decía Javier cuando se presentaba la ocasión de salir de esa vida establecida, como cuando buscaban administrativos en la compañía o se enteraban de una vacante en otra empresa, pero ella sonreía y negaba con la cabeza. Y lo hacía sin ápice de rencor, sin doblez alguna. Olga era perfectamente consciente de su valía; de que si en vez de buscar marido hubiera hecho la reválida y terminado el preuniversitario, sería licenciada y llevaría una rutina distinta; de que se había casado demasiado joven, y de todo lo que había podido ser y no llegaría a ser nunca. Sin embargo, no se angustiaba con eso. Al contrario. En todos los años que había durado su matrimonio, en todo el tiempo en que no había tenido otro oído que el que estaba atento a la llamada de los hijos, no había sentido ni una sola vez frustración o aburrimiento. Ella no se sentía identificada con el estereotipo que le asignaban las feministas. Nunca se había visto a sí misma como una mujer anulada, carente de libertad u oprimida.

Olga sabía que había muchas cosas que ignoraba por no haber estudiado una carrera, pero también que le hacían poca falta para el tipo de vida que llevaba; porque, en comparación con su inteligencia intuitiva, lo otro le parecía subsidiario. Javier a veces podía ser complicado, sobre todo cuando caía en uno de esos periodos sombríos en los que se sumergía hasta parecer otra persona. Sin embargo, ella no se podía permitir el lujo de dejarse arrastrar, no quería que la invadiese aquel ánimo que se extendía como una mancha oscura. Al principio había creído que la responsable de ese pesar era ella, que el matrimonio y los hijos no habían sido como Javier había esperado, y se había arrogado la obligación de rescatarlo. No obstante, pronto comprendió que la raíz era más profunda y que no estaba en su mano; y entonces procuró tan solo no agravar las recaídas, permaneciendo a su lado sin molestar, sin atosigarlo y sin que la creciente falta de ilusión de Javier le estropease a ella la alegría, las ganas de vivir y el disfrute de sus hijos.

Pero, pese a todo, nunca había necesitado un trabajo. Sin embargo,

su situación era ahora diferente. Y debido a ese cambio radical de circunstancias, Olga no dejaba de preguntarse si no se estaría comportando de forma temeraria. Porque, después del desencuentro con doña Fanny, se negó a volver al economato.

Aunque había decidido quedarse en casa, algunos días Pepita seguía yendo a echarle una mano, y permanecía junto a Pachi mientras Olga limpiaba, o se encargaba de cocinar si Olga tenía que bañar al niño. En caso de que no hubiera nada que hacer, Pepita se sentaba plácidamente al lado de la cama de Pachi, pendiente de lo que pudiera requerir, viéndolo cómo jugaba con sus muñecos, veía una película o leía un cómic; y si se aburría, le contaba el cuento del Hermoso Daniel o le canturreaba una melodía antigua. También le repetía historias de hacía mucho tiempo, de cuando trabajaba de limpiadora en la escuela de los ingleses. Y cuando Pachi se impacientaba, lo acariciaba con parsimonia y le solía decir:

–Descansa y verás cómo, si Dios quiere, te pones pronto bueno.

A veces se llevaba un rato en silencio y repetía sin ton ni son: «Así que ya te digo». Y si tenía que marcharse, anticipaba unas cuantas veces también: «Me voy, que aquella gente dirá», como si de verdad hubiera alguien esperándola. Pero a Olga no le molestaba; reconocía las canciones que le había cantado a ella también de niña o la historia del Hermoso Daniel, y se sentía acompañada por su forma callada de estarse quieta. La simple presencia de Pepita la reconfortaba, la protegía, le transmitía tranquilidad. Y en ocasiones Olga se la quedaba mirando y pensaba que no regresaría al trabajo a menos que doña Fanny se disculpase y cambiaran algunas cosas. Pero ¿y si no estaba en condiciones de elegir?, ¿y si ya no dependía en exclusiva de sus deseos? Porque aunque habían empezado a pagarle los atrasos de la pensión de viudedad, y de momento podían ir tirando si aprendían a ser austeros, dependía del sueldo del almacén si quería comprar la casa en la que vivían o un coche pequeño, o que sus hijos fueran a la universidad en el futuro.

Antes, cuando simplemente era madre y ama de casa, los días le pertenecían; y ahora, del mismo modo que no podía tener una conversación normal con nadie sin que sobrevolase la sombra de Javier, tampoco parecía tener derecho a una vivienda en propiedad y que sus hijos estudiasen. ¿Cómo explicárselo a quienes querían saber cómo se encontraba o le preguntaban si lo estaba superando? Al menos, permaneciendo allí encerrada, sin más compañía que la de sus hijos y Pepita, podía cuidar de Pachi y presenciar cómo Fernando

llegaba corriendo del colegio y lo primero que hacía era ir a ver a su hermano, preguntarle si necesitaba algo, contarle cómo le había ido o jugar con él a lo que Pachi quisiera. Sin embargo, al cabo de los días, de lucubrar ese tipo de cosas Olga pasó a asumir que quizás fuese ella la que tendría que pedir perdón a don Manuel y rogarle que no la despidieran, tras ausentarse una semana del trabajo injustificadamente.

Estaba decidida a hacerlo cuando una tarde llamaron a la puerta y le sorprendió encontrar, ovalados por la lente de la mirilla, el rostro de Celia y otro que no reconoció en un primer instante. Le sonaba de algo, pero solo al abrir reparó en que se trataba de la mujer que había visto en los carteles electorales que aún estaban colgados por el pueblo.

–¿Te pillamos en buen momento? –dijo Celia–. No querríamos molestar.

–No, no… Por favor. Lo único es que no esperaba a nadie.

–Ella es Marga –dijo Celia.

–Encantada –le tendió la mano la alcaldesa.

–Lo mismo digo –respondió Olga, mientras se apartaba para facilitarles la entrada.

–Le he hablado de tu caso y ha querido venir conmigo para conocerte. ¿Cómo está tu hijo?

–Mejor, aunque sigue en reposo. Le hemos instalado la cama aquí abajo.

Celia y Marga se asomaron al salón y saludaron a Pachi, que estaba jugando al parchís con Íñigo y Fernando.

–Míralo, qué distraído con sus hermanos –dijo Marga.

–Todos hacemos lo que podemos –repuso Olga.

–Está feliz –dijo Celia–. Ahora es el rey de la casa.

Olga se había quedado por un segundo pensativa. ¿De qué caso hablaba Celia? Hacía tiempo que no recibía visitas y, con la cama de Pachi en el salón, no tenía dónde atenderlas sin que los niños escuchasen la conversación.

–¿Queréis tomar algo? –preguntó–. Será mejor que vayamos a la cocina.

Entraron hasta el fondo y, como ni a Marga ni a Celia les apetecía nada, Olga les sirvió un vaso de agua a cada una.

–No quisiéramos entretenerte –repitió Celia casi a modo de excusa, mientras tomaba asiento–. Como ya te he dicho, le conté tu situación a Marga y ella ha querido venir a hablar contigo.

Olga guardó silencio y sintió cómo el frío otoñal, que poco a poco iba invadiendo la casa, le subía desde los pies a las manos.

–¿A qué situación te refieres? –preguntó con una sonrisa forzada.

–Celia me ha contado y me ha parecido que eres muy valiente –intervino Marga–. Supongo que no ha debido de ser fácil.

Y como Olga continuaba con gesto interrogativo, añadió:

–Ponerte a trabajar en el almacén, quiero decir. Que has tenido mucho coraje para hacerlo.

Olga recordó la mañana que entró en el economato Pipi, una vecina de Bellavista, esposa de un directivo, y la vio vestida de uniforme, despachando. Con ese matrimonio habían cenado en alguna ocasión Javier y ella, en uno de aquellos encuentros de trabajo en los que las mujeres de los altos cargos estaban obligadas a acompañar a sus maridos y ser agradables en todo momento. La expresión de Pipi mostraba el mismo haz de impresiones que debió de producirle a su madre que doña Margarita Walker se pusiera a dar clases de bordado tras quedarse viuda. ¿No era más humillante trabajar en el economato que hacerlo en el club por las tardes, sin tener necesidad, enseñando a coser a las hijas de sus amigas? Sin embargo, Olga no dejó que aquella mirada la rebajara y la atendió con naturalidad, lo que aumentó el desconcierto de Pipi, que lo único que alcanzó a decir fue que se había quedado sin líquido desmaquillador y que su marido no podía llevarla a Sevilla ese fin de semana para comprarlo, como hacía siempre.

–¿Qué tal todo por allí? –preguntó Celia–. ¿Fuiste a la asamblea? Nosotras al final no lo vimos apropiado –agregó mirando a Marga–. Estamos procurando separar Ayuntamiento y sindicato.

–Sí, fui con una compañera.

–¿Y qué os pareció?

–Ella está asustada. La acaban de despedir. Y aunque la causa aparente sea la falta de productividad, el motivo real es porque está embarazada.

–Pero eso no se puede consentir –dijo Celia, mirando de nuevo a Marga.

–En el almacén saben que fuimos a esa reunión –dijo Olga–. Doña Fanny discutió conmigo al día siguiente. Y, desde entonces, no he vuelto.

–Vaya –exclamó Marga–, veo que los trabajos dependientes de la empresa siguen yendo a lo suyo. Parece que no acaban de entender que la ley nos obliga a todos sin excepciones.

–He pensado en ir a hablar con don Manuel y pedirle perdón.

–Pedirle perdón por qué –inquirió Celia.

–Me he ausentado del trabajo sin avisar y creerán que me he despedido.

–Eso es cierto.

–¿Qué fue exactamente lo que sucedió? –quiso saber Marga.

Olga le refirió el desencuentro con la encargada y cómo esta pretendía que recuperase las horas en las que había tenido que cuidar de su hijo, en contra de lo que decía el convenio. Se guardó de hacer ninguna alusión a su marido.

–Es complicado –dijo Marga–. Aunque quizás haya una manera de solucionarlo.

–¿Podrían hablar ustedes con ellos?

–Eso, me temo, también es complicado. La jurisdicción laboral no es competencia nuestra. Como mucho, podríamos presionar un poco; pero no querríamos actuar como siempre se ha actuado. Estaba pensando en otro tipo de salida.

–No entiendo –contestó Olga buscando con la mirada a Celia, que por un momento le pareció ausente, como si pensase en otra cosa.

–Desde que entramos en el Ayuntamiento, y espero que sepas guardarme el secreto, somos un caos burocrático. Ninguno de los que formamos la corporación ha tenido antes experiencia gestora y a veces nos ahogamos entre tantos papeles. Celia me ha contado lo de tu curso de secretariado, y había pensado que quizás... Que tal vez podrías trabajar con nosotros.

–Pero yo no sé nada de política –dijo Olga, sorprendida–. Nunca he querido. Y, precisamente ahora, no creo que sea el mejor momento.

–No sería un cargo político –matizó Marga–, sino solo administrativo. Necesitamos que alguien nos ayude con los balances, la correspondencia y las facturas. Y no se nos ocurre nadie que pueda hacerlo mejor que tú.

–Pero don Manuel... –empezó a decir Olga.

–Por don Manuel no te preocupes –la interrumpió Marga, dando una ligera entonación cómica a la manera de referirse al director del economato, como si se burlase del excesivo respeto que se les tenía en Riotinto aún a los hombres que ocupaban esa clase de puestos–. Ya hablaremos nosotros con él. Nos despediremos en tu nombre y le trasladaremos que has pasado a formar parte de la plantilla laboral del Ayuntamiento. ¿Te parece?

–Pero aún no sé en qué consistirá mi trabajo. No sé si seré la persona apropiada.

–Ya te digo que solo tendrías competencias administrativas –trató de explicarse Marga– y que en ningún caso se requerirá tu voluntad política. No tendrás que afiliarte al partido, si es lo que te preocupa. –Y mirándola de nuevo de forma irónica, añadió–: Será un trabajo tan neutral como cualquier otro, por lo que nadie podrá reprocharte nada en Bellavista.

–Ya me he afiliado a la UGT –dijo Olga en tono de broma.

–Pues con eso ya es más que suficiente –rio Marga.

–Hay una última cosa –dijo Olga poniéndose seria de repente–. Bueno, dos.

Se había sentido de improviso incómoda por alimentar ese tipo de bromas. Nunca había aprobado las burlas que cierta gente hacía de Bellavista; gente como Celia y Marga, que se autocalificaban de progresistas, como si eso les otorgase una superioridad que justificara su desdén. Siempre había creído que se basaban en los prejuicios y la envidia.

–Soy toda oídos –respondió Marga intentando preservar el buen humor.

–La primera es que solo estaría dispuesta a trabajar en horario de mañana, de lunes a viernes.

–Concedido. ¿Y la otra?

–Se trata de Trini, la compañera que echaron del almacén por quedarse embarazada. Iba a pedirles que hicieran todo lo posible para que la readmitiesen, pero no creo que volver a trabajar con doña Fanny sea lo más indicado...

–Puedes tutearme –la interrumpió Marga–. Yo ya lo hago.

–De acuerdo. Pues eso, que me preguntaba si podríais buscarle a ella también un empleo.

–Dile que venga a vernos y estudiaremos qué tipo de trabajo podría ser más conveniente.

–Gracias.

–¿Trato hecho?

–Sí, claro. Por supuesto.

–Perfecto –sonrió Marga con satisfacción, mientras se ponía en pie y estrechaba la mano de Olga a un tiempo–. Tómate estos días para organizarte –añadió señalando con la cabeza el pasillo, por donde venían las voces de los niños–. Te esperamos el lunes a primera hora. Celia te recibirá y te enseñará tu oficina. Estoy segura de que nos entenderemos de maravilla.

Olga fue a casa de Trini para comunicarle la propuesta, pero al parecer se había marchado y su madre no sabía adónde había ido. La mujer temía que en la cabeza de su hija estuviera hacer una tontería, y se echó a llorar arrepintiéndose de haber sido tan dura. Le contó que su marido había tenido un accidente en la mina que lo había dejado incapacitado de la espalda, y que desde entonces se llevaba todo el día bebiendo aguardiente en El Sindicato, que era el bar situado en los

bajos de la sede de la UGT y Comisiones Obreras.

–Precisamente allí, con lo poco que lo ayudaron…

Después confesó que, como la hermana pequeña de Trini se había ido también de casa con unas amistades muy raras que la iban a acabar metiendo en la droga si no lo habían hecho ya, ella siempre se había apoyado mucho en su hija mayor, a la que tal vez hubiese agobiado.

–Pero mi intención nunca fue atosigarla, por Dios. Lo único es que no quería que le ocurriese lo mismo que a mi Sole, a quien ya tenemos perdida.

Trini había dejado una nota, en la que tan solo decía que no la buscaran. Olga preguntó si se había marchado con Raúl.

–No, ese sinvergüenza no quiere saber nada –dijo la madre–. Le llevé el papel y todo y me cerró la puerta en la cara. Espero que mi Trini no se haya ido al extranjero a hacer lo que he oído que hacen algunas. No sé ni siquiera de dónde habrá sacado el dinero. Imagino que de los ahorros que tenía para casarse con ese canalla que solo ha sido hombre para lo fácil y, después, si te he visto no me acuerdo.

Olga le rogó que, en caso de que Trini se pusiese en contacto con ella, le dijera que la llamase inmediatamente. Le dejó anotado su teléfono e insistió en que, si no lo cogía en casa, telefonease al ayuntamiento.

Hacía solo dos semanas que no pasaba por la plaza del Minero y le sorprendió encontrarla llena de pancartas. Aún no había olvidado las huelgas por el último expediente de regulación de empleo, en el que Javier tuvo una participación decisiva. Allí mismo, los trabajadores levantaron tiendas de campaña; algunos se encerraron con el alcalde dentro del ayuntamiento; las mujeres fueron a manifestarse a Bellavista, y Olga pudo ver cómo protestaban delante de su casa. Por mucho que hablase de responsabilidad social, Javier había sido el principal gestor del recorte de plantilla y la cara visible de las negociaciones; por eso coreaban su nombre, para increparlo. Y al observarlas entre los visillos, Olga se dio cuenta de que, detrás de los insultos y las reivindicaciones concretas, lo que provocaba los gritos de aquellas mujeres era algo que se remontaba a cuando ella era niña y el barrio inglés se hallaba separado del pueblo por un muro, vigilado por los centinelas que se apostaban en las garitas y que solo dejaban entrar a los jardineros y las muchachas de la limpieza, a las criadas y las cocineras.

Ahora, esas mismas pancartas, amarradas de las farolas entre

banderines de la UGT y Comisiones Obreras, removían aquello de alguna manera.

NO A LA RECONVERSIÓN

BASTA YA DE REGULACIONES

READMISIÓN DE TODOS LOS COMPAÑEROS

Sin embargo, a diferencia del año anterior, en la plaza solo acampaban las pancartas, no sus portadores; y Olga comprendió que era una forma de recordar que se cumplía el primer aniversario del expediente regulador de empleo y de oponerse, de paso, a la posibilidad de que abrieran otro. Al menos eso era lo que le había dicho Rafaelito, pero también lo que había explicado Pedro en la asamblea sindical y lo que parecía decir su mirada cuando Olga se lo encontró, sentado en el ayuntamiento junto a otros dos hombres, aguardando a que Marga los recibiera. Era su primer día de trabajo, y Olga había subido las escaleras preguntándose si había hecho bien aceptando ese empleo. Y al levantar la vista, lo primero con lo que se encontró fueron los ojos de Pedro, tan pudorosos como siempre que se cruzaban con los suyos, tan firmes y llenos de dignidad cuando se enfrentaban al resto. Con esos ojos mansos y fieros al mismo tiempo, a los que Olga vio cómo se agregaba de repente la sorpresa, la había mirado en aquel guateque en el que bailaron juntos hacía casi veinte años.

Se saludaron con un movimiento de cejas y Olga continuó sin detenerse. Celia le había indicado dónde se ubicaba su despacho y, cuando al fin lo encontró, Olga la sorprendió hablando por teléfono. Sobre la mesa había un cenicero plano, de cristal esmerilado, lleno de colillas; detrás del sillón colgaba un retrato de los reyes; y, en la esquina, medio tapada por una cajonera de archivadores metálicos, pendía de un mástil una bandera de España con el nuevo escudo. El ayuntamiento, en cambio, olía a humedad cerrada y a polvo acumulado. Celia, que parecía más nerviosa que de costumbre, se puso en pie y comenzó a explicarle cómo funcionaba todo. Le enseñó cuál iba a ser su mesa, en una pequeña oficina adjunta, y le detalló dónde estaba cada cosa. Sin embargo, Olga no se quitaba de la cabeza la mirada de Pedro. De hecho, mientras le agradecía a Celia lo que había hecho por ella, le vinieron retazos de la canción de Adamo, aquella primera vez que salió de noche fuera de Bellavista. Celia había ido a su casa a vestirse y su padre las acercó luego. Riéndose sin parar, se

probaron infinidad de prendas, y Olga acabó prestándole un vestido celeste enjaretado. Y después todo fue más o menos bien, con los muchachos en una parte de la barra y las muchachas en la otra: ellos con un vaso de ponche y un cigarro, torpes y desafiantes; y ellas, tratando de esquivar sus miradas, con indiferencia calculada.

–Las extensiones las tienes en el listín –le dijo Celia–. Solo debes marcar el número que corresponda y la llamada se desviará automáticamente. Tu labor será filtrarlas.

Pedro se relacionaba con los alumnos de la SAFA, aunque él iba al instituto. Por aquella época, Olga no se fijaba en esas cosas: como todas, miraba de reojo a los jóvenes con sus americanas de verano, pero nunca encontraba lo que estaba buscando. Fue Javier, años más tarde, quien le hizo percatarse del vínculo del politécnico con las Comisiones Obreras nacidas en la nueva explotación de Patiño. Porque sus principales integrantes provenían de la Escuela Profesional o gozaban del apoyo de su director, el padre Yáñez. Olga había escuchado vagamente lo que iría confirmando a base de asistir a las conversaciones que Javier mantenía con Pedro y otros compañeros de ese entorno: que, en principio, los jesuitas comenzaron a nutrir de mano de obra a la empresa; que las relaciones entre la escuela y la dirección de la mina eran fluidas; pero que después, debido a las ideas del padre Yáñez, se habían ido deteriorando y, tras la destitución del sacerdote al frente de la escuela, el método de selección de personal había vuelto a ser el de antes, pues empezaron a contratar solo a los hijos de los empleados más leales. Ella había escuchado hablar al padre Yáñez en la única ocasión en que fue invitado a una de las novenas que se rezaban en la iglesia por la Virgen del Rosario. Era un hombre enjuto y bien peinado, con gafas de pasta negra, austero, que se dirigía a los feligreses en un tono distinto al de los demás curas, atreviéndose a pronunciar de la manera más natural palabras como «libertad» o «democracia».

–Porque no todo el mundo que llama a la alcaldesa podrá hablar con ella –prosiguió Celia.

En aquella novena, en vez de dar un sermón, el padre Yáñez habló de su experiencia en la escuela y explicó cómo prefería formar a hombres capaces de pensar por sí mismos, en lugar de enseñarles las cuatro reglas. Explicó que si a alguien se le trataba mal, respondía mal, y si se le trataba bien, respondía bien. Desarrolló con elocuencia cómo pretendía que sus alumnos fueran personas y no juguetes de nadie, seres pasivos, marionetas de sus padres o de la empresa. Olga recordaba la cara medio congestionada del párroco mientras el padre Yáñez hacía uso de la palabra. Y que hubo mucho revuelo a la salida

de la iglesia. Algunas mujeres lo llamaron abiertamente «comunista», y un hombre contó que su hijo le había venido un día con la cantinela de ser libre y que le había tenido que dar un sopapo para quitarle las tonterías de la cabeza. Sin embargo, quien más se significó desde mediados de los sesenta no fue ninguno de los pupilos sindicalistas que veneraban al padre Yáñez, sino Pedro, que era el único que se había atrevido a repartir octavillas en el instituto público, a colarse en las instalaciones de la empresa para arengar a los mineros o a soltar soflamas, sin venir a cuento, cuando estaban de fiesta.

–En todo caso, para cualquier duda que tengas –recapituló Celia–, me tendrás aquí al lado.

Eso fue quizás lo que más le atrajo de Pedro a Celia, que lo secundaba en el instituto hasta el punto de contestarle un día a la profesora de latín y acabar en el despacho del director con un expediente disciplinario. Olga no era capaz de recordar con exactitud lo que le dijo Celia a doña Domitila, pero sí se acordaba de la mirada de Pedro en aquel guateque, porque era la misma que se acababa de encontrar al subir las escaleras. Antes de que bailaran, Celia había hablado con Olga de Pedro. Por eso, Olga no sabía por qué aceptó. Tampoco es que se hubiera arrepentido; nunca pidió disculpas; hizo lo que su madre acostumbraba a inculcarle: pasara lo que pasase, una señorita de su estatus jamás debía pedirle perdón a nadie. Celia se había llevado toda la fiesta con los hombres, brindando y fumando como si fuese uno más de ellos. Olga escuchó cómo las chicas cuchicheaban y cómo una incluso la llamó «fresca». Celia flirteaba con uno y con otro tratando de llamar la atención de Pedro; pero Pedro no le hacía caso, enzarzado en sus conversaciones con los alumnos de la SAFA; y entonces comenzó a sonar en el picú –como decían todos excepto ella, que era la única que lo pronunciaba en inglés– *Mis manos en tu cintura*.

–Confiamos en ti plenamente –dijo Celia–. Estoy segura de que en un par de días captarás lo que pretendemos.

Él la miró y ella no supo o quiso negarse. Sentía los ojos de Celia clavados en la nuca, y sin embargo aceptó el baile: se agarró suavemente a Pedro y apoyó la mejilla en su hombro. ¿Qué fue lo que sintió? Porque su cabeza le iba diciendo una cosa pero sus pies hacían otra; porque ella sabía que Celia no dejaba de mirarlos y, sin embargo, actuó como si no lo hiciera; porque, después de bailar, Pedro la tomó de la mano y le preguntó si quería que la acompañase con su Vespa y ella no dijo nada, simplemente se dejó llevar, sin dirigir siquiera una última mirada a su amiga. Como tampoco hizo nada cuando advirtió que Pedro no enfilaba el camino hacia Bellavista, sino que tiraba por

el carril que conducía a las fundiciones deshabitadas de Zarandas. Olga recordaba el frescor del aire revoloteándole el pelo.

–Queremos cambiar muchas cosas –dijo Celia–. Pero queremos hacerlo bien. –Y mientras abría la ventana que daba a la calle, agregó–: Ventilando un poco esto.

Pedro detuvo la moto en uno de los balconcillos de la colina, desde donde se veían a un lado las luces del pueblo y, al otro, la lengua herrumbrosa por la que había caído el mineral fundido de la chimenea en ruinas. Apenas podían distinguir lo que la luna alumbraba de forma oblicua. Al principio permanecieron los dos callados, pero luego Pedro empezó a contarle que de niño se escapaba allí con la bicicleta sin que lo supieran sus padres, sin otra compañía que el sol y la tierra roja que permanecía oculta tras la noche. Mientras ella jugueteaba con el crucifijo de la cadenita que llevaba puesta, él le habló de su vida en el Alto de la Mesa, que era un barrio humilde que Olga solo conocía de oídas; de una infancia modesta, pero digna; de la libertad de tirarse en bicicleta por las cuestas más escarpadas y que era la misma que sentía cuando se montaba en la Vespa y la que le gustaría que tuviese su gente y el país entero, de una vez por todas.

–Por eso te necesitamos –dijo Celia.

Pero no pasó lo que Olga no estaba segura de querer o no que hubiera pasado. Él se limitó a fumar y hablar con una voz queda. Y después la llevó a su casa. Y al día siguiente ella decidió que aquello no había ocurrido y así actuó, a partir de entonces, siempre que coincidió con Celia o con Pedro. Negando lo que no sucedió. Tratando de borrarlo no solo de su mente, sino también de las de los otros. Sin embargo, las miradas no pudieron hacerlo con la misma eficacia: la de Celia, atravesada por una especie de humillación crónica; y la de Pedro, llena del mismo estupor que Olga acababa de ver y que había conseguido olvidar hasta que la reconoció de nuevo en Lucas, mientras jugueteaba en el suelo de la peluquería.

Dos días después, Olga coincidió a la salida con Antonio Rosas, el concejal de urbanismo. Bajaban las escaleras del ayuntamiento, frente a la plaza llena de pancartas.

–Tu marido era un hombre de los pies a la cabeza –le dijo de pronto, evitando mirarla.

No se conocían de nada. A Olga apenas se lo había presentado Celia, como a los demás miembros de la corporación, de forma protocolaria.

–Siempre estuvo en una situación delicada. En Dirección creían que era uno de los nuestros, pero los de Comisiones no le dieron tregua. Sin embargo, tuvo más visión que nadie. Y carisma, con

aquella lógica analítica que nos desarmaba a todos en el comité de empresa. Lo hizo bien.

Olga debió de mostrarse estupefacta, porque Antonio añadió:

–Me refiero al expediente de regulación de empleo. No hubo otra alternativa.

9

Tras el mes prescrito de reposo, Pachi comenzó a levantarse de la cama y normalizar su dieta poco a poco. Había perdido peso, y la piel se le fue destiñendo de un amarillo que había llegado a tornarse marrón en la parte blanca de los ojos. Estaba débil y con los brazos llenos de postillas de no haber podido soportar el picor y rascarse. Después de comer, Fernando lo llevaba a dar una vuelta y lo protegía si los otros niños querían jugar a algo para lo que aún no estuviera preparado. Pero cada día iba recobrando fuerzas y, en una semana, se halló en condiciones de regresar a la escuela. Con su nuevo trabajo, Olga podía acercarlos al colegio antes de entrar en el ayuntamiento: sobre todo, desde el sábado que fue con Rafael a Huelva y regresó con un Seat Panda nuevo. Olga le había devuelto a Rafaelito el dinero de la caldera; sin embargo, ninguno de los dos sacó el tema de su cambio de empleo ni de la suspensión cautelar que el club le había comunicado por escrito. Quedaron para ir a comprar el coche juntos y, en el trayecto de ida, actuaron como si nada de eso hubiera ocurrido. Por su parte, una vez en el concesionario, Olga consiguió que le aceptaran una letra a plazos pero, como no consintieron incluir la entrada en el crédito, para poderse llevar el único que tenían en ese momento, tuvo que pedirle de nuevo a Rafael un pequeño préstamo.

«No debería haberte pagado el termo», le dijo Olga antes de emprender cada uno en su coche el viaje de vuelta.

«Tú insististe.»

«Así nunca voy a dejar de estar en deuda contigo.»

«Como yo me entere de que necesitas algo y no me lo pides, perderemos las amistades.»

Olga no paraba en todo el día, con el trabajo y las comidas y las lavadoras y la limpieza de la casa los fines de semana, pero el simple hecho de que en el Ayuntamiento la valoraran y de poder conducir de nuevo su propio coche le daba fuerzas y le hacía sentirse más liviana. Se había adaptado rápidamente a su puesto y cada vez tomaba más decisiones por su cuenta, tanto en el Ayuntamiento como en su vida privada. No era que estuviese recuperando el aplomo de antaño, sino más bien como si se hubiera convertido en una mujer distinta, con una

autonomía insólita y una independencia que nunca se había parado a considerar antes. Iba de un lado a otro siempre con prisas, con el Panda lleno de niños y de bolsas del supermercado e Íñigo de pie entre los dos asientos delanteros, pero sus elecciones eran exclusivamente suyas y no tenía que justificárselas a nadie.

Una de esas mañanas que corría como una loca con objeto de dejar a sus hijos en la escuela antes de ir a trabajar, Íñigo fue todo el camino diciendo que su mochila estaba rota y, como no dejaba de protestar, a la altura del paso de cebra frente al mercado de abastos, Olga giró la cabeza un segundo para ver qué le ocurría y el grito que dio Fernando la hizo frenar en seco. Había sentido un golpe en el capó, pero no fue hasta que un grupo de madres acudió a levantar a la niña del suelo cuando Olga tomó conciencia de lo que había pasado. Era una compañera de curso de Pachi y se encontraba bien; sin embargo, a Olga no dejaron de temblarle las piernas en todo el día. Por la tarde fue a visitar a la niña a su casa para pedirles disculpas a sus padres por el atropello. Les llevó una caja de bombones y, tratando de reconstruir lo sucedido, mientras les aseguraba que iba a poca velocidad y que no había visto de dónde salía la cría, no fue capaz de contener el llanto. No quería ni pensar qué hubiera sucedido de ir más rápido, y se le cruzó por la cabeza que tal vez un despiste así fue lo que produjo el accidente de su marido.

Ese episodio bastó para que Olga cayera en la cuenta de que la misma libertad adquirida con el coche, la viudedad y el trabajo, también la volvía más responsable de sus actos. Fue del todo consciente una tarde que conducía con prudencia camino de casa de Pepita, donde Íñigo y Pachi se quedaban ahora a merendar después de las actividades extraescolares, y vio a un grupo de mujeres en la puerta trasera de la iglesia que daba a la peluquería. Ralentizó aún más la marcha cuando se disponía a pasar ante ellas y Elenita Taylor le hizo un gesto para que se detuviera.

–Precisamente estábamos hablando de ti –dijo en cuanto Olga bajó el cristal.

Todas llevaban una especie de distintivo en el pecho, un lazo verde o una insignia. Algunas portaban huchas del Domund. Y entre las mujeres, la mayoría perteneciente a la comunidad que se reunía por las tardes en la parroquia, Olga vio a algunas señoras de Bellavista.

–Nos preguntábamos si este año no te ofrecerías para catequesis, igual que cuando la comunión de Fernando. –Elenita Taylor hablaba con diversas entonaciones de asombro y énfasis, acompañadas de cabeceos y movimientos espasmódicos–. Como ya no vienes a misa...

–No, a Pachi todavía le queda un año, pero aun así no creo que

pudiera hacerlo.

–¿Por qué? Tú siempre has sido muy colaborativa.

–Me temo que no me quedaría tiempo.

–Ay, hija, lamento tanto que tengas que trabajar... Sin embargo, podría servirte de esparcimiento. Estoy segura de que, si vinieses con nosotras, te sentirías más reconfortada.

–Seguramente.

A Olga le pareció ver a Rafaelito abrirse paso entre las mujeres y adentrarse en la iglesia. Conocía a Elenita Taylor de toda la vida y nunca se la había tomado muy en serio: seguía tan atolondrada y con la voz tan chillona e irregular como siempre.

–Es bueno salirse de una misma y dedicarse a los otros.

–Por supuesto, y es lo que trato de hacer. De hecho, intento ponerlo en práctica cada día con mis hijos y en mi trabajo.

–Así que es verdad...

–¿Qué quieres decir?

–Eso que comentan que trabajas para ellos.

–¿Quiénes son «ellos»? –sonrió Olga.

–¿Quiénes van a ser? Los socialistas del Ayuntamiento.

Olga no pudo evitar una carcajada. ¿Desde cuándo no se reía así, sin que le pareciese inadecuado?

–Quieren prohibir nuestro viaje a Huelva para la homilía del obispo –dijo muy seria Elenita Taylor.

–Me extraña mucho. No he oído nada.

–Hay quien dice que incluso te has convertido en una de ellos.

Olga volvió a reír.

–Pues lamento defraudarlos. Soy una simple secretaria.

–Ya les decía yo que era imposible.

–Cierto, no creo que el Ayuntamiento tenga potestad para prohibir un viaje privado.

–No me refería a eso.

En ese momento, y sin ser ninguna hora en punto, comenzaron a sonar las campanas.

–¿Entonces? –dijo Olga con fingida curiosidad.

–Algunas van diciendo por ahí que te has hecho socialista, y que ya no venías a misa porque estabas a favor del aborto. Y yo les he dicho que, conociéndote como te conozco desde niña, eso no era posible.

Olga giró la cabeza sin dejar de sonreír y vio cómo Rafaelito salía de la iglesia con una tela verde enrollada y un megáfono. Un par de mujeres extendieron la pancarta, en la que ponía «SÍ A LA VIDA», y otra empezó a cantar por el megáfono: «¡Ino, ino, ino..., aborto asesino!». Las demás comenzaron a seguirla a coro y enfilaron juntas la Avenida

en dirección al ayuntamiento. Entre el grupo de treinta o cuarenta señoras, el único hombre que Olga alcanzaba a ver era Rafaelito. También creyó distinguir de refilón a Adela sosteniendo del brazo a Margarita Walker. Algunas le habían dirigido una mirada insidiosa al verla montada en el Panda rojo. Rafael se percató de su presencia y le hizo un gesto para que se les uniera. Elenita miró hacia sus compañeras y resopló impaciente.

–¿Entonces vienes o no?

–No puedo, voy a recoger a mis hijos.

–Y ¿vendrás otro día?

–Tendría que pensarlo.

–Pero tú no estás a favor del aborto, ¿verdad?

Olga se acordó de Trini.

–No –respondió–. No lo sé. Nunca me lo he planteado.

Elenita Taylor la miró extrañada. Ya se iba cuando dio media vuelta y, acercándole la lata del Domund, agregó:

–Para la homilía del obispo.

Olga hurgó en la cartera e introdujo una moneda en la hucha, mientras trataba de sonreír al mismo tiempo. Luego miró a Elenita incorporarse al grupo y pensó que el Domund era una cosa y lo del aborto, otra; y lamentó haberlo hecho. Como tantas veces, le hubiese gustado reaccionar más rápido, y se arrepintió de no haber respondido con sinceridad que sí se lo había planteado. No lo había hablado con nadie, ni siquiera con Trini. Sin embargo, había visto al ministro de Sanidad y Consumo en *Informe Semanal*, con sus gafas y su acento catalán y su tono pedagógico, y todo lo que había dicho le había parecido razonable. Después se quedó a ver el debate que pusieron en la tele, y simpatizó con la postura favorable al proyecto de ley de interrupción del embarazo. Le desagradaban las imágenes de las manifestaciones feministas, sus gestos desafiantes y sus eslóganes procaces; pero más le desagradaban las consignas vengativas de las que supuestamente eran sus amigas. Ella pensaba que cada mujer debía ser libre para decidir qué hacer. No creía que un feto, a las pocas semanas de gestación, fuera todavía un ser vivo; ni estaba de acuerdo con que nadie tuviera que asumir el embarazo, independientemente de sus circunstancias. Ella sabía que, si se tratara de su caso, sería refractaria a hacerlo. Sin embargo estaba convencida de que, ante cualquier duda, debería prevalecer la voluntad de la mujer.

Lo que más la sofocaba, en cambio, era no haber sido capaz de decírselo a la cara, en el momento oportuno, a Elenita Taylor.

Como Olga no daba abasto con el trabajo y las labores domésticas, apuntó a los niños al comedor de la escuela y, así, no solo evitaba tener que cocinar de lunes a viernes, sino que también se aseguraba un momento de paz, a la hora del almuerzo, para desconectar de todo. Ni Marga ni Celia cocinaban en sus casas; nunca lo habían hecho; pero Olga no quería contarlo en el Ayuntamiento porque pensaba que, si descubrían que los niños ya no dependían de ella para comer, dejaría de tener sentido el horario de su jornada. A veces picaba un sándwich o un poco de fruta con queso y se ponía a leer el periódico, o se iba a dar un paseo al dique, o se echaba un rato la siesta. Y esa duplicidad, ese cambio de criterio, le producía remordimientos: se preguntaba qué dirían de ella si llegaban a enterarse de su capricho; cómo una mujer viuda, con tres hijos, podía permitirse el lujo de querer tiempo para ella; si no estaba siendo demasiado egoísta. No obstante, la mayor parte de los días sentía un cansancio atroz y esperaba con ganas que llegara esa hora y media en la que poder estar completamente sola.

Cada vez que Celia u otro concejal proponían ir a tomar una cerveza a la salida del trabajo, Olga se justificaba diciendo que debía preparar la comida de los niños y la dejaban tranquila. Pero un día se enteró por Fernando de que los hijos de Antonio Rosas también estaban en el comedor, y ya no pudo seguir poniendo esa excusa. Le comentó de pasada a Celia que los suyos habían empezado a almorzar también en la escuela y agradeció que no le diera importancia; de hecho, Olga dudaba que le hubiese prestado atención, pues todos siguieron asumiendo que ella nunca se quedaría después de trabajar y no volvieron a decirle nada. De ahí que un martes de los que había pleno por la tarde y algunos concejales se quedaban a comer juntos para prepararlo, cuando Celia le preguntó directamente si le apetecía ir con ellos ahora que sus hijos estaban en el comedor, Olga no encontró ningún argumento y no supo cómo negarse.

Fueron en el Renault 18 de Antonio Rosas, ella sentada con Celia atrás y Marga junto al conductor, al restaurante que habían abierto en la parte alta, frente a la barriada en la que vivían los maestros. Si finalmente lograban abrir allí cerca el hospital, dijo Marga, seguramente construirían también una urbanización para los médicos en la otra parte de la colina. Era un día soleado y frío de noviembre, el olor de la hojarasca palpitaba en un hálito de invierno y, una vez en el comedor, Olga agradeció que se sentaran en la mesa más discreta, aislada por una mampara del resto del establecimiento. Durante el trayecto Marga no había parado de hablar de los planes que tenía para el pueblo, pero ella había permanecido en silencio: se había llevado todo el rato pendiente de si alguien la veía montada en aquel coche;

tratando de averiguar qué habría pensado Javier; deseando no encontrarse, cuando llegasen al bar, con ningún conocido que la juzgara. En cierto modo, se arrepentía de haber aceptado la propuesta; pero, por otro lado, tras preguntarse hasta qué punto ir a almorzar con la plana mayor del Ayuntamiento hubiera podido desconcertar a Javier, le gustó su propia volatilidad y se sintió más aliviada que culpable.

Durante la comida, Marga, Celia y Antonio siguieron charlando de la reforma del asfaltado y del cambio de titularidad de la luz y el agua, antes a cargo de la empresa. Luego pasaron a hablar de las asociaciones vecinales y, mientras los tres hacían continuas referencias a la modernización del país, Olga, que apenas los escuchaba, jugueteaba con las migajas de pan, acariciando la textura del mantel y fijándose en los detalles del restaurante recién estrenado. Le agradaba la suavidad de la tela blanca y las flores bordadas en las servilletas, pero ella habría pintado las paredes de un color más claro y hubiese elegido otro tono de madera para las mesas, más oscuro, acorde con las puertas. A veces, en el momento más inopinado, renacía en ella el amor por las cosas hermosas que la habían acompañado siempre: la horquilla con una diminuta orquídea de papel que había heredado de su abuela, los chales de cachemir que se ponía su madre en primavera, los cuadernos de tapas de hilo y los sobres de cartas que compraba cada año en Punta Umbría: el color sepia con el que se iban tiñendo las fotografías. De esa forma quería decorar el exterior, como la plasmación de cierto deleite que habitaba todavía dentro de ella.

–Al parecer, se opondrán a lo de las casas –oyó Olga que decía Antonio–. ¿Tú sabes algo? –le preguntó a Celia.

–Entra dentro de lo que podíamos esperar –dijo en cambio Marga–. Está claro que han optado por la confrontación en lugar del diálogo.

–No comprendo qué tiene que ver la venta de las viviendas con la readmisión de los mineros –dijo Antonio.

–Su razonamiento es fácil de entender –dijo Celia–. Aquellos que se hayan quedado en paro no tendrán para comprar su casa.

–Pero tú sabes que eso no es así –repuso Antonio–, que pronto podrán acogerse además a las prejubilaciones.

–Yo me limito a decir lo que he oído.

–¿Y estás de acuerdo?

–¿Quién? ¿Yo? ¿Cómo voy a estarlo?

Marga terció. Olga había observado que a Celia le incomodaba el tema. Y era evidente que su matrimonio con Pedro estaba en el centro. Nadie sabía muy bien por qué se habían separado, puesto que incluso los habían visto juntos después con el niño. Lo único cierto era que un

día Celia había cogido a Lucas y se había marchado a casa de Amparo. Pedro seguía viviendo en el domicilio familiar y ninguno de los dos había interpuesto la demanda de divorcio. Olga no se podía explicar que su ruptura, como decían en el Ayuntamiento, se debiera a las disputas políticas; le parecía absurdo. Y aunque nunca se había atrevido a preguntárselo a Celia, era consciente de que había quien creía que, a pesar de las habladurías sobre los devaneos de Celia, seguía habiendo algo entre ellos.

Antonio y Celia dejaron de discutir y comentaron lo rica que estaba la comida. Antonio era un hombre entrado en carnes, con bigote, jovial, que comía con apetito. Olga había pedido dorada a la plancha y seguía demorándose con las espinas. No regresó a la conversación hasta que escuchó de nuevo a Antonio decir:

–Que Comisiones se niegue a hablar de cualquier cosa hasta que no les den lo que piden para los regulados es la mejor muestra de su falta de perspectiva y de su obsesión por la mina. No ven que hay que diversificar la zona. Prefieren que todo siga igual, aunque todo haya cambiado. No comprenden lo que decía Javier.

–¿Javier? –se sobresaltó Olga.

–Sí, tu marido sabía que el cobre tiene los días contados y que había que buscar alternativas para la comarca.

A Olga se le demudó la cara. Siempre alerta a lo que pudieran decir de su esposo, no acababa de acostumbrarse a que mencionaran con naturalidad su nombre.

–No sabía que hubierais tenido tanto contacto.

–Tanto contacto, no. Solo coincidimos en alguna reunión del comité de empresa. Pero él fue el primero en darse cuenta de que no hay futuro para la mina.

Celia debió de comprender que la referencia a Javier violentaba de algún modo a Olga, porque le preguntó con la boca medio torcida:

–¿Vendrás a la manifestación del sábado?

–¿Qué manifestación? –dijo Olga, que aún seguía pensando en lo que había dicho Antonio.

–La del aborto. En Huelva.

–La convocan todas las asociaciones de mujeres de la provincia –añadió Marga.

–Pero coincidirá con... –empezó a decir Olga.

–La misa del obispo –se adelantó Celia–. Son ellos quienes la pusieron cuando se enteraron, no nosotras.

–Me parece que os estáis volviendo un poco locas con eso –dijo Antonio.

–Nadie ha pedido tu opinión –le contestó Celia.

–A ver, yo solo digo que…

–¿No has escuchado a Celia? –lo cortó también Marga, sonriendo.

–Madre mía, qué carácter… –Antonio abrió los brazos–. A ver si ya uno no va a poder decir nada…

–¿Vendrás entonces? –volvió a preguntar Celia.

–No creo que me sea posible –dijo Olga en tono embarazoso–. No tengo con quién dejar a los niños.

–Ya me imaginaba que no te interesaría. Pero si cambias de opinión, el autobús saldrá a las ocho del ayuntamiento.

Que no le interesaría por qué, pensó más tarde Olga, mientras hacía la cena y los niños se peleaban corriendo por la casa. Y por qué, ante ese tipo de asuntos, Celia la había tratado siempre de forma altanera. Estaba un poco aturdida y se preguntó si no sería más de lo que podía sobrellevar. De repente deseó que fuera de nuevo lunes a mediodía y pudiera quedarse un rato sola. Necesitaba que las cosas fueran más lentas y sencillas. Aunque había cambiado el origen de su agitación, el nerviosismo persistía en ella. Pero no quería convertirse en una mujer permanentemente estresada. No quería parecerse a Celia. Debía evitar que ese torbellino, ese sonido de cigarras que le zumbaba en la cabeza, le impidiera recuperar el encanto de los días. Acababa de poner a hervir las habichuelas cuando llamaron a la puerta. Los niños seguían discutiendo y fue a abrir ella.

–Perdona que te moleste a estas horas.

–Para nada –exclamó Olga secándose las manos en el delantal–. Entra.

–No me paro –la retuvo Adela en el descansillo–. Solo vengo a pedirte un favor.

–¿Qué pasa?

–No, nada. Es que me he comprometido a ir a una misa que da el obispo mañana en Huelva y me quedaría más tranquila si pudieras quedarte con Pablo.

–¿Tú también estás metida en eso?

–¡No! A mí me da igual. Lo que ocurre es que se lo prometí a Margarita Walker y ahora me da cosa negarme. Como la pobre está tan mayor, cuenta conmigo para que la acompañe. Un aburrimiento. Pero ya me lo ha recordado tres veces y me da apuro decirle que no, tú sabes.

–¿Y Eduardo? –Y como viera que Adela bajaba la vista, Olga añadió–: No es que yo no quiera quedarme con Pablo… Además ellos ya son mayores y se portan bien…

–Eduardo está cada día más raro –dijo Adela–. No sé qué le pasa. Se lleva todo el día en su despacho. Y, entre tú y yo –se acercó para susurrarle–, ha empezado a beber más de la cuenta.

Olga pensó que ella nunca le había hablado a Adela así. Ni por asomo se le hubiera ocurrido contarle a nadie cómo a veces Javier se sentaba a la mesa completamente ausente y se acostaba como si la vida, o quizás su matrimonio, lo desbordasen con una carga insoportable. Era algo que los dos habían admitido tácitamente, como si fuera una transacción, y que jamás habrían dejado traslucir ni ante su familia ni ante sus amistades. Olga soportaba sus repentinos cambios de humor y él aguantaba la importancia que ella siempre le dio a vivir en el mismo barrio que sus padres, la decoración de la casa, las vacaciones en Punta Umbría, sus vestidos, las dudas con la ropa de los niños... Javier sabía actuar para que no se le notase y ella le cubría las espaldas delante de la gente.

–No te preocupes –le dijo a Adela tomándole una mano–. Seguro que solo es una mala racha. Dile a Pablete que se venga y haré los macarrones como a él le gustan.

–Solo será durante el día, yo estaré de vuelta por la tarde.

–El tiempo que haga falta.

–¿Y no crees que a Fernando...?

–Ya hablaré yo con él. Todo irá estupendamente.

Para cuando Adela se marchó, los niños habían dejado de pelearse y estaban viendo la tele en pijama, esperando la cena, por lo que Olga ya no se pudo duchar hasta que se hubieron acostado. Mientras sentía el agua caer templada sobre su cuerpo, volvió a pensar en Javier, en sus silencios y su mirada desvalida. Su madre fue la única a la que no pudo engañar. Una vez que acudió ella sola a almorzar a casa de sus padres con Fernando y Pachi, estando embarazada de Íñigo, y justificó la ausencia de Javier por un resfriado, le soltó con majestuosidad: «No es bueno que un hombre se ensimisme. Tu padre, por ejemplo, jamás se ha preocupado por su interior». Pero hubo una época en que Javier empezó a saber cómo controlarse y, siguiendo el tratamiento del psiquiatra al que accedió a ir en Sevilla bajo la condición de que lo mantuvieran en secreto, aprendió a salir de cada bache con más brío. Entonces iban a almorzar por ahí sin planes previos, o se iban los fines de semana de viaje, o él se llevaba a los niños a practicar deporte o de excursión y ella los oía reírse a los lejos.

De hecho, estaba mejor cuando todo se le derrumbó de repente. O al menos fue la vez que a ella la cogió más de improviso. Olga siguió recordándolo, al salir de la ducha y detenerse a la altura del espejo del dormitorio. Había dejado el camisón de dormir sobre la cómoda y,

cuando se despojó de la toalla con la que se envolvía, se giró para contemplarse. Pese a los tres embarazos y el leve reblandecimiento, preservaba el vientre plano y los senos tersos. Las piernas, ligeramente arqueadas, continuaban siendo esbeltas. Cruzó los brazos en diagonal hasta tocarse las clavículas y recordó cuánto le gustaba a Javier acariciar sus hombros, recorrer con las manos sus antebrazos largos y delgados. En ocasiones, si cerraba los ojos, seguía sintiéndolo acercarse por detrás, hundiendo la boca en su pelo, volviéndola con suavidad y tendiéndose lentamente sobre ella.

Olga habló con Fernando para preparar la llegada de Pablo. Después de lo que ocurrió en verano, los dos niños apenas habían coincidido y, las veces que lo hicieron, se habían ignorado. Olga intentó calibrar hasta dónde llegaría la preocupación de Adela, que siempre había sido tan perceptiva cuando se trataba de proteger a su hijo ante lo que fuera. Al principio Fernando se resistió, y Olga acabó rogándole que le diese una segunda oportunidad a Pablo.

–¿Después de lo que dijo sobre papá? –replicó desconcertado.

–Ya te he dicho que todo se debió a un malentendido.

Lo último que quería Olga era que Fernando volviese a desconfiar de ella.

–Claro, por eso se tuvo que ir Clara y tú empezaste a trabajar, ¿no?

Olga se dio cuenta de que, aunque no hubiera sido su intención, ya no podía engañar a Fernando. También se apercibió de que, sin todos los datos a su alcance, su hijo había interpretado lo sucedido de una forma distinta a lo que realmente había ocurrido; y le sorprendió que, en su lista de agravios, aún incluyera a Clara y su trabajo.

–Debes tener paciencia. Todo se arreglará y lo comprenderás tarde o temprano.

–Cuándo –le replicó sin entonación Fernando, y ella no supo qué responder exactamente.

Sin embargo, el sábado por la mañana, Fernando hizo un esfuerzo por comportarse. En cuanto llegó Pablo le tendió la mano y, con un gesto esquivo por parte de Fernando, parecieron sellar la paz o algo parecido a una tregua. Olga advirtió que el hijo de su amiga había mirado al suyo de una forma implorante que sugería una clara voluntad de pedir perdón. Y aunque al principio siguieron estando cohibidos, rápidamente empezaron a tratarse con la misma confianza de antaño. Olga los escuchaba desde la cocina, mientras ellos veían la tele en el salón. Luego subieron un rato al cuarto de Fernando y Olga no dejó de estar alerta, por si oía algo que la requiriese; pero cuando

bajaron los dos a la hora de almorzar, actuaron como los amigos que habían sido siempre, y ella no percibió nada raro en su hijo.

Después de comer se pusieron una película en el vídeo y todo fue bien hasta que sonó el timbre.

–¿Está aquí? –dijo Eduardo, cariacontecido.

–Sí, claro –se asustó Olga–. Por supuesto, pasa. –Y al acercarse para abrirle la mosquitera, le vino olor a alcohol, no sabía si a coñac o whisky, puesto que nunca había sido capaz de diferenciarlo.

–No, no… Dile por favor que nos vamos a casa.

–Pero ¿Adela no te dijo que vendría a almorzar y se quedaría hasta que regresase ella?

–¿Adela? –Eduardo se quedó un instante mirándola fijamente–. No –volvió en sí–. Solo me dijo que pasaría el día fuera, con Margarita Walker. Pero no me dijo nada del niño.

–Seguro que sí. A lo mejor lo has olvidado.

–Lo he estado buscando por todas partes.

–Anda, pasa. ¿Has almorzado?

Olga trató de sonar despreocupada y amistosa pero volvió a sentir que, si bien su relación con Eduardo nunca había sido fluida, aún lo era menos ahora.

–No, de verdad, gracias. Solo me gustaría irme a casa.

–Pues vete tranquilo. Pablete está muy bien aquí. Se acaban de poner una película.

–¿Él ha comido ya?

–Claro. –Y volviéndose hacia el interior de la casa, Olga elevó la voz–: ¡Pablo, ven, cariño! ¡Está aquí tu padre!

El niño apareció serio, sin atreverse a avanzar pero tampoco a no hacerlo. Procuraba evitar mirar a su padre, y Olga se fijó en que Eduardo también desviaba la mirada constantemente.

–Venga, vamos –dijo en un tono neutro.

Olga los miró a los dos.

–¿Por qué no hacemos una cosa? –propuso de la manera más desenvuelta que pudo–. ¿Por qué no dejamos que sea él quien decida?

Eduardo la escrutó confundido.

–Pablete, corazón, ¿quieres quedarte a ver la película y a jugar con Fernando hasta que venga tu madre o prefieres irte con tu padre a casa?

El niño no levantaba la vista del suelo y Olga observó que apretaba el puño cerrado de la mano derecha mientras se lo frotaba contra el pantalón por detrás, con fuerza. Fernando y Pachi habían salido a ver qué pasaba y se habían situado cada uno a un lado de Pablo. Eduardo no decía nada, solo miraba por intervalos a su hijo.

–Preferiría quedarme –dijo Pablo de forma casi inaudible.

–Pues hacemos eso, ¿no? –dijo Olga impostando una voz animosa–. Cuando venga Adela, que venga ella a recogerlo, ¿te parece?

Eduardo no contestó nada; se dio media vuelta y, con paso errático, enfiló el camino de su casa. El niño miró por un instante a Olga y después se volvió al salón con Fernando y Pachi. Olga se quedó cavilando un rato: nunca había visto al hijo de Adela así, con esos ojos de indefensión y de súplica. Luego cerró la puerta y pensó que quizás debería haberle preguntado a Eduardo si todo iba bien y ofrecerse por si necesitaba ayuda.

A eso de las siete llegó Adela. Venía muy alterada, como si llevara prisa. No paraba de decir que el día había sido un incordio, todo el tiempo rodeada de beatas, con Margarita Walker colgada del brazo.

–Mira que a mí me gusta salir a la calle, pues no veía el momento de que nos volviésemos a casa.

Pero lo peor había sido cuando, en plena misa, se les acercó un grupo de feministas y empezaron a increpar al obispo y a gritarles que ellos eran los verdaderos asesinos.

–No eran muchas –agregó–. Se comprende que la manifestación habría terminado y, como esas exaltadas tenían ganas de bronca, se acercaron a pagarla con nosotros. Pero te digo yo que si en eso consiste la igualdad entre el hombre y la mujer... Qué mal gusto, qué vulgares... Por cierto, ¿qué quiere decir esto? –Adela hizo una especie de triángulo con las manos y se giró para que no la vieran los niños.

Olga se encogió de hombros, enrojeció y, con un gesto interrogante, señaló con la mirada hacia abajo.

–Es lo que yo me figuraba, pero no estaba segura. Como lo hacían con tanta vehemencia... –y dirigiendo la mirada a donde se encontraba Pablo, Adela añadió–: Y por aquí, ¿qué tal todo?

–Pues muy bien. Ya te habrá dicho Eduardo que se quiso quedar más tiempo después de comer.

–¿Eduardo?

–¿No has hablado con él?

–He venido directamente, aún no he parado por casa.

–Ah –exclamó Olga, intentando restar importancia al equívoco.

–¿Qué ha pasado?

–Nada. Se presentó después de almorzar y quiso llevarse a Pablo.

–Pero si le dejé una nota en la cocina.

–Al parecer, no la leyó.

–¿Y por qué no dejaste que se lo llevara? –dijo Adela con una

sonrisa de incomprensión, contrariada.

–¿Cómo que no dejé…? –repuso Olga con la misma sonrisa artificial de su amiga–. Pensé que era lo que tú querías. El niño no parecía tener muchas ganas. Y como me habías dicho que Eduardo…

–Pero él es su padre. Creo que no tendrías que haber impedido que se lo llevara.

–Yo no impedí nada, solo le pregunté a Pablo si quería quedarse.

–¿Le preguntaste a Pablete si quería quedarse delante de su padre?

–Sí, no pensé que sería tan grave.

–Pero ¿no te das cuenta de que así lo desautorizaste?

–¿Que lo desautoricé? ¿A quién?

–¿A quién va a ser? –chascó para evidenciar que era una pregunta ridícula–. ¡A Eduardo!

–De verdad, Adela. No creo…

–No debiste entrometerte –la interrumpió cortante.

–Pensé que era lo que tú querías. Lo siento. No podía imaginarme que tu opinión sería justo la contraria.

Olga notó cómo Adela se agitaba; se fijó en que le temblaban las manos y la miraba como si hubiese hecho algo terrible.

–Eduardo está pasando por un momento muy difícil –dijo Adela después de un instante de silencio–. Y lo mejor es no contradecirle.

–Te prometo que yo no… –intentó replicar Olga.

–Lo que ocurra en casa es asunto nuestro –la interrumpió de nuevo Adela, con tono severo–. Así que te rogaría que no preguntases. Yo jamás me inmiscuí en tus cosas con Javier.

Olga no sabía cómo frenar su estupor. ¿A qué se refería con eso?

–En ningún momento mi intención…

–Está bien –volvió a cortarla Adela–. Olvidémoslo –dijo sin mirarla. Y alargando el cuello en dirección a donde se encontraban los niños, llamó–: ¡Pablo, Pablete, nos vamos a casa!

Cuando el niño se acercó, Olga le tendió el abrigo y Adela lo cogió por los hombros.

–¿Has estado bien? –le preguntó Olga.

Pablo se giró primero para mirar a su madre, y luego asintió con la cabeza. Fernando y Pachi lo habían acompañado a la puerta y parecían expectantes.

–Deberías venir más veces –dijo Fernando en voz baja, de manera insegura y entrecortada.

Ya se marchaban cuando Adela se volvió de repente.

–Ah, se me olvidaba –añadió sujetando a su hijo–. Margarita Walker quiere que vayas mañana a su casa a tomar el té. Me insistió en que te dijera que era importante. Yo podría quedarme con los

niños.

–No te preocupes –respondió Olga–, no hará falta. Si decido ir, Fernando cuidará de sus hermanos. Gracias.

10

Al día siguiente, poco antes de que dieran las cuatro y media, Olga fue a tomar el té a casa de Margarita Walker. La luz era tibia y, aunque cada día oscurecía más temprano, aún cubría con un barniz otoñal la hiedra, el ficus benjamín y las adelfas. Olga se detuvo antes de seguir y se quedó un instante quieta, contemplando la fachada de su casa. En su calle había viviendas pareadas, con las ventanas y las puertas verde carruaje encuadradas por recercados amarillos, pero también casas individuales como la suya, frente a las pistas de tenis. Las miró como si no las hubiera visto nunca, y entonces le vinieron de golpe los años allí transcurridos, con todas sus reminiscencias y toda su fuerza, y pensó en el tiempo y que cada cosa conocida tendía a desaparecer, inexorablemente. Su mundo había tomado vida en aquellas casas, en aquellas canchas de tenis, en el club con la piscina, la capilla presbiteriana, los eucaliptos y los cipreses. Y con ese todo se fundían su infancia y adolescencia pero también su madurez, cada uno de los vestidos que había tenido y los zapatos de charol que se ponía de niña, los cuellos almidonados y la cajita de música, las rebecas de punto y el cielo azul, con sus nubes acarminadas. ¿Por qué, al pasar los años, todo había adquirido un cariz de vida falsa y ajena, tan distinta a la que había soñado cuando era pequeña? Las viviendas unifamiliares eran las más grandes de Bellavista, por lo que su precio de venta sería el más elevado. El techo a dos aguas coronaba el ventanuco de la buhardilla, flanqueado por las dos chimeneas de ladrillo: la del salón y la que antiguamente conectaba con la cocina. El tono beis de la parte delantera ofrecía un suave matiz al lila de las hortensias y, antes de continuar, Olga retiró algunas hojas secas que quedaban en los rosales de pitiminí.

Ese había sido su sitio, continuó diciéndose cuando enfiló la callejuela contigua, alumbrada ya por el naranja de la farola. Allí había sido feliz. Y le costaba aceptar que una reglamentación del Ayuntamiento acabase con la existencia apacible que habían tratado de preservar sus padres. Con su aversión por las situaciones inconvenientes, ellos intentaron mantener a sus hijas alejadas de lo malo y de lo feo. ¿Acaso era eso criticable? ¿No debía ser más bien

motivo de orgullo? El privilegio de haber sido la causa que acrecentaba la ternura de su padre. La razón heredada de la indiferencia familiar respecto a las consideraciones sórdidas. Incluso daba igual que las apariencias velaran otra vida si era ocultada con elegancia, porque hasta la mentira podía ser distinguida. Pero el haber tenido a sus padres como referencia de modo tan evidente había agrandado la brecha que la separaba de Javier, esa parte en la que siempre fueron distintos.

Como hacía tan buena tarde, en lugar de enfilar la calle de Margarita Walker, Olga rodeó el laberinto de setos donde jugaba de niña y ahora lo hacían sus hijos, y fue paseando tranquilamente por el lado en el que se encontraban las caballerizas de los ingleses, con el emblema de la Rio Tinto Company Limited en el frontispicio. Al darle la vuelta a la glorieta pasó por la casa en la que nació, antes de que a su padre le dieran la vivienda principal de la calle en la que se situaba la que también le facilitó la empresa a Javier, y donde ella había vivido desde entonces. Iba tan absorta que no vio a Amparo.

–Siempre fuiste un poco despistada, pero una cosa es ir distraída y otra arrollar a alguien.

–Disculpe –rio Olga–, perdóneme... ¿De dónde sale?

–De casa de Elenita Taylor. ¿No oyes las campanas?

Olga miró hacia arriba, a un lado y otro, como si la sobrevolara un pájaro.

–Llevo todo el día arreglándola a ella y a la novia –dijo Amparo–. No querían que me quedara para verla salir, pero yo me he quedado. Ya se han ido. Iba preciosa. Me refiero a la novia, porque lo que es la madre, ni aunque hubiese hecho un milagro. No han tenido el detalle de llevarme a casa. Y eso que vivo casi en la misma iglesia. No digo yo que en el coche de la novia, pero sí en el otro, ¿verdad?, donde iba Elenita maquillada como un fantoche y en el que había espacio de sobra. Cuando yo vi que se iban sin decirme nada, si me hubieran pinchado, no me habría salido sangre de las venas. Igualito que tu madre, que siempre se preocupaba de que alguien me llevase. La madre de Elenita en cambio era igual de boba que la hija y, por lo poco que he podido ver, que la nieta. Me he acabado acordando de la Otilita, que en gloria esté. Porque para mí siempre fue la Otilita, no doña Otilia. Cuando nadie daba un duro por ella, acabó casándose con míster Taylor, que era más estirado que una escoba. De joven teníamos la misma reunión y, una vez que se casó, como si hubiese entrado en la *jet set*. Tendrías que haber visto lo beata que era antes. Muchas tardes salía de la novena y metía la cabeza por la ventana de lo que luego fue la peluquería, con la mantilla y el velito negro por

encima, y daba el parte de lo que había tocado ese día. «¡Hoy han contado lo del cautiverio de Babilonia!», gritaba muy fuerte, y a veces nos asustaba. En el fondo lo único que quería era ver si estaba mi hermano, que le hacía tilín por esa época. Pero la pobre era tan santurrona que mi Celestino no le hacía caso. Cuando venía de visita se sentaba siempre en el borde de la silla, más recta que una vela, yo no sé cómo no se caía, y a mí se me quedó eso y, cada vez que veía a una clienta de la peluquería así, le decía que se sentaba más derecha que la Otilita. Quién diría que acabaría casándose con un inglés y viviendo en Bellavista...

Olga hizo un ademán de mirar la hora pero se retuvo.

–En la peluquería se escuchan muchas tonterías, y una se acaba enterando de lo que quiere y de lo que no. El otro día, por ejemplo, tuve que mandar callar a la Aurorita esa que trabajaba contigo en el economato.

–¿Ah, sí?

–Porque no me gustó lo que comentó de ti.

–Vaya, ¿y qué fue lo que dijo?

–Que te habían echado del almacén por soliviantar a las empleadas, ya ves, como si la pamplinosa supiera qué significa eso y yo no conociera la verdad por mi Celia, vamos. Que te habías enfrentado a la encargada y que le habías hablado con muy poco respeto. Pero yo no la dejé seguir. Entonces se puso a protestar y a decir que tú siempre las habías mirado por encima del hombro y que eras una altiva y que yo te protegía porque eras amiga de mi hija y que por eso Celia te había enchufado en el Ayuntamiento.

–¿Y todo eso debió oír usted? –respondió Olga forzando la sonrisa.

–Eso, y más cosas que no te cuento porque no te quiero herir. Las mujeres entran en la peluquería y se convierten en víboras. Pero cuando se empiezan a sobrepasar, yo les llamo la atención y les paro los pies.

–Menos mal.

–Claro que sí, y tú ¿adónde vas? Yo te hacía en la boda.

–No me han invitado. De hecho, no sabía ni que se casaba Piluca; todavía es muy joven. Iba a casa de Margarita Walker.

–Madre del amor hermoso... ¿Y a ella tampoco la han invitado?

–No lo sé.

–Pues que te sea leve.

–Me espera para tomar el té. Si no, la acercaba en un momento con el coche.

–No te preocupes, hija. Lo tuyo es peor. Hay que tener mucha paciencia para aguantar a esa alcahueta. A saber qué querrá. Tu

madre siempre decía que doña Margarita Walker tenía más información que la secreta (aunque aquí en Riotinto la secreta ni fue secreta ni nada, porque todos sabíamos que eran Ramírez y Gutiérrez cuando se escondían detrás de las columnas de la iglesia). Las de Bellavista siempre han sido un poco así: de celofán por fuera y venenosas por dentro, frías como el *tímpano*.

Olga pensó que era una definición muy acertada de su madre. Sin embargo, como si le hubiera leído el pensamiento, Amparo añadió:

–Ni tu madre ni tú habéis cumplido con el patrón, pero la mayoría sigue cortada por la misma tijera.

–Una ya no está para esos trotes –dijo Margarita Walker, recolocando el bastón y acomodándose en su sillón de orejas–. Vinieron madre e hija a traerme la invitación, pero yo les expliqué que apenas puedo valerme por mí misma.

–Si está usted estupendamente. –Olga procuró que no se le notara que había reparado en los pocos pelos que le quedaban en la cabeza, encrespados, que le daban un aire de gallina clueca–. A mí, en cambio, ni se me ha permitido la posibilidad de no acudir –añadió con tono irónico.

–No solo a ti, querida. Elenita Taylor anda trifulcada con medio Bellavista. Complejos de inferioridad, supongo. Al parecer, tampoco ha invitado a Adela.

A Olga la había conducido al salón la criada, a la que Margarita Walker aún obligaba a llevar uniforme y cofia. Ocupó asiento donde se le indicó, enfrente de la anciana. Miró en torno y reconoció el mismo tipo de detalles que había en casa de su madre: los juegos de porcelana, las figuritas, las cortinas de damasco: los cojines blasonados por algún escudo heráldico o de la Marina británica.

–Te echamos de menos en Huelva.

–No pude ir. No tenía con quién dejar a los niños.

–Es una buena excusa. Lo pasamos bien. Estuvimos hablando de ti.

–Espero que no me criticaran mucho.

La criada había servido el té en una bandejita de plata y Olga se quemó los labios al probarlo. Lo habían hervido con canela y cáscara de naranja.

–Le dije a Adela que no me parecía bien la medida cautelar que el club ha adoptado contigo. Adela, en cambio, opinaba que es lógica. Yo no estoy de acuerdo. No solo vulnera la presunción de inocencia; también resulta extemporánea e injusta por otros motivos.

Olga había olvidado cómo Margarita Walker, a diferencia de otras

señoras acostumbradas a los rodeos, iba directa al grano. Se quedó mirando la foto familiar con marco dorado que estaba sobre la repisa más cercana, donde aparecía con su esposo y sus dos hijos. Tras soplar con discreción el té, dio otro sorbito de la taza.

–Dada la ascendencia de tu familia en el club, tendrían que haber dictaminado lo contrario –prosiguió Margarita Walker, que no había probado todavía el suyo–. Otorgar, al menos, el beneficio de la duda. Por deferencia. Sin embargo, me parece que fue el marido de Adela quien se empeñó en que fuera de ese modo.

–¿Eduardo?

–Primero se lo adiviné a Adela, una vez que estuvo aquí después de la junta de socios. Y luego me lo confirmó Rafaelito Áriz.

–Pero eso no es posible.

–Yo me quedé tan sorprendida como tú. Pensé que erais amigos.

–Siempre lo hemos sido.

–Pues con amigos así no necesitas enemigos, querida. Dicen que Eduardo fue también en su día el más interesado en que se confirmara la apropiación indebida de tu marido.

–Eso es absurdo. –A Olga se le cruzó la imagen de Fernando llorando en la playa–. Él sabe mejor que nadie que Javier fue inocente. No hubo ninguna prueba que lo incriminase en el desfalco y, aun así, mi marido repuso con su patrimonio los vacíos que hubieran podido imputarle.

–Sin embargo, en un primer momento se estimó lo contrario.

Margarita Walker seguía sin tocar su taza de té. Olga derramó un poco al ponerlo de nuevo sobre el plato.

–Sí, pero no pudo demostrarse nada.

–No me negarás que, al menos, resultó un poco extraño.

–Javier ni malgastó ni se llevó una peseta de la empresa.

–Me refiero a cómo puso su dinero a disposición de la compañía. Si tan seguro estaba de que era inocente, ¿por qué lo hizo? ¿No pensó que, de esa forma, podría haber quien lo interpretase como una asunción de culpa?

–¡No! Él estaba convencido de que, tarde o temprano, se descubriría todo y acabarían devolviéndoselo.

–¿De verdad tenías un marido tan ingenuo?

A Olga le molestó que Margarita se refiriera a Javier de esa forma.

–Él siempre iba por delante. Y la simple posibilidad de que en su área de competencias se hubiese cometido un delito le bastó para asumirlo. Por vergüenza. Decía que si alguien de su confianza había robado, era como si lo hubiera hecho él mismo.

–Es curioso... Ahora, por lo visto, lo están removiendo.

La criada apareció con una jarrita de leche y vertió una pizca en la taza de su señora. Entonces sonó un barreno y, tras la vibración de los cristales, Margarita Walker le hizo un gesto a la chica para que retirara la bandeja con el azucarero.

–Siempre es una buena noticia que se trabaje los domingos –dijo probando al fin su té–. Últimamente creo que ya no se hacía. En cuanto a tu marido, no es el primer caso de malversación que se ha dado en la empresa. Es una situación recurrente. La mayoría de las veces se trata de rivalidades personales, de envidias y cosas por el estilo. Y casi siempre se resuelven de manera discreta, llegando a un acuerdo privado. Eso quizás explique mejor que tu marido quisiera adelantarse.

–Ya le he dicho que no tuvo nada que ver con el agujero contable. Y que si accedió a cubrirlo con su dinero fue por responsabilidad y para ganar tiempo.

Al decir esto, a Olga se le quebró la voz y tuvo que hacer un esfuerzo para que no le afloraran las lágrimas. Sentía que la rabia le apretaba la garganta. ¿Qué hacía ella allí, dándole explicaciones a Margarita Walker?

–Y, sin embargo, no pudo hacerlo –dijo esta.

–¿A qué se refiere?

–A probar su inocencia.

–No, pero le repito que algún día se demostrará que las acusaciones que recayeron sobre él fueron falsas.

–Así lo creo yo también. De hecho, estoy convencida de que se trata de un montaje, como me parece que has estado a punto de insinuar pero no te has atrevido. Por eso creo que deberías arreglarlo. Por eso, y porque creo que las dos intuimos quién puede estar detrás de ese movimiento.

–¿Está usted diciendo que debería hablar con Eduardo? –Olga se notaba la cara ardiendo.

–No tengo una certeza absoluta –la cortó Margarita Walker–. Como imagino que tú tampoco. Por lo que preferiría no dar nombres.

–No puedo creerlo.

Margarita Walker se incorporó sin levantarse del sillón y giró la taza en el plato. Olga comprobó que el motivo por el que le había parecido tan baja el día que la vio del brazo de Adela en la Avenida era la joroba creciente que estaba acortando su estatura. Pero si tan bien seguía llevándose con Adela, ¿por qué la había citado para decirle eso de Eduardo? Con el pelo tieso y empegado de laca, Margarita Walker parecía que llevaba puesta una peluca barata. Olga respiró hondo y trató de serenarse.

–Aunque también pudiera ser que estuviese equivocada. Prueba las pastas. Sobre tu padre recayó una acusación parecida cuando tú eras pequeña. Pero en su caso se debió a un asunto de celos, ya sabes cómo era... Un lío de faldas, si mal no recuerdo.

Olga se disponía a coger una pasta de la bandeja y se detuvo al escuchar aquello. Si bien siempre había tenido sospechas, desconocía a qué se refería Margarita Walker. Solo le sobrevino la imagen de su padre sacándola de Dirección, mirando a uno y otro lado; y una noche que ella lo sorprendió llegando tarde a casa, sin corbata.

–¿Qué trata de decirme?

La anciana se la quedó mirando un buen rato. Tenía los ojos saltones; la frente, espaciosa, agrandada por el cardado raquítico y elevado. Las arrugas eran tan pronunciadas que ni siquiera podían difuminarse tras la gruesa capa de maquillaje mal dispuesto. Con una mano temblorosa se tocó el collar de perlas. Los ojos, en cambio, la observaban de una manera lúcida, vivaces. De repente dijo:

–Lo que me extraña es que, tal y como se pusieron las cosas, la empresa no te retirara la titularidad de la casa.

Olga le sostuvo la mirada.

–Doña Margarita –se atrevió a decir–, si no le importa, creo que debería marcharme.

–Claro que me importa. Aún no has probado las pastas ni yo te he preguntado lo que quería preguntarte.

En Bellavista era famosa la rivalidad entre Margarita Walker y su madre, recordó Olga. Sus enfrentamientos verbales se repetían después en los corrillos de las señoras durante meses. Sin embargo, ellas se respetaban. A su madre le divertía discutir con Margarita Walker, sobre todo en público, e incapaz de revocar su principio de no retractarse de nada ni dar protagonismo en forma de atención a nadie, tampoco impidió a Olga que acudiera por las tardes al taller de bordado que montó Margarita Walker en el club cuando enviudó y sus hijos se fueron a vivir lejos de Riotinto. Desde entonces, Olga le guardaba un aprecio inconcreto que no sabía deslindar de la lástima y el aborrecimiento.

–Me han dicho que van a sacar en breve la normativa para que la empresa ponga en venta sus viviendas –dijo Margarita Walker–. Y que será una bicoca.

–No lo sé, en realidad yo no tengo más información que lo que usted ya conoce –sonrió Olga.

–Sin embargo, estoy convencida de que algo sabrás sobre cuándo se publicará la ordenanza y en qué condiciones podremos adquirir nuestras casas.

–Ya le he dicho que no sé más que usted. La orden saldrá próximamente y no creo que quienes vivan en Bellavista tengan problemas para comprar sus viviendas.

–Eso ya me lo imaginaba, pero ¿crees que será posible que alguien esté en condiciones de optar a la propiedad de más de una?

–¿Cómo dice?

–Si te paras a pensarlo desde el punto de vista de la empresa, en el fondo se trata de una expropiación forzosa. Lo único es que, en lugar de quedarse con la propiedad el Estado, se la ofrece a un módico precio al pueblo, en un acto de esa especie de Robin Hood que por desgracia lleva mi mismo nombre. Y digo yo que, de alguna manera, deberíamos evitar que nos quitaran lo que siempre ha sido nuestro. ¿No estás de acuerdo?

–No logro seguirla, perdóneme.

–Me refiero a que si alguien en Bellavista no pudiera adquirir su vivienda en las condiciones impuestas por el Ayuntamiento... –dejó la frase en suspenso.

Olga aguardó hasta que doña Margarita prosiguió:

–... debería haber una acción preferencial para que otros la comprásemos y evitáramos así la invasión de los bárbaros.

–¿Lo dice usted por mi caso?

–No, no... Lo digo en general. Por si pudieras hablar con el concejal de urbanismo o con la alcaldesa, ya que son amigos tuyos...

Olga arqueó las cejas.

–De esa forma, si tú no pudieses afrontar la compraventa, como sugieres, yo podría adquirir la titularidad de tu casa y ofrecértela en régimen de alquiler, por ejemplo. No creo que a nadie le guste tener a la chusma como vecinos.

Margarita Walker esperó una respuesta mientras contemplaba sonriente a Olga, sin parpadear, con sus ojos de batracio. Olga advirtió que el té de la anciana seguía casi intacto, se levantó y, sin tan siquiera mirarla, abandonó el salón con paso firme. Pero fuera ya había oscurecido, y solo la tamizada luz de las farolas, dulce y reparadoramente cálida, fue capaz de señalarle el camino de vuelta a casa.

Estaba harta de insinuaciones. Aún no había encontrado el momento para discutir con Rafael su expulsión del club, ni tampoco para hablar sinceramente con Adela, pero debía hacerlo. Porque ¿a qué venía ahora aquello?, ¿para qué sacaban lo de Javier de nuevo? ¿No debería contratar a un abogado que dejase de una vez el nombre de su marido

limpio? El lunes pasó la mañana con la cabeza ida, pensando de manera recurrente en lo que le habían sugerido. Tenía que preguntarle a Antonio Rosas por los detalles del proceso de las viviendas, pero no para complacer el interés de Margarita Walker, sino para averiguar si se podía permitir o no comprar su casa. Estuvo toda la jornada muy alterada. Por eso, cuando se le acercó Marga, creyó que había cometido un error o que su nerviosismo resultaba ostensible.

–Hay novedades que me gustaría comentar contigo.

–Tú dirás –respondió Olga sin dominar su desconcierto.

–El Gobierno ha sacado una ley que impide a los Ayuntamientos contratar por cuenta ajena al personal administrativo, que pronto pasará a ser funcionario.

–¿Funcionario? –trató de comprender Olga–. Pero eso requeriría...

–Una oposición –se le adelantó Marga–. Sin embargo, mientras se convoca y el nuevo régimen entra en vigor, a los administrativos actuales se les contará el tiempo efectivo de trabajo.

–¿Como si fuéramos interinos?

–Exactamente. El tiempo que hayáis trabajado os puntuará en el concurso de la oposición y os pondrá por delante de los aspirantes de nuevo ingreso.

–¿Y mientras?

–Mientras, seguirás trabajando como hasta ahora y, cuando salga el temario, tendrás que ponerte a estudiar. –Marga le dirigió una mirada comprensiva–. En caso de que quieras conservar tu puesto, claro.

–Por supuesto que quiero... Pero no sé si, cuando llegue el momento, seré capaz de ponerme, como dices.

–Confío plenamente en tu capacidad. He visto a poca gente tan resolutiva como tú. De hecho, me parece que esto se te está quedando pequeño.

–Con el trabajo, la casa y los niños, no sé de dónde sacaré el tiempo.

–Ya encontrarás la manera. No creo que, para ti, esas oposiciones sean difíciles. –Y tras un instante de silencio, Marga agregó–: Se trata de una reforma integral de la función pública, teniendo en cuenta la nueva administración autonómica. Junto a las oposiciones para los Ayuntamientos, saldrán además las de la Junta de Andalucía. Aunque no quisiera perderte bajo ningún concepto, tampoco me gustaría que te enterases por otro sitio. Y nosotros no estaremos aquí eternamente. En las regionales imagino que, con el tiempo, podrás ir ascendiendo de categoría e incluso cambiar de centro de trabajo. No creo que los temarios sean muy distintos.

Olga guardó silencio y, con pudor, le devolvió la sonrisa que le había dirigido Marga.

–Cambiando de tema –dijo la alcaldesa–, quisiera pedirte algo.

En un principio no quiso ir, pero tampoco pudo negarse. Mientras se maquillaba, escuchó cómo Pachi le explicaba a Íñigo la diferencia que había entre un zombi y un muerto viviente: desde que había visto por televisión el nuevo videoclip de Michael Jackson, se llevaba todo el día andando por la casa como un espectro, asustando a su hermano pequeño, doblándose los párpados hacia atrás e inclinándose como si fuera una tabla sujeta al suelo por un soporte elástico. Olga le había dicho a Marga que, al no pertenecer al consistorio, su presencia no le parecía adecuada. Pero Marga respondió que, tratándose de una recepción de altos cargos de la empresa por el día de Santa Bárbara, y al estar previsto el anuncio de la apertura del plazo para la venta de las casas, no había nadie que se manejase mejor que ella en una situación de tal calibre. Si no como una invitación, insistió Marga, debía tomárselo como un favor personal que ella le pedía de forma encarecida.

«No creo que mi caso particular ayude precisamente», le dijo Olga.

«Quién sabe», repuso Marga, «a lo mejor incluso acaba resultando beneficioso para ambas partes».

¿Qué había querido decir con eso? A Olga, que se preguntaba si Marga estaría al tanto de algo que a ella se le escapaba, pese a la gratitud que le guardaba, no le gustó aquella ligereza, la forma despreocupada de confundir planos con la que le había hecho la propuesta. Además, aunque a la larga fuera inevitable, no quería encontrarse con Eduardo, que casi con toda seguridad acudiría a la recepción en el ayuntamiento. Sin embargo, cuando se vio en medio del salón de actos, del que habían retirado los asientos para convertirlo en una sala de banquetes, se dio cuenta de que no le costaba ningún esfuerzo ser amable con los jefes de la empresa y antiguos compañeros de Javier, que la saludaron con una mezcla de cortesía y conmiseración artificiosa.

Marga la fue requiriendo ante los cargos más relevantes de la compañía, y Olga se limitó a hacer lo que había hecho toda su vida: asentir, mostrarse agradable, decir lo más oportuno; agasajar a los interlocutores como si ella fuera la anfitriona y ellos, sus invitados. Miró si Eduardo había venido pero no lo vio, y tampoco quiso preguntar directamente a nadie por él. Las mesas estaban dispuestas a lo ancho del salón, y los asistentes se desperdigaban de pie,

arremolinándose en pequeños grupos. Ella se encontraba charlando en círculo con varios directivos que, hasta que se les unió Antonio Rosas, habían estado hablando de golf y de fútbol al tiempo que Olga sonreía, acostumbrada a ser la acompañante en una conversación en la que solo había hombres, sin escucharlos pero aparentando que lo hacía, con una suerte de benevolencia que con el tiempo se le había convertido en el mejor sucedáneo de la naturalidad.

–De todas formas, once goles es difícil –dijo un alto cargo que Olga solo conocía de vista–. Por muy superiores que seamos.

Antonio Rosas, paralelamente, había preguntado de modo festivo cómo veían el porvenir de la mina.

–Para unos años dará –dijo otro jefe–. Aunque pronto no podremos competir con el precio del cobre de Chile, por ejemplo.

–Con el oro tendremos más o menos para una década –intervino un tercer directivo–. Pero el cierre de la línea del cobre será inevitable tarde o temprano, por lo que deberíamos ir replanteándonos desde ya la situación.

–Posibilidad a la que se niegan los sindicatos –apuntó el subdirector, máxima representación de la empresa en el acto, puesto que el director no había podido acudir a causa de un resfriado.

–Bueno –terció Rosas–, habría que matizar qué sindicatos.

–Cierto –dijo el subdirector–. Ahora parece que, tras las elecciones al comité de empresa, cada uno va por su lado. Pero estoy convencido de que al final los dos acabarán exigiendo lo mismo.

–Pues yo no estaría tan seguro –dijo el concejal de urbanismo.

–¿Ah, no? ¿Y se puede saber por qué?

Olga estuvo a punto de intervenir para explicar que entre los sindicatos había posturas distintas, pero Antonio Rosas le hizo un gesto con la mano y permaneció en silencio. El subdirector lo advirtió y enarcó las cejas.

–La UGT acabará apostando por un plan integral de convergencia en la zona –dijo Rosas–, en la misma línea del Ayuntamiento y del Gobierno central y autonómico. De Comisiones en cambio...

–No podéis responder –completó el subdirector–... Ya entiendo... Pero me gustaría escuchar alguna opinión que no esté tan involucrada –dijo dirigiéndose a Olga–. ¿Qué piensa usted al respecto?

Antonio se dispuso a hablar de nuevo y el subdirector lo interrumpió con el mismo movimiento de manos tajante que él había empleado para acallar a Olga.

–Su versión ya la conozco. Me interesa la suya –agregó señalándola a ella.

–Me temo que la mía no tiene ninguna importancia –dijo Olga–. No

soy más que una secretaria.

–¿Y eso la invalida para tener una opinión genérica? –preguntó el subdirector, con una sonrisa afable.

–Me temo que no dispone de la información necesaria –intervino Rosas.

–Así es –admitió Olga.

–Ojalá todo el mundo que no supiera lo suficiente de un tema tuviese una reacción como esa –dijo el subdirector a los otros–. Si cada uno hablase únicamente de lo que sabe, nos iría mucho mejor a todos. Hace apenas un instante –comentó para que lo oyera el corrillo entero–, había aquí al menos tres seleccionadores nacionales. Y cada uno pondría una delantera para el partido contra Malta. Sin embargo, me atrevería a decir –se dirigió de nuevo a Olga– que, aunque desconozca los detalles, al menos sí sabe de lo que estamos hablando.

–¿Me está pidiendo que yo también proponga una delantera?

Los demás rieron.

–Es usted muy perspicaz –dijo el subdirector, igualmente complacido–. Y estoy seguro de que, además de conocimientos futbolísticos, tiene una opinión argumentada sobre el futuro de la empresa.

–Mi opinión carece por completo de relevancia –sonrió Olga–, pero yo también apostaría por la línea que Antonio ha apuntado.

El subdirector asintió satisfecho, exagerando con coquetería un asombro sobrevenido.

–Sin embargo, no lo haría por apoyar las tesis del Ayuntamiento ni de la empresa –añadió Olga.

–¿Ah, no?

–Ni tampoco la de ningún sindicato.

–¿Entonces?

–Opino que deberían buscar otras alternativas para la comarca porque eso es lo que pensaba mi marido. –Y ante el silencio que siguió a sus palabras, agregó–: Contra quien, por cierto, la compañía mantuvo una acusación infundada cuyas consecuencias siguen perjudicándonos a mí y a mis hijos. ¿Me disculpan?

Abandonó el círculo sin dejar de sonreír, con una serenidad que hizo que todos los que la escuchaban, incluyendo el subdirector y Antonio Rosas, congelaran sus reacciones. Pero en ese momento Marga, que se había subido a la tarima acompañada de Celia, comenzó a pedir silencio tintineando su copa con una cucharilla.

–Buenos días a todos –dijo la alcaldesa–. En nombre del Ayuntamiento y en el mío propio, quisiera agradecer a los presentes su asistencia y felicitarles en esta fecha tan especial para nuestro pueblo.

No había sido oportuno, se arrepintió Olga. ¿Cómo se había atrevido? Desde el grueso de los invitados miró a Antonio Rosas, que se había acercado a flanquear a Marga junto a Celia, y lo descubrió cariacontecido: una mosca se le posaba indistintamente en la camisa y el bigote pero él seguía ausente, sin inmutarse. Olga tuvo la sensación de que, desde que fue a tomar el té con Margarita Walker, no habían dejado de arderle las mejillas.

–Por eso –continuaba Marga–, me parece motivo de satisfacción un acto conmemorativo como este, en el que municipio y Río Tinto Minera celebran juntos, por primera vez, no solo la festividad de Santa Bárbara, sino el inicio de una nueva etapa de entendimiento y colaboración en pro de nuestra localidad y su comarca.

El subdirector en cambio escuchaba sonriente, igual que los demás directivos de la compañía. Olga dudó no obstante si volver y pedirle disculpas, puesto que aquel hombre probablemente habría trabajado con su padre, y decidió ir al baño para pensarlo y refrescarse. Sin embargo, cuando intentó atravesar la fila de personas que atendían a la alcaldesa, vio entrar en el salón a Pedro y se quedó clavada en su sitio, obedeciendo a una especie de acto reflejo.

–Y el ejemplo más claro de las nuevas relaciones entre empresa y pueblo que ha intentado promover este Ayuntamiento es, sin duda, la reforma del plan de vivienda tal y como lo conocíamos hasta ahora. Algunos habrán oído ya hablar del cambio, pero me congratulo de informarles de que la semana que viene promulgaremos el nuevo reglamento que permitirá a las familias riotinteñas adquirir en propiedad sus viviendas a cambio de un justo precio.

Antonio le había repetido a Marga que no dijera bajo ningún concepto «justiprecio», para rehuir cualquier semejanza que pudiera establecerse con la expropiación forzosa, y Olga se percató de que Marga había acabado diciendo prácticamente lo mismo. Sin saber muy bien por qué, se ocultaba tras las cabezas para que Pedro no la viera. En cambio, sí podía advertir cómo Celia reparaba en la presencia del padre de su hijo y vio que se llevaba la mano a la clavícula y empezaba a masajearse el cuello. Olga no había hablado nunca con ella de su separación de Pedro.

–La casuística –prosiguió Marga– quedará oportunamente reflejada en la norma, pero consideramos que se han contemplado todas las situaciones y que, con esta medida, satisfaremos un doble objetivo: materializar la separación entre el interés público y los intereses privados, ofreciendo a la población la titularidad de sus casas y, por otra parte, ayudar a la empresa a rebajar su carga financiera en un momento difícil para la minería, que requiere una reflexión pausada.

–¡Traidora! –oyó Olga que gritaban desde la zona donde había visto a Pedro, aunque no supo identificar quién lo había dicho.

Rápidamente se hizo un revuelo y, de la parte más agitada, la misma voz volvió a decir:

–¡Antes, readmisión!

Y entonces Olga sí localizó a quien estaba vociferando. Entre Pedro y otro sindicalista barbudo trataban de sacarlo de la sala, pero el hombre se resistía, moviendo los brazos y gritando entre los murmullos generalizados. Olga le vio el rostro enrojecido, fuera de sí, mientras lo obligaban a abandonar el salón de actos. Pedro debió de salir con él, porque Olga lo perdió de vista.

–Lamentablemente –trató de retomar su discurso Marga–, siempre hay una nota discordante. –Las murmuraciones se mezclaron con una risa sorda y colectiva–. Pero en eso consiste la democracia. En la deliberación de las discrepancias y la toma de decisiones mediante el diálogo y la votación mayoritaria. Así que no descartemos que haya alguna que otra protesta aislada. De darse, siempre sería atendida con respeto. No obstante, debido a la voluntad de acuerdo y al pacto alcanzado con la empresa y un sector de los sindicatos, mi compromiso es que este Ayuntamiento hará todo lo posible para que la propiedad de las casas de nuestro pueblo vaya a manos de quienes debe ir. Gracias a todos y feliz día de Santa Bárbara.

Mientras los asistentes aplaudían, Olga consiguió llegar al cuarto de baño y refrescarse. A su vuelta, sin embargo, la concurrencia se había dispersado. Buscó con la mirada a Pedro y no lo vio por ningún sitio. Tampoco halló rastro de Celia. El subdirector, por su parte, se había ido también junto a los demás cargos de la empresa.

Olga no sacó el tema a relucir en toda la semana y, como Antonio Rosas a su vez no le comentó nada, la inquietud se le fue acrecentando con el paso de los días. Hasta que el sábado se despertó con un sobresalto. No podía ponerlo en pie, pero había estado soñando con su padre, cuando ella era niña. Abrió las contraventanas y contempló el tono rosáceo del cielo, tras la capilla de los ingleses. Los niños continuaban dormidos. A Olga le gustaba levantarse temprano los fines de semana y desayunar sola, demoradamente, antes de que sus hijos invadieran la casa con su trasiego alegre y su constante ruido. Sin embargo, al calentar la cafetera y elegir un par de naranjas para hacerse un zumo, fue consciente de que no sería capaz de hacer nada con paciencia. Hacía ya tiempo que la angustia no le oprimía el pecho, y por un instante temió que volviese de nuevo.

Había soñado con aquel día en que fue a buscarlo y su padre reaccionó de una forma distinta. Aunque Olga sabía que no debía molestarlo cuando estaba en el trabajo o en casa encerrado en su despacho, siempre que requería algo de él, su padre dejaba lo que fuese y la atendía con los cinco sentidos. Al igual que le sucedía a Javier, no era un hombre ausente ni que diese la impresión de que tenía algo más importante que hacer cuando lo llamaban sus hijas. Olga se acordaba de los días que iban de excursión al dique o jugaban a las damas al calor del fuego o la ayudaba con la trigonometría, cuando ella entró en el instituto. Incluso, hasta ahora, había guardado un recuerdo entrañable de aquella tarde que quiso darle una sorpresa en Dirección, dado que después fueron a dar un paseo andando por el pueblo, los dos solos, cogidos de la mano, como si fuera más pequeña de lo que por entonces era.

Lo que había olvidado en cambio, y no sabía discernir si se trataba solo del sueño o de una imagen real que no había aflorado durante todos esos años, eran los detalles del momento en que ella se presentó en Dirección y su padre la sacó de allí de inmediato. Se trataba de la secretaria, que le dijo que aguardase sentada en el vestíbulo mientras iba a avisarlo. Era una mujer joven, con los labios de un rojo inusitado, que se movía con una sensualidad de la que su madre carecía. Al instante aparecieron los dos por el pasillo, y su padre miró a un lado y a otro antes de sonreírle, la cogió por el hombro y le reprochó con dulzura que hubiese ido a buscarlo. Y de lo que menos certeza tenía era lo que más había realzado el sueño: cómo, al salir del edificio, su padre se volvió a mirar a aquella mujer del mismo modo en que lo hizo con aquella otra el día que dieron un paseo por la playa y su madre comentó algo para que ella y su hermana no se percataran. En el sueño, la secretaria tenía la misma cara y lucía la misma línea sinuosa que la mujer de Punta Umbría, y Olga estaba segura de que la había visto luego en alguna fiesta del club o cena organizada por sus padres.

Los niños bajaron las escaleras correteando y la sacaron de sus cavilaciones. Olga les preparó el desayuno y, como cada sábado, hizo la lista de la compra. Más tarde, los dejó a los tres jugando en la alfombra del salón y fue al supermercado de la barriada de los maestros. Sin embargo, prefería seguir comprando la fruta y la carne en la plaza de abastos, aunque no siempre tenía tiempo para hacerlo. Allí se topó con Pedro cuando regresaba al coche cargada de bolsas. Hacía una mañana limpia de diciembre, y el aire fresco insuflaba determinación y pureza. A Olga ya no le preocupaba tanto dejar a los niños solos mientras hacía los recados, y el hecho de ponerse con una

tarea tras otra la ayudaba a olvidar sus preocupaciones. Pedro llevaba a Lucas de la mano. Ella iba distraída y fue él quien la saludó, al encontrársela de frente.

–No te había visto. –A Olga la conciencia de su azoramiento la ruborizó más todavía.

–¿Quieres que te ayude con las bolsas?

–Tengo el coche aquí cerca.

–No me supone nada.

–Gracias, no hace falta. –Y mirando al crío, agregó–: Hola, Lucas, ¿cómo va todo?

El niño se sonrojó y ocultó el rostro tras la cadera de su padre.

–El otro día... –titubeó Pedro.

–Sí, la verdad es que fue violento... –se precipitó Olga.

–Ya... Debió de resultarte desagradable, supongo.

–Bueno, imagino que a Marga le sentaría peor.

–¿A Marga?

–¿Quién era?

–¡Ah, eso! –sonrió Pedro–. Las cosas de Lorenzo. Nos propuso reventar el acto pero le dijimos que no, y al final hizo lo que le dio la gana. Nosotros no estamos de acuerdo con el proyecto de reconversión. Sin embargo, tampoco aprobamos su comportamiento. Visto lo visto, no deberíamos haber ido...

–A mí no tienes que darme explicaciones. Todo el mundo me habla como si formase parte del Ayuntamiento. Pero yo solo soy una administrativa.

–En realidad... –empezó a decir con timidez Pedro.

–Lo siento –lo interrumpió Olga de nuevo–. No quería parecer...

–No te preocupes. Es solo que como te vi hablando con el subdirector y los otros cargos...

–Marga me pidió que los atendiese.

–Espero que al menos se disculparan.

–¿Quiénes? –sonrió artificialmente Olga–. Pensé que era yo la que debía excusarse con ellos.

–¿Por qué?

–Porque les dije que habían mantenido una acusación injusta contra mi marido que aún está padeciendo mi familia.

–¿Y por qué tendrías que pedirles perdón tú a ellos?

Por un momento, a Olga le pareció que la mirada de Pedro era demasiado directa y retiró la suya. Dejó las bolsas en el suelo. Empezó a sentir que le faltaba el aire y le costó continuar hablando.

–Últimamente tengo la sensación de que soy la última en saber qué pasa –dijo, agitada–. No paro de recibir indirectas. Todos parecen

conocer algo que yo ignoro. O que a mí se me escapa –le tembló la barbilla.

Pedro cogió las bolsas de Olga y le hizo un gesto para que continuaran andando.

–Te acompaño al coche.

Olga tenía el Panda frente al colegio al que iban Lucas y sus hijos. Abrió el maletero y Pedro introdujo con cuidado la compra. Ella esperó que dijera algo, pero él permaneció mudo.

–Ahora mismo no puedo –dijo al fin–. Pero ya hablaremos…

Olga quiso preguntarle cuándo sería eso, acuciarlo, invitarlo a casa a tomar café con tal de que no la dejara de aquel modo. No obstante, vio que Pedro rehuía su mirada y no se atrevió a hacerlo, pensando en Lucas. Cuando arrancó y les dijo adiós con la mano, el niño seguía escondiéndose detrás de su padre.

Condujo de vuelta de forma mecánica, cocinó de forma mecánica, almorzó con sus hijos de forma mecánica. Siguió haciéndolo todo pero con la cabeza dispersa, igual que lo había hecho durante año y medio, desbordada por los pensamientos. Sin embargo, ahora era distinto. Era una mezcla de indignación y conjetura que no podía descifrar, de rabia e incertidumbre acechante. Pero no fue capaz de llamar a Adela. En cambio, se llevó todo el fin de semana rememorando los últimos meses de Javier, desde que lo acusaron de desfalco hasta que tuvo el accidente: cómo fue adentrándose en un aislamiento impenetrable, que ella había creído que estaba relacionado con una insatisfacción conyugal, con un impulso de fuga que tal vez lo empujaba a buscar fuera lo que no tenía en casa. A Olga incluso le parecía revivir instantes en los que él quiso decírselo pero no lo hizo. La transformación había empezado a producirse a la vuelta del penúltimo verano que pasaron juntos, cuando Javier llegaba de trabajar y, sin decir nada, comenzó a encerrarse en su despacho. En un principio, Olga pensó que se trataba de uno de sus altibajos y procuró no preguntarle nada, para evitar que tuviese un brote de ira. Con el tiempo, había empezado a cansarle su papel asistencial, aquella solicitud a expensas de los cambios de ánimo de su marido; había comenzado a irritarle en especial que Javier se siguiese mostrando amable con los demás y, al volver a casa, se comportara con su mujer de forma despectiva. No reparó, o no quiso hacerlo, en que ese desapego por parte de ella pudiera aumentar la amargura de él. Porque lo único que tuvo claro, después de que Javier le levantara la voz delante de los niños, es que, lo mirase por donde lo mirase, ya no

había justificación para el comportamiento de su marido.

Y qué curioso que hubiese sido ella la que insistió en que uno de los dormitorios se habilitara como despacho. Cuando amueblaron la casa y se mudaron allí después de casarse, Javier repitió que no era necesario. Pero Olga intentó convencerse de que lo hacía por él, para que tuviera una habitación en la que refugiarse con tranquilidad cuando llegaran los niños, sin caer en que así reproducía el patrón que había adoptado en su infancia la medida de la normalidad: su padre encerrado en el despacho de arriba, escuchando música o recibiendo a algún amigo o simplemente en silencio, tomándose una copa. A los hombres había que tenerlos contentos, le dijo una vez su madre mientras le apuntaba en una libreta sus mejores recetas, por más que llevara treinta años sin acercarse a los fogones. Y Olga se preguntaba hasta qué punto había tenido conocimiento de las correrías de su padre la mujer perspicaz y controladora que había sido su madre. Hasta qué punto supo y consintió o ignoró adrede y prefirió continuar con las apariencias. Conforme Javier fue llegando del trabajo cada día más taciturno y sin apetito, y empezó a recluirse en su despacho, Olga temió que le estuviese ocultando una infidelidad, que estuviera pensando en dejarla y marcharse de casa, como había temido de manera callada durante su niñez que acabase haciendo su padre.

Javier se había ido hundiendo en ese fondo que a veces tienta a los hombres con el respaldo de la autocompasión, hasta aquella noche en que no pudo más y le contó que en la empresa había quienes lo acusaban de apropiación indebida. A Javier le atribuían la responsabilidad de un desvío producido en las subcontratas de aprovisionamiento que desconocía por completo. Habían aprovechado su ascenso para mezclarlo todo y él había sido demasiado confiado. Al aceptar la dirección administrativa, delegó en Eduardo las gestiones de almacenaje, para centrarse de lleno en los problemas que habían surgido en recursos humanos. Javier no quería avalar la regulación de empleo, pero al final no tuvo más remedio. Y como ese asunto se llevaba toda su energía y todo su tiempo, había permitido que lo demás lo controlase Eduardo. ¿Cómo es que ella no había sabido verlo antes? ¿Cómo es que, sin pensar de verdad en él, lo había llevado todo al terreno íntimo? Olga estuvo atando cabos mientras trataba de encender torpemente el fuego de la chimenea, recordando cómo lo hacía Javier en un instante, y el lunes por la mañana le pidió a Marga el teléfono de una abogada de confianza. Decidió llamarla desde el ayuntamiento. Se quedó un rato con el auricular en la mano, pero no llegó a marcar el número. Estaba cansada de tanta ausencia y tensión para nada. Sentía una carencia que era idéntica a la que siguió a la

pérdida de su marido; no una nueva; sino la misma, prolongada durante todo aquel tiempo. Sin embargo, no fue consciente hasta ese momento de que quizás hubiera empezado antes. Se dio cuenta porque, al colgar el teléfono, recordó el amago de impasibilidad con el que recibió la llamada en la que un guardia civil le comunicó que Javier había sufrido un accidente.

11

Desde la cocina, y a través de la niebla, podía ver cómo el invierno modulaba los colores del jardín, la hierba mojada y las sombras cada vez más profusas. Los niños estaban arriba vistiéndose, habían dejado la tele puesta y hasta allí le llegaba el informativo de la mañana. Olga fregaba las tazas y los platos del desayuno, y pensó que tampoco era imprescindible hablar con Adela. ¿Acaso serviría de algo desde un punto de vista práctico? En realidad, no tenían nada que decirse; nada nuevo que, en el fondo, no supieran. Olga había perdido de tal modo la confianza en Adela, que lo último que le apetecía era continuar con aquella simulación de amistad distorsionada.

Se había comprado por correo el temario de las oposiciones y, conforme llegaban las unidades, las fue clasificando en la mesa del despacho de Javier. Pronto comenzó a estudiar, cuando los niños estaban jugando en la calle, y en pocos días, la lentitud inicial para entender los términos jurídicos con los que no estaba familiarizada se fue diluyendo paulatinamente. Barruntó que quizás requiriese una muchacha para que le echara una mano y recordó que Clara le había facilitado el teléfono de una prima suya, pero no se decidió a llamarla. Fernando pronto entraría en el instituto, Pachi acababa de cumplir nueve años e Íñigo empezaba también a valerse por sí mismo, y si bien una tata podría servir de descarga y facilitarle la preparación de las oposiciones, no estaba segura de querer que entrara nadie a trabajar en casa, ahora que habían logrado un nuevo equilibrio. Meter a una empleada incluso podía suponer un paso atrás. Los niños se acordaban cada vez menos de Clara y Olga no quería que la volvieran a echar de menos.

Fernando se quedaba a cargo de sus hermanos, y ella se subía a estudiar por las tardes y los fines de semana mientras ellos estaban con sus cosas o hacían los deberes abajo. Y si se veía apurada, podía seguir contando con Pepita, que siempre le repetía: «Tú me llamas para lo que precises». La antigua costurera se había convertido en una abuela para sus hijos, y los niños y ella se alegraban de hacerse compañía mutuamente. Por otra parte, Olga ya se había acostumbrado a cocinar y a poner la lavadora, por lo que en realidad solo necesitaba

una asistenta para que limpiase un par de veces a la semana y se encargara de la plancha. Por lo demás, se arreglaban bien: los niños habían tomado el hábito de poner la mesa, hacer las camas y recoger sus cuartos, y hasta ella había aprendido a encender la chimenea. Además debía ahorrar, si es que finalmente contrataba a un abogado para que la empresa le devolviera lo que era suyo o la indemnizase. Solo así podría comprar la casa. Y Olga a veces se quedaba contemplando el salón o la cocina, y se imaginaba cómo lo redecoraría todo, una vez que la propiedad fuese suya.

Oía las noticias como un runrún de fondo y se detuvo cuando escuchó la expresión «reconversión industrial», a la que aludía tanto Javier y últimamente, también Antonio Rosas. Se trataba de una huelga en Asturias, y Olga se acercó a ver las imágenes de las barricadas de neumáticos y los disturbios en los astilleros de Gijón. Un representante sindical matizaba que no pretendían echarle un pulso al Gobierno, sino solo exigirle que diese marcha atrás en su propósito de desmantelamiento. La patronal, en cambio, hablaba de crear un *holding* en colaboración con el Instituto Nacional de Industria, y pedía a las autoridades que controlasen la situación antes de que estallara «otra revolución como la de octubre de 1934». Olga se preguntó a qué se referirían con tal fecha. El locutor afirmaba que la crisis se había extendido a toda la minería del carbón y la siderurgia del Cantábrico. Un diputado socialista instaba a los asturianos a salir de su «especialización», entendida «en el sentido más obsoleto y embrutecedor del término»; y preguntado por los paralelismos con el levantamiento del 34, respondió: «El corazón de Asturias, la cuenca minera, no está sufriendo taquicardias».

Olga se quedó absorta en el fuego y los petardos que salían por televisión y, aunque en un principio se acordó de Pedro, su mente se puso a divagar y acabó pensando en Trini. En cuanto tuviera un rato libre, iría a preguntarle a la madre si tenía noticias de ella. A menudo se arrepentía de no haberle ofrecido su ayuda con más determinación, pero ahora su prioridad debían ser sus hijos. Con todas las cosas que tenía en la cabeza, había olvidado comprarle a Pachi las zapatillas Nike que quería por su cumpleaños y, aunque él hizo todo lo posible por no dejarlo traslucir, ella notó cuánto le decepcionó el juego de rotuladores que le había regalado para que dibujara sus zombis. Era lo único que había podido encontrar en la papelería del pueblo, donde no había jugueterías ni tiendas de deporte. Y la reacción de Pachi formaba parte del pacto que parecían tener los tres para no darle disgustos a su madre.

Por eso, aquella misma noche, después de que se hubieran

duchado, Olga se sentó con ellos en el sofá, los atrajo hacia sí y, con los dos más pequeños acurrucados bajo sus brazos, les dijo que si la tita Bego le confirmaba que ya estaban puestas las luces de Navidad, irían a pasar el sábado a Sevilla, adonde antes iban con frecuencia los cinco juntos y no habían vuelto desde que ocurrió lo que ninguno de ellos, ni Olga ni los niños, se atrevían a mencionar nunca.

Era la primera vez que hacía un viaje sola con sus tres hijos, y dejó que Fernando fuera delante. Pachi llevaba despierto desde las seis de la mañana y, al igual que Íñigo, no podía estarse quieto en la parte trasera del coche. Lo mismo se peleaban que se reían, se ponían de pie entre los respaldares delanteros o giraban el cuerpo hasta colocar la cabeza bocabajo y las suelas de los zapatos en el techo. Olga los miraba por el espejo retrovisor y, de vez en cuando, les pedía que se tranquilizaran, no fuesen a marearse. Pero como hacía mucho que no los veía tan contentos, en lugar de ponerse nerviosa, los dejó hacer y rio con ellos. Quiso escuchar una casete de Julio Iglesias y tuvo que desistir ante la insistencia de Pachi, que había traído otra con canciones grabadas de la radio.

—¿Qué es esto, por favor? —exclamó Olga cuando comenzó la cinta.

—¡*Los 40 Principales*! —respondieron los dos pequeños al unísono.

Fernando llevaba la mano derecha colgada del asa de la puerta; iba muy recto, como un hombre; y aunque parecía concentrado en sus pensamientos mientras contemplaba el paisaje, a veces miraba a su madre y también sonreía. Cuando llegaron a la ciudad, los tres pegaron la nariz a los cristales y se quedaron mudos, ajenos a la música, maravillados por el trajín de los coches y la gente que caminaba por la calle. Olga les preguntó si no se acordaban de Sevilla e Íñigo negó con la cabeza, Pachi ni siquiera la oyó y Fernando respondió:

—Sí, del cine y de la cafetería amarilla.

Allí solían almorzar cuando venían a pasar el día con Javier después de hacer las compras. Olga había acordado con Bego que se llevase a los dos pequeños a dar una vuelta mientras ella elegía los regalos de Navidad con Fernando. Su hijo mayor sabía ya que ni Papá Noel ni los Reyes Magos existían, porque se lo había contado Pablo; pero Olga le había rogado que no les dijera nada a sus hermanos, permitiéndole a cambio que la ayudara a comprar los regalos. Aunque Fernando era ya casi un muchacho, todavía le brillaban los ojos en la planta de juguetes de El Corte Inglés. Olga le preguntó qué le gustaría que le regalara por Reyes, y él se encogió de hombros. Fernando quiso

saber si ese año tampoco irían al Father Christmas y Olga se quedó mirándolo y le dijo que no, que lo más seguro era que no pudiesen ir, pero en contra de lo que había temido, Fernando no protestó: asintió y siguió buscando su regalo.

Finalmente escogió un libro, *La historia interminable*, para Santa Claus; y una raqueta profesional, para la noche de Reyes. A Pachi le compraron las Nike, el disco de Michael Jackson y una nave de *La guerra de las galaxias*; y a Íñigo, el barco pirata de Famobil y unos *walkie-talkies*.

–¿Y para ti, mamá? –preguntó Fernando mientras bajaban por la escalera mecánica, cargados de bolsas.

–¿Para mí? –disimuló Olga mirándose en el espejo.

–¿Para ti no habrá regalos?

–No es necesario.

–Pero tú le comprabas siempre algo a papá y él a ti, ¿no?

–Más o menos.

–Si los Reyes no te traen nada, los hermanos sospecharán. Además a mí me gustaría comprarte un regalo.

Acababan de llegar a la planta baja y Olga sonrió.

–De acuerdo. Haremos una cosa. Mientras yo llevo las bolsas al coche, tú me compras algo sin salir de esta planta, en la parte de complementos. –Y buscando en su cartera, añadió–: Toma –le tendió un billete de dos mil pesetas.

–Si tú me das el dinero, no será un verdadero regalo.

–¿Qué?

–Yo tengo.

–¿Cómo que tienes?

–De la hucha.

–Cariño...

–Es lo que quiero.

–Está bien. Pero no salgas a la calle ni cojas la escalera, ¿comprendido? Nos veremos en esa puerta en media hora.

–Vale.

Fernando le entregó sonriente las bolsas a su madre. Olga las cargó como pudo y, después de hacer una última compra lo más rápido posible, bajó al aparcamiento a dejarlas en el coche. Cuando subió de nuevo se acordó de lo mucho que se demoraba, las veces que venía con Javier, en la sección de perfumes y cosméticos. Sin embargo, pasó por ella sin detenerse y decidió esperar a Fernando en la puerta que daba a la plaza del Duque. Allí quedaba todo el mundo y se preguntó si había hecho bien citándolo en ese sitio. No lo veía por ninguna parte y, aunque todavía faltaba para la media hora, se inquietó al

pensar que Fernando pudiera desorientarse y perderse entre tanta gente. Había acordado reunirse con Begoña y los chicos en la cafetería América, saliendo a la izquierda, y cuando dieron las dos y Fernando seguía sin aparecer, Olga empezó a intranquilizarse.

Se puso a andar en círculos, tratando de ver entre el gentío. Recordó que, de pequeña, le entraba el mismo nerviosismo de noche si su padre no había llegado a casa. Ese estado de angustia lo había revivido también con Javier, cuando salía de viaje y ella no podía apartarse de la ventana, ni dejar de restregarse la barriga, a partir de la hora en que ya debía estar de vuelta. Imaginaba con frecuencia que tenía un accidente y que la Guardia Civil tardaba en avisarla. Y sin embargo, la noche en que realmente lo tuvo, no le dio tiempo a preocuparse: había estado bañando y dando de cenar a los niños y, justo cuando los acostó, antes de que ni siquiera mirara la hora, sonó el teléfono. Olga salió a la acera por si veía a Begoña, pero la multitud que iba y venía cargada de paquetes solo le permitía otear la fachada amarilla de la cafetería en la esquina. ¿Cómo evitar reproducir ahora el miedo a que les pasara algo a sus hijos? Había empezado a sentir un nudo en la boca del estómago. Entró de nuevo en el comercio y registró el vestíbulo, mirando a su alrededor. Consultó el reloj y se sorprendió de que solo hubiesen pasado diez minutos desde la hora acordada.

Iba a dirigirse al guardia de seguridad cuando notó un toquecito en su espalda.

–¡Por fin! ¿Dónde te habías metido?

Fernando llevaba una bolsa con una pequeña caja envuelta en papel de regalo. Olga lo abrazó.

–Creí que te habías perdido.

–Había cola para pagar. Lo siento.

–Vamos, hemos quedado con la tita y los hermanos en la cafetería amarilla.

Pero en ese momento Begoña entraba en El Corte Inglés con Pachi e Íñigo de cada mano.

–¡Cambio de planes! –dijo–. Te he visto de refilón y hemos venido corriendo. Les he contado a los niños que han abierto una hamburguesería aquí cerca, en la calle Velázquez. Al principio no sabían lo que era. Pero cuando se lo he explicado, se han entusiasmado. Dicen que lo han visto en las películas y que quieren ir.

–Fernando prefería la cafetería América...

–La cafetería América está demodé. Seguro que le gusta más Dulio.

–¿Dulio?

–La nueva hamburguesería –dijo Begoña–. ¿A que tú también

quieres ir? –le preguntó directamente a Fernando, que asintió mirando de reojo a su madre.

–Está bien –dijo Olga–, iremos a Dulio, aunque allí probablemente no habrá platos combinados.

–Pero habrá hamburguesas.

–No las he probado nunca.

–Pues ya va siendo hora –replicó Begoña sin girar la cabeza, abriéndose paso entre la gente, con Pachi de la mano.

Olga había tomado de la suya a Íñigo y Fernando las seguía a un metro, intentando ocultar en el abrigo el regalo que había comprado.

–¿Y eso no queda muy lejos del cine? –elevó Olga el tono de voz.

–¡Está aquí al lado!

–Nos convendría ir a la sesión de las cuatro. Si no, se nos hará muy tarde.

–Llegaremos de sobra –dijo Begoña–. ¿Quieres relajarte y disfrutar del momento?

En Dulio había carteles de colores fuertes e imágenes con diferentes tipos de hamburguesas. Al parecer, debían pedir al fondo, pagar, poner la comida y la bebida en una bandeja, y traerlas a la mesa. De todo eso se encargó Begoña y, cuando Olga quiso darle el dinero, no lo aceptó. A diferencia de ella, su hermana se adaptaba con rapidez a los nuevos tiempos, pensó Olga, que lo miraba todo con suspicacia y no podía evitar compararlo con los sofás de dos plazas de la cafetería América, su diseño moderno de los años sesenta y sus magníficas vistas a la fachada de El Corte Inglés que daba a la plaza de la Gavidia. Pero la hamburguesería estaba llena de niños como sus hijos, y ellos parecían preferir aquella novedosa algarabía. Hacía dos meses que Begoña había dejado a Toni; sin embargo, Olga la encontraba más centrada que de costumbre; de hecho, la tienda seguía abierta. Olga no le contó que estaba pensando contactar con un abogado y en un momento que pronunció el nombre de Javier en voz baja, para que no se enteraran los niños, Begoña giró la cabeza y a Olga le sorprendió que a su hermana se le humedecieran los ojos. Entonces le mencionó la posibilidad de comprar la casa.

–Yo no lo haría –dijo Begoña.

–¿Por qué?

–O la compraría y la vendería más cara. No sé por qué te empeñas en seguir viviendo en Bellavista.

–Tú no lo entiendes. He vivido allí siempre. Mis hijos están contentos. Tienen cerca a sus amigos.

–Los niños se adaptarían a cualquier sitio y Riotinto, de aquí a unos años, estará muerto.

–No sé... Hay planes para reconvertir la zona.

–Deberías venirte a Sevilla. ¿Qué futuro quieres para los niños?

Olga se quedó pensativa, mirándolos. A los tres les habían encantado las hamburguesas y Pachi incluso quería repetir. Olga intentó disuadirlo de comer nada más, porque sabía que después le dolería la tripa y porque en el cine querría además palomitas, pero Begoña les compró un helado a cada uno. Luego fueron andando hasta el cine Cervantes y vieron *El retorno del Jedi*. Pachi parecía querer comerse también la pantalla, con las gafas escurriéndosele por la naricilla, disfrutando con avidez desde que empezó el primer tráiler. Olga observó a Fernando cuando pasaron al patio de butacas, por si se ponía triste al acordarse de su padre. En cambio, entró con normalidad, distraído con las cosas que le contaba su tía Begoña. No dejaba de tocar la bolsa con el regalo que llevaba en el bolsillo de la trenca, y durante la película tampoco mostró nada por lo que preocuparse.

A la salida del cine era casi de noche y la ciudad brillaba con los adornos navideños. Olía a la humareda blanca de los puestos de castañas. Fueron lentamente, comentando el baile de la última escena, de vuelta al Corte Inglés. Allí contemplaron la iluminación, y Pachi e Íñigo entregaron sus cartas de Reyes a un paje. En la fachada orientada hacia la plaza de la Gavidia habían montado un espectáculo de muñecos mecánicos llamado Cortylandia. Se movían coordinadamente al son de la música y, como lo cogieron empezado, los niños quisieron ver también el pase siguiente. Serían las ocho cuando Olga fue a por el Panda y los recogió a la salida del aparcamiento, donde se despidieron de la tita Bego, que prometió ir pronto a Riotinto. Olga temía que, con todo lo que había comido, Pachi vomitase por el camino. Sin embargo, no habían dejado todavía la ciudad atrás, cuando los tres se quedaron dormidos.

Pachi ganó el concurso de dibujo organizado por el Ayuntamiento, con motivo de las Navidades, dentro de su categoría. A Olga le dio un poco de pudor que, trabajando allí, alguien pudiese pensar que la decisión no había sido justa. Sin embargo, durante la breve entrega de premios que se celebró en el salón de actos, se fijó en su hijo, tan radiante y formal de pie entre la alcaldesa y el concejal de cultura, y se sintió orgullosa. El galardón consistía en un muestrario clasificado de minerales. Pachi mostraba la caja abierta, cuidando de que no se le cayeran las piedras, mientras Marcelino Rivas le hacía una foto junto a los otros ganadores. El fotógrafo se acercó a felicitar a Olga y le

susurró que, en cuanto la revelara, le mandaría una copia. Olga quiso negarse, diciendo que ya pasaría ella por su estudio a comprarla, como todo el mundo, pero Rivas insistió en que era lo que siempre había hecho con su padre y prefería seguir haciendo. Olga se lo agradeció y, cuando Marga le preguntó a Pachi si quería pronunciar unas palabras, intentó disuadir a su hijo con un movimiento discreto de cabeza.

–Me gustaría dar las gracias a todos los miembros del jurado –empezó a hablar Pachi, sin embargo–. Y muy en especial a la señora alcaldesa, por haber confiado en mi dibujo que, como han visto, simboliza la llegada de la Navidad a la mina. –Marga y el concejal sonrieron, y del público surgió también un murmullo de simpatía–. Pero sobre todo quisiera dedicar el premio a mis compañeros que han participado en el concurso y no han ganado. Algunos presentaron dibujos mejores que el mío y no han tenido suerte. Yo estoy muy contento por haber ganado, pero también sé que algunos de mis amigos se lo merecían igual que yo o más. Muchas gracias.

Olga sintió una mezcla de satisfacción y vergüenza, sobre todo porque el tono de su hijo no había sido repipi ni impostado. Había tenido que ir a por Pachi al colegio a media mañana para llevarlo al acto, y eso hizo que se acordara especialmente del Father Christmas, que durante su infancia había sido el día más especial del año: cuando la sacaban de la escuela junto a los demás hijos de los altos cargos, ante la mirada envidiosa de los niños cuyos padres no podían ser socios; y luego, ya fuera en el club o en el edificio del consejo de administración, la moqueta roja, el árbol de Navidad altísimo y resplandeciente, al lado del trono donde se sentaba Santa Claus, que cada año debía ser una personalidad como el director de la empresa, el médico, el farmacéutico o, antes de que llegara la democracia, el alcalde. Ella caminaba junto a su hermana por la pasarela alfombrada que llevaba a Papá Noel, y recibía el paquete con un aleteo de emoción temerosa en el pecho, como si en el fondo no fuera merecedora del regalo y fuesen a descubrirlo en el último momento. ¿Por qué nunca reparó en los otros, como acababa de hacer Pachi?

Aún recordaba cuando le tocó ser Santa Claus a su padre. Más tarde, de adolescente, dejó de ir al Father Christmas. Hasta que nació Fernando. Entonces todas las sensaciones de su niñez regresaron multiplicadas, y Olga volvió a vivir esa jornada intensamente, atenta a que sus hijos experimentaran la mayor ilusión y a que todo saliese como estaba previsto. Una Navidad, cuando Pachi era muy pequeño y ella estaba embarazada de Íñigo, incluso convenció a Javier para que se disfrazara de Santa Claus y no hiciese nada que pudiera delatarlo a

ojos de Fernando. Los niños no lo reconocieron, y él pareció pasarlo bien. Por eso, al llegar a casa, después de comer, aprovechó que Pachi estaba entretenido con su caja de minerales y le dijo a Fernando que dibujara con Íñigo una felicitación para la abuela de Madrid. Fernando protestó pero ella entró en el salón y cerró la puerta. Telefoneó a Rafaelito y, cuando abrió de nuevo, llamó en un aparte a Fernando.

Dado que al final no irían al Father Christmas, Olga le encargó que entretuviese arriba a sus hermanos hasta que ella los avisara. Así podría colocar los paquetes tras la puerta trasera de la cocina, sin que los viesen Pachi e Íñigo. Le hubiera gustado ponerles la ropa reservada para los grandes momentos: los pantaloncitos escoceses de cuadros y el jersey a juego con los calcetines corintos, los tres iguales. Había acordado con Fernando decirles a Pachi y a Íñigo que Papá Noel estaba malito y que por eso no había acudido al club; pero que, como habían sido unos niños muy buenos, sus ayudantes los elfos habían dejado en el jardín algo para ellos. A la vez que seleccionaba qué regalos guardar para Reyes e introducía los demás en un saco rojo con un reno de fieltro cosido por Pepita, Olga no pudo evitar acordarse de cómo los situó hacía dos años, a la derecha del trono de Santa Claus, para que sus hijos no fuesen de los últimos en recibir sus juguetes. De hecho, si cerraba los ojos, le parecía oír el ajetreo de siempre, el bullicio de las madres recogiendo los abrigos de los niños, que correteaban nerviosos por el club. Y eso, unido al recuerdo del aroma a madera antigua, con su mezcla de barniz y moho y a la leña de encina que ardía apaciblemente en la chimenea, la sumió en un estado taciturno más lúgubre que melancólico.

Había llamado por teléfono a Rafael Áriz para que les dejara asistir de manera excepcional al Father Christmas. Sin embargo, como su situación no había sufrido ningún cambio, Rafaelito se excusó y le rogó que entendiese que, si por él fuera, no habría ningún problema, pero volvió a decirle que él solo era el secretario del club, sin voto en las deliberaciones, y mientras la junta no aprobase lo contrario, ella había perdido su condición de socia y no podía asistir a los actos de Navidad ni al baile de Año Nuevo. Olga había insistido por última vez, suplicándolo por sus hijos, y Rafaelito le había contestado muy serio: «Piénsalo bien. ¿De verdad quieres exponerte a las miradas y encontrarte con algunas personas?». Al escucharlo, Olga había colgado, indignada, pero también comprendió que no hubiese sabido cómo reaccionar al ver a Adela y Eduardo.

Pachi se quedó desconcertado cuando Olga les dijo que ya podían bajar y les explicó lo de los elfos. Alternativamente, miró un par de veces a su madre, los paquetes envueltos que sobresalían del saco rojo

y a Fernando, que le devolvió una mirada que contenía una ternura comprensible al instante. En cambio, Pachi no comentó nada. Por su parte, Íñigo no paraba de saltar alrededor de los regalos sin darse cuenta de lo que ocurría realmente: solo cuando Olga los animó a que fuesen al salón, preguntó si eso significaba que tampoco verían a Papá Noel ese año.

–Compréndelo, nene. –Fernando era el único que seguía llamando «nene» a Íñigo de vez en cuando–. El pobre está resfriado.

–Pero yo me he portado bien –dijo Íñigo.

–Y él lo sabe –le respondió Fernando–. Papá Noel sabe que te has portado de maravilla. Por eso les ha encargado a sus ayudantes que te traigan tu regalo. Porque confía en ti.

Íñigo se quedó un rato pensando. Luego dijo:

–Pachi no se ha portado de maravilla, solo regulín de bien.

–Sin embargo Pachi sabe que, a partir de ahora, se debe portar requetebién –dijo Olga acariciando la cabeza del pequeño.

Habló con un tono neutro, porque la contrariedad de Íñigo le había devuelto la conversación con Rafaelito. No recordaba haberse sentido nunca tan ultrajada.

–Pero Papá Noel no confía en Pachi tanto como en mí, ¿verdad? –dijo Íñigo.

Olga trató de serenarse, aunque no lo consiguió. Mientras sacaba los regalos, se fijó en que le temblaban las manos. Intentaba que su tono sonara alegre, pero al hablar le vibraba el mentón y Fernando le hizo un gesto para que le dejase a él. Ella se sentó en el sofá, con la sonrisa helada y la mirada quieta. Fernando elevó una caja en el aire y, agitándola de modo celebratorio, declamó:

–Este regalo es para un niño muy bueno que se llama... –Hizo una pausa para dar más misterio y Olga observó que a Pachi se le salían los ojos–. ¡Íñigo!

El pequeño rompió el papel rápidamente y se puso a saltar con el paquete en las manos.

–¡Un *walkie-talkie*! ¡Yo se lo pedí! Papá Noel confía mucho en mí, ¿verdad, mamá?

Pero Olga ni se inmutó. Entonces Fernando sacó otra caja de la bolsa, más rectangular, y con gesto magnificente se la entregó a Pachi.

–¡Ostras, unas Nike! –estalló Pachi tras abrirla. Y dirigiéndose a su madre–: ¡Son las que yo quería!

Olga, sin embargo, estaba y no estaba en el júbilo de sus hijos. Al ver que tanto Pachi como Íñigo gritaban entusiasmados y ya no les hacían caso, Fernando apartó sin decir nada su libro y subió los peldaños de las escaleras de dos en dos. Al momento, bajó ocultando

algo detrás de la espalda.

–¡Oh! –exclamó con el pulso desbocado–. Y aquí parece que hay otro regalo.

Los dos pequeños se detuvieron de inmediato y giraron la cara hacia él.

–Para mamá –precisó Fernando.

Entonces Pachi retomó sus pasos de *breakdance* con las nuevas zapatillas puestas, e Íñigo siguió toqueteando los botones del *walkie-talkie*.

–Aquí estación espacial –decía llevándose uno a la boca y manteniendo el otro pegado a la oreja–. Aquí estación espacial. ¡No funciona!

–Claro que funciona –le respondió Pachi–. Lo que pasa es que los astronautas no se comunican por *walkie-talkie*. A ver, dame uno y vete a la cocina.

Íñigo cedió un aparato a su hermano y salió del salón corriendo. Fernando tuvo que repetir que el último regalo era para mamá, porque Olga seguía tan ensimismada que parecía no haberlo escuchado. Él se acercó y se lo entregó, dándole un beso en la mejilla. Olga negó con la cabeza y, al abrirlo, vio que era un frasco del perfume que ella siempre había utilizado. Recordó que se le acabó un par de días antes del accidente y ya no tuvo ocasión ni ganas de comprarlo. ¿Cómo es que Fernando sabía cuál era su nombre? ¿Cuándo se había fijado en que nunca se ponía otro que no fuera Anaïs Anaïs, de Cacharel? Y ¿en cuántas cosas más habrían reparado sus hijos sin que ella se diese cuenta? Olga se abrazó con fuerza a Fernando y, por primera vez delante de los niños, no quiso controlarse. Comenzó a llorar de una forma mansa e ininterrumpida. Pachi se percató, pero Fernando le hizo una señal para que se fuera con Íñigo, y llevándose el *walkie-talkie* a la boca dijo:

–Nueva base de operaciones: cocina. Repito. Nueva base de operaciones: cocina. Cambio.

Con el rostro bañado en lágrimas, Olga sonrió a Fernando sin dejar de abrazarlo. Luego se desasió y le dijo a su hijo mayor que estaba bien, que no se preocupase. Fernando la miró con desconfianza y, solo cuando Olga se lo repitió, abandonó el salón con su regalo sin desenvolver en la mano. Fue verlo marchar y a Olga le arreció el llanto. Cerró la puerta y se sentó en el sofá, agarrotada, moviéndose levemente hacia delante y hacia detrás, con los ojos clavados en el perfume. No podía comprender por qué habían actuado así: cómo era posible que Eduardo no solo se hubiera atrevido a hacerlo, sino a tramar que la culpa recayese sobre Javier; cómo Adela, sabiéndolo

como lo debía de saber, siguió tratándola igual que siempre o incluso con mayor cercanía; cómo después, al intuir que ella sospechaba algo, había desaparecido tras hacerse la ofendida. No podía comprender por qué la habían invitado en verano a Punta Umbría. Y cuanto más pensaba en ello, más inexplicable le parecía que Javier hubiera permitido que Eduardo operase utilizando su firma. ¿Por qué, cuando lo descubrió, no lo denunció de inmediato? ¿Por qué disimuló, en cambio, e hizo como si no hubiera pasado?

Olga trató de aparentar normalidad durante las Navidades. Al fin y al cabo, no eran las primeras tras la muerte de Javier, y si el año anterior había intentado que se notara su ausencia lo menos posible, aparte del veto del club, no había motivo de cara a sus hijos para que no volviera a hacerlo. Pero en cuanto se quedaba sola o tenía un rato libre en el trabajo, no podía dejar de pensar en lo que cada vez estaba más segura de que había hecho Eduardo, y una mañana que se encontró sin compañía en la oficina del ayuntamiento, telefoneó al bufete laboralista que le había recomendado Marga. Era un despacho que trabajaba a veces para el partido y el sindicato. Por cómo la había escuchado y había asentido Marga, Olga dedujo que si no era conocedora de lo que estaba pasando, al menos parecía no cogerla por sorpresa, y eso le acrecentó la sensación de que todos sabían más que ella respecto a lo que le había ocurrido a su marido.

En un primer intento no contestaron a su llamada pero, un par de horas después, pudo hablar con una abogada con la que quedó a mediados de enero. La calidez sobria con la que la atendieron al otro lado del teléfono le dio buena impresión y contribuyó a disipar sus recelos. Además, en lugar de tener que ir ella a Huelva, que era donde se encontraba el bufete, la abogada a la que expuso su caso se ofreció a desplazarse a Riotinto. Al igual que en Nochebuena, Begoña llamó a última hora para excusarse por no pasar las campanadas con ellos; al parecer, unos amigos la habían invitado a una fiesta estupenda; y, como si tuviera que justificarse, prometió que iría después de Reyes. Sin embargo, a Olga, que su hermana viniese o dejara de venir le daba igual. Realmente no la necesitaba, e incluso acabó agradeciendo su ausencia porque así se encontró más cómoda con sus hijos, cocinando los platos que más les gustaban y quedándose con ellos toda la tarde acurrucada en el sofá, viendo una película tras otra.

Esa calma, esa reclusión voluntaria en la intimidad de su casa, la tranquilizó un poco y, de modo similar al día del Father Christmas, después de ver la cabalgata y de recoger caramelos y de que Pachi

llamase a los Reyes como si no hubiera descubierto nada, Olga le preguntó a Fernando si quería quedarse con ella para dejar preparados los regalos, y su hijo mayor asintió conteniendo a duras penas su entusiasmo. Olga le notó el orgullo de sentirse útil y de que su madre contara con él para cosas de adultos, y observó cómo aguardaba con disimulo a que sus hermanos se fueran a la cama. Tras comprobar que por fin dormían, bajó en calcetines la escalera y sonrió a Olga. «No hay moros en la costa», susurró. Y se pasó la hora siguiente montando los juguetes de sus hermanos, como había hecho siempre su padre, para que Pachi e Íñigo los encontraran bajo el árbol a la mañana siguiente.

Lo que Fernando no podía imaginar era que, una vez que acabaran y se fuesen los dos a la cama, su madre permanecería despierta haciendo tiempo hasta que él se durmiera. Olga se cercioró de que la respiración de Fernando se ralentizaba y se volvía más honda. Entonces le cerró la puerta y buscó, en los altillos de su armario, el último paquete. Aunque supusiese apretarse más el cinturón, lo había comprado apresuradamente cuando dejó a Fernando solo en El Corte Inglés, con la excusa de bajar los regalos al coche. Aquel día subió a toda velocidad a la cuarta planta, donde se encontraba la sección de tecnología, y después le costó mucho llevar la caja junto a las demás bolsas hasta el aparcamiento subterráneo. Era una cámara de vídeo VHS, algo que Olga sabía que Fernando deseaba profundamente pero que no se había atrevido a pedir, dadas las circunstancias. Sin embargo, ella había visto la publicidad y que podía pagarla a plazos.

Colocó con cuidado la caja en el salón, junto a la raqueta de tenis y los demás regalos. Luego se durmió pensando en la cara que pondría Fernando cuando, por la mañana, la encontrara.

12

Al consistorio no paraban de llegar reclamaciones sobre el procedimiento de venta de las casas. Unas demandaban una cuantía más baja, otras denunciaban agravios comparativos, e incluso había quienes consideraban que las viviendas debían ser cedidas gratuitamente. A Olga el precio de tasación le había parecido apropiado, si bien no estaba en condiciones de afrontarlo. Margarita Walker había elevado un escrito, firmado por otras familias de Bellavista, en el que pedía la libre concurrencia al concurso para que una misma persona pudiera optar a más de un inmueble. Por su parte, la empresa comenzó el año anunciando una nueva regulación de empleo. Pedro se presentó en el ayuntamiento y Olga lo escuchó discutir con Celia.

—¿Vosotros lo sabíais?

—¡No! —respondió Celia—. ¡Al igual que todos, solo conocíamos los rumores!

Había ido a avisarla, dijo Pedro, en un tono que Olga no se habría esperado jamás de él, desagradable e intimidatorio. Y a los dos días volvieron las pancartas a la plaza, aunque esta vez solo de Comisiones Obreras. Una mañana que Olga iba en coche al ayuntamiento, le cortaron el paso a la altura de Dirección y vio cómo la miraban desde la barrera que formaban los manifestantes. Era el mismo odio con el que habían insultado a su marido no hacía tanto, pensó Olga, que tuvo que aparcar el Panda allí y completar el trayecto a pie. En la oficina, no llevaba ni una hora trabajando cuando se levantó para ir al baño y oyó un rumor que venía de la calle. Se detuvo detrás de la puerta y escuchó: «¡Ni casas ni regulación! ¡Trabajo y dignidad! ¡Justicia para la mina y para la clase obrera!». Al salir del despacho vio a Antonio Rosas, a Marga y a Celia mirando por las ventanas que flanqueaban el balcón principal, ocultándose tras las cortinas. Afuera había un centenar de personas y, entre ellas, Olga reconoció a Pedro.

La gente gritaba al unísono, mostraba su indignación disciplinadamente. Formaban filas y, sobre todo las mujeres, se cogían del brazo en cadena. Olga se fijó en dos que estaban en primera línea. Le sonaban sus caras del pueblo, aquellos rostros que mezclaban el

pundonor con el enfado de forma indisoluble, aunque rápidamente comprobó que le resultaban conocidos porque fueron las que protestaron con más ira, a cuenta de la primera regulación, delante de su casa: Olga las estuvo observando entonces entre los visillos del recibidor y ellas se dieron cuenta quizás, porque empezaron a vociferar con mayor virulencia. Las dos llevaban puesto el mismo mono de trabajo y un casco de minero que les quedaba grande. Olga las miraba ahora también de modo furtivo, cuando un hombre con una gorra roja se adelantó, se agachó, manipuló una lata cilíndrica y, justo después de apartarse corriendo, sonó un estruendo que hizo vibrar los cristales.

Celia se retiró de la ventana y Olga fue tras ella. Entraron en el despacho y cerraron la puerta.

–¿Qué ocurre? –preguntó Olga.

–Es injusto.

–¿A qué te refieres?

–En parte llevan razón.

Olga se atrevió a decirle:

–El alcalde anterior se puso de su lado.

–Pero eso nos enemistaría con la empresa y perjudicaría la adjudicación de viviendas –negó con la cabeza Celia–. Ya hay suficiente tensión. Se trata de una liberalidad inoportuna. La compañía también ganaba algo. No comprendo por qué han elegido este momento.

Olga guardó silencio. Celia parecía confusa.

–Con la venta de las casas ganarán liquidez y reducirán patrimonio. ¿Quieres un café? –le ofreció a Olga levantando una jarra circular de la que salía humo.

–Gracias.

–Imagino que no puede ser de otro modo –prosiguió Celia mientras le servía.

–¿Qué quieres decir?

–La política... Ahí tienes azúcar y leche... Un juego de prioridades que nunca proporciona una satisfacción plena. Y eso es lo que Pedro no comprende. Él lo quiere todo, el máximo, inmediatamente –dijo Celia dándole la espalda.

Las dos se quedaron calladas.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

–Claro –respondió Celia sin darse la vuelta. Su voz se volvió de pronto reticente.

Olga dejó el café sobre la mesa.

–¿Por qué os divorciasteis?

–No estamos divorciados. –Celia se giró, aunque evitó mirar a Olga–. Nunca firmamos los papeles –rio forzadamente.

–No lo entiendo. Os seguís hablando. Tenéis un niño precioso. ¿Por qué no vivís juntos?

–¿Incompatibilidad de caracteres?

–No me lo creo.

Celia se sentó al otro lado de la mesa. Olga notó que se ponía tensa.

–Es de mutuo acuerdo. Pedro piensa que los socialistas solo contemporizamos. Para él, incluso el PCE ha traicionado a la clase obrera.

–Pero nadie se separa por eso –sonrió Olga.

–Nosotros, sí. Recuerda un detalle: recuerda cómo, aun siendo su amigo, culpó a Javier de los despidos; cómo hizo que recayeran sobre él las protestas. –Olga percibió que Celia había dudado antes de mencionar a su marido, que su voz se volvía insegura y que se ruborizaba un poco–. Para Pedro nada cuenta si se cruzan las ideas.

–La verdad es que nunca he percibido que sea así –dijo Olga mientras tomaba asiento–. Siempre he pensado que Pedro es un hombre razonable. El otro día me lo encontré en la plaza y me pareció tan atento como de costumbre.

–Claro.

–Me dio la impresión de que quería decirme algo y que al final prefirió guardárselo. Algo relacionado con Javier. No sé. Últimamente no hago más que darle vueltas.

–Me lo contó, sí.

–¿Lo ves? No os entiendo. ¿Se puede saber qué te contó?

–Que tuvo la sensación de que no sabías nada y que no se atrevió a preguntarte.

–¿Y qué es lo que se supone que tendría que saber?

–Que la empresa fue cómplice.

–¿Cómo dices?

–Ellos siempre supieron que Javier no cometió el desfalco.

–¿Qué? –Olga no se esperaba un giro tan directo en la conversación y sintió que le flaqueaban las piernas.

–No sé los detalles. Deberías hablar con Pedro. ¿Llamaste al bufete que te dijo Marga?

–¿Y tú cómo...?

Celia torció media sonrisa y se la quedó mirando.

–No me lo puedo creer. –Olga se ovilló como si le doliera el estómago–. Y qué más sabes –le devolvió la mirada a Celia con dureza.

–Pedro me comentó que, tras el cambio de comité de empresa, se

encontraron unos documentos que probaban que tu marido no desvió fondos.

A Olga todo le daba vueltas.

–Al parecer, la gente de Comisiones los puso en conocimiento de la empresa, pero estos los clasificaron inmediatamente.

–No puedo creerlo. Y ¿por qué nadie me lo había dicho antes?

Celia guardó silencio. Luego insistió:

–¿Has contactado entonces con el bufete?

–Sí.

–¿Y en qué habéis quedado?

–Tenemos una cita mañana.

–Habla con Pedro antes.

–No lo comprendo, de verdad. ¿Por qué...? –Olga se detuvo y cambió de pregunta–: ¿De quién se trata exactamente? Si no fue Javier... Dime lo que sabes, por favor.

Celia desvió otra vez la mirada.

–Solo son indicios, no es seguro.

–Te ruego que me lo cuentes.

–Quizás yo no sea la persona más idónea. Habla con Pedro.

–Se trata de Eduardo, ¿no?

–Él te dará más detalles.

–Pero ¿más detalles de qué? Y ¿por qué no me los dio el otro día?

–No vería que fuese el momento. –A Celia se le volvió a fruncir la comisura izquierda de los labios–. Pedro siempre tuvo una consideración especial contigo.

Olga fue a preguntarle qué quería dejar entrever, aunque se contuvo. Trató de decir lo mismo pero con otras palabras:

–Celia, ¿qué es lo que se ha interpuesto siempre entre nosotras? Me refiero a esta especie de frialdad que ha impedido que seamos sinceras la una con la otra. ¿Fue lo de aquel baile? Nunca pasó nada.

–Lo sé.

–¿Entonces?

–¿Cómo que entonces?

–Siempre he notado en ti como un recelo constante.

–Es difícil.

–¿Qué es difícil?

Olga la miró con expectación. A Celia parecía que le costaba hablar. Su gesto oscilaba entre la incomodidad y una mueca que daba la sensación de querer decir: «¿De verdad deseas oírlo de mi boca?».

–¿Recuerdas cuando íbamos a estudiar a tu casa –dijo tras un momento de silencio–, cuando tu padre nos ayudaba con las matemáticas?

–Los sábados por la mañana.

–Todo era ideal: tu madre nos recibía siempre elegante, tu padre rebosaba paciencia y encanto, tu casa parecía una mansión comparada con la mía. Sin embargo, no era envidia lo que sentía. Jamás tuve nada contra vosotros.

–Nosotros no lo hacíamos para presumir –se sonrojó Olga.

Pero Celia prosiguió como si no hubiese dicho nada.

–Era algo más genérico, más impersonal, una rabia que iba más allá de nosotras.

–No sé qué quieres decir.

–Aunque vosotros me trataseis con amabilidad, representabais todo lo que en este pueblo ha hecho que unos vivan muy bien y otros, a duras penas.

–Pero nosotros... Eso que dices... –Olga no salía de su estupor.

–No creo que llegues a comprender el desdén y la arrogancia con la que nos ha tratado Bellavista.

–No estoy de acuerdo.

–Ya me lo suponía.

–No, lo que ocurre es que yo no veo que sea como dices. Hablamos de personas concretas, no puedes generalizar de esa manera.

–No lo asumes, no lo quieres reconocer. Tú sabes igual que yo que la gente de Bellavista nos habéis mirado siempre por encima del hombro, cuando no tratado a patadas directamente. Pero los tiempos cambian.

–¿Y por qué me incluyes a mí? ¿Por qué sigues hablando con ese resentimiento? Ya no estamos en el instituto.

–En Bellavista hay otra forma de hablar y hacer las cosas, ¿no?

–Y tú te estás equiparando.

–No me hagas reír.

–Lo que menos entiendo es que, si de verdad crees que yo soy igual, ¿por qué me recomendaste para este trabajo?

–Por Javier.

–No lo comprendo.

Celia había desviado la cara y, cuando miró de nuevo a Olga, le brillaban los ojos intensamente.

–Javier apoyó desde dentro las posiciones de la UGT. Fue un compañero leal y comprometido.

–¿Solo por eso?... Quiero decir: ¿solo lo hicisteis por él? ¿En ningún caso valorasteis lo que yo pudiera aportaros?

–Por él y porque todo el mundo merece una segunda oportunidad, sí.

–Dios mío, Celia. ¿Por qué siempre te ha gustado decirle a la gente

lo que tiene que hacer, lo que está mal y lo que está bien, darle a cada uno lo que tú crees que merece? ¿No te das cuenta de que esa es otra forma de mirar por encima del hombro?

Esa misma tarde, Olga llevó a los niños a merendar a casa de Pepita y se acercó a hablar con la madre de Trini. La mujer la recibió en la puerta, sin invitarla a pasar, con más desconfianza que la primera vez si cabe.

–No sé nada.

–Creí que se pondría en contacto con usted –le sonrió Olga.

–Y yo con usted.

–A casa no me ha llamado y, que yo sepa, al ayuntamiento tampoco.

–A estas alturas, habrá cometido ya una desgracia.

–¿Han hecho algo por saber de ella? ¿Han intentado buscarla?

–¿Y cómo quiere usted que vayamos a buscarla?

Olga se ofreció a la madre de Trini de un modo explícito, por si necesitaba algo; pero como la mujer seguía mirándola con suspicacia, no insistió demasiado. Además, una parte de sí deseaba que todo terminara de esa forma, sin verse más concernida ni tener que involucrarse hasta el fondo. Porque ella no podía abarcarlo todo, le dijo a Pepita a la vuelta, después de que le preguntara si le preocupaba algo. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Debía continuar estudiando para las oposiciones y, al día siguiente, había quedado con la abogada del bufete. Estaba dispuesta a que reabriesen el caso de Javier hasta donde hiciese falta. Y no tanto por el dinero, sino para terminar de una vez con los rumores. Con su sueldo de auxiliar administrativa podían tirar de momento, aunque no diera para comprar la casa; ahí no radicaba el problema. Lo que Olga quería, por encima de todo, era que la empresa reconociese la inocencia de Javier y obrase en consecuencia.

–Y dice usted que su marido delegó la firma de las operaciones de aprovisionamiento en el señor... –La abogada bajó la mirada para consultar las notas que había estado tomando–. Solís. Eduardo Solís Hernández, ¿no?

–Así fue –respondió Olga frunciendo los labios.

–Ajá.

–¿Perjudica eso?

–Podríamos convenir en que no fue una acción acertada.

–Comprendo.
–Su marido rozó incluso la negligencia gestora. Pero todo lo que hizo fue legal y no justifica los actos ilícitos cometidos en su nombre.
–¿Podría entonces probarse?
–Ahí está la clave. Que su marido decidiera además tapar el desfalco con su propio dinero tampoco es muy normal.
–Ya...
–Esas prisas por vender el piso de la playa... Todo hace indicar que ocultaba algo...
–Eso mismo pienso yo.
–Pero intentaremos probar su buena fe y su lealtad respecto a la empresa.
–¿Cómo?
–Nos falta información. Seguramente habrá cosas que no sepamos.
–Hay alguien que quizás sepa más.
–¿Quién?
–Un sindicalista.
–Pues hable con él.
–No es tan sencillo.
–Cualquier detalle podría ser importante.
–No sé si sería buena idea. Javier y él acabaron enfrentados.
–Pues entonces no lo haga.
La abogada escribió en su agenda todo lo que Olga fue capaz de poner en pie, y le aseguró que haría cuanto estuviese en su mano. Era una mujer austera, segura de sí misma, como a Olga le gustaban las personas, sin demagogia ni egocentrismo. Estuvieron trabajando casi dos horas en la mesa del salón. Olga le ofreció té y se bebieron dos tazas cada una. Luego llegaron los niños de la calle, asomaron la cabeza por la puerta y Olga se los presentó de manera breve.
Para empezar era suficiente, dijo la abogada antes de marcharse. Le informó del requerimiento que pensaba dirigir a la empresa. No podía prometerlo al cien por cien, añadió mientras se despedían en la puerta, pero en su opinión tenían posibilidades no solo de recuperar el dinero de su marido, sino de lograr una indemnización por daños y perjuicios.

Begoña no llegó hasta finales de enero y ante la insistencia de los niños, que habían perdonado o ya no recordaban cómo había faltado a su promesa de pasar con ellos las Navidades, acabó quedándose unos días. Sin embargo, lejos de reproducir las tiranteces del verano, Olga reparó en lo que había observado de manera incipiente cuando

estuvieron en Sevilla y que había olvidado al hablar con ella por teléfono de sus fiestas: una flexibilidad inaudita en su hermana pequeña, un velo de madurez que parecía volverla más pausada y menos veleidosa que de costumbre. Era como si al romper con Toni, hubiese madurado y no estuviera tan sujeta a los impulsos de cambio que le provocaba su propio tedio. La ayudó a preparar el rosbif de la misma forma que lo hacía su madre, picando el relleno con el huevo duro y el perejil aparte e inyectándole el vino con una jeringuilla. Y durante la cena se mostró más cariñosa que nunca con los niños, a quienes trajo una exageración de regalos.

–Me he dado cuenta de que he malgastado mi juventud yendo siempre de un sitio a otro –le confesó a Olga mientras fregaban juntas después de que los niños se hubiesen acostado y ella subido a dormirlos–. Queriendo lo que en cada momento no tenía.

–¿Y por qué piensas eso? –le respondió Olga sin levantar la vista de la mancha oscura del fondo de la olla que restregaba fuerte con el estropajo.

–No lo sé. Es como si de repente hubiera despertado de un sueño y descubierto que no tengo nada.

–No digas eso, Bego. Aún eres joven. Y nos tienes a nosotros. Somos tu familia.

–Yo nunca he querido tener hijos, pero hace un rato, mientras le leía el cuento a Íñigo, he pensado que quizás me haya equivocado.

–Tener hijos es estupendo. Sin embargo tú has llevado la vida que has querido y, en contra de lo que te diría cualquier madre, yo no creo que los niños sean una garantía de nada, ni de infelicidad ni de dicha. Se puede tener una vida plena sin hijos, depende de cómo te la tomes. Además la crianza es dura y, tengan la edad que tengan, siempre acarrean preocupaciones. ¿Tú sabes desde cuándo no hago yo algo completamente sola?, ¿algo para mí que me guste?, ¿lo que me dé la gana?

–¿Estás tratando de disuadirme porque me ves mayor?

–¡No! Ya te he dicho que eres joven. Pero no tienes pareja, ¿no?

–Tampoco es imprescindible.

–Pero tener un hijo sola debe de ser difícil.

–Tú lo estás haciendo.

–Pero mi caso es distinto.

–¿Ves como estás tratando de disuadirme?

–No, lo único que quiero es verte feliz.

–Ya, estupendo.

–En serio. Hagas lo que hagas estará bien. Y tendrás mi apoyo.

Olga pensó que su hermana le soltaría algo así como que ella

siempre había sido doña perfecta, siempre había tenido las cosas claras y siempre había juzgado su forma de vivir. Sin embargo, Begoña asintió pensativa y se limitó a musitar:

–Gracias.

Y al día siguiente, después del almuerzo, se ofreció a quedarse con los niños para que Olga pudiese hacer lo que quisiera.

–Pero aquí no hay nada interesante.

–Pues vete a dar una vuelta –replicó Begoña con determinación–. Date un paseo sola y piensa un rato en tus cosas.

Prácticamente la empujó a la calle. Olga se puso el abrigo y una bufanda, cogió el bolso y fue andando hasta el cine por detrás del campo de fútbol. Hacía frío y el cielo estaba encapotado. Al principio no le fue posible pensar en nada, de tantas cosas como tenía pendientes. Debía ir a la peluquería. Y, en caso de que decidieran readmitirla, darse de baja en el club definitivamente. Lo sentía por Fernando y sus clases de tenis, ahora que le había comprado una raqueta nueva. Pero no podría seguir yendo a un sitio en el que la habían humillado de aquella forma. Tampoco tenía claro si comprar o no la casa. Quizás podría pedir una hipoteca. No obstante, dudaba por primera vez de que Bellavista fuera el sitio adecuado. Que ella hubiese sido feliz allí no garantizaba que pudieran seguir siéndolo. Porque, aunque el comportamiento de quienes vivían en el barrio inglés parecía el mismo de siempre, todo había cambiado y ya nada volvería a ser como antes.

A la derecha dejó el bar Eugenio, adonde iban antes de que nacieran los niños. Luego bajó por el lado contrario del Paseo del Chocolate, en dirección al Hogar del Pensionista. Sin embargo, no quería pasar por el quiosco del Carcamero. Entonces escuchó la música y, de manera instintiva, giró de nuevo a la derecha. De lo que había sido el antiguo instituto, donde ella había estudiado con Pedro y con Celia, le llegaba un conjunto amortiguado de voces:

Duérmete, niño,
duerme, mi alma;
duérmete, lucerito
de la mañana.

Aunque Olga no la había escuchado nunca, sabía que en el pueblo había una coral que ensayaba allí. La música sonaba más alta conforme se iba acercando. La melodía y las voces armonizadas tiraban de ella. Llegó hasta el local pero le dio vergüenza entrar al ver la puerta entornada. En cambio, descubrió que una de las ventanas

estaba abierta y, si se colocaba en un lateral, podía ver al director y parte del coro sin que ellos la vieran.

Nanita, nana,
nanita, nana...
Duérmete, lucerito
de la mañana.

La música se le fue colando dentro y Olga notó que la limpiaba y la ensanchaba. Era una atracción plena que la hizo suspirar y llenar los pulmones del aire de la tarde. ¿Desde cuándo no sentía con aquella intensidad las posibilidades de la vida? La canción se iba aproximando a su fin y hubo un instante en el que Olga lo vio todo claro. No compraría la casa, no; compraría otra, pero no en Bellavista. Y en cuanto pudiera hacerlo, preguntaría en la coral si aceptaban nuevas incorporaciones.

La noche antes de irse, Begoña se quedó también hablando con Olga en el salón, después de dormir a los niños, frente a la chimenea. Olga se sintió relajada y decidió contarle lo de Javier a su hermana. Seguía haciendo frío, y las dos se cubrieron hasta el cuello compartiendo la colcha amezclillada del sofá y la ropa de camilla. Afuera llovía y el fuego les arrebolaba la cara.

–Y dices que puso el dinero de su bolsillo –repitió Begoña sin dejar de mirar la lumbre.

–Te parece raro, ¿no?

–Un poco sí, la verdad.

–Ya.

–Es extraño.

–Tan listo para unas cosas y no previó que pudiera volvérsele en contra –dijo Olga.

–¿Qué opina la abogada?

–Desde el principio lo ha visto difícil, pero me dio esperanzas.

–¿Ya no?

–Ahora creo que no lo ve tan claro. Al parecer, la empresa no reconoce ese trasvase de movimientos.

–Joder...

Ambas guardaron un instante de silencio.

–Javier siempre fue un idealista –dijo Begoña.

–Un idealista que vendió el piso de la playa sin consultarme y me dejó sin dinero.

Olga se dio cuenta de que era la primera vez que se permitía hablar así de su marido. Sin embargo, había recuperado con su hermana una confianza que no tenían desde niñas, cuando Begoña no se podía dormir y hacía todo tipo de preguntas con la luz apagada.

–Él no podía saberlo –dijo Bego.

Olga permaneció callada.

–Tómatelo como la prueba definitiva de su carácter. Yo no he conocido a un hombre más cabal que él. Más honesto.

–A veces no era fácil –dijo Olga.

–¿A qué te refieres?

–A sus cambios de ánimo. Nos condicionaba a todos.

–Pero eso debió de ser por la presión que tuvo que soportar desde el principio. Primero, casándose con la hija del director: la nieta de míster Brown, nada menos. Después, por tener a mamá como suegra. Y, por último, por sus problemas en el trabajo.

–Fue demasiado confiado –sonrió Olga.

–¿Tú crees?

–Incluso conmigo. No creo que jamás se planteara si yo estaba bien así o no.

–¿Así cómo?

–En casa.

–¡Pero si erais la pareja perfecta!

–Qué va.

–¿Cómo que no? Dabais envidia. Los dos tan guapos, tan altos, tan rectos. Con esos niños tan monos. Parecíais una familia de revista.

–¿Como la que hacíamos nosotras con papá y mamá?

–No puedes compararlo. La nuestra solo era fachada, la vuestra parecía de verdad.

–¿Fachada? ¿Por qué dices eso?

A Olga le vino la imagen del papel estampado con ositos que cubría las paredes de la habitación que compartieron su hermana y ella, y se apresuró a añadir:

–Yo fui feliz con papá y mamá.

–Tú siempre fuiste demasiado complaciente.

–No. Lo que ocurre es que cada uno es como es y hace lo que puede.

–Desde luego, mamá hizo lo que pudo para amargar a todo el mundo.

–Eso lo dirás por ti.

–Y por papá.

–¿Por papá?

–No sé cómo podía aguantarla.

Guardaron un lapso de silencio.

–De pequeña –dijo Olga–, temía que papá no regresara cuando llegaba tarde a casa.

–Pero siempre lo hizo. Yo me hubiese marchado.

–¿Crees que le fue infiel a mamá?

–No es que lo crea, estoy convencida.

–¿Y piensas que mamá era consciente?

–Por supuesto.

–¿Y cómo fue capaz de soportarlo?

–Parece que no la conocieras. Por orgullo. Por conservar su reputación. Por las apariencias. El divorcio no solo estaba prohibido, es que no entraba en su mundo. Recuerda cuando me separé yo. No escuchaba mis razones. Ella prefería mirar para otro lado. Lo sabía pero hacía como que no. Así, al menos, funcionaban de algún modo. Ella conservaba lo que era suyo y a papá le daba oxígeno.

–¿Crees que fue infeliz?

–¿Quién, papá?

–Sí, bueno... Los dos.

–Él, no creo. Ella, no sé. De todas formas, no entiendo cómo puedes seguir hablando de felicidad o infelicidad así, en términos absolutos.

–Las cosas son más fáciles de lo que parecen. ¿De qué sirve que las compliquemos?

–Yo creo que mi incapacidad para tener relaciones estables viene de papá. Quiero decir, que cada vez que me surge un indicio de desavenencia o aburrimiento me acuerdo de él y me entran ganas de salir pitando. Si algo he tenido claro desde que era niña, es que mi vida es solo mía y que yo no pertenezco a nadie.

–Por supuesto. Pero luego conoces a la persona adecuada y todo es más relativo. Renuncias de manera natural a cosas para preservar un espacio compartido. Creas algo que es de los dos y te sientes incumbida.

–El matrimonio.

–El matrimonio, sí. Llámalo como quieras. Un proyecto de vida con otra persona.

–Creo que yo nunca he llegado a eso.

–Pues quizás deberías intentarlo.

–Deja que te haga una pregunta y prométeme que serás sincera.

–Adelante.

–¿Tú fuiste feliz con Javier?

Olga se giró para mirar a su hermana como si hubiera dicho algo espantoso.

–¡Sí, claro que sí! ¿Por qué me lo preguntas?

13

El director le midió la voz junto al órgano, en un descanso, mientras los miembros del coro fumaban, charlaban en grupos o tomaban algo en la barra que había a la entrada del local de ensayo. Olga fue la primera sorprendida al escucharse ascendiendo por la escala de notas. Hacía mucho que no se oía cantar y comenzó con un tono frágil, tembloroso, que se fue haciendo cada vez más firme y agudo. El director, que se llamaba Juan Miguel, le preguntó si había cantado antes, y Olga respondió que no pero que había estudiado solfeo y piano, hacía mucho tiempo. Además tenía oído, le dijo Juan Miguel, quien la informó de que, aunque hablando su voz pareciera grave, debido a la capacidad de llegar a las notas más altas su tesitura era la de soprano. Le comentó también que tenía un timbre muy bonito y gusto para cantar. Luego le sacó una carpeta negra de un armario y le entregó las partituras de las canciones que estaban ensayando.

Entre otras, se encontraba la nana que ella había escuchado por primera vez desde la ventana, sin que nadie la viese, y una habanera sobre un barquito de sal con la que, por lo visto, habían ganado un premio en el festival polifónico de Torrevieja. También había villancicos y canciones populares, el *Ave María* de Victoria y una pieza corta de Mozart. Si bien las primeras veces Olga apenas bisbiseaba la letra, tratando de leer la música al mismo tiempo, al cabo de poco empezó a cantar con confianza todas las composiciones. Le gustaba elevar el tono mezclándose con el sonido de las voces, pendiente solo de los movimientos de manos del director, de las entradas y los silencios, del contrapunto y la armonía cuando cantaba al unísono el coro entero. Le gustaba cantar porque siempre había amado la música y porque, haciéndolo, se sentía tan reconfortada como si gritase en un bosque o corriese por la playa. Limpia y oxigenada. Vacía de cuanto pudiera aplastarle el pecho. Además, diluida en el grupo musical, podía ser ella misma y pasar desapercibida, dejarse llevar y permanecer invisible, dar rienda suelta a cuanto decían las melodías en su interior. Y aquella suerte de instinto le producía una agradable sensación liberadora.

En los intermedios, sin embargo, Olga aguardaba sentada sola,

repasando las partituras, pues aunque conocía de vista a algunos de los miembros de la coral, no tenía confianza con nadie. Hasta que una tarde se le acercó Tere y le presentó a un grupo de mujeres que la acogió amablemente. Solían arracimarse en la misma escalinata sobre la que ensayaban, y allí fumaban y comían frutos secos mientras hablaban de manera bulliciosa. Durante las primeras semanas, Olga no participó casi de las conversaciones: de forma recurrente, no solo cuando iba a la coral, se preguntaba qué pensarían de ella en el pueblo, teniendo a tres hijos a su cargo y dedicando su tiempo a cantar en un coro de aficionados. Pero aquellas mujeres que formaban parte del orfeón parecían no juzgarla. Aunque ninguna diera muestra de desavenencia u hostilidad, Olga estaba segura de que conocían sus pormenores. Y eso precisamente ayudó a que poco a poco confiase en ellas.

–Pues ayer mi marido fue a por la escritura –dijo una tarde Dori.

–El mío fue la semana pasada –repuso Tere.

–Y tú, ¿vas a comprar la tuya? –le preguntó Manoli, que cuando cantaban se situaba a la derecha de Olga, con las contraltos.

–Más o menos –dijo Olga, y como su turbación fue interpretada por las demás como un síntoma de pena relacionado con la viudez, ninguna quiso indagar más.

Sin embargo, lo que ocultaba aquel sonrojo no tenía que ver con lo que sospechaban sus nuevas amigas. En efecto, después de consultarlo por teléfono con su hermana y gracias a su ayuda económica, Olga había decidido al final comprar la casa; pero después de dejarse convencer por las razones de Begoña, que estaba más acostumbrada que ella a ese tipo de asuntos, también había concluido venderla a precio de mercado en cuanto le fuera posible. Begoña creía que lo mejor era que la revendiese, opositara para la Junta de Andalucía en lugar de para el Ayuntamiento, y se mudase a Sevilla. Y ella no se lo había contado a nadie, menos aún a sus compañeras de trabajo, porque sentía que en el fondo las estaba traicionando, pero también por si ponían algún tipo de impedimento.

–No me puedo creer que vayas a hacer eso –la reconvino Antonio Rosas en cuanto lo supo.

Le había preguntado directamente y, tras cierta vacilación inicial, Olga decidió no ocultar más sus verdaderas intenciones.

–Y ¿por qué no? –sonrió.

–Porque es una especie de fraude. Imagínate que todo el mundo hiciese lo mismo.

–Pero no es ilegal, ¿no?

–Supongo que no, no. Una vez que haya terminado el

procedimiento, no creo que haya ningún problema.

–Entonces, podría venderla.

–Sí, y ahora veo que fue un error no contemplarlo. Deberíamos haber establecido un tiempo para la reventa, como en las viviendas de protección oficial.

–Pues es algo evidente. ¿De verdad crees que seré la única? Así, al menos, impediré que alguien compre ahora más de una.

–¿Qué quieres decir?

–Es el objetivo de Margarita Walker. Comprar en condiciones favorables mi casa para después revenderla o alquilármela a un precio ordinario.

–Pero ¿tú no decías que querías seguir viviendo en Bellavista?

–Digamos que he cambiado de opinión.

–Prométeme al menos que esperarás unos meses, hasta que pase todo.

–Y tú, que no se lo dirás a nadie. De Marga y Celia me encargo yo.

Lo llevaba como un secreto que le producía a la vez ilusión y recelo, porque no las tenía todas consigo. Lamentaba que su decisión hubiese contrariado a Antonio y temía la reacción de Celia y Marga, que tal vez nunca pensó en serio que ella se atreviera a presentarse a las oposiciones de la comunidad autónoma. Sin embargo, ¿qué mal hacía revendiendo la casa? Si era legal y no había perjudicados, ¿a qué tanta suspicacia? La abogada le había devuelto al fin la llamada, después de que Olga la telefoneara varias veces y no pudiese hablar con ella, y le había confirmado lo que Olga se figuraba: que, al no haber prueba documental que acreditara los ingresos que había hecho Javier para tapar el agujero de su departamento, Río Tinto Minera no estaba dispuesta a admitir ninguna deuda o reparación al respecto. Olga le recordó lo que le había dicho Celia sobre el informe declarado confidencial y, tras disculparse por haberle generado expectativas, la abogada le explicó que una empresa privada no podía declarar jurídicamente confidencial ningún documento, que la mayoría de las veces no era más que un eufemismo que disimulaba su destrucción, y, adelantándose a cualquier otra réplica de Olga, le recomendó que no insistiera, pues se vería inmersa en un proceso imposible que acabaría perjudicándola. Así que esperaría un año, decidió Olga, el tiempo que le quedaba a Fernando para entrar en el instituto. Y con el dinero de la reventa, se compraría un piso en Sevilla. Lo había consultado con los niños y estaban de acuerdo; los tres veían el hecho de trasladarse a la ciudad como una aventura excitante. Y eso era lo que a ella le daba

más fuerzas: saber que sus hijos tendrían un futuro mejor y que no se sentirían tristes por abandonar Riotinto.

Entretanto llegó la primavera y Olga no faltaba a ningún ensayo. Dejaba a los niños solos con Fernando, y a veces se llevaba a los dos pequeños o se los acercaba a Pepita. A Pachi y a Íñigo les gustaba ir a la coral porque, mientras los adultos cantaban, ellos podían jugar libremente en la calle con los otros niños. La mayoría de las madres de la edad de Olga se traían a sus hijos al ensayo, y merendaban allí y después se ponían a corretear y a hacer travesuras por los alrededores del quiosco del Carcamero. Por su parte, a Olga acudir a la coral le daba la vida, puesto que mientras cantaba dejaba de pensar y eso era justamente lo que necesitaba: dejar de darle tantas vueltas a todo. Allí solo la conocían de manera superficial y reciente, y ella tampoco sabía mucho de nadie ni de la formación del coro. Por eso, cuando una tarde lo vio, pensó que habría venido a hablar con alguien o a tomar una copa.

—¿Y ese qué hace aquí? —se le escapó mientras aceptaba las pipas del paquete que le tendía Dori.

—¿Te refieres a Pedro?

Olga salió de su ensimismamiento y dejó la pregunta de Dori sin respuesta, arrepentida de la expresión tan desinhibida y desdeñosa que había utilizado para preguntar por él.

—Hacía mucho que no venía —dijo Tere—. Como siempre está liado con el sindicato y las huelgas...

—La última vez discutió con Juan Miguel —dijo Manoli—. A cuenta de lo de las casas. Pedro estaba en contra de que las compráramos, pero aquí casi todos lo hemos hecho.

—Entonces ¿Pedro pertenece...? —empezó a preguntar Olga.

—¿Que si forma parte de la coral? —la interrumpió Tere—. Te diré —sonrió—... Él es uno de los miembros más antiguos. ¿No lo sabías?

Olga negó sacudiendo la cabeza y volvió a recluirse en sus pensamientos. Cuando Juan Miguel tocó las palmas para que la gente regresara al ensayo, Pedro pasó cerca de Olga y la saludó con un gesto. Ella se estremeció y estuvo todo el tiempo alerta, descentrada, controlando la presencia de Pedro con el rabillo del ojo. Se situaba entre los bajos, en diagonal respecto a donde se colocaba Olga, que debía ladear la cara un poco a la derecha para que entrase en su ángulo. Cada vez que lo hacía, temía que él se diese cuenta y perdía el hilo de la canción. Pedro se le acercó a la salida.

—No sabía que te hubieses apuntado a la coral.

–Ni yo de tu afición por la música.

–¿Quieres que te lleve a casa?

–No, he traído mi coche.

Y Olga se adelantó sin despedirse.

¿Por qué había sido tan desconsiderada?, se preguntó más tarde en la cama, cuando ya se había acostado y no podía conciliar el sueño. Él no tenía culpa, al revés, siempre había sido cordial y discreto con ella. Sin embargo, a Olga no le había gustado que se dirigiera a ella con esa confianza porque, durante el breve instante en el que intercambiaron unas palabras, tuvo la sensación de que todo el mundo los miraba. No obstante, en el siguiente ensayo nadie le preguntó nada, e incluso vio que su grupo de amigas aceptaba de la forma más natural que ella y Pedro se conocieran. Él, en cambio, no acudió en toda la semana. Durante ese tiempo, Olga pensó en Pedro de manera insistente. Luego, cuando él volvió y se vieron obligados a coincidir, hablaron un poco más, unas veces solos y otras junto a algunos compañeros del coro. No fue hasta una tarde templada de abril en la que Olga fue andando al ensayo cuando, al acabar, Pedro se ofreció de nuevo:

–Veo que hoy no te has traído el coche. ¿Quieres que te acerque?

Olga reparó en que el aire olía igual de dulce que aquella noche en la que salió del cine con Javier y, después de que Celia le presentase a Javier a Pedro, fueron a tomar algo los cuatro allí cerca, en el bar Eugenio. Era una mezcla de azahar y gramíneas, combinada con el frescor que venía de los pinos y eucaliptos. Y si bien le hubiera gustado disfrutar a pie de ese perfume, aspiró hondo y accedió a la propuesta.

–De acuerdo, gracias.

Aunque los miraran y murmurasen a sus espaldas, quizás no tuviera tanta importancia. Sin embargo, permaneció callada durante el trayecto. Pedro solo le preguntó si le gustaba la coral y ella asintió, sin girar la cabeza ni apartar la vista de un horizonte que estaba mucho más allá de lo que podía ver tras la luna del coche.

–¿Te ocurre algo? –le preguntó Pedro en cuanto detuvo el motor frente al jardín trasero de Olga.

–Estoy pensando revender la casa –dijo de pronto, casi con brusquedad.

Pedro sonrió.

–¿Te parece mal? –preguntó ella.

–No me parece bien ni mal.

–¿Por qué?

–Por qué qué.

–Por qué no te gusta lo de la venta de las casas.

–Porque creo que es una manera de callarle la boca al pueblo, pan para hoy y hambre para mañana. De echar tierra sobre las heridas.

Olga guardó silencio de nuevo.

–Quiero decir –trató de matizar Pedro–, que con la venta de la vivienda se satisface a quienes se la puedan pagar y olvidan a los regulados. Se cambia de tema. Y, de camino, alivian las deudas de la empresa. Lo mismo de siempre. Cuestión de estómagos agradecidos.

–Pero mi caso es distinto.

Pedro fue a agregar algo y se contuvo.

–Lo que ocurre es que, para dar el paso definitivo, necesito saber –añadió Olga–. Desde el día que hablé contigo en la puerta de la plaza no hemos coincidido... Y como me dijiste que ya hablaríamos...

Estaban los dos dentro del Seat gris de Pedro, como si fueran veinte años más jóvenes. Olga tampoco había vuelto a hablar ni a encontrarse con Adela; ni había querido preguntar por ella; únicamente había visto alguna tarde a Pablo por las pistas de tenis y oído a Fernando que se marchaban los fines de semana a Punta Umbría. Pedro bajó la ventanilla y le ofreció un cigarrillo. Olga rehusó. Él se encendió uno.

–Saber y que se sepa, ¿no? –dijo tras darle la primera calada.

–¿A qué te refieres?

–Para que quede limpia la imagen de tu marido es necesario que se ensucie otra.

–¡No!

–Es así, y de ese modo tú tendrías la conciencia tranquila para revender la casa.

–¿De verdad crees...? –Olga cogió su bolso en un amago de salir del coche–. Quién me manda a mí contarte...

–Espera. –Pedro la sujetó del brazo–. ¿Qué es lo que quieres saber?

–Qué fue lo que sucedió exactamente. Qué implicación tuvo Eduardo. Por qué Javier lo protegió o la empresa no quiso intervenir en el asunto.

–¿En serio me estás diciendo que tu marido no te contó nada?

Olga apretó las comisuras de los labios en un gesto de contrariedad y orgullo.

–Si lo hubiese hecho, no te lo estaría preguntando.

–En cuanto a Eduardo, lo raro en efecto es por qué le cubrió las espaldas. Por qué no dejó que cayera por sí solo. ¿Tanta amistad tenían? Porque si esa es la realidad, no entiendo cómo no se dio cuenta antes.

–¿Qué quieres decir?

–Como imagino que sabrás, la empresa estaba dividida en tres

grandes subdirecciones: la de producción, la de transporte y mantenimiento, y la de personal. Javier ocupó muy pronto la primera. Él no lo quería reconocer, pero yo sé que vino de Madrid con esa expectativa, y los meses que estuvo trabajando como supervisor de voladuras solo fue un periodo de aprendizaje. Porque cuando Río Tinto Minera acabó absorbiendo a Patiño, la nueva dirección le propuso ocuparse de las otras dos subdirecciones, fusionándolas en una. Pero Javier era sobre todo un ingeniero brillante, no un gestor, e imagino que no le agradaría dejar producción para hacerse cargo de material y contrataciones.

–Así fue.

–Eduardo pasó entonces a ser su mano derecha. Y no tanto porque tuviera en él verdadera confianza, creo yo, sino por necesidad: porque Eduardo conocía mejor que él esos departamentos, principalmente el de mantenimiento. De esta forma, empezó a delegar. Eduardo fue nombrado jefe de recursos y transportes, y Javier se centró más en personal, aunque el resto también dependía de él directamente. Pero desde que se planteó la regulación de empleo, en la práctica lo dejó en manos de Eduardo. Y mientras él negociaba el expediente con nosotros, y se peleaba con la empresa para que el número de regulados fuera el menor y su selección lo más objetiva posible, Eduardo tuvo carta blanca para hacer con las partidas de repuestos y transportes lo que le dio la gana.

–¿Entonces no crees que Javier confiase en él plenamente?

–Pues no lo sé. Desde luego, si lo hizo, no debería haberlo hecho hasta ese extremo. En la empresa se sabía que Eduardo andaba metido desde hacía tiempo en chanchullos con las ruedas de los volquetes. A lo mejor se compraban diez y llegaban nueve. Y lo mismo con otros materiales. Algo difícil de probar, porque los agujeros no quedaban registrados en los balances. Sin embargo, cuando Javier decidió centrarse en los recortes de plantilla, Eduardo comenzó a hacer lo mismo con las contratas de transporte: si tú destinas una partida para arrendar diez camiones pero solo se arriendan ocho, o nueve, ¿adónde va la diferencia? En una empresa, el puesto con más tentaciones es el de un cargo intermedio. No digamos ya si se convierte en intermediario de transacciones. Si parece que lo que haces no es por propia voluntad, sino porque te lo mandan desde arriba.

–¿Y en qué consistía el documento que encontrasteis y que probaba que Javier no tuvo que ver con eso?

–Era un contrato de arrendamiento de camiones *dumper* firmado por Javier el día después de su muerte.

–¿Cómo?

–Ahí nos dimos cuenta de que Eduardo había estado firmando como Javier y que, además, derivaba dinero para su beneficio. Tendría preparado el contrato desde antes del accidente pero le convendría que su fecha fuera posterior y, entre el barullo que tuvo que formarse cuando Javier lo descubrió y el impacto de su muerte, se olvidaría o no pudo cambiarlo.

–Pero ¿por qué Javier se dio tanta prisa en taparlo? Vendió el piso de la playa en un santiamén, sin decirme nada.

–Hasta ahí no llego. Lo que sí puedo decirte es que Javier se significó cuando la regulación de empleo. Aunque siempre barrió para la UGT, en el plano profesional fue un tío honrado. Se partió la cara por defender algunas de las reivindicaciones de los sindicatos. Y eso, en la empresa, no se lo perdonaron.

–Ni tú tampoco.

–Yo lo defendí ante los míos, aunque hubo cosas en las que evidentemente no podíamos estar de acuerdo. Y luego está el lado personal...

–Celia dice que tú le echaste a la gente encima.

–No todo lo que afirma Celia es cierto –contestó Pedro de inmediato.

Olga no supo qué decir.

–Tengo la certeza de que la empresa tuvo en cuenta que Javier colaborara con los sindicatos –prosiguió Pedro–. Creo incluso que, aunque él no llegase a saberlo, ya habían decidido echarlo y sustituirlo por Eduardo, que siempre ha estado medrando, consiguiendo las contratas más favorables para la compañía, abaratando costes mientras se llenaba los bolsillos.

–¿Y eso cuánta gente lo sabe?

Pedro se alzó de hombros.

–En el comité de empresa se sabe, y ya conoces este pueblo...

–¿Y no habéis pensado hacer nada al respecto?

–Y qué quieres que hagamos.

–Ese contrato que visteis demuestra que quien adulteró esas contrataciones no fue Javier, sino Eduardo.

–O no.

–¿Cómo que no?

–También pudo haber sido Javier.

–¿Cómo? ¿Resucitando?

–Pudo haberlo dejado firmado de antemano.

–¡Venga ya! Tú sabes que no fue así.

Pedro volvió a encogerse de hombros.

–Lo que no alcanzo a comprender –continuó Olga– es por qué no

emprendéis acciones legales contra él, por qué no lo denunciasteis ante la empresa.

–Y ¿crees que no lo hicimos? Lo pusimos en conocimiento del nuevo director. Eduardo tiene mucha información, y quizás sepa algo que Río Tinto Minera no quiere que se haga público. Además siempre ha defendido los intereses de la compañía, incluso cuando lo de las regulaciones, diferenciándose de Javier a sus espaldas. No sé a qué acuerdo habrán llegado, pero te puedo asegurar que, si no lo han hecho ya, no van a despedirlo; y, menos, a demandarlo. Sin embargo, esta vez parece que han acusado recibo. Porque no sé si sabes que Eduardo ya no ocupa la subdirección que dejó Javier. Ha habido una reestructuración y lo han reubicado en un puesto más bajo. Apenas ha durado un año en el cargo que ambicionó tanto. Quizás se hayan dado cuenta por fin de su calaña.

–Gracias –dijo Olga antes de salir del coche–. Me parece que es suficiente.

Eligió un momento en el que Celia y Marga coincidieron en un despacho para contarles lo de la casa. Como no sabía cuál sería su reacción, Olga decidió no decirles aún lo de las oposiciones. Marga levantó la vista del informe que estaba consultando con Celia y se la quedó mirando muy seria, con sus ojos delicados. Dijo que si era lo que había decidido, hiciera lo que creyese oportuno; fríamente; como dando a entender que la venta de las casas no se había pensado para eso. Celia, por su parte, guardó silencio: ni siquiera desvió la mirada de la carpetilla que sostenía de pie, junto a Marga. Olga salió de allí con la sensación de deslealtad acentuada, y pensó que si aprobaba las oposiciones pediría Sevilla como destino y ya no tendría que deberle nada a nadie. Se sentó en su oficina a pasar a máquina el dosier mensual con las ordenanzas aprobadas y, en un principio, no oyó el sonido insistente del timbre del colegio. Con todo el lío de las manifestaciones por el desempleo y las viviendas, se había acostumbrado a trabajar con ruido de fondo, con barrenos y protestas continuas.

Pero no era normal que la sirena de la escuela sonase de aquella forma, aún era muy pronto para la hora del recreo. Desde el lateral del ayuntamiento que daba al parvulario, podía verse por la ventana la entrada del colegio. Olga se asomó y vislumbró a algunas madres que corrían hacia la puerta. Eso la sobresaltó. Bajó a toda prisa las escaleras y el municipal que estaba de guardia en la puerta le dijo que habían recibido un aviso de bomba en el colegio Virgen del Rosario.

Olga no se detuvo a preguntar por los detalles. Corrió cuesta arriba hasta el videoclub y bajó en dirección al mercado. En la puerta del aparcamiento se agolpaban una treintena de madres, varios abuelos y dos o tres padres. Los niños iban saliendo por la cancela y la mayoría comenzaba a correr en cuanto se veían fuera del recinto.

Un señor mayor, vestido con el formalismo con el que habían vestido todos los oficinistas de la compañía desde que el padre de Olga trabajara en Dirección, aseguraba que la bomba la habían puesto los de Comisiones Obreras. Entonces uno de los pocos padres que aguardaban la salida de sus hijos, un hombre con barba de aspecto abatido y descuidado, se volvió hacia él y le pidió que retirase esa calumnia. Una mujer gritó que aquello era una barbaridad, que la bomba la habían puesto los de la ETA. Olga reparó en que nadie prestaba atención a otro de los abuelos, que se preguntó en voz alta por qué iban a poner una bomba allí y si no sería una falsa alarma: a lo mejor se trataba de una broma de mal gusto de algún alumno de octavo, decía, tal vez un repetidor, un estudiante con un examen para el que no había estudiado. Un par de maestras intentaban calmar los ánimos en la puerta, procurando que la salida fuera lo más ordenada posible.

–Es solo por precauciióóón –decía una de ellas, flemática–. Que no cunda el pááánico...

Pero Olga no se tranquilizó hasta que pudo estrechar a Pachi y Fernando en sus brazos. Le dio un vuelco el corazón cuando los vio aparecer al otro lado de la cancela, y les preguntó repetidamente si estaban bien, abrazándolos de nuevo, de ahí que le costara reconocer la voz de Adela.

–No ha sido nada, solo un susto.

Olga levantó la cabeza y vio que quien había sido siempre su amiga cogía a Pablo, casi tan alto como ella, incongruentemente de la mano.

–Si quieres, puedo llevármelos a casa.

Olga tardó en reaccionar. ¿Desde cuándo no se veían? A su manera, Adela mostraba coraje y voluntad de reconciliación.

–Adela... –comenzó Olga a balbucear–. ¿Por qué...?

Y al comprobar que tanto Pablo como Fernando las estaban observando, rectificó:

–Claro que te los puedes llevar. Niños, Adela os acompañará. Yo aún tengo trabajo.

–No te apures. Te esperaremos en casa. Quizás allí podamos hablar.

Pero ¿cómo le diría a Adela todo lo que le tenía que decir?, estuvo

preguntándose Olga el resto de la mañana. Y ¿a qué venía ese cambio de actitud repentino? El aviso de bomba, en efecto, había quedado en nada: alguna gamberrada de uno de los alumnos mayores, algún loco, alguien que simplemente lo hubiese hecho por molestar. De vuelta en Bellavista, se encontró con que Fernando y Pachi habían almorzado ya en casa de Adela y estaban jugando con Pablo a un juego electrónico, que se proyectaba mediante un teclado en la pantalla del televisor y se accionaba con una palanca llamada *joystick*. Olga llevaba de la mano a Íñigo, a quien acababa de recoger del preescolar y que parecía tener hambre y sueño. Toda la casa de Adela, con sus aparatos tecnológicos último modelo y los juguetes caros de Pablo y su reforma integral, era un insulto a la memoria de Javier, un motivo más que suficiente para marcharse.

–Quedaos a comer –dijo Adela.

–No me paro –dijo Olga–. El niño tiene sueño y prefiero que almuerce en casa y luego se eche un rato.

–¿Todavía duerme siesta?

–Por lo general, no. Solo cuando está cansado.

–Si duerme siesta luego es peor. Le costará conciliar el sueño por la noche.

–Depende, no siempre.

–Últimamente he estado muy liada. Como ahora vamos mucho a Punta Umbría, ando la mar de ocupada con la ropa y la decoración del chalé.

Olga asintió. Se quedó mirándola. Adela se ruborizó.

–No sabría por dónde empezar –dijo Olga–. Como ya te he dicho, no quisiera pararme demasiado. Al parecer, todo era muy evidente y la única que no supo verlo fui yo.

–No sé a qué te refieres.

–A tu chalé, tus compras... Eduardo ganaba menos que Javier.

Olga bajó la cabeza y Adela guardó silencio. Luego dijo:

–Eduardo se ha llevado toda la vida trabajando. Siempre en segundo plano. Con lealtad, con tesón. Si alguien se merece tener una buena casa y darle a su familia lo que necesite, es él. Podemos permitírnoslo. Sus esfuerzos le han costado.

–Me parece increíble que no lo veas o no lo quieras ver –repuso Olga.

–¿El qué?

–¿Acaso crees de verdad que todo esto, que toda la casa de Punta Umbría se puede mantener así como así, con el sueldo de Eduardo?

–Bueno, él trabajaba además por comisión, eso lo debes de saber tú también, ¿no?

–Por comisión.

–Cada vez que Javier y él le conseguían una buena contrata a la empresa se llevaban una prima. No creo que haya nada de malo en eso.

–Mira, Adela, te voy a rogar que no compares a Eduardo con Javier.

–Y ¿se puede saber por qué?

–Adela, te lo pido por favor...

–¿Acaso crees que tu marido era más que el mío?

–Dejémoslo.

–No, no... Dime lo que piensas. Dímelo.

–¡Fernando, Pachi, nos vamos!

–Porque siempre lo pensaste, ¿verdad? Que vosotros estabais por encima de nosotros solo porque Javier ocupase un puesto superior en el *staff*. Aunque Eduardo supiera mejor cómo funcionaba la empresa.

–No sé lo que te habrá contado Eduardo, pero piensa que su trabajo no ha sido del todo limpio.

–¿Y el de Javier sí?

–Mi marido tuvo que vender nuestro apartamento de Punta Umbría para tapar los agujeros que hizo el tuyo en la compañía.

–¿De verdad te dijo eso? ¿Cómo puedes ser tan ingenua?

–No hizo falta. Él encima lo quiso proteger.

–¿Y te has preguntado por qué?

El rubor de Adela le teñía el lado derecho del cuello. A Olga le temblaban las manos, le vibraba la voz.

–¿Adónde quieres llegar a parar, Adela?

–¿Nunca has pensado que Eduardo fue el último que vio a Javier con vida?, ¿que a lo mejor fue él quien quiso proteger a tu marido en lugar de al contrario? Pregúntate qué sabía Eduardo que Javier no quiso que se supiera. Mi marido siempre fue fiel a Javier y a la empresa, y mira cómo le han pagado, con todo lo que le deben. Quitándole la subdirección y volviéndolo a nombrar jefe de departamento. Cuando lo que tendrían es que estarle agradecidos...

–¡Fernando, Pachi! ¡Nos vamos a casa! ¡No lo digo más!

–Algún día quizás lo comprendas. Mientras, tal vez te convendría no prejuzgar y preguntarte en qué has fallado tú antes de señalar a los otros.

Aunque Olga no había querido otorgarle a Adela ninguna credibilidad, se preguntó hasta qué punto estaba mintiendo, ignoraba lo que había sucedido o podía llevar razón. ¿Cómo habrían sido los últimos

instantes de Javier? Más tarde, mientras los niños terminaban de bañarse y subía a comprobar que Íñigo se hubiese enjuagado bien el pelo, se quedó contemplándolos y rememoró una vez más la noche del accidente. Ella ni siquiera se había dado cuenta de la hora que era, no lo había echado de menos. Estaban alejados. Él tomaba más pastillas que nunca. Y era evidente que, en el aguante de Javier, se mezclaba el descontento que le producían los problemas del trabajo con el que provenía de un matrimonio que daba la sensación de tenerlo cada vez más abrumado. Una cosa no quitaba la otra. Olga nunca lo había querido reconocer; sin embargo, había ido cayendo en un letargo en el que la aceptación convivía casi de modo natural con la falta de alegría. Cómo había llegado a la desgana y los silencios prolongados no lo sabría decir, pero era cierto que esa languidez quedó sepultada bajo el desnortamiento del duelo, desde aquella primera noche en que la casa empezó a llenarse de personas, cuando llegaron Adela, Rafael Áriz y otros vecinos, justo después del accidente.

Apenas pudo descansar un rato, a pesar de los ansiolíticos que le facilitó el doctor Frontaura con pesadumbre, porque eran los mismos que le había recetado a Javier. Todo le daba vueltas en aquel duermevela de incredulidad, mientras Rafaelito se encargaba de las gestiones, y Adela de que los niños no se despertaran, y Amparo y Celia vinieron para ayudarla, y ella lo único que hacía era firmar los papeles que le tendía Rafael y pensar cómo se lo diría a sus hijos. Cuando entró Fernando en su habitación a la mañana siguiente, y la vio recostada sobre dos almohadones, vestida, como si estuviera enferma, Olga dedujo que su mirada debió de reflejar miedo porque el niño la contempló aterrorizado. «¿Dónde está papá?», preguntó, «¿qué hacía en casa anoche toda esa gente?». Entonces ella le tendió los brazos para que se acercara, en un gesto de dolor que también lo fue de ternura e impotencia al mismo tiempo. Las pupilas de Fernando recorrían la habitación, como buscando algún rastro de su padre. Dónde se encontraba su ropa del día anterior, pensaría, porque el galán estaba vacío.

«Ve a por tus hermanos, anda», le dijo Olga.

«Pachi aún está dormido.»

«Despiértalo y venid aquí los tres, que quiero deciros una cosa.»

«¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha ocurrido a papá?»

«Haz lo que te digo», dijo Olga, con un tono de desesperación y de súplica.

Fernando obedeció de inmediato. Salió apresuradamente de la habitación y, cuando volvió con sus hermanos, sus ojos parecían aún más abiertos.

«Venid», dijo Olga, «quiero hablaros de papá». Y los tres se subieron a la cama y la abrazaron. Al decirlo, su tono vacilante había temblado como una hoja al viento. «Vuestro padre», continuó tras carraspear, «papá no ha venido esta noche a casa y ya no volverá más. Se ha ido y ahora está en el cielo».

Una lágrima debió de recorrerle la mejilla, porque Pachi se la secó con la mano y Fernando, que era el único que había dejado de abrazarla en cuanto dijo «papá», hizo ademán de acercársele de nuevo aunque no llegó a tocarla.

«¿Lo entiendes, lucero?», le preguntó Olga a Íñigo, que miraba hacia abajo soñoliento.

«¿Se ha muerto?», preguntó Pachi.

«Sí», respondió Olga, incapaz de refrenar el llanto.

«¿Y por qué?», preguntó Fernando levantándose de la cama y retrocediendo un poco.

«Ha tenido un accidente con el coche.»

«¿Y por qué ha tenido un accidente si nuestro coche coge las curvas como raíles?»

«Ha sido con el coche de la empresa, mi amor.»

«¿En ese en el que llevaba siempre un casco en la parte de atrás?»

«Sí.»

«¿Entonces papá se ha ido al cielo y ya no lo veremos más?», preguntó Íñigo con un leve gimoteo.

Olga negó con la cabeza, frunciendo los labios, y lo apretó aún más contra sí, igual que a Pachi. Mirando por encima de sus cabezas a Fernando, sin poder contener los espasmos y las lágrimas que le brotaban incesantemente, añadió de forma entrecortada:

«Lo entenderéis mejor cuando pase un tiempo. Papá os quería mucho. No olvidadlo nunca. Y si necesitáis saber algo, solo tenéis que preguntar. Preguntadme lo que no tengáis claro y yo intentaré responderos. Intentaré explicároslo.»

14

Estaba muy contenta con sus sandalias de suela de esparto, ahora que por fin había llegado el buen tiempo. Con el tacón en forma de cuña, le realzaban las pantorrillas y eran a la vez cómodas. Se las había comprado en el mercadillo de los martes, en uno de los pocos caprichos que se había podido permitir últimamente, a la salida del trabajo. No había querido seguir pensando en Adela y procuraba centrarse en el examen de la oposición, que tendría lugar en Sevilla a mediados de junio. Conforme se acercaba la fecha, incluso había dejado de ir a la coral. Intentaba alargar el tiempo de estudio por la tarde y ponerse otro par de horas después de la cena, cuando los niños ya estaban acostados. Aunque Pepita la ayudaba con las faenas domésticas, tenía la casa hecha un desastre y, cuando sus hijos se quejaban porque había olvidado algo o faltaba cualquier cosa, trataba de razonar que aquello era por el bien de todos: en cuanto aprobara, podrían irse a vivir a Sevilla.

–Dejad a vuestra madre estudiar –les decía Pepita a los niños–. Hablad más bajito para que pueda concentrarse.

Olga se aburría con los temas de contabilidad, si bien seguía con interés los de derecho civil, mercantil y administrativo, puesto que ponían nombre a lo que ella había intuido desde siempre o al menos desde que empezó a trabajar en el ayuntamiento. Aunque el contenido del temario era muy básico y trataba cada uno de los ámbitos con superficialidad, en todo lo que leía y subrayaba con lápiz bicolor (el rojo para lo que era imprescindible memorizar y el azul para su desarrollo), no encontraba ningún impedimento a la hora de revender la casa como había pensado, pero tampoco ningún resquicio legal por el que pudiese exigir a la empresa que le devolviera el dinero de su marido. Y tal vez fuera mejor así, para no darle vueltas indefinidamente. El día que fue a firmar la escritura de la casa en Valverde, se encontró con Margarita Walker.

–No sabes cuánto me alegro de que al final hayas podido comprar tu casa –le dijo en su habitual tono bilioso, cuando se cruzaron en la sala de espera del notario.

Siendo más baja que ella, sorprendía cómo Margarita Walker daba

siempre la impresión de que te miraba desde arriba, observó Olga.

–Le aseguro que yo más –respondió de buen humor.

–Aunque un pajarito me ha dicho que pronto la venderás.

–No sé de dónde ha podido salir eso –dijo Olga exagerando su asombro.

–A mí también me extrañó mucho. Aunque si por casualidad decides llevar a cabo ese disparate, espero que hagas lo que tienes que hacer.

–¿A qué se está refiriendo usted, doña Margarita?

–A que escuches por decoro antes que nada mi oferta, querida. ¿A qué si no me iba a referir?

–Ah, eso. –Y Olga tuvo que hacer un esfuerzo por reprimir la risa al ver la cara de Margarita Walker–. Descuide. Claro que lo tendré en cuenta.

–No estaría bien comprar una casa de la empresa a coste de saldo y después venderla por ahí a precio de mercado. Como tampoco sería adecuado que acabara viviendo en el que siempre ha sido tu hogar cualquier persona. Estarás de acuerdo conmigo, ¿no?

–Por supuesto. Pero de momento no entra en mis planes nada de lo que usted me está sugiriendo. Mi objetivo es seguir viviendo en Bellavista con mis hijos.

–No sabes cuánto me complace oír eso –le sonrió de manera artificial Margarita Walker.

–Y a mí decírselo a usted –le devolvió la misma sonrisa Olga.

Rafaelito Áriz la había llamado la tarde anterior para preguntarle y ella le había contado la misma mentira. No sabía muy bien por qué lo hacía pero sí que disfrutaba con la reacción de sus conocidos de Bellavista. Era como una travesura infantil, como un pequeño acto de venganza. Rafael le había dicho que la junta directiva del club había debatido que, una vez abierta la compraventa de las casas de la empresa, no tenía sentido mantener ciertas exclusividades. Y la llamaba para decirle que el motivo de su exclusión pronto dejaría de tener validez y que, si lo solicitaba, con toda probabilidad la darían de nuevo de alta en el club, siempre y cuando cumpliese con los nuevos requisitos. Olga le preguntó cuáles eran esos requisitos y Rafaelito habló de una entrada de cien mil pesetas, más las cuotas mensuales correspondientes. Olga se quedó un momento callada. Rafael escucharía al otro lado del teléfono su respiración. La conocía tan bien que añadió que propondría a la junta una disculpa exonerativa para casos como el suyo. Olga rio de forma que se diera por aludido y, antes de colgar, le dijo que no se preocupase, que ahora estaba muy liada pero pronto tendría una respuesta.

Una tarde que se había quedado sola para estudiar, mientras Fernando jugaba un partido de futbito con sus amigos y Pachi e Íñigo merendaban en casa de Pepita, llamaron a la puerta. En un primer momento, Olga pensó que sería Rafael, con objeto de insistirle en que pidiese el reingreso en el club, o la mujer del Círculo de Lectores, por eso no se asomó a la mirilla. Pero justo cuando se dispuso a abrir tuvo la certeza de que se trataba de Javier, algo más que un presentimiento, una sensación casi material que le hizo palpar su presencia. Era una certidumbre que ya había experimentado otras veces, cuando creía oír la llave y esperaba que fuera él, tan consistente y segura como cualquier realidad demostrable. A pesar de que faltaba poco para que se cumplieran dos años de su muerte, no había dejado de tener nunca ese pálpito e incluso se había acostumbrado a sentir esas impresiones tan vívidas, a convivir con ese grado sobrenatural de cumplimiento siempre vano. De ahí que, al ver el rostro blanco de Trini, Olga tardase un instante en reconocerla y algo más en salir de su sorpresa.

Si bien inquieta, porque tenía poco tiempo para estudiar, trató de recibirla lo más amablemente que pudo.

–Usted dirá que por qué me presento aquí ahora –intentaba explicarse Trini, mientras Olga preparaba el té en la cocina–. Que por qué desaparecí de esa forma y fui tan desconsiderada.

Por su gesto demacrado y su nerviosismo, Olga se imaginó lo que había ocurrido.

–Antes nos tuteábamos, ¿no?

–Sí, discúlpame. Con esta casa... Yo nunca había entrado en una de Bellavista... Estaba diciendo que te preguntarás por qué no tuviste noticias mías, con lo bien que te portaste conmigo.

–Pensé que sería difícil para ti y respeté tu postura.

Trini bajó la cabeza y miró hacia un lado. Sujetaba la taza de té con las dos manos, como si estuviese aterida y necesitara calentárselas.

–Me fui con una prima mía que vive en Aracena. Yo sabía que, desde la sierra, algunas muchachas cruzaban a Portugal...

–No hace falta que me lo cuentes, si no quieres.

–Al principio no tenía suficiente dinero. Pero mi prima y yo tratamos de reunirlo. Incluso me puse a trabajar en el campo, recogiendo corcho de las encinas.

–¿Y no te resultó peligroso?

–Era una mujer de Beja. Veinte mil pesetas. Una amiga de mi prima había ido y le fue bien.

–No quiero que me malinterpretes. Comprendo tu decisión. No la

juzgo. Aunque con esas cosas hay que tener cuidado…

–Claro… Pero yo no tenía para ir a Londres… Al final todo salió bien. Perdí mucha sangre y estuve unos días floja.

–¿Y qué has estado haciendo este tiempo?

–Después me fui a Huelva, con mi amiga Asun. Habíamos ido a la escuela juntas, pero luego Asun siguió estudiando y yo no. Ella siempre ha sido muy lista. Ahora es enfermera, en el hospital Virgen de la Cinta. Comparte piso con otras dos compañeras. Me acogieron unos meses y conseguí trabajo de cajera en un supermercado. Hasta que me echaron, sin venir a cuento. Pensé que las únicas que lo sabían eran las compañeras de Asun y entonces se me metió en la cabeza que lo habrían soltado en el súper y decidí volver a Riotinto.

–Pero ¿por qué iban a hacer ellas eso?

–No lo sé. Ya digo que puede que solo fueran figuraciones mías. Como me había pasado lo que me pasó en el economato…

–¿Y tu madre?

–Cuando me vio no quiso ni dejarme entrar. Me dijo algunas cosas de las que yo creo que se habrá arrepentido. Se llevó dos días sin hablarme. Pero poco a poco se ha ido suavizando.

–¿Y tu novio?

Trini calló.

–¿Lo has vuelto a ver? ¿Sabe que estás aquí?

–Lo vi el otro día, sí.

–¿Y qué te dijo?

–Quiere volver –dijo Trini bajando la vista–. Me pidió perdón.

–Eso está bien, ¿no?

Trini levantó el rostro de inmediato y Olga apreció un ligero rubor sobre la palidez de sus mejillas.

–Quiere casarse conmigo.

–Ah, ¿y tú qué le has dicho?

Trini negó con la cabeza.

–No le he dicho nada todavía, pero no puede ser. No puede ser. No puede ser que ahora me quiera y antes no. –Olga le tendió un pañuelo porque había empezado a llorar–. Además no quiero depender de él. Eso era lo que tú nos decías a Aurori y a mí. Que intentáramos no depender de nuestros novios. Pero tampoco puedo quedarme para siempre con mi madre. Necesito trabajar, empezar de nuevo.

–¿Y crees que Riotinto es el mejor lugar para hacerlo?

A Olga le sorprendió su franqueza y pensó si tal vez no habría resultado demasiado cruda.

–Quizás no. Pero no tengo otro sitio a donde ir. Me gustaría ahorrar y marcharme. Sin embargo, no encuentro trabajo. Nadie

quiere ayudarme. Hasta me humillé volviendo al almacén.

–¿Por qué? ¿Cómo fue?

–Doña Fanny me recibió en la puerta, con los brazos cruzados. Ni siquiera me dejó pasar.

–¿Qué te dijo?

–Pues que acudiera a ti. «Ve a ver a tu amiguita Olga», me soltó con esa voz de bruja que tiene. «Ve a ver a tu amiguita Olga para que te enchufe en el ayuntamiento.»

–Vaya. Pero yo ahora no puedo... –se azoró Olga.

–¡Ni yo te lo pediría! –la interrumpió Trini–. Aunque a lo mejor –dijo mirando el desorden de la cocina–... No lo sé. Me preguntaba si no necesitarías a alguien que te ayudara en el hogar y con los niños... Sin compromiso, por favor... En todas las casas donde me he ofrecido no han querido.

–Pero yo... –Olga no sabía bien qué decir–. Esto es circunstancial –dijo abriendo los brazos–. Estoy estudiando unas oposiciones y Pepita me echa una mano.

–No te preocupes, lo entiendo.

–Además, no podría pagarte apenas.

–Me da igual. Es solo para dejar de estar en casa mientras me sale otra cosa. Incluso no me importaría hacerlo gratis.

Olga se quedó mirándola, verdaderamente apurada. Era consciente de que no debía aceptar.

–Está bien –dijo sin embargo–. Podrías venir tres días a la semana, dos a limpiar y otro para la plancha. Pero no me sería posible darte más de diez mil pesetas al mes. Aunque, para compensar, podrías hacer las comidas que quisieras con nosotros.

No había terminado todavía de decirlo, cuando Trini dio un par de saltitos y la estrujó en un abrazo.

El día del examen, Olga salió de casa a las cinco y media de la madrugada. La tarde anterior, le pidió a Trini que se quedara de noche a dormir, por si los niños se despertaban, y para que no tuvieran que pasar toda la mañana solos. Condujo sin que hubiera amanecido, acercando mucho la cara al volante, pues los nervios le estrechaban aún más el campo de visión. Comenzó a clarear cuando ya había aparcado y estaba en Reina Mercedes, esperando junto al resto de opositores a que abrieran las puertas del campus universitario. Mientras piaban los primeros gorriones, Olga advirtió que casi todos los aspirantes eran más jóvenes que ella y le sorprendió que alrededor de un tercio fuesen mujeres: muchachas que hacían un repaso de

última hora en los bancos cercanos, o incluso en el suelo, sentadas de cualquier forma; algunas vestían de manera desenfadada y fumaban un cigarrillo tras otro. Cuando, a las ocho menos veinte, empezaron con el llamamiento, los opositores fueron entrando individualmente y ocupando las bancas de las aulas de la nueva Facultad de Farmacia.

Olga calculó que allí habría más de quinientas personas y, como las plazas ofertadas apenas superaban la centena, se dijo que era imposible que acabara sacando una. Quizás solo debería aspirar a aprobar el examen y conseguir una vacante como sustituta antes de que saliera la siguiente convocatoria, por lo que trató de desechar la idea de mudarse pronto a Sevilla. ¿Cómo se lo diría a los niños? Estaba temblando. Sin embargo, no fue hasta que oyó su nombre en voz alta y pasó junto al miembro del tribunal que leía la lista, cuando fue consciente de su estado de nerviosismo. Le latía el corazón con fuerza y le sudaban las manos. ¿Y si para colmo le tocaba uno de los temas que llevaba peor preparados? Al final había hecho bien en no contarle a Marga a qué especialidad se había presentado; porque, en caso de suspender el examen, no tendría más remedio que quedarse a vivir en Riotinto unos años. Esa posibilidad incrementó su desánimo.

Hacía calor en el aula y, cuando sacó un abanico del bolso, el presidente del tribunal se le acercó y la conminó con modales adustos para que lo guardase. Olga observó que la miraba de arriba abajo y que, dos pasos más allá, hacía lo mismo, solo que de manera más demorada, con una joven que llevaba un vestido con tirantes y un escote pronunciado. Olga pensó que era una prenda inapropiada para la situación; en cambio, le pudo más que el presidente no les dijera nada a todos los que habían sacado sus paquetes de tabaco y comenzado a fumar, volviendo el ambiente aún más sofocante. Por un momento, Olga se acordó de cuando viajaban todos en el coche y Javier encendía un cigarro con las ventanillas cerradas, y sintió unas náuseas que se le acrecentaron en el momento que comenzó el sorteo de las unidades de desarrollo.

No encontró alivio ni cuando vio que una de las dos bolas elegidas obedecía a la que trataba de la Constitución, que era el tema que ella mejor se sabía, porque rápidamente entregaron también la hoja con la parte tipo test, y tuvo que detenerse a respirar dos o tres veces antes de empezar, puesto que le bailaban las líneas y no se centraba en lo que estaba leyendo. Repasó mucho las opciones de la primera pregunta y se aseguró de que marcaba la correcta, y hasta la tercera cuestión no se le desentumecieron los dedos y pudo seguir respondiendo con algo de fluidez el resto. Cuando pasó al tema escrito, se dio cuenta de que había sobrepasado la mitad del tiempo y

que debería escribir a más velocidad de la que estaba acostumbrada. Las dos horas y media se le pasaron volando. En el momento en que el presidente del tribunal avisó de que quedaban diez minutos, Olga tenía el dedo pulgar de la mano derecha dolorido, pero aun así solicitó un folio nuevo.

Si bien ella se había dirigido a uno de los vocales que acompañaban en su aula al presidente, fue este quien se le acercó para informarle de que se le había acabado el tiempo.

–Usted ha dicho que todavía quedaban diez minutos –replicó Olga.

–Sí, pero para dos líneas no pretenderá que vaya a la mesa a por una hoja, ¿no?

–Discúlpeme, pero creo que estoy en mi derecho –dijo Olga con la voz trémula–. Me gustaría acabar de escribir mi tema y aún tengo tiempo.

–A las mujeres os pasa igual por escrito, ¿eh? –Olga percibió que el presidente empezaba a tutearla y se acordó de doña Fanny–. Habláis demasiado. No se enrolle –cambió de nuevo al «usted»– y vaya finalizando.

Pese a que le hizo perder uno o dos minutos, el presidente fue a la mesa del profesor, ubicada encima de una tarima de madera coronada por una enorme pizarra rectangular, y con paso lento le trajo el folio.

–Sería curioso averiguar qué es lo que os impide ser más breves –dijo sonriendo mientras le arrojaba el papel encima de la banca.

Olga acababa de poner el punto final cuando el presidente avisó de que el tiempo había concluido. No pudo repasar su examen. Estaba irritada. Temió que, con las prisas, hubiese cometido alguna falta de ortografía.

Al levantar la cabeza, le sorprendió que quedara menos de la mitad de los opositores en sus sitios. ¿Por qué eran tan pocos los que habían apurado las dos horas y media y peleado hasta el final el ejercicio? Entre ellos, solo fue capaz de reconocer a la joven del escote.

Las listas de aprobados saldrían en dos o tres semanas, pero Olga casi se olvidó de ellas. Estaba convencida de que no sacaría la plaza. Aunque había contestado a todas las preguntas, no estaba segura de que lo que había escrito en el tema de desarrollo fuera lo que el tribunal creyese oportuno. Quizás los otros opositores llevaban unos apuntes más elaborados; quizás el presidente del tribunal, que la había tratado con aquella arrogancia, no estuviese de acuerdo con su exposición de la Carta Magna. Sea como fuere, Olga procuró no hacerse ilusiones, e incluso comentó en el ayuntamiento para qué

administración había hecho sin fortuna el examen y que quizás no acabara vendiendo la casa. Lo primero cogió desprevenida a Marga, pero lo segundo reconcilió a Olga con Antonio y la alcaldesa, que volvieron a tratarla con la misma confianza de antes, mientras que con Celia su relación continuaba como siempre: unas veces bien y otras no tanto, sin que mediase motivo, con periodos alternos de afinidad y suspicacia.

Trini seguía viniendo a casa tres o cuatro veces por semana, pero desde que ya no tenía que estudiar, Olga comprobó que no la necesitaba, y se preguntó si no sería mejor ahorrar el dinero que le daba por su trabajo. Este año, como era lógico, Adela no la invitaría a Punta Umbría, puesto que no se hablaban desde el día del aviso de bomba en el colegio. Y como su sueldo no daba para más, teniendo en cuenta que Olga quería comenzar a devolverle a Begoña el préstamo cuanto antes, irse a la playa a un apartamento o un hotel era del todo imposible. El verano completo en Riotinto podía hacérseles no obstante largo a los niños, más aún sin tener tampoco la posibilidad de darse un baño en el club ni de jugar al tenis. Habían abierto una piscina municipal con medidas olímpicas junto al pantano del balneario, a las afueras del pueblo, y aunque tendría que llevarlos y traerlos todos los días en coche, quizás sería una buena opción sacar el bono de temporada.

Pero Olga sabía que lo que sus hijos querían de verdad era que los readmitiesen en el club, para poder ir a la piscina que estaba enfrente de su casa sin horarios ni depender de ella cada dos por tres. Además Fernando, aunque iba a menudo en bici a jugar con sus compañeros de colegio que vivían en los chalés o en El Valle, echaba de menos a sus amigos de allí y sus partidos de tenis. Por todo ello, Olga se replanteó la opción de hablar con Rafael y darse de alta en el club de nuevo. De hecho, prácticamente lo tenía decidido cuando una tarde sonó el timbre y el cartero le entregó otra carta del Club Inglés. Antes de abrirla, Olga pensó que se trataría de la rectificación de la que le había hablado Rafaelito; de ahí que, una vez que rasgó el sobre y desplegó la hoja color crema con el logo emblemático en verde, más que estupefacta, se sintiera incapaz de contener su enfado por más tiempo.

Estaba harta de que todo el mundo actuara como si no hubiese pasado nada; de que la empresa no reconociera lo que había ocurrido con su marido; de que Eduardo hubiese sacado tajada de él y de que no solo no hubiera habido consecuencias, sino que Adela insinuara que Javier había sido su cómplice. Estaba harta de que en el ayuntamiento no dejasen de mirarla como a una pija de Bellavista; de

que la humillaran por ser mujer y por ser la viuda de alguien cuyo nombre había sido mancillado sin que nadie estuviese dispuesto a rehabilitarlo. Estaba harta de tener que estar pensando continuamente en el dinero y de que el club la siguiese tratando como a una cualquiera y, en lugar de una disculpa personalizada, le enviara una carta estándar, igual para todos aquellos que acabasen de adquirir una casa en Bellavista o un chalé y aún no perteneciesen al club, invitándola a unirse como si fuese una foránea, sin reconocer el agravio cometido ni su ascendencia. Estaba harta de que todo, desde que muriera Javier, tuviese obligatoriamente que costarle tanto.

Así que no se lo pensó. Sin dejar de sostener la carta salió de casa dejando la puerta entreabierta, cruzó las canchas de tenis y entró en el club por la marquesina. Un par de socios que pasaban por allí se giraron para cerciorarse de que se trataba de ella. No los saludó. Fue directamente al despacho de Rafael pero no lo encontró en su lugar de trabajo. Un empleado le comentó que el señor Áriz se hallaba en el Men Only, haciendo un gesto de imposibilidad, como sugiriéndole que volviese otro día. Olga recordó que los viernes, de una a dos, Rafael solía tomar el aperitivo y jugar a los dados. Su padre había hecho lo mismo hasta el último día. El vaso de vino dulce o la copa de aguardiente o el vermú, junto al periódico, la tertulia o la partida. Y ella había sabido desde siempre que las mujeres no podían entrar en el *snack bar*. Tanto era así que solo se lo imaginaba de un modo impreciso. Los socios cuyas esposas o hijas cometieran el desliz de franquear su entrada, además de exponerse al escarnio de los presentes, debían comprar para el club una botella de whisky escocés de calidad máxima. Olga únicamente conocía con exactitud dónde estaba la puerta. Por eso, cuando la abrió con determinación, quedó sorprendida por el espacio que se desplegó ante ella: un salón más amplio que la sala de billar, con cuatro mesas bajas de juego, la barra americana con taburetes altos, las paredes forradas de madera, y los adornos y los cuadros y las medallas de la época británica entremezclados con los tapetes verdes y el humo del tabaco.

¿Qué ocurriría con las mujeres sin marido ni padre que pudiesen pagar por su insolencia? ¿Y qué sucedería si esa mujer ni siquiera perteneciese al club como socia? Olga se lo preguntó mientras avanzaba por el Men Only, en dirección a la barra, con paso decidido. Todos los hombres que se encontraban allí dejaron de hacer lo que estaban haciendo para mirarla. En sus ojos había asombro y desconcierto y la burla de costumbre aunque atenuada, porque también transmitían un halo de reconocimiento y de pudor e incluso de respeto. Rafaelito Áriz estaba sentado en la esquina derecha y, al

levantar la vista del *ABC*, se recolocó las gafas y comenzó a hacer un movimiento de negación con los brazos, como si se estuviera refiriendo a algo tremendo sin posibilidad de arreglo.

–Olga, por favor... –salió a su encuentro, ante la mirada socarrona de los otros.

–Solo he venido a traerte esta carta –replicó Olga mostrándosela.

–Sabes de más que no puedes estar aquí.

Entonces Olga lo miró con fijeza.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué no? –preguntó echando un vistazo alrededor, dirigiéndose en el fondo a todos aquellos que se pusieron a cuchichear y a intercambiar gestos de complicidad.

Oyó un murmullo aislado y una especie de risita contenida. Había un par de hombres que se encontraban acodados en la barra y que le daban la espalda.

–Te lo ruego, por favor –le dijo Rafael, que ya estaba enfrente de ella, moviendo las manos hacia abajo para que se calmara.

Olga vio fotográficamente la hoja de su examen de oposiciones y recitó con serenidad:

–«Los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social.»

Alguien resopló. Rafael se la quedó mirando con los ojos muy abiertos.

–Te lo pido por favor... –repitió una vez más.

–¿Sabes qué es?

Rafael negó con la cabeza, abochornado, como si fuese el responsable ante los demás del comportamiento de Olga.

–El artículo 14 de la Constitución.

–Pero en este caso, naturalmente, francamente, se trata de una tradición corroborada por los socios –sonrió Rafaelito, mirando a un lado y a otro–. No pretenderás...

–Lo sé. –Olga no dejó que acabara–. Pero imagino que vosotros sabréis también que una norma tan insignificante como los estatutos de un club, de naturaleza privada, no puede contravenir la Constitución.

–Olga, por favor. Salgamos al pasillo.

–No te pongas nervioso. No os voy a demandar. Aunque en algún momento alguien lo hará y el juez dictará a su favor, porque no hay excusa. Una tradición no puede ir en contra del ordenamiento jurídico. –Olga hablaba en voz alta para asegurarse de que todos la escuchaban–. Pero, como ya te he dicho, no voy a denunciar. No voy a denunciar a nadie –repitió levantando la voz al comprobar que uno de

los hombres que se sentaban de espaldas a ella era Eduardo–. Solo he venido a traerte esto –añadió entregándole la carta por la que se la animaba a darse de alta en el club.

Rafaelito tendió la mano para recogerla y, en ese instante, Olga la elevó y empezó a romperla de tal forma que los pedazos fuesen cayendo como copos de nieve.

–No la necesito. He decidido que ya no quiero ser socia de este club.

Rafael se quedó inmóvil, con la palma extendida llena de papelitos, sin decir nada.

–Estupendo –dijo entonces Eduardo–. Ya nos hemos enterado. Adiós.

A Olga la golpeó su tono desafiante y se apercibió de que había bebido más de la cuenta.

–Ya has montado tu numerito, ¿no? –continuó el marido de Adela, con la lengua enredada, después de darle de nuevo la espalda a Olga–. Pues ya te puedes marchar.

El hombre que estaba a su lado, que Olga reconoció como uno de los cargos intermedios que también había tratado su marido, tocó el brazo de Eduardo y le pidió que se tranquilizara. Olga no se había movido de donde estaba. Permanecía en mitad del Men Only, tiesa como un palo.

–Eduardo, parece mentira… –empezó a decir.

–¿Qué? –la interrumpió Eduardo volviéndose con brusquedad–. ¿Te parece mentira qué?

Olga reculó ante el timbre agresivo del que había sido amigo de Javier y también suyo.

–¿Que me hayan descendido por culpa de tu marido?

–¿No fue más bien lo contrario? –se atrevió a responderle.

Rafaelito y Jorge, que así se llamaba quien acompañaba a Eduardo, recordó Olga de improviso, lo sujetaron y le rogaron que no siguiese. Pero Eduardo continuó esquivándolos, enfilando a Olga aunque sin mirarla directamente.

–Ya me contó Adela que viniste a casa a acusarme.

Algunos de los hombres que estaban en el bar firmaron su consumición y abandonaron el Men Only. El resto se había quedado en silencio y contemplaban la escena perplejos.

–Sin embargo tú no tienes pruebas para acusarme de nada y yo sé algo que tú no sabes –prosiguió Eduardo–. Así que lo mejor será que te vayas. Que pagues tu botella de whisky y te vayas. *Goodbye*.

Rafael le hizo un gesto con las cejas a Olga para que se marchara, pero ella permaneció sin moverse.

–Todo el mundo va diciendo cosas de mí por ahí –gritó casi Eduardo, dirigiéndose a Olga pero también a los que lo miraban–. Y ninguna buena. Solo calumnias. Una mentira que destapó el marido de esta señora con sus movimientos financieros y que ahora han vuelto a sacar los sindicatos, como ese contrato con el que han intentado desprestigiarme, por qué será. Todo un caballero, no voy a negarlo. Me refiero al marido de la señora. Pero a mí me dejó a la altura del betún. Con el culo al aire. Con el culo al aire lleno de betún –comenzó a reírse de pronto.

–Me parece que ya es suficiente –intervino Rafaelito–. Te ruego que vengas conmigo.

–A la altura del betún –lo ignoró Eduardo–. Y eso que yo sabía lo que él no quería que se supiese. De eso seguro que no te contó nada, ¿verdad?

–Venga, déjalo –dijo Jorge tirando de él.

–¿No quieres que te lo cuente yo?

–Ya basta –repitió Rafael.

Olga quiso pedirle al secretario que le permitiese continuar, pero Rafael ya lo había cogido por el brazo.

–Estaban en el despacho. –Eduardo se resistió y siguió hablándole a Olga–. ¿No te lo ha contado tampoco tu amiga? Se llevaron una sorpresa. Aunque yo lo sabía de antes, claro.

–¡Ya está bien! –elevó el tono de voz Rafaelito–. Te suplico que abandones el local o me veré obligado a llamar a la Guardia Civil.

Eduardo asintió. Ahora no paraba de mirar a Olga con ojos líquidos, rojizos. Dejó que lo escoltaran Rafael y Jorge, pero justo antes de salir logró escabullirse y añadió girándose hacia Olga:

–Yo los vi. Qué respingo dieron.

Eduardo hizo una especie de tic con la cara.

–Ella salió corriendo, haciéndose la digna. Y Javier se quedó mirándome y luego la siguió. La otra ya se había ido con el coche y Javier cogió el suyo y tiró detrás. Esa fue la última vez que lo vi. Lo último que hice por él. Mi último servicio como amigo. Persiguiéndola tuvo el accidente. Si no me crees, pregúntale a Celia.

15

Debían de tener seis o siete años, y estaban en el patio del colegio, que era el mismo edificio al que ahora iban los hijos de las dos al parvulario y que Olga podía ver desde las ventanas del ayuntamiento. Ellas se habían apartado del resto durante el recreo, hasta perder de vista a la maestra, buscando renacuajos. A lo largo del perímetro había una regata. Era como un arriate vacío en el que se acumulaba la zupia proveniente de la lluvia y las cañerías cercanas. Y entre el musgo y los juncos y el agua verdosa estancada, podían verse las larvas de rana coletear de un lado a otro, e incluso era posible cazarlas si se lograba curvar la mano con suficiente tino, y luego cogerlas del rabo viscoso y sentir su tacto resbaladizo. El agua estaba tan turbia que no se veía el fondo. Entonces Celia dijo que si no era capaz de meter el brazo y tocar el suelo, ya no sería su amiga.

Olga la recordaba con el babi sucio, el pelo alborotado y las rodillas cubiertas de costras mal curadas. Ella, en cambio, con el cabello mucho más rubio de lo que se le había quedado de mayor, iba siempre limpia y bien planchada, con tirabuzones cogidos por lazos y zapatos de charol sobre calcetines blancos. Y sin embargo, a pesar de su aspecto salvaje y mugriento, Celia sacaba buenas notas, no tan altas como las de Olga, pero sí lo suficiente para que la maestra no se ensañara con ella, como si lo tuviese calculado: responder a las preguntas y las cuentas con una rapidez natural y desganada, sin esforzarse lo más mínimo, dejando claro que aquello no iba con ella, mientras Olga se afanaba en estudiar y sufría secretamente si cometía algún fallo. Celia había tenido la misma mirada despierta y displicente desde que era niña, los mismos ademanes retadores y la misma dignidad herida.

Olga lo había borrado de su cabeza, pero de pronto recordó cómo Celia se remangó el babi hasta arriba, metió el brazo en la regata y lo sacó ennegrecido por el lodo. «Ahora tú», la desafió mirándola impasible, tras su energía nerviosa y a la vez indolente, casi soñolienta. «Hay que llegar al suelo; si no, no vale.» En caso de no atreverse a hacerlo, añadió, dejaría de ser su amiga. Y Olga obedeció. Se subió el babi como había hecho Celia, cerró los ojos y comenzó a

sumergir el brazo con una mezcla de repugnancia y de miedo. Entonces sintió el roce de algo adherente y resbaloso, fugaz y largo, y al abrir los ojos vio la cola serpenteante cerca de su mano, y cuando la levantó dando un chillido Celia comenzó a reírse y, sin escuchar cómo Olga intentaba explicarle que se trataba de una culebra, salió corriendo, burlándose de ella, cantando con esa melodía chinchosa que tienen los niños para soliviantar que ya no era su amiga, que era una cobardica y una finolis y que se volviese a tomar el té a Bellavista.

Le vino el recuerdo mientras Begoña, que amontonaba bolsas en el recibidor, bajaba y subía las escaleras. Había llegado para pasar unos días y la estaba ayudando a vaciar los armarios de Javier, que Olga no se había atrevido a tocar en los dos años que habían transcurrido desde su muerte. Begoña la había animado a hacerlo muchas veces, pero Olga nunca se había sentido con ánimo. Deshacerse de sus cosas le había parecido hasta ahora un acto de infidelidad, pues temía que algún día sonasen las llaves o el timbre y Javier entrara por la puerta y comprobase que se habían olvidado de él del todo. Además le gustaba oler sus camisas y ver sus zapatos y rememorar cuándo le había regalado aquel jersey o aquella corbata. Hasta que, el día que salieron las notas de las oposiciones, decidió meter la ropa en bolsas y donarla a Cáritas. Apenas salvó un par de prendas que pronto le estarían bien a Fernando.

Mientras no sacara todo aquello de su casa no dejaría atrás el duelo, le repitió una vez más Begoña. Y entonces Olga le contó el altercado con Eduardo.

–Nada, ni siquiera eso, debería empañar tu celebración –le dijo, en cambio, su hermana.

La número uno de la oposición. Su nombre había salido publicado en el *ABC* y *Diario 16*. Marga había sido la primera en felicitarla. Ahora solo faltaba que aceptaran su petición de destino. Únicamente dependía de esa confirmación para poner la casa en venta, buscar piso en Sevilla y matricular a Fernando en un instituto que no estuviese lejos del nuevo domicilio. Pero toda esa alegría e incertidumbre halagüeña había quedado eclipsada por lo que le había revelado Eduardo. Y lo que menos se había podido imaginar Olga, tan deseosa como había estado de contárselo desde que se pusieron a doblar la ropa de su marido, fue la reacción de Begoña.

–No sabes si es verdad –le dijo su hermana pequeña–. Estaba borracho y resentido. A lo mejor Celia se encontraba allí por otra razón y no por lo que Eduardo se piensa.

–¿Y por qué salió entonces Javier detrás de ella?

–No podemos saberlo.

–¿Crees que debería preguntarle?

–¿A quién? ¿A Celia?

Olga asintió mientras desplegaba una camisa y torcía la cabeza para calibrar su tamaño.

–¿Y qué ganarías con eso?

Begoña había dejado de guardar la ropa en las bolsas y se había quedado mirándola como si estuviera ofendida.

–¿Cómo que qué ganaría con eso? –le replicó Olga–. Saber la verdad. ¿Te parece poco?

–Una verdad que podría hacerte daño y empañar el recuerdo de tu matrimonio. A estas alturas, ¿qué importa? No cambiaría nada. Solo te haría mala sangre y rompería vuestra amistad.

–¿Nuestra amistad? Tengo la sensación de que Celia y yo nunca hemos sido amigas.

–¿Entonces no la vas a invitar? –envaró el tono de voz Begoña, a la par que retomaba su labor con la ropa.

Olga sabía que a su hermana nunca le había caído bien Celia; las dos tenían demasiada personalidad; entre ellas saltaban chispas. Sin embargo, había otra cosa que ahora divertía más a Begoña. Su hermana exculpaba de algún modo a Celia porque pensaba que quien había llevado a Eduardo a quedarse con dinero de la empresa había sido Adela. Begoña siempre se había burlado del ansia por figurar de la mejor amiga de Olga y de su horrible gusto de nuevos ricos. Y estaba convencida de que Adela había animado a Eduardo a hacer lo que hizo para cumplir con sus pretensiones sociales. En un momento de la conversación se refirió a ellos como la «pija consentida» y el «suavón» de su marido. A lo de Celia, en cambio, no le dio mayor importancia.

–¿Ni tan siquiera después de lo que me dijo Eduardo?

–Olga, por favor. Si jamás ha sido tu amiga, ahora es tu compañera de trabajo. La persona que hizo posible que hoy seas funcionaria.

–La persona que ha hecho que hoy sea funcionaria soy yo. Con mis capacidades, mi voluntad y mi sacrificio.

–Invítala.

–La verdad es que quedaría raro decírselo a Amparo y a Marga, y a Celia no.

–Dile que venga. ¿Qué más da? Tú haz como si lo de Eduardo no hubiera pasado. Estaba bebido. Solo decía disparates. Deberías estar por encima de eso, aprender de mamá –ironizó Begoña–. Vamos a celebrar que vas a comenzar una nueva vida. ¿Quieres estropearlo?

Claro que no lo quería estropear, pero le costaba mirar para otra parte. Ella no era su madre, de quien por encima de todo la diferenciaba un instinto redimible. ¿Y desde cuándo Begoña estaba en condiciones de darle consejos? Olga sentía hacia ella gratitud, tanto por el préstamo como por el apoyo que le había mostrado últimamente, pero para nada estaba dispuesta a pasar por alto lo que había insinuado Eduardo. Porque ¿y si aquello no había sido un hecho aislado? Él había dicho que lo sabía «de antes», por lo que venía a sugerir que Javier y Celia habían mantenido más encuentros íntimos. Sin embargo, en caso de que hubiese sido así, ella le tendría que haber notado a Celia algo después de que Javier muriera. Y el que no hubiese observado ninguna reacción especial, ninguna muestra de contrición o reticencia, era lo que podía indicar que Begoña estuviera en lo cierto: que todo fuese una interpretación particular de Eduardo.

Después de tanta demora, no sintió congoja cuando Trini metió la última bolsa en el coche y Begoña se las llevó a Cáritas. No sintió de hecho nada cuando, de una chaqueta ligera, cayó una factura de hotel que le hizo recordar una anécdota que a Javier le había hecho gracia al contársela: se trataba de uno de sus viajes de trabajo, en el parador de Ayamonte, una convención de ingenieros o algo así, donde por lo visto uno de los camareros que los atendía en el cóctel cayó a la piscina y un asistente que trató de ayudarlo también. Olga se quedó en el dormitorio con las puertas de los armarios abiertas, las baldas y los percheros de Javier vacíos, y comprobó que el último resto de apego había sido barrido por una rabia difuminada. Lo pensó de nuevo al día siguiente, mientras caminaba por la Avenida tras salir del trabajo. Quería acercarse a invitar a Amparo y, a esa hora, el sol apretaba con fuerza. Por eso decidió ir por la calle paralela, donde se encontraba la droguería y el estudio fotográfico de Marcelino Rivas. Pegada a las fachadas, aún podía aprovechar medio metro de sombra. Caminaba distraída y apenas vio que una mujer se bajaba de la acera. Le extrañó que prefiriera andar por el lado en el que daba el sol, con el calor que hacía.

Solo al cruzarse reconoció de manera fugaz a doña Fanny. Acostumbrada a la firmeza desafiante de su mirada, a Olga le sorprendió aquel extravío confundido, hallar una ráfaga de duda reflejada en el baile esquivo de sus ojos. Olga giró la cara para saludarla, pero como viera que la otra proseguía sin dejar de mirar hacia delante, acabó desistiendo e incluso se detuvo y volvió sonriente la cabeza para verla pasar de largo. Doña Fanny había resoplado por la nariz al rebasarla. Olga trató de comprender qué había hecho que pudiera molestarla tanto y no fue capaz de lograrlo. A veces una cree

que una persona se ha portado mal con ella y la percepción que tiene esa persona es justo la contraria, pensó. Pero ¿cómo era posible que quien más hubiese agraviado fuera la que se sintiese insultada?

Amparo se alegró mucho de recibir la visita de Olga y, más aún, de que la invitara a aquella especie de celebración que estaba organizando.

–Una cena informal –trató de explicarle Olga–. Como si fuese una fiesta de cumpleaños. Solo que, en vez de la edad, celebraremos que me he sacado las oposiciones y que pronto nos iremos a Sevilla.

–Entonces será también una despedida –dijo Amparo, apenándose exageradamente.

–No. Bueno, sí. Pero una despedida alegre. –Lucas apareció por detrás de Amparo y Olga le sacó la lengua–. Quiero agradeceros a las personas que me habéis ayudado que hayáis estado ahí, en todo momento.

–Pero eso no es necesario.

–Claro que es necesario. O al menos a mí me gustaría hacerlo.

El niño sonrió y escondió la cara tras el delantal de su abuela. De vez en cuando asomaba la cabeza como si estuviese jugando al escondite con Olga, que le sacaba la lengua en cuanto aparecía de nuevo.

–¿Y quiénes iremos? –preguntó Amparo, animada de forma repentina–. Con lo que a mí me gustan estas cosas, necesito saber cómo debo ir vestida.

–Será algo sencillo, entre nosotras.

–¿Nosotras?

–Me temo que los únicos hombres que asistirán serán mis hijos.

–Vaya, yo creí que sería un cóctel glamuroso, en el club, con invitados de Bellavista.

–Pues siento decepcionarla, pero ni será en el club, ni habrá invitados de Bellavista. Y tampoco habrá mucho glamur, creo. Solo será una reunión de amigas. Trataremos de pasarlo lo mejor posible.

–¿Y cómo tendré entonces que vestirme? ¿Quiénes irán? Yo pensaba ponerme mis mejores galas.

–No hace falta que se arregle mucho. Lo importante es que nos sintamos cómodas. Será algo íntimo, con pocas personas. Irá usted, Pepita, Trini, Begoña, mis amigas de la coral, Marga... Y los niños, por supuesto... Podría venir también Lucas.

–Entonces...

–¿Qué?

–No, nada. No querría ser indiscreta...

–Dígame, no se preocupe.

–Doña Adela...

Olga conocía ese tono, esa mirada. Era la confirmación de que habían hablado de ellas en la peluquería.

–No, Adela no irá. Últimamente estamos un poco distanciadas.

–¡Pues no sabes cuánto me alegro! –estalló Amparo–. Si te miento, que me caiga aquí mismo muerta. Ya era hora. Yo nunca te he querido decir nada porque sé que erais muy amigas, pero siempre me ha parecido una maleducada. Una de esas arpías que te miran por encima del hombro y parece que te están perdonando la vida. Qué latosa, qué chocante. Jamás la he aguantado. Todo el día dándose importancia. Ostentando la clase que, por mucho que quiera, ni tiene ni tendrá nunca. Pues ¿sabes qué le digo? Que dime de qué presumes y te diré de qué careces. ¿No se dice así? Me parece muy requetebién que no la hayas invitado.

–Tampoco es para tanto –sonrió Olga–. Estoy segura de que usted ya sabía que habíamos discutido.

–Bueno, algo había oído. Pero hacía mucho tiempo que quería decírtelo. Que esa mujer no es de fiar. Aún me acuerdo cuando falleció tu marido y ella quería controlarlo todo. A las demás que estábamos allí nos trataba como si estorbáramos. Por eso dejamos de ir. Nunca te lo he dicho pero te lo digo ahora. Mi hija y yo dejamos de ir a tu casa no por ti, sino por ella.

–Ya no tiene importancia. Y pueden traerse a Lucas, si lo consideran conveniente.

–Porque Celia...

–Celia qué.

Amparo volvió a poner la misma cara de «esto no debería decirlo pero te lo voy a decir».

–Yo reconozco que mi hija es muy especialita. Y no querría meterme donde no me llaman. Sé que vosotras habéis tenido vuestras diferencias. Que sois distintas. Pero ella te aprecia mucho; tú lo sabes, ¿verdad? Y como no la has mencionado...

–¿Ah, no?

–Pues eso, que no sé si mi hija está invitada. Más que nada, para organizarnos con el niño. Pero, oye, que yo lo entendería perfectamente y tampoco tendrías que darme ninguna explicación. Estaría bueno.

–Claro que lo está. Aún no se lo he dicho, pero me gustaría mucho que viniera. –Olga se quedó un instante callada–. Faltaría más.

Entre Begoña, Trini y Olga colocaron las mesas en el jardín de la parte

trasera. Las habían cubierto con manteles de papel y habían colgado por encima, pendiendo de los setos en forma de uve, un par de guirnaldas. Pepita había traído empanada y Amparo, delicias de pollo. Trini hizo la tortilla de patatas y los demás platos los cocinó Olga. Begoña se había encargado de las bebidas y, temiendo que pudieran quedarse cortas, fue a última hora a por dos cervezas de litro más al quiosco del Carcamero.

–Qué mal huele ese sitio, por favor –dijo de vuelta–. He tenido que fregar las botellas antes de meterlas en la nevera.

A primera hora de la tarde había caído una efímera tormenta y, aunque ahora que empezaba a atardecer el cielo lucía despejado y el sol se ponía con una brillantez perfecta, el césped continuaba húmedo y el olor a hojarasca mojada confirmaba el final del verano. Habían bajado las temperaturas y Olga entró a por una rebeca. Aprovechó para sacar más servilletas y vasos y, al volver al jardín, escuchó a Amparo hablar de la tormenta.

–Miedo, no. Pánico. Pavor verdadero. Cuando veo los rayos entrar por la persiana, salgo corriendo a meterme bajo la cama y a taparme los oídos para no oír cómo retumban los cristales. A mi madre también le daban miedo. Y a mi abuela. Debe de ser hereditario, aunque a Celia nunca la asustaron y este –dijo señalando a su nieto, que jugaba cerca con Íñigo– ni se entera.

Habían dispuesto dos mesas: una grande, alrededor de la que se sentaban las mujeres; y otra más pequeña, para los niños. Olga había dudado si colocar a Fernando con ellas o con sus hermanos, y al final se decidió por que acompañara a los pequeños. De vez en cuando le echaba un ojo para ver si se encontraba a gusto. Las invitadas charlaban entre ellas mientras Olga y Trini traían los últimos platos. Aunque Olga las animó a hacerlo, nadie parecía atreverse a comer hasta que la anfitriona no se sentara y llegasen Celia y Marga, que eran las únicas que faltaban.

–Ay, Señor, el sufrimiento de las madres que tenemos hijos –suspiró Amparo al comprobar la hora que era.

–Entonces te han dado Sevilla y os marcháis dentro de nada, ¿no? –le preguntó Tere a Olga, después de que Dori le contara las últimas novedades.

–He tenido suerte, sí.

–¡Pero eso es estupendo!

–El tiempo que he trabajado en el Ayuntamiento me ha puntuado y me ha puesto por delante de los que no tenían experiencia en la administración pública.

–Como no empecemos a comer –dijo Amparo–, las delicias se van a

quedar más duras que un risco.

–¿Y qué vas a hacer al final con la casa? –preguntó Manoli.

–La vamos a vender –respondió Olga mirando de reojo a Fernando–. En cuanto saquemos nuestras cosas y nos asentemos en Sevilla, pondremos el cartel con el nuevo número de teléfono. Ya hemos encontrado un piso que nos gusta y en principio nos iremos de alquiler. La semana que viene comenzaremos la mudanza. Imagino que tendré que pedir prestada una furgoneta.

–Conmigo puedes contar para lo que quieras –dijo Tere–. Anda que no estoy yo acostumbrada a acarrear bártulos.

–Nuestra idea es llevarnos solo lo imprescindible. Aún no sé qué haremos con el resto.

–Y conmigo también puedes contar –dijo Trini en voz baja, llorosa.

Su reacción compungida contrastaba con el vestido corto que llevaba puesto, fucsia y amarillo chillón. Olga la miró, sonriente, y le apretó cariñosamente un brazo.

–Todas me habéis ayudado mucho –dijo Olga.

–Cuando yo me quedé viuda –dijo Amparo–, si no hubiera sido por mis vecinas, no habría podido seguir con la peluquería, ¿verdad, Pepita?

Pepita asintió moviendo mucho la cabeza. Asentía a todo lo que escuchaba; o de vez en cuando decía: «Así que ya te digo»; o se ponía en pie y le ofrecía su silla a alguien, como si temiera molestar o prefiriese que fueran las demás las que estuvieran cómodas, aunque a ella se le hinchasen los tobillos.

–Me traían la comida, se quedaban con mi hija, me ayudaban a recoger, me hacían la compra... Vamos... Que no dejaron ni por un momento que me pudiese la pena. Yo estaba embarazada del niño que luego nació muerto, el que hubiera sido póstumo. Y ellas fueron las que me animaron a tirar para adelante. Por eso, cuando a ti te pasó lo que te pasó –añadió Amparo dirigiéndose a Olga–, yo le dije a mi hija: «Celia, ahora mismito nos vamos a casa de Olga, porque nos necesitará más que nunca». Y aquí que nos plantamos, ¿te acuerdas? Por cierto –reaccionó al oír el timbre–, ahí estará ya mi hija, que siempre se está teniendo que hacer notar. No me digas tú a mí. A ver por qué no puede llegar a los sitios a su hora como todo el mundo.

Celia traía una bandeja cubierta de papel de plata y Marga, una botella de champán y otra de vino. Olga las recibió con una sonrisa, aunque evitó mirarlas directamente. Aún sentía cierta deuda no correspondida respecto a Marga, por haber opositado a la Junta de Andalucía en vez de a administraciones locales.

–Es un postre de limón –dijo Celia–. Lo ha hecho mi madre, pero se

ha empeñado en que le siga el paripé. Tú ya me entiendes...

–No te preocupes. No deberíais haberos molestado.

Olga fue a meter el champán y el pastel en el frigorífico y se detuvo un instante a contemplar, a través de la ventana de la cocina, cómo eran acogidas las recién llegadas. Aparte de la extrañeza disimulada que provocaba la presencia de Celia en su interior y en el semblante de su hermana, le inquietaba que las otras no congeniaran con ella o con Marga. Pero el simple hecho de que estuvieran allí era algo positivo y no quería que se diera ninguna situación incómoda que estropease el buen ambiente en el que deseaba que transcurriese la cena. Temía que lo que le había dicho Eduardo delante de todos los hombres que estaban en el club hubiera llegado a oídos de Amparo o de sus amigas de la coral. Sin embargo, ¿qué podía hacer ella? También quería darles las gracias a Marga y a Celia.

Salió al jardín con una sonrisa y preguntó si a alguien le apetecía alguna otra bebida.

–El mérito es enteramente suyo –estaba diciendo Bego, con una copa de vino en la mano y un cigarrillo en la otra–. Yo solo la he ayudado un poco y la he animado a que diese el salto. Pero empezar a trabajar a su edad, con tres niños pequeños, sola, y encima sacarse una oposición, es una proeza.

–Por supuesto... –dijo Tere–. Sin embargo, lo que yo estaba queriendo decir es que para hacer eso hay que tener cultura, una formación. Dori y yo apenas fuimos a la escuela.

–¡Pues anda que nosotras! –rio Amparo refiriéndose también a Pepita–. Yo de niña, cuando vivía en La Atalaya, solo fui un año y pico a las escuelas esas que por entonces se llamaban «de perra gorda». Todos allí sentados, sin diferencia de edad, en unos bancos de madera que te dejaban el culo plano. Para nada. Para leer con dificultad, sumar y restar, y hacer tu firma. Después mi madre me sacó para que la ayudase y luego vino la guerra. Pero yo siempre quise estudiar. Por eso, cuando se murió Franco y entró la democracia, algunas nos apuntamos a la enseñanza de adultos, ¿verdad, Pepita? Y ahí ya sí que aprendí a leer de corrido a Corín Tellado y a hacer una regla de tres como Dios manda. Aunque yo con el cálculo, de tanto manejo como me traía en la peluquería, me bandeaba sola. Aprendí por mí misma. ¿Cómo se llamaban los que aprenden por su cuenta, niña? –le preguntó a Celia.

–Autodidactas.

–Eso. Yo con el cálculo fui autodidacta, pero con la lectura no. Con la lectura y a escribir sin faltas de ortografía graves me tuvieron que enseñar en la escuela de adultos. Y bien contenta que iba, por la

noche, cuando cerraba la peluquería. Ni me pesaba el cansancio. Porque es cierto lo que dicen de que el saber no ocupa lugar. Y lo de que sarna con gusto no pica.

–Yo hice el bachillerato elemental –dijo Marga– en la que todo el mundo llamaba «escuela del Gobierno» para contraponerla a la de la SAFA. ¿Os acordáis? Pero no llegué a presentarme a la reválida.

–Igual que Olga y yo –dijo Celia.

–Bueno, yo empecé el bachillerato superior pero lo dejé por un curso de secretariado –matizó Olga.

–Yo no tengo ni el graduado escolar –intervino Trini–. Por eso ahora no me cogen para trabajar en ningún sitio.

–Pero tú trabajabas antes en el almacén, ¿no? –le preguntó Dori.

–Sí, pero me echaron.

–Vaya por Dios –reaccionó Dori, después de que Tere le diera un codazo al darse cuenta de que estaba a punto de preguntar el motivo.

Pepita asintió.

–En cierto modo, poder irse es un privilegio –dijo Celia.

–¿A qué te refieres? –intervino Begoña.

–A que no todo el que quiere puede –respondió de inmediato Celia.

–Pues a mí me parece muy bien que lo haga si puede –dijo Pepita.

–Di que sí –convino Amparo–. La única carrera que hemos tenido nosotras ha sido la del trabajo. Yo nunca he comprendido a esas personas que se quejan. Quejarse... Quejarse está de más. Te diferencia. Y yo siempre le decía a Celia que no se significara. ¿Te acuerdas, Celia? «No te signifiques», le decía cuando se iba al instituto. Porque suficiente había tenido ya con que mi marido fuera de la UGT y lo metieran en el cuartelillo a cada rato y algunos lo trataran como si fuese un leproso. «No te signifiques», le decía yo a Celia... Y mirad para qué ha servido.

–A mí no me gustó nunca estudiar –dijo Begoña–. Y me ha ido bien en la vida.

–Claro –dijo Celia–. A mí en cambio mi padre me enseñó a desconfiar de cualquier brillo inútil, a odiar a los oportunistas y a recelar de los que hablan más que hacen. Y eso me ha hecho sospechar del concepto de triunfo.

–De ahí que te hayas metido en política, ¿no?

–¿Qué quieres decir?

Begoña le fue a responder de nuevo pero Olga se le adelantó elevando el tono más de la cuenta:

–¿A alguien le apetece que le aparte un poco más? La empanada que ha traído Pepita está buenísima.

Manoli y Tere le acercaron sus platos y, al ver que Celia y Begoña

parecían quedarse ahí, Olga suspiró por dentro aliviada. Fernando se había arrellanado en su silla y bostezaba ostentosamente. Olga le llamó la atención y Fernando le contestó que estaba aburrido. Los pequeños se levantaban continuamente de la mesa porque ya habían comido. Entonces Olga le dijo que viniese a sentarse con ellas y Fernando acercó la silla y se unió a las mujeres: ¿cómo recordaría todo aquello cuando fuese adulto?, ¿cómo marcaría su personalidad la muerte del padre y los cambios que la sucedieron?, ¿hasta qué punto había sido consciente de lo que en realidad había ocurrido? Y ¿cómo le iría en Sevilla? ¿Habrían acertado tomando la decisión de marcharse?

Olga recordó que Fernando le había preguntado si podía grabarlas durante la cena y que ella le dijo que no. Sin embargo, ahora le hizo un gesto para que fuera a por la cámara. Cuando Fernando volvió, se produjo un pequeño alborozo y casi todas se retocaron el pelo. Olga se fijó en que, detrás del objetivo, Fernando mostraba una sonrisa radiante. Este pidió que contaran algo gracioso para hacerles un primer plano y Amparo relató una de sus historias de la peluquería. Luego Celia contó que, una vez que estuvo en una convención de centrales sindicales, les sirvieron un cóctel muy sofisticado («muy poco sindical», añadió riendo, mientras se encendía otro cigarrillo), en el que un camarero se cayó a la piscina y un dirigente de la USO que quiso agarrarlo fue también a parar al agua. Como quien no quiere la cosa, Olga le preguntó mientras alcanzaba una servilleta dónde había sido eso. Y Celia, sin mirarla tampoco, respondió que en el parador de Ayamonte.

Olga no fue consciente de lo que había bebido hasta que empezó a servir el postre. Nunca había estado acostumbrada al alcohol y se dio cuenta de que no afinaba todo lo que habría querido al cortar las porciones del pastel que había traído Celia, quien también parecía mareada. A Begoña sin embargo, que era la que más copas había tomado, ni siquiera se le trababa la lengua.

–Yo he llegado a un punto en mi vida en el que no necesito a ningún hombre –dijo con un gesto entre amargo y suficiente.

Fernando había dejado de grabar y las escuchaba apartado, mientras manipulaba la cinta de la cámara.

–Ni yo –corroboró Trini con una sonrisa triste.

–Anda ya –le dijo Tere–. Con lo joven que tú eres...

–Pues mi marido es muy pesado –dijo Dori–, pero yo no sabría vivir sin él. –Y al darse cuenta del silencio, añadió–: Uy, lo siento.

–No te preocupes –sonrió Olga–. Es normal.

Inmediatamente observó de refilón a Celia y vio cómo evitaba su mirada.

–Los hombres son prescindibles –intervino Marga.

–Estoy de acuerdo –dijo Bego.

–Sí, pero a ver quién es la guapa a la que no le gusta un buen meneíto –dijo Tere.

–Hasta a mí me hubiera gustado –intervino Pepita entre las risas de las otras. Y con un aplomo pasmoso, agregó–: Yo tuve una vez un novio.

–¿Tú? –exclamó de pronto Amparo, que se había quedado medio dormida.

–Hace mucho tiempo. Cuando acabó la guerra. Incluso llegamos a comprometernos. No de una manera formal, pero sí entre nosotros. Él me prometió que se casaría conmigo y yo lo creí. Fíjate qué tonta.

–¿Y qué sucedió? –preguntó Dori.

–Un día me dijo que se tenía que ir a trabajar a Barcelona. Fue todo muy rápido. Me prometió que se adelantaría y, cuando ya estuviese asentado, me escribiría para que me fuese con él. Sin embargo, yo no las tenía todas conmigo. Era hija única, mi padre se puso malo y tuve reparo de dejar a mi madre sola. Entonces él se fue. Y al poco me mandó una carta, contándome lo bonita que era Barcelona, con La Rambla y la estatua de Colón al fondo, junto al puerto. Pero ya se le notaba menos cariñoso, como con una cautela que no venía a cuento. Decía que lo del trabajo se le había complicado, que se tendría que buscar otro empleo y que eso podía llevar tiempo.

–O sea –dijo Begoña–, que le dio largas.

–No me dio largas. Fue su manera de despedirse. Porque ya no le siguieron más cartas. Yo me desesperaba cada mañana, cuando venía el cartero a mi calle y no traía nada. A veces, de la impaciencia, no lo podía soportar y me iba directamente a Correos, como si adelantándome fuese a llegar esa carta que tanto esperé y no llegó nunca. Él no tenía familia aquí. Era del norte. Se vino a trabajar a la mina pero, no sé por qué, lo despidieron. Yo creo que estaba metido en algo de los sindicatos también, o que durante la guerra combatió con el bando rojo, no lo puedo poner en pie ahora. Así que no tuve a nadie a quien acudir. Le mandé tres cartas a la dirección de la pensión que venía como remitente en la primera. Fíjate tú qué tonta. Me acuerdo de que, como yo no sabía escribir bien, me ayudó don Saturnino, el cura, que me parece que después, aunque yo le dijera lo que quería que pusiese, escribía lo que le daba la gana, por más que

yo no soy falta de consideración. Hasta que la tercera me fue devuelta al cabo de dos meses. Entonces dejé de coser el ajuar. No se lo dije a nadie. Nunca lo había contado hasta ahora.

–Lo mismo la dejó por lo que escribió el cura –dijo Begoña.

–Quién sabe. Yo era muy inocente...

–¿Esos eran los manteles tan bonitos que bordabas en el taller? –preguntó Amparo.

Pepita asintió.

–Eran preciosos, con unas vainicas y unos encajes la mar de finos. Y los juegos de camas... Qué bien nos lo pasábamos en el taller, ¿eh? ¿Te acuerdas de cuando fuimos un día al dique a merendar y nos hicieron una foto a todas juntas? ¿Quién podría tener ese retrato? Es del año de la Petrica, pero un día de estos se lo preguntaré a Marcelino Rivas.

–Ahí fue cuando yo aprendí que la ropa, aunque remendada cien veces, debe estar siempre impoluta –dijo Pepita–. Y que nunca debemos descuidar el aseo personal y el decoro si vamos a ver a alguien, por mucho que por las mañanas no me apeteciera ni levantarme.

–¿Y ya no lo volvió usted a ver? –preguntó Trini.

–No.

–Qué cabrón –dijo Begoña.

Celia miró brevemente a Olga.

–Imagino que conocería a otra –dijo Pepita–. Aunque nunca he sabido el motivo por el que me dejó. Yo siempre creí que me quería, y yo lo quise a él. Fíjate tú qué tonta. Pero qué vamos a hacerle, hay que tener conformidad.

–¿Y no se ha quedado con las ganas de saber qué pasó? –le preguntó Trini.

–Al principio tuve una miajilla de intriga, no lo niego. Sin embargo, con los años te das cuenta de que hay cosas que no merecen la pena, que mejor es dejarlas estar –dijo Pepita mirando a Olga–. Sé que quizás no sea fácil de entender, pero a veces lo verdaderamente valiente es no hacer nada, ni tan siquiera preguntar.

Olga se levantó, un poco turbada, y se dirigió a la cocina con la excusa de recoger los platos. Estaba impresionada por lo que había dicho Pepita, pero sobre todo por la concentración con que Fernando la había escuchado, por la mirada compasiva con la que su hijo parecía abrazar a quien prácticamente consideraba su abuela. A veces, Olga había visto en Fernando ese grado elevado de ternura, esa aptitud para la observación desmedida: una sensibilidad que no sabía si acabaría por resultarle provechosa o solo le serviría para sufrir más

en la vida. Aunque su intención no había sido dar la velada por acabada, poco a poco todas fueron metiendo las sobras que quedaban en la mesa dentro de la casa. Marga se marchó y llevó en el coche a Pepita, no sin antes felicitar a Olga una vez más y repetirle que se lo merecía, que en el ayuntamiento estaba desaprovechada y que, si algún día decidía entrar en política, no dudara en llamarla. También le dijo a Trini que fuese el lunes a verla, a ver si podían encontrarle un trabajo. Tere, por su parte, se excusó aduciendo que era tarde, se despidió de Olga dándole las gracias por todo, y se ofreció a acompañar a Amparo. Lucas se fue con su abuela porque Celia prefirió quedarse un rato.

Tras acceder cuando Fernando le pidió permiso para seguir con el resto a condición de que fuera a por una sudadera, Olga subió a acostar a Íñigo y a Pachi. Begoña había sacado una botella de ginebra y les servía a Dori, a Manoli y a Trini, que parecía muy contenta después de la proposición de Marga. Olga entró un momento en el baño, tras arropar a los niños, y se echó un poco de agua en la cara. Al mirarse en el espejo, no pudo evitar compararse con Celia, que esa noche estaba muy guapa. Había insistido en que no fumaran dentro de casa, pero cuando bajó, el olor a otoño que venía del jardín se le diluyó en un humo tostado de tabaco. Creía que se trataba de Begoña; sin embargo, se encontró a Celia sola en la cocina. Estaba delante del fregadero, aunque en vez de lavar la vajilla fumaba absorta mientras miraba por la ventana. La reacción de Olga fue no decirle nada y salir por la otra puerta para que no se percatara de su presencia. Pensó en lo que le había sucedido la tarde anterior con Pedro. ¿Qué más daba quien llevara razón? ¿Qué cambiaría uno u otro hecho? Pero Celia la oyó y se volvió hacia ella.

–Disculpa –dijo señalando el cigarrillo con la mirada.

–No te preocupes –se apresuró a contestar Olga, tratando de sonreír de la forma más natural posible–. No pasa nada.

–Javier fumaba, ¿no? –dijo Celia mientras estrujaba la colilla en uno de los platos sucios que estaban amontonados sobre la encimera.

Olga notó cómo le subía el calor a la cara.

–Sí, pero a mí me molestaba.

–Y ¿se lo dijiste en algún momento?

–Sí, claro que sí. Lo que ocurre es que estaba en su casa y también tenía derecho.

Para no sostenerle la mirada, Olga comenzó a retirar los vasos del fregadero y a vaciar los platos en la basura.

–He oído lo que te pasó el otro día en el club con Eduardo –dijo Celia–. Y quería hablar contigo.

–¿Ah, sí? –Olga intentaba disimular pero se había puesto muy nerviosa–. La verdad es que no le di importancia. Me parece que Eduardo no estaba en sus cabales.

–Aun así, quería hablar contigo.

Olga se secó las manos en un paño y la miró. Había notado que Celia se trastrabillaba un poco.

–No es lo que creyó ver –dijo Celia.

Olga se había quedado en silencio y sintió que empezaba a temblar por dentro.

–Sin embargo... –quiso continuar Celia.

–No te preocupes en absoluto –la interrumpió Olga–. Para mí no tuvo credibilidad ninguna.

–Javier me citó en las oficinas de Patiño para contarme lo que había hecho, cómo había tapado los agujeros con su propio dinero. Eduardo lo tenía chantajeado con lo que sabía –desvió la mirada Celia–. Y Javier quería asegurarse de que, en caso de litigio, tendría el apoyo del sindicato. Pero también era una excusa para que nos viéramos. Yo le había insistido en que, por encima de todo, debía decírtelo...

–No hace falta que sigas.

Celia frunció los labios y negó con la cabeza.

–¿Recuerdas el día que me preguntaste por qué Pedro y yo nos habíamos separado? –Celia dio un paso lateral y se golpeó la rodilla con uno de los taburetes de la cocina–. No fui sincera contigo.

–No es necesario que entres en detalles, ni que me des más explicaciones.

Celia la miró con los ojos muy abiertos e hizo un gesto vago y torcido.

–Yo siempre quise contártelo. De ahí que me siguiese de aquella forma. Creería que iba a hacerlo.

Celia cerró los ojos y, por primera vez, Olga vio cómo una lágrima le surcaba la mejilla. Al otro lado del cristal, Begoña les estaba haciendo señas, con la botella en alto, para que salieran y se tomaran una copa.

–No te preocupes por nada –dijo Olga, y al decirlo advirtió que la voz ya no le temblaba–. Aquello ya pasó. Sucedió lo que quizás no tenía más remedio que suceder. Y lo mejor es que no le demos más vueltas.

–Con su lado moralista, Javier me juzgó a su manera.

–Estoy convencida de que te tenía un gran aprecio, como también lo estoy de que respetaba y amaba a su mujer sobre todas las cosas.

Celia calló.

–Y ahora vamos a salir con las demás, que nos están esperando. Aunque tal vez quieras entrar antes al baño. Yo voy a recoger un poco esto y te espero fuera.

Olga se quedó un momento en la cocina intentando borrar de su mente la avalancha de pensamientos que se le habían agolpado de pronto: Javier con el corazón cada vez más oprimido, cuando llegaba del trabajo, encerrado en el silencio; su mirada fría cuando ella se atrevía a dirigirse cariñosamente a él, como si estuviera ofendido por algo que ella hubiese hecho o como si ella interrumpiese una profunda reflexión con una tontería; la última cena de trabajo a la que lo acompañó, donde la hizo sentirse como una provinciana, cuando desdeñó en público que ella prefiriera vivir en Riotinto que en Madrid; la facilidad con la que en los últimos tiempos, escudado en su dolor, hizo infeliz a su familia y contagió su pesadumbre a Fernando, hasta volverlo temeroso e inseguro. Sin embargo, Olga no quiso dejarse invadir por aquellos recuerdos. Ya tendría tiempo de pensar si merecían justificación o no.

Respiró hondo y salió al jardín. Al momento, regresó Celia. Las dos aceptaron la ginebra que les ofreció Begoña y acabaron brindando por la oposición de Olga, escuchando música y cantando en la noche estrellada. Fernando incluso bailó un lento con su madre. Más tarde en cambio, después de que se marcharan todas y Begoña se hubiese acostado, Olga se sintió asombrosamente despejada, subió al despacho de Javier y se puso a embalar sus libros. ¿Qué importancia tenía no dormir? Aunque por un momento había sentido que se quebraba por el dolor, la conversación con Celia la había dejado más tranquila, le había proporcionado una suerte de certidumbre. Se había deshecho de la ropa de Javier, pero aún quedaban sus cosas del despacho. Olga pensó que todo lo que no quisiese conservar Fernando lo tiraría, y que los libros los donaría a la biblioteca municipal que proyectaba abrir el Ayuntamiento.

Mientras los metía en cajas, reparó en uno muy gastado con las páginas amarillentas. Su autor era Teilhard de Chardin. Olga lo abrió por una hoja que estaba doblada por una esquina y vio que Javier había subrayado una cita:

Llegará el día que, tras haber dominado el espacio,
los vientos, las mareas y la gravitación, debamos
dominar para Dios las energías del amor. Y ese día,
por segunda vez en la historia del mundo, habremos
descubierto el fuego.

¿Y si lo suyo nunca hubiese sido amor?, se preguntó antes de echar el libro a la caja. ¿Y si Javier no hubiera descubierto el fuego hasta que estuvo con Celia? Pero lo que ellos habían sentido el uno por el otro había sido pasión, estaba segura Olga, pasión verdadera. La tarde anterior, mientras hacía las últimas compras para la cena, se había cruzado con Pedro por la calle. Él le preguntó si era cierto que se iba a vivir a Sevilla y Olga le contestó que sí, que se irían dentro de poco. Pedro la miró de una forma que a Olga le hizo pensar en Lucas, que siempre le había dado la impresión de ser un niño también herido. Ella guardó silencio por un instante, y entonces él le preguntó si no volverían a verse. «Quién sabe», respondió Olga, «hay cosas sobre las que lo mejor es no hacer predicciones». Pedro pareció entristecerse aún más, y Olga se despidió con un gesto de la mano que aspiraba a decir que dejase actuar al tiempo, que casi siempre sobraban las palabras: que la vida pasa en una ráfaga de penumbra, entre intuiciones que se quedan sin pronunciar, temores y gestos abortados.

Por primera vez, en ese momento en que se giró y dejó tras de sí a Pedro sin darle opción a que añadiera nada, por encima de cualquier otro sentimiento, se sintió de verdad viva, con una intensidad que casi la hizo llorar de alegría. Al fin había sido consciente del porvenir que se le abría por delante. Y ahora, con el libro de Javier en las manos, cayó en la cuenta de que, si bien en ocasiones como esa siempre había sentido su presencia a través de los objetos, ya no era así. Aunque había desdoblado la página que él había señalado adrede, aunque había rozado con sus dedos el mismo papel que Javier había acariciado al leerlo y subrayarlo, sea como fuere, en lugar de sentir el escalofrío de otras veces, tuvo la certeza de que ya no volvería a vivir aquella soledad abismal, aquella sensación de irrealidad que solo se había visto agravada con la muerte.

Table of Contents